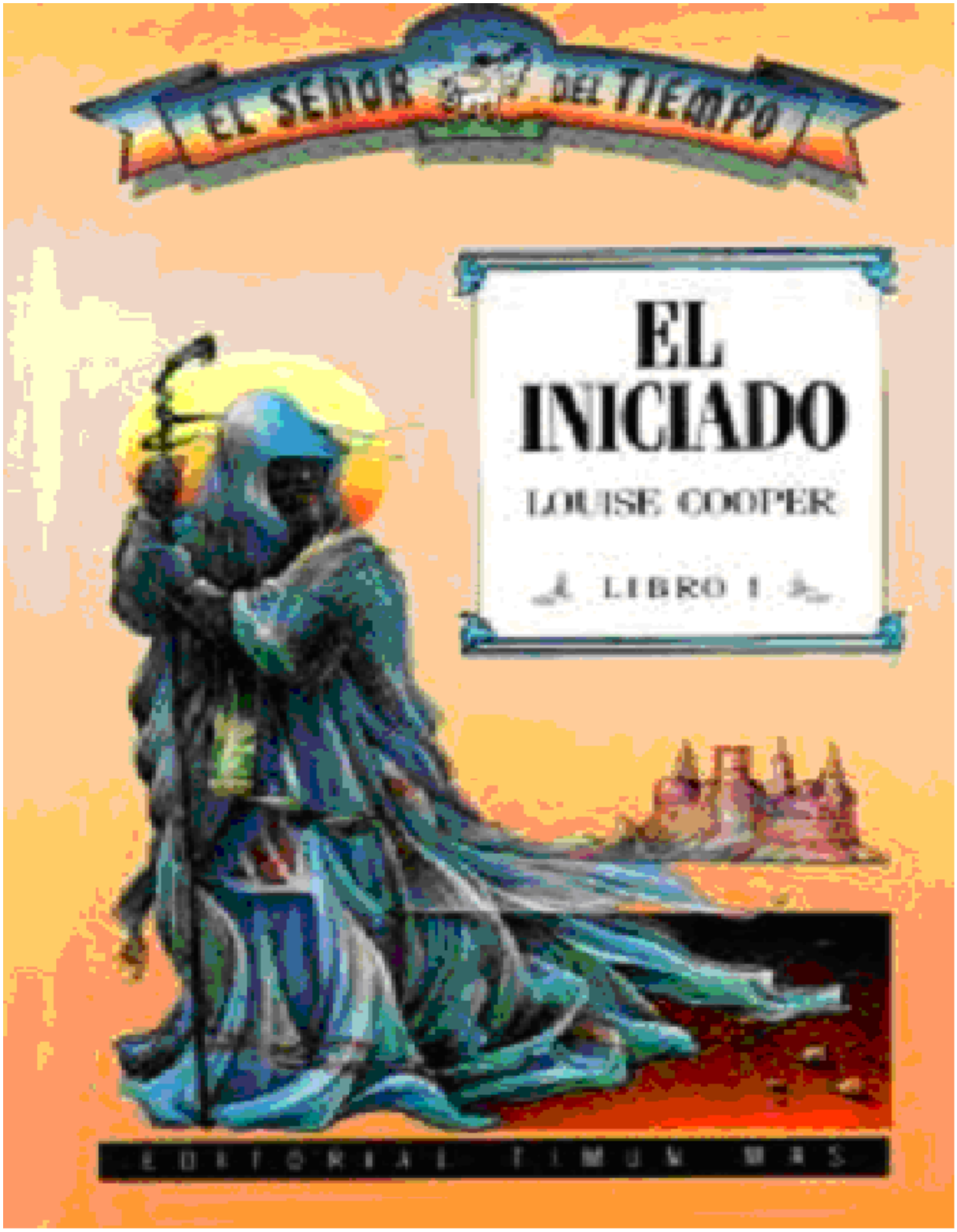
EL SEÑOR DEL TIEMPO 1 - EL INICIADO

LOUISE COOPER



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A lo largo de la Historia, las fuerzas gemelas de la Luz y las Tinieblas se manifestaron de muchas maneras diferentes: el Dia y la Noche, el Bien y el Mal, el Orden y el Caos; y, en muchas de las antiguas religiones de nuestro mundo estuvieron personificadas en formas, a veces humanas, a veces no humanas, de deidades en guerra: Osiris y Set, Ahura-Mazda y Ahrimán, Marduc y Tiamat y muchos más.

Cada personificación tiene sus seguidores, cada personificación es única; pero todas ellas toman su verdadera naturaleza de la misma fuente universal: las fuerzas eternamente conflictivas de una dualidad manifiesta.

Los Señores de estos reinos gemelos, sean cuales fueren los nombres bajo los cuales son adorados o vilipendiados, son dueños de las fuerzas de la Naturaleza; esas fuerzas que los humanos hemos llamado magia. Manipuladores del Tiempo y del Espacio, su influencia trasciende el mundo mortal, y su eterna lucha por la supremacía mantiene un equilibrio inestable en las muchas dimensiones que forman la estructura del Universo. Pero a veces, en cualquiera de estas dimensiones, la balanza se inclina demasiado hacia un lado y una fuerza triunfa y reina a expensas de la otra. Pero sin un adversario que la contrarreste, ninguna fuerza puede perpetuarse; la relación es simbiótica, y el Orden sin el Caos, o el Caos sin el Orden, conducen irremediablemente a la entropía.

En alguna parte, muy lejos de la Tierra conocida, existe un mundo donde la balanza se ha desequilibrado totalmente. Los Señores del Orden se alzaron con la victoria y desterraron todas las manifestaciones del Caos... o casi todas. Tal vez, en alguna parte, se conserva todavía un pequeño rescoldo; y si alguien lo encuentra y lo alimenta, llegará seguramente un día en que los Señores del Caos volverán, para desafiar de nuevo a su antiguo enemigo...

PRÓLOGO

Me queda poco tiempo para escribir este relato. Incluso mientras se seca la tinta en mi pergamino, siento que se aproxima el destino que se cierne sobre nosotros y, aunque no poseo la visión de un mago s, que no confundo su causa ni su propósito. Es posible que nuestros días estén contados, pero como el más docto historiador de los Señores de la Península de la Estrella, es mi deber legar a la posteridad todo lo que pueda sobre los sucesos que ocasionar n nuestro final. No eludiré este deber, si los dioses del Caos me conceden un plazo suficiente.

El poder de este Castillo, durante tanto tiempo centro de las fuerzas que nuestros magos atrajeron a través de las puertas del propio Caos, se está derrumbando rápidamente. Cuando vuelva a salir la luna, veremos la horda en nuestro portal, vociferando por el triunfo de sus Señores y un certero instinto me dice que, antes de que asome el sol en el este, veremos la cara maldita de Aeoris y moriremos.

Hemos servido bien y fielmente al Caos durante generaciones; pero ahora ni siquiera estos siete grandes Señores pueden salvarnos, pues su poder se ha debilitado. Merced a la traición de aquellos a quienes gobernamos, el demonio Aeoris y sus seis hermanos han vuelto al mundo; el eterno enemigo, el Orden, ha desafiado al Caos y ha prevalecido. Nuestros dioses se están retirando y no pueden salvarnos. Hemos apelado a las más poderosas fuerzas ocultas que conoce nuestra raza, pero no pueden ayudarles. Y aunque tal vez podamos destruir uno, diez o cien enemigos mortales, somos impotentes contra el inmenso poder del Orden.

Y así nos prepararemos para abandonar este mundo y afrontar el destino que nos depare la vida futura. Los que vendrán, los ciegos partidarios del Orden, destruirán el arte y la sabiduría que hemos acumulado durante los muchos siglos de nuestro gobierno. Se regocijarán con la destrucción de nuestra hechicería, celebrarán la aniquilación de nuestros conocimientos. Morarán en nuestra fortaleza, se considerarán líderes y creerán que son nuestros iguales. Nosotros, que situamos orígenes por encima y más allá de su mortalidad, casi podríamos sentir compasión por la ignorancia y el miedo que acarrearán su ruina, con tanta seguridad como han ocasionado la nuestra. Pero no puede haber compasión para esos humanos traidores que han vuelto la espalda a los verdaderos caminos para seguir a falsos dioses. Habrá derramamiento de sangre; habrá terror; habrá muerte... Pero nuestra hechicería no puede hacer frente por sí sola a los Señores del Orden, invocados para que abandonen su largo destierro y desafíen al Caos. Prevalecerán; y nuestro tiempo habrá llegado a su fin.

Nuestros dioses se encaminan al exilio; nosotros vamos hacia la destrucción. Pero nos consuela la certidumbre de que el rígido y estancado reino del Orden no puede durar eternamente. Pasarán cinco generaciones o cinco mil, pero el círculo se cerrará una vez más. Nuestros dioses son pacientes, pero a su debido tiempo se lanzará el desafío. El Caos volverá.

Firmo este documento de mi puño y letra el día de nuestra caída:

Savrinor, historiador.

Este manuscrito es uno de los pocos fragmentos que se salvaron de la purga realizada en el Castillo de la Península de la Estrella hace cinco años, después de la caída definitiva y la aniquilación de la raza a la que llamamos los Ancianos.

Los que, por la gracia de Aeoris, sobrevivimos a la guerra del Justo Castigo (como ha sido llamada) y desde entonces hemos vivido y prosperado en la misma sede del poder de los tiranos, tenemos conciencia de la gran responsabilidad que nos han atribuido los dioses, cuyas manos nos elevaron del reino de la esclavitud al del gobierno. Los males causados a nuestro pueblo por los Señores del Caos y los hechiceros que siguieron sus nefastas doctrinas son múltiples; ha habido sufrimiento, terror y opresión. Ahora es nuestro sagrado deber, en nombre de la Luz y la Cordura, bajo el brillante estandarte de Aeoris, enderezar nuestro mundo y borrar el nombre del Caos de todos los corazones y todas las mentes.

Con este fin, se ha celebrado el primer Gran Cónclave de los Tres en la Isla Blanca, en el mismo lugar donde el propio Aeoris tomó forma humana en respuesta a nuestras plegarias de salvación. Mientras caminó por nuestra tierra en carne mortal, el gran dios nos ordenó que gobernásemos con prudencia y defendiésemos sus leyes, y puso bajo nuestra custodia un cofre de oro que debía ser guardado cuidadosamente en la Isla. Si nuestra tierra vuelve a enfrentarse con el terrible peligro del Caos, debemos abrir el cofre y al hacerlo así, invocaremos de nuevo al gran Aeoris para que acuda a nuestro país.

Espero y ruego de todo corazón que ese día no llegue nunca. El Caos fue desterrado del mundo; nos incumbe la tarea de asegurarnos de que no volver jamás. Somos tres los encargados de atender a nuestro pueblo y traer de nuevo la Luz del Orden a esta tierra desgarrada. Yo doy humildemente gracias todos los días por el honor que se me confirió al designarme para formar parte del gran trío.

En el lejano sur, en su nuevo palacio de la Isla de Verano, mora nuestro Alto Margrave, a quien sean dados todo honor y toda gloria. Benetan Liss luchó al lado del propio Aeoris en nuestra última gran batalla y demostró ser un guerrero y un conquistador digno de convertirse en el primer gobernante del país. ÉI administrará la justicia debida a su pueblo y rezo para que sus descendientes continúen su noble linaje. Nuestra Señora Matriarca, Shammana Oskia Mantrel, es superiora de la recién instituida Hermandad de Aeoris, ese grupo de buenas y devotas mujeres que mantendrán la llama del amor de Aeoris eternamente encendida en nuestros corazones. Y yo, Simbrian Lowwe Tarkran, como primer Sumo Iniciado del Círculo, encargado por el propio Aeoris de limpiar todo rastro de hechicería en este Castillo y en el mundo, tengo conciencia, desde el amanecer hasta la noche, de la magnitud de mi tarea. Los Ancianos nos dejaron un legado de oscuridad y misterio. Hay que deshacer muchas cosas; sólo un tonto negaría que sus negras artes superaron incluso a las de nuestros más grandes Adeptos. Pero triunfaremos; sacamos la fuerza de la justicia y la sabiduría del Orden nos sostendrá en nuestra labor. El Círculo, pequeño pero creciente cuerpo de magos y filósofos del que estoy, creo que justamente, orgulloso, se ha comprometido a fomentar el conocimiento y la justicia en todas las cuestiones relacionadas con nuestra religión y nuestro credo. Mientras mantengamos las divinas leyes dictadas por Aeoris, los secuaces del Caos no volverán a poner los pies en esta tierra y la pesadilla del pasado será olvidada un día en la pureza y la paz del Orden.

El camino que se extiende ante nosotros es largo y arduo; nuestros logros son todavía relativamente pocos. Pero mis sueños están llenos de esperanza. El día ha amanecido al fin; el delito y la locura ya no forman parte de nuestras vidas y hemos salido a la luz desde las tinieblas de la esclavitud. La mano que registró y lamentó la muerte del Caos ha muerto también; nosotros vivimos, creceremos y prosperaremos. Y de ello daré eternamente gracias.

Escrito el primer día de primavera del quinto año de paz por Simbrian Lowwe Tarkran, primer Sumo Iniciado del Círculo por la gracia de Aeoris.

Pero el Caos volverá...

CAPITULO 1

Con el amanecer del primer día de primavera, mejoró el tiempo húmedo que habían padecido en la provincia de Wishet desde mediados del invierno. Hombres que se las daban de sabios y aseguraban que habían anunciado el cambio lo consideraron un buen augurio y, en la intimidad de sus hogares, los habitantes más piadosos de la provincia dieron gracias a Aeoris, el más grande de los Siete Dioses.

Siguiendo una tradición de siglos, todas las ciudades y los pueblos del país celebrarían ese día la llegada de la primavera. El pequeño distrito de Wishet, situado a unas siete millas tierra adentro de la capital de la provincia, Puerto de Verano se había preparado con mucha anticipación para las largas ceremonias. Como siempre, una nutrida procesión, presidida por el Margrave provincial, con un séquito de ancianos y dignatarios locales, desfilaría por la ciudad hasta el río, donde se realizaría el revestimiento ritual y la adoración de las estatuas en madera de los Siete Dioses. Los ritos del Día Primero del Trimestre podían ser presenciados por toda la población, desde los más encumbrados personajes hasta los más humildes vecinos, incluso por Estenya, una viuda pobre que vivía con su hijo ilegítimo en el barrio más mísero de la ciudad y dependía para su sustento de la reacia caridad de los miembros más afortunados de su clan.

En un día como aquél, Estenya percibía más claramente que de costumbre su deplorable situación, mientras miraba su imagen en el espejo manchado por las moscas. Su vestido, el mejor que tenía, era viejo; ya estaba usado cuando llegó a su poder. Los repetidos lavados habían encogido tanto el tejido, que el dobladillo no le llegaba más abajo de las pantorrillas. Y el chal bordado que llevaba, en un intento por contrarrestar la monotonía del vestido, era muy fino; serviría de poco contra el crudo viento del este. Pero aquel día, el aspecto era más importante que la comodidad; tendría que soportar el frío si no quería avergonzar a sus parientes... aunque, reflexionó amargamente, lo más probable era que se limitasen a saludarla brevemente durante las fiestas. Ella representaba una mancha en su inmaculado historial, la linda y prometedora muchacha que, inexplicablemente, había cometido una falta y la había estado pagando desde entonces...

Estenya procuró dar a su cara una expresión que esperaba que disimulase las arrugas, que, a sus treinta años, empezaban a estropearle la tez, y maldijo en silencio los sucesos que, hacía doce años, la habían lanzado por ese camino. En aquella ocasión, agotada por el parto y en un agudo estado emocional, había querido conservar a su hijo contra las presiones de su familia para que lo hiciese pasar por hijo de una criada. Se había salido con la suya... a costa de su propio futuro. El niño no tenía un padre que le diese el apellido de un clan, como era tradicional en los hijos varones, y la familia de ella se había negado rotundamente a quebrantar las normas para otorgar al pequeño el privilegio del apellido familiar. Así, desde su nacimiento, el muchacho no formaba parte de ningún clan y Estenya se había visto rechazada por la sociedad. Al principio, se había sometido de buen grado a las limitaciones que le eran impuestas, pero con el tiempo, al marchitarse el esplendor de su juventud, mientras el chico, al crecer, parecía que se separaba más y más de ella, empezó a lamentar amargamente la decisión que había tomado.

Pero aunque hubiese podido librarse de la carga del muchacho, dudaba mucho de que algún hombre pudiera pensar en casarse ahora con ella. Había demasiadas mujeres más jóvenes y más bellas; mujeres sin un pasado vergonzoso que malograse sus oportunidades. ¡Si no hubiese sido tan estúpida!, se decía.

Un débil ruido la sacó, de pronto, de su ensimismamiento, y se volvió, sobresaltada.

El muchacho había abierto la puerta y entrado en el dormitorio tan silenciosamente que ella no se había dado cuenta de su presencia. Quizás llevara allí diez minutos o más, observándola de aquella manera inexcrutable e inquietante, y su mirada parecía dar a entender, como siempre, que sabía exactamente lo que ella estaba pensando.

Le regañó, irritada:

-¿Cuántas veces tengo que decirte que no entres de esta manera en mi habitación? ¿Quieres matarme de un susto?

-Lo siento.

El brillo de los extraños ojos verdes del muchacho se extinguió momentáneamente cuando éste bajó la mirada. Estenya le observó preguntándose una vez más cómo había podido engendrar aquel chiquillo. Todos los clanes de Wishet tenían ciertas características comunes de constitución y de color, de las que eran ejemplo típico la robustez y la piel cetrina heredadas por Estenya de su padre y de su madre. Pero el muchacho... era ya más alto que ella esbelto y vigoroso. Sus cabellos, negros como el azabache, caían enmarañados sobre los hombros, y los ojos verdes, en contraste con su cara pálida y delgada, le daban un inquietante aire felino. Tal vez toda su herencia genética le venía de su padre... y, como siempre que Estenya pensaba en esto, la idea fue seguida del desagradable corolario: ¡Si por lo menos supiera quién era su padre! Ahí radicaba toda la tristeza del asunto: en el hecho de que la identidad del desconocido, cuyas ardientes insinuaciones durante una lejana fiesta de Primero de Trimestre había sido incapaz de resistir, fuera, y siguiera siendo, un misterio. Aquel único error había sido la causa de su desgracia... ¡y ni siquiera podía recordar la cara de aquel hombre!

Observó detenidamente a su hijo. No debía mostrarse irritable ni impaciente con él, se dijo; no podía echarle la culpa de la situación en que se hallaba. Pero, sin embargo, el resentimiento seguía presente, y cualquiera que tuviese corazón podría comprenderlo.

-No te has peinado -le acusó-. Sabes lo importante que es que tengas hoy un buen aspecto. Si haces que tenga que avergonzarme de ti. . .

Dejó que la amenaza flotase en el aire sin pronunciarla.

-Sí, madre.

Un destello de rebelión brilló en los extraños ojos verdes, pero se extinguió casi antes de que ella pudiese advertirlo. Al volverse él para salir de la habitación, le gritó:

-No quiero verte con Coran. ¡No lo olvides!

En su fuero interno, Estenya lamentaba tener que imponerle esta restricción. Coran, el hijo de su primo, era de la misma edad que el muchacho, y el único buen amigo que éste tenía. Pero los padres de Coran desaprobaban su relación, más allá de lo estrictamente necesario, con un bastardo, fuese cual fuere el vínculo de sangre, y ella no se atrevía a contrariarles. El muchacho no contestó, aunque ella sabía que la había oído, y un momento más tarde, sus pisadas resonaron en la escalera sin alfombrar de la destartalada y pequeña casa.

Estenya suspiró. No sabía si él tendría en cuenta su advertencia; siempre había sido reservado, pero últimamente su mente se había convertido en un libro cerrado para ella. Lo único que podía hacer era esperar, y tratar de pasar aquel día lo mejor posible.

La muchedumbre se agolpaba en las calles de la ciudad cuando el muchacho se encaminó a la plaza principal. Se alegraba de verse libre de la sofocante estrechez de su hogar, donde nunca parecía capaz de hacer algo a derechas, pero al mismo tiempo no se sentía muy entusiasmado por el día que le esperaba. A pesar de que se presumía que era una fiesta alegre, el Primero del Trimestre solía ser una celebración solemne y aburrida. La gente se preocupaba tanto por exhibir su posición y su dignidad que parecía haber olvidado el verdadero carácter de la celebración. Y aquel día con el sol trazando un arco bajo en el cielo y las últimas e hinchadas nubes cerniéndose todavía a lo lejos, tierra adentro, el Rito prometía ser más triste que nunca.

La procesión empezaba a desfilar cuando el chico llegó a la plaza, y los tambores rituales habían iniciado su fúnebre, lento y grave redoble. La larga comitiva, en doble fila, de los Consejeros de la Provincia, los religiosos y los ancianos, precedidos por la majestuosa figura del Margrave provincial, estaba iluminada por una débil luz roja, que era todo lo que el cielo podía ofrecer en esta
época del año, y que hacía que hasta en la zona más próspera de la ciudad todo pareciera mezquino y pequeño. Incluso las siete estatuas de los dioses, adornadas con guirnaldas, que se bamboleaban sobre sus andas por encima de las cabezas de los que iban en procesión, parecían grotescas e indignas, desgastadas por el tiempo después de tantos años de gloria. El muchacho se movió despacio entre la muchedumbre, recordando la recomendación de su madre de que no se dejara ver demasiado, y se situó en la entrada de un estrecho pasadizo que conducía a un laberinto de callejuelas. Inquieto e indiferente a la ceremonia, sintió alivio cuando, como había casi esperado, oyó una voz que le llamaba:

-¡Primo!

La cara del muchacho se iluminó con una sonrisa.

-Coran. . .

Olvidó inmediatamente la advertencia de Estenya y se abrió paso entre la apretujada muchedumbre para reunirse con el jovencito de cabellos castaños. El contraste entre la ropa elegante de Coran y la camisa, el jubón y los desgastados pantalones de su primo era algo que éste trataba, generalmente sin éxito, de no advertir. Las diferencias no habían sido nunca una barrera a la amistad, y ahora Coran se puso de puntillas para murmurar al oído de su primo:

-Aburrido como siempre, ¡no? Yo traté de encontrar alguna excusa para no venir, pero mi padre no quiso ni oír hablar.

El otro entornó los ojos verdes y esbozó una sonrisa lobuna.

-Hemos venido, como nos han mandado. Es suficiente, ¿no?

Coran miró rápidamente a su alrededor, para ver si alguien había oído esta invitación a la desobediencia.

-Nos darán una paliza si nos descubren -dijo, con inquietud.

El otro se encogió de hombros.

-Una paliza termina pronto -observó. Había sufrido demasiadas veces este castigo para que ya le importara-. Y si vamos al río, nadie se enterará de que no hemos seguido la procesión hasta el fin.

-Bueno...

Coran vaciló, menos inclinado que su primo a desafiar la autoridad, pero la tentación era demasiado grande como para resistirla. Se deslizaron juntos por el pasadizo y caminaron por los estrechos callejones hasta que alcanzaron el malecón del río, en el extremo este de la población. Aquí se celebraría el Rito Principal; las estatuas serían ceremoniosamente lavadas en la fangosa corriente, para simbolizar el renacimiento de la vida en la tierra, y se pronunciarían interminables discursos antes de que el baile, siempre formal y tedioso, pusiera término a la celebración.

Pero ahora el muelle estaba desierto. Pequeñas embarcaciones de carga recién llegadas de Puerto de Verano se balanceaban en la marea menguante, y el chico de cabellos negros se sentó en cuclillas cerca del agua, contemplándolas reflexivamente. Con frecuencia había soñado en escapar de su vida actual, subir disimuladamente a uno de aquellos barcos y navegar hacia otra parte del mundo donde pudiera vivir sin estigmas. Nadie le añoraría, ya que nadie se preocupaba de él. Era un estorbo, hasta para su madre; ni siquiera tenía apellido de clan y el nombre que le había dado Estanya raras veces era usado. En la soledad de su habitación se había inventado otro nombre, pero nadie lo conocía, pues nunca lo pronunciaba en voz alta, por miedo a que se lo quitasen si lo descubrían. Sin embargo, el muchacho sentía en el fondo de su ser que, por alguna razón, era distinto. Esta convicción era el único salvavidas que había mantenido a flote su ánimo solitario al acercarse a la adolescencia, y últimamente había empezado a empujarle cada vez más hacia la idea de escapar.

Lo habría dado todo por ver el mundo. Con frecuencia caminaba las siete millas hasta Puerto de Verano para hacer algún recado, y le habían dicho que, si aguzaba la vista, podía ver, desde los altos cantiles del Puerto, la Isla de Verano, residencia del Alto Margrave, gobernante de todo el país, en la brumosa lejanía, mar adentro. Lo había intentado, pero nunca había conseguido verla. Ni
había contemplado jamás lo que se decía que era la vista más impresionante del mundo: la Isla Blanca, muy hacia el sur, donde, según la leyenda, el propio Aeoris, el más excelso de los dioses, se había encarnado en forma humana para salvar a sus fieles de las fuerzas del Caos.

El muchacho tenía una afición insaciable a la mitología de su tierra; una afición frustrada por el hecho de que nadie había tenido tiempo o paciencia para contarle lo que él quería saber. Le habían enseñado, eso sí, a adorar a los dioses, había aprendido sus enseñanzas y rezaba todas las noches. Pero era mucho más lo que quería saber, lo que necesitaba saber. A veces asistían a los festivales las Hermanas de Aeoris, las religiosas encargadas de mantener vivas todas las tradiciones del culto, pero nunca había hablado con ninguna de ellas y, en todo caso, no habrían podido satisfacer su sed de conocimiento. Lo que realmente ansiaba era conocer a un Iniciado.

La mera palabra Iniciado provocaba un escalofrío de excitación en el muchacho. Sabía que aquellos hombres y mujeres eran la verdadera encarnación del poder en el mundo: misteriosos, inalcanzables, ocultos. Vivían en una fortaleza inexpugnable en la Península de la Estrella, muy hacia el norte, en el mismo borde del mundo, y cualquiera que desafiase su palabra atraía sobre sí toda la ira de los dioses. Los Iniciados eran filósofos y hechiceros, pero los hechos aparecían mezclados con rumores y habladurías: historias, le habían dicho, que no eran aptas para los oídos de un niño. Pero, fuese cual fuese la verdad, los Iniciados infundían respeto y miedo. Respeto, porque servían a los Siete; miedo, por la manera en que les servían.

Se decía que los Iniciados comulgaban con el propio Aeoris y obtenían de él unos poderes que ningún mortal ordinario podía comprender, y menos ejercer. Un conjunto de especulaciones, medias verdades y fábulas... pero que despertaban la imaginación del muchacho que deseaba saber más y más. Dando rienda suelta a su fantasía, se imaginaba que huía muy lejos, cruzando llanuras, bosques y montañas, hasta que encontraba a los Iniciados en su fortaleza...

Había sido esta fantasía la que le había metido la idea en la cabeza... El y Coran habían estado lanzando distraídamente piedras al río mientras se iba acercando lentamente el clamor de la procesión. La vanguardia todavía tardaría en llegar; quedaba el tiempo suficiente para poner en práctica el pensamiento que había inflamado súbitamente su imaginación.

Cuando sugirió el juego a Coran, su primo se asustó.

-¿Simular que somos Iniciados? -dijo, en voz baja-. ¡No podemos hacerlo! Es... ¡es una herejía!

Incluso hablar de los Iniciados sin la debida reverencia provocaba mala suerte, pero el muchacho de negros cabellos no sentía estos temores. El conocimiento de que estaba rompiendo un tabú excitaba algo en lo más profundo de su ser, daba más aliciente a un sentimiento ya medio formado y medio reconocido. No sabía nada de los poderes de los Iniciados, pero tenía una imaginación libre y desaforada. Coran era menos aventurero, pero maleable a la voluntad más fuerte de su primo, y al fin accedió, aunque muy turbado.

-Seremos hechiceros rivales -dijo el muchacho de cabellos negros-. Y lucharemos, ¡empleando nuestros poderes el uno contra el otro!

Coran se pasó la lengua por los labios, vaciló y asintió con la cabeza. Pero incluso su tímido espíritu acabó por entrar en el juego, al ser dominado por la imaginación.

Y entonces ocurrió.

Los chicos estaban tan absortos en su juego que no se dieron cuenta de que la vanguardia de la procesión doblaba una esquina y se aproximaba al muelle. El Margrave marchaba al frente de la larga cadena humana; detrás de él se alzaba la estatua imponente de Aeoris... y el dios y sus portadores lo vieron todo.

Coran, ahora tan sumergido como su primo en el mundo creado por su fantasía, había lanzado mil maldiciones sobre la cabeza de su rival. Este, para no verse superado, levantó una mano y le apuntó con dramático ademán; al hacerlo, un pálido rayo de sol se reflejó con brillo impresionante en la piedra incolora que llevaba el chico en la mano izquierda. Un bonito anillo, muy impropio de un niño. Por un instante, al darle el sol, la piedra pareció cobrar vida, una vida resplandeciente y terrible.

Y, sin previo aviso, un rayo de fuego rojo como la sangre brotó del dedo con un estruendo que le ensordeció momentáneamente. Sólo por un momento, la cara de Coran quedó petrificada en una máscara de asombro e incredulidad. Después, su cuerpo carbonizado y roto se torció a un lado y cayó sobre las losas con un ruido sordo.

El muchacho de negros cabellos se echó violentamente atrás, como si le hubiese golpeado una mano monstruosa e invisible, y aunque quiso gritar, ningún sonido brotó de su garganta. Por un momento, al detenerse bruscamente la procesión, se hizo un silencio total; después estalló la ira. Manos rudas le agarraron, le zarandearon, dándole golpes y patadas, en una creciente oleada de horror y de cólera. Chillaron las mujeres, gritaron los hombres y, por fin, la

confusión se resolvió en palabras que golpearon como ondas sus oídos maldiciéndole, condenándole, llamándole impío y blasfemo, indigno de seguir viviendo. En unos momentos, la máscara de civilización se disolvió, dejando al descubierto la cara del miedo, en su primitiva desnudez, y entre aquel tumulto, el muchacho se cubrió la cabeza con las manos, demasiado impresionado y aturdido para comprender lo que le estaba sucediendo, lo que había hecho. Como en una pesadilla, sintió que le ataban las manos y que las cuerdas se hundían en su carne, y que le empujaban hacia el centro de un círculo de caras hostiles, vociferantes. ¡Lapidadle!, decían; ¡Ahorcadle!, gritaban, y él sólo podía mirarles,
sin comprender.

El Margrave provincial, pálido y tembloroso, avanzó con pasos vacilantes. En alguna parte, detrás de él, una mujer chillaba hist,ricamente: la madre de Coran, que se resistía a que la apartasen del cad ver de su hijo. El Margrave se iba acercando al muchacho, con evidente miedo de aproximarse demasiado, mientras los ancianos de la ciudad prorrumpían en un nuevo clamor. Herejía y blasfemia, una fuerza demoníaca en acción; el hijo bastardo de Estenya estaba poseído por el diablo, no merecía vivir... Y el Margrave, espoleado por sus consejeros, señaló con dedo acusador al niño de cabellos negros que había traído tanto horror a la fiesta.

-Debe morir -dijo una voz temblorosa-. Ahora mismo... ¡antes de que pueda hacer cosas peores!

Como anticipándose a los otros, alguien lanzó una piedra que por poco no dio en la cabeza del muchacho. Este empezó a recobrar un poco de razón después de la primera impresión, y pensó que iba a vomitar al recordar la cara de Coran antes de que cayera al suelo. ¿Qué había hecho? ¿Cómo había sucedido? ¡El no era un brujo!

-¡Lapidadle! -chilló una voz, y empezó de nuevo el griterío.

El trató de protestar, de decirles que no había querido hacer daño a Coran, que estaban jugando, que no tenía poder para matar a nadie. Pero sus palabras no significaban nada para aquella multitud. Habían visto lo que habían visto y, llevados de su miedo, estaban dispuestos a castigarle sin piedad. Y él, sin comprender lo que había ocurrido, iba a morir...

Aunque siempre había sido un niño solitario, ahora se sintió más solo que nunca en su vida. Ni siquiera Estenya podía ayudarle; había visto que unos hombres se llevaban de allí a una mujer que se había desmayado, y había reconocido el color del chal de su madre. Por un instante, su mirada se cruzó con la de los ojos muertos, de madera, de la estatua de Aeoris; después, cerró con fuerza los suyos y rezó en desesperado silencio al dios, el único que debía conocer la naturaleza de la espantosa fuerza venida de ninguna parte y que había matado a su primo, para que acudiese en su ayuda.

Los hombres que le sujetaban se habían echado atrás, y el muchacho vio que la gente cogía piedras de los escombros de alrededor del muelle. Todos los músculos de su cuerpo se pusieron tensos... y, de pronto, una voz gritó horrorizada entre la multitud:

-¡Que Aeoris nos ampare!

Una mano señaló hacia el norte, mucho más allá de la ciudad, y todos se volvieron a mirar. A lo lejos, el cielo estaba cambiando. Franjas de débiles colores cruzaban lentamente la bóveda vacía de los cielos, y el muchacho, fascinado, contó el verde, el escarlata, el naranja, el gris y un extraño negro-azul, antes de recobrar el sentido común y darse cuenta de lo que estaba presenciando.

-Un Warp. . .

Y había puro miedo en la voz del Margrave.

El muchacho sintió un débil temblor en la tierra, transmitido a través de las frías losas del muelle. Percibió una tensión eléctrica en el aire, y sus nervios empezaron a crisparse por algo que le aterrorizaba mucho más que su fatal destino; algo que evocaba las peores pesadillas que podía experimentar un ser humano. Un Warp... ¡y la ciudad estaba directamente en su camino!

Los temporales Warp, misteriosos y horripilantes asolaban la tierra a imprevisibles intervalos. Eran el fenómeno más espantoso conocido por el hombre. Algunos decían que los Warps eran una manifestación del propio Tiempo; que su poder desencadenado podía cambiar la estructura misma del mundo. Cuando estallaba un Warp, las personas prudentes se encerraban en sus hogares y se cubrían la cabeza hasta que pasaba el temporal y se agotaban las fuerzas de los elementos. Nadie sabía con certeza las consecuencias de verse atrapado en aquel torbellino, pues nadie había vuelto para contarlo. El muchacho se acordaba de un vecino que había desafiado la furia del temporal y había desaparecido. Habían estado buscando algún rastro de él durante siete días, pero no lo habían encontrado. El hombre había dejado simplemente de existir...

La misteriosa aurora que avanzaba hacia ellos desde el norte se estaba acercando rápidamente; ahora casi había eclipsado el Sol y una refracción estaba deformando el globo solar, de manera que parecía una fruta madura aplastada, pálida y vieja. Colores extraños barrían los edificios y las caras de la muchedumbre; la gente parecía curiosamente inhumana y bidimensional, y la febril imaginación del muchacho creyó ver que la estatua de Aeoris cobraba un terrible aire de vida.

Ahora vibró en el cielo una nota muy fuerte que sofocó los gritos de terror. Era como el lamento atormentado de algún ser inhumano que galopase en las alturas sobre el viento. El chico recordó historias de almas condenadas a volar eternamente con los Warps y, por un instante, pensó: Una muerte cruenta en manos de los jueces humanos, ¡es mejor que esto!

Pero la muerte que le habían prometido no había de producirse todavía. La multitud se estaba ya desperdigando, corriendo en busca de refugio, mientras aquella misteriosa especie de aullido que sonaba en el cielo se iba acercando inexorablemente. Alguien agarró el brazo atado del muchacho, haciéndole perder casi el equilibrio y el chico se vio arrastrado hasta el centro de un grupo de Consejeros que se encaminaban al Palacio de Justicia, a poca distancia de allí. Este edificio que, además de tribunal, servía de contaduría y de centro comercial para los mercaderes de provincias, era la estructura más sólida de la ciudad, con sus puertas macizas y sus ventanas reforzadas. El muchacho se dio cuenta, mientras le empujaban hacia la escalinata, por debajo del alto portal, de que la mitad de los vecinos lo habían elegido como refugio.
-Cerrad las puertas... ¡de prisa! ¡Está casi encima de nosotros!

El Margrave había perdido toda su dignidad y estaba al borde del pánico. Seguía entrando más gente, y algunos se habían hincado de rodillas en el vasto salón de recepción y rezaban fervientemente a Aeoris por sus almas. El muchacho, temblando ahora violentamente por la impresión, se preguntó por qué estarían rezando, si seguramente había sido el propio Aeoris quien había enviado el Warp.

El propio Aeoris... y el Warp había venido un momento después de que él hubiese elevado al cielo, en silencio, su última y desesperada plegaria... No era posible, se dijo. El era un asesino; los dioses no tenían motivo alguno para salvarle...

Pero el Warp habia venido de ninguna parte, sin previo aviso. . .

Sabía que, en el fondo, aquello era una locura. Pero era una oportunidad, la última oportunidad antes de que se cumpliese su castigo y sufriese la horrible muerte que le habían prometido. Era mejor... Pensó que, retorciendo sigilosamente las manos detrás de la espalda, podría desatarse; el que le había maniatado lo había hecho descuidadamente, y las cuerdas se estaban aflojando... Los últimos rezagados estaban entrando ahora en el Palacio de Justicia y, en la confusión reinante, nadie le prestaba atención. Un esfuerzo más... y su mano izquierda quedó libre. Las puertas se estaban cerrando; sólo tenía un momento para...

Con una rapidez y una agilidad que pilló a sus capturadores por sorpresa, el muchacho corrió hacia la puerta. Oyó que alguien le gritaba; una mano quiso detenerle, pero la esquivó y, a trompicones llegó a la escalinata. Su propio impulso le hizo caer y, al levantarse, el Warp rugió sobre su cabeza.

Las siluetas de las casas, las embarcaciones y el muelle se confundieron en un caos inverosímil de colores y ruido. Le pareció que el suelo se hundía bajo sus pies, y que el cielo caía sobre él, escupiendo lenguas negras y brillantes. Entonces, con un ruido ensordecedor, el mundo estalló en la imagen de una estrella de siete puntas que resplandeció en su mente antes de...

Nada.

CAPITULO 2

Tarod. . .

Oyó la palabra en su cerebro, y se aferró a ella. Era su nombre secreto y, por tenerlo, sabía que aún existía.

Tarod...

Yacía de bruces sobre una superficie dura. Algo, tal vez una piedra, presionaba cruelmente contra su mejilla derecha y, cuando el muchacho respiró, su boca y su nariz se llenaron de polvo. Trató de moverse, y sintió en el hombro derecho un dolor tan fuerte que tuvo que morderse furiosamente la lengua para no gritar.

Poco a poco fue recobrando la conciencia y, con ella, algo parecido a la memoria. Recordó débilmente el último momento antes de que estallase el Warp; la imagen que se había formado en su cerebro antes de que toda la furia de la tormenta se desencadenase sobre él. ¿Estaba muerto? ¿Le había llevado el Warp a otra vida que no podía imaginar? Trató de recordar lo que había sucedido, pero su mente estaba confusa y no podía ordenar sus pensamientos. Además, se sentía vivo, dolorosamente vivo...

De nuevo intentó moverse, y esta vez lo consiguió, venciendo el dolor e incorporándose sobre el brazo indemne, gracias a un enorme esfuerzo de voluntad. Algo que se le había pegado a los ojos le impedía abrirlos y sólo después de frotarlos repetidas veces pudo al fin abrir los párpados.

Estaba rodeado de una oscuridad tan intensa que era casi sofocante. Y, sin embargo, sus sentidos le decían que estaba al aire libre, pues tenía una sensación de espacio y hacía frío. Una brisa insidiosa acarició sus negros cabellos, apartándolos de su cara y enfriando algo húmedo en sus mejillas. Se enjugó lo que podía ser agua, sangre o sudor; no lo sabía y no le importaba, y empezó a tantear prudentemente con las manos para hacerse alguna idea del lugar donde se hallaba.

Sus dedos tropezaron con piedras; el suelo inclinado estaba lleno de piedras y de angulosos fragmentos de esquisto. Ahora, doblemente asustado, el muchacho probó su voz. Surgió seca y cascada de su garganta, y fue incapaz de formar palabras con ella; sin embargo, al menos era un sonido, físico y real. Pero él no estaba preparado para la respuesta de los innumerables y suaves ecos que llegaron susurrando hasta él y que parecían venir de rocas macizas que se extendían hasta el infinito en todas direcciones. Rocas macizas... Se dio cuenta, impresionado, de que debía de estar entre altas colinas, tal vez incluso montañas. Pero no había montañas en la provincia de Wishet; la cordillera más próxima estaba lejos, hacia el norte y el oeste, ¡a una distancia enorme! Se estremeció violentamente. Si estaba todavía en el mundo, ésta no podía ser parte del que conocía...

Armándose de valor, gritó de nuevo, y de nuevo le respondieron las rocas, imitándole. Y entre sus voces oyó una que no era la suya y que murmuraba el nombre que había sonado en su mente al recobrar el conocimiento.

Tarod. . .

De pronto, el muchacho sintió un terror que le abrumaba y una necesidad frenética, casi física, de consuelo. Quería gritar pidiendo que alguien viniese en su ayuda, pero ahora surgió otro recuerdo en su mente. Coran... Coran estaba muerto, ¡y él le habia matado! Nadie podía ayudarle, pues ya había sido condenado.

Aunque había sido sin querer, se sintió repentinamente trastornado y cerró los ojos de nuevo, en su desesperado y fútil intento de borrar aquel recuerdo. Impotente, empezó a vomitar con violencia y, cuando pasaron los espasmos, sintió que le daba vueltas la cabeza. Sus ojos se llenaron de lágrimas que, abriéndose paso entre las negras pestañas, rodaron por sus mejillas. No comprendía lo que le había sucedido y, por mucho que se esforzase, no podía combatir el miedo y el dolor que sentía. En lo más profundo de su ser, una vocecilla trataba de consolarle, recordándole que al menos había sobrevivido a la terrible experiencia; pero ahora, mientras las lágrimas venían más y más copiosamente, sintió que era tan poca su esperanza que mejor habría sido morir junto a Coran.

Más tarde creyó que debía haber perdido de nuevo el conocimiento, pues, cuando se despertó, había luz. Muy poca, por cierto; pero un débil resplandor carmesí teñía el aire a su alrededor, y por primera vez pudo distinguir su entorno.

Había montañas, enormes masas de granito que se elevaban a tremenda altura y parecían abalanzarse en su dirección, haciendo que sintiese vértigo. Aunque desde el lugar donde se hallaba no podía ver el sol, el cielo había tomado sobre los picachos un color pálido y enfermizo, como de cobre viejo y gastado, y los riscos aparecían manchados con su lúgubre reflejo. Amanecía... Por consiguiente, había yacido aquí toda la noche. Y aquí había un

estrecho barranco en cuyo fondo se amontonaban los detritos depositados por innumerables corrimientos de tierra; esquistos sueltos y una enorme piedra de borde mellado desprendida de la pared rocosa. Cuando pudo vencer el dolor y volverse para mirar a su alrededor, vio que el barranco terminaba precisamente debajo de sus pies, en una escarpada pendiente que terminaba en lo que parecía ser un camino. ¿Un paso...? Sacudió la cabeza, tratando de despejar su mente. Sentía un ardor terrible en el hombro y en el brazo y comprendió que tenía un hueso roto o tal vez más de uno. Tratando de combatir el dolor, buscó un punto de apoyo y, tras un prolongado esfuerzo consiguió ponerse en pie, agarrándose al borde afilado de la roca. Este movimiento hizo que le diese vueltas la cabeza y oyese en ella fuertes
zumbidos; su estómago reaccionó y otro espasmo de náuseas hizo que se doblase por la mitad y que, durante un rato, se olvidase de todo salvo de su difícil situación. Después del espasmo, empezó a temblar una vez más consciente de que las defensas de su cuerpo se habían debilitado peligrosamente. Ahora estaba de nuevo de rodillas en el suelo, incapaz de levantarse; si había de sobrevivir, tenía que encontrar ayuda. Pero esto parecía no tener sentido; su control se estaba deteriorando y no podía pensar con bastante claridad para decidir lo que tenía que hacer.

El muchacho se volvió en la que creyó que era la dirección del sol naciente. Entonces, lenta, dolorosa y gradualmente, empezó a arrastrarse a lo largo de la cornisa que discurría junto al serpenteante camino de montaña.

Cuando terminó el breve día, supo que iba a morir. Durante interminables horas se había arrastrado como un animal herido sobre la cornisa de esquisto paralela al camino, esperando que terminaría el paso detrás del próximo saliente rocoso y aparecería una aldea, pero sufriendo siempre un amargo desengaño. En lo alto, un tímido sol se había elevado en el cielo, alcanzado su cenit y descendido de nuevo, y ni una sola vez había penetrado en la sombra un rayo de calor. En definitiva, el muchacho había perdido todo contacto con la realidad, y el estrecho mundo del paso de montaña parecía un sueño eterno, sin principio ni fin. Cada recodo parecía igual al anterior; cada risco desnudo y hostil sobre su cabeza, idéntico a los demás. Pero él seguía moviéndose, sabiendo que si se detenía, si admitía la derrota, la muerte vendría, r pida e inexorable. Y no quería morir.

Al fin se dio cuenta de que el paisaje se oscurecía una vez más y, al hundirse el triste día en el crepúsculo, las rocas parecieron acercarse más sobre él, como si tratasen de envolverle en un abrazo final del que nunca despertaría. Pero ahora estaba hablando sin palabras consigo mismo, tratando a veces de reír entre sus resecos labios y, en una ocasión, gritando incluso algún confuso desafío a los riscos. Y mientras se arrastraba, aquel nombre que era su único salvavidas iba resonando en su cabeza.

Tarod... Tarod... Tarod...

Por último llegó el momento en que comprendió que no podía seguir adelante. La última luz se había casi desvanecido y, cuando levantó una mano delante de su cara, apenas si pudo distinguir la pálida silueta de sus dedos. Una roca le cerró el camino y él se acurrucó junto a ella, apretando la cara contra la piedra y escuchando latir la sangre en sus oídos. Había tratado de salvarse y había fracasado. No podía hacer nada más...

Y entonces, entre los latidos de su propio pulso, oyó otro sonido.

Sólo era el débil repiqueteo de una piedra desprendida y rodando sobre el esquisto. Pero él se puso inmediatamente alerta, pues aquel ruido sólo podía significar una cosa: alguien, o algo, se estaba moviendo cerca de allí.

El corazón le latió más aprisa, y cambió de posición para poder mirar en la dirección de la que había venido el sonido. Aguzó los ojos para ver en la creciente oscuridad. Y, precisamente cuando empezaba a pensar que todo habían sido imaginaciones suyas, oyó otro suave repiqueteo de piedra sobre piedra, esta vez un poco más lejos.

Entonces las vio. Tres siluetas, sólo ligeramente más oscuras que el terreno circundante, se movían con cautela. Caminaban erguidas, sus cabezas parecían totalmente cubiertas con gorros o capuchas, y eran seres inconfundiblemente humanos.

La impresión de encontrar seres humanos en el mismo instante en que había renunciado a toda esperanza fue indescriptible, y sólo el dominio que tenía de sí mismo le impidió gritar con las pocas fuerzas que le quedaban. Se inclinó hacia adelante, tratando de levantarse... hasta que su instinto le advirtió que no debía hacerlo.

Algo en la manera de moverse aquellas figuras de las que sólo percibía la silueta hizo sonar una señal de alarma en su mente, diciéndole que no revelase su presencia. Las figuras caminaban cautelosamente a lo largo de la cornisa; vio un brazo levantado, más oscuro que las peñas del fondo; oyó una maldición ahogada al dar alguien un resbalón. El acento le era desconocido... Entonces, bruscamente, a una señal del que parecía ser el jefe, surgieron más figuras de la oscuridad. Conteniendo el aliento y tratando de ignorar los dolorosos latidos de su corazón, el muchacho empezó a contarlas, pero casi antes de que pudiese comenzar, un nuevo ruido desvió su atención.

Cascos de caballo. El ruido sonaba todavía lejos, pero al aguzar los oídos, lo percibió con mayor claridad. Eran varios caballos, aunque resultaba difícil calcular su número porque los ecos resonaban en el paso, y se estaban acercando rápidamente. También los hombres lo habían oído y sus siluetas se pusieron alerta. Algo brilló en la mano de uno de ellos, con un débil resplandor metálico...

El muchacho vio las luces antes de ver los caballos y a quienes los montaban: pequeños y oscilantes puntos luminosos que se acercaban a través del paso como luciérnagas. Tres faroles colgados de la punta de largos palos y que, al acercarse, iluminaron las caras de los jinetes.

Casi todos eran mujeres.

¿Mujeres cabalgando en un lugar tan desierto como éste? Antes de que pudiese ordenar sus pensamientos, vio que las figuras encapuchadas se movían. Comprendió inmediatamente su plan y se dio cuenta de que aquellos hombres eran bandidos: ¡iba a presenciar una emboscada! Las mujeres nada podrían hacer... Un frío más intenso que el producido por el dolor y el agotamiento y la cruda noche penetró hasta la médula de los huesos del muchacho, que se echó más atrás junto a la roca cuando el primer jinete pasó a pocos pies por debajo de él.

El ataque fue rápido y sorprendentemente eficaz. Los bandidos no dieron el menor aviso; saltaron simplemente desde su ventajosa posición como fantasmas que se materializasen en la noche, y tres jinetes y dos faroles cayeron estrepitosamente al suelo mientras los caballos que iban en cabeza se encabritaban y relinchaban aterrorizados. Chillaron las mujeres, un hombre vociferó roncamente, los ecos resonaron en los picos, y a los pocos momentos el estrépito era infernal.

El muchacho observaba, incapaz de moverse, incapaz de apartar la horrorizada mirada del terrible espectáculo. A la luz de un farol que oscilaba violentamente, vio los largos cuchillos de los bandidos y un caballo que caía al suelo. De su cuello manaba un chorro de sangre y emitía un espantoso y débil relincho. Una mujer peligrosamente visible, atrapada en su largo y

embarazoso vestido, trataba de salir a rastras de entre los convulsos cascos del caballo; una figura encapuchada se irguió, de pronto, sobre ella; brilló un cuchillo y el grito de la mujer, si es que gritó, se perdió entre aquel estruendo.

¡Atacar a una mujer... indefensa! El estómago del muchacho se contrajo presa de la terrible emoción que pareció inundar todo su ser. Cerró convulsivamente los puños, incluso el del brazo roto, dando rienda suelta a su indignación y a su furor. Este sentimiento hizo que tuviese ganas de dañar, de matar, de vengar a las víctimas de los bandidos y, a medida que aumentaba este deseo, una exultante sensación de poder se iba apoderando de él, estimulada por su cólera y borrando todas las otras formas de conciencia. Si hubiese tenido tiempo de razonar, se habría dado cuenta de que aquel poder era igual que la fuerza que había matado a Coran; pero ahora la razón estaba fuera de su alcance. Inconscientemente, se puso en pie, lleno su cuerpo de furia reprimida. Levantó un brazo por encima de la cabeza y el mundo pareció volverse carmesí a su alrededor; el jefe de los bandoleros levantó la cara y, por un instante, ésta se le apareció con terrible claridad; una expresión de incredulidad se plasmó en las toscas facciones, donde quedó fijada para siempre, al brotar un rayo de brillo carmesí de los dedos del muchacho, con un estampido ensordecedor. El rayo dio de lleno en el bandido, y su cuerpo pareció erguirse al ser alcanzado por un segundo rayo menos intenso, antes de que el escenario se sumiese en la oscuridad y el silencio.

El muchacho se tambaleó peligrosamente sobre sus pies. ¿Qué habia hecho? ¿Qué le había ocurrido? La oleada de poder se había apoderado totalmente de él, pero ahora, agotado en un instante, había dejado solamente un sabor amargo en su boca. De nuevo tuvo ganas de vomitar, pero su estómago estaba vacío, y no podía controlar sus músculos... Por un momento, vio aquellas caras debajo de él, petrificadas de asombro por lo que acababan de presenciar. En alguna parte, pensó que muy lejos, chillaron unos hombres y se oyeron las pisadas de alguien que salía corriendo, resbalando y tropezando. Después, le invadió una ola de oscuridad que subió, menguó y subió de nuevo, esta vez con más fuerza; sintió que le flaqueaban las piernas...

Afortunadamente, le esperaban unas manos cuando cayó de la cornisa al camino.

Tarod... Tarod... Tarod...

Este nombre hizo que empezase a recobrar el conocimiento. Trató de abrir los ojos, pero el menor movimiento le causaba un intenso dolor y renunció a su intento.

Tenía la lengua hinchada y pesada, irritada la garganta, pero no podía hablar para pedir agua. Si es que había alguien que pudiese oírle...

Pero sí que había alguien. Podía sentir su presencia, o mejor dicho, sus presencias, moviéndose sin ruido a su alrededor. Y ya no yacía sobre el frío esquisto, sino envuelto en una tosca tela que calentaba su cuerpo. La sensación de hallarse rodeado... Una sombra pasó sobre sus párpados y de nuevo trató de abrirlos, y de nuevo fue incapaz de hacerlo.

Tarod... Tarod... Tarod... Esta vez su mente registró otras palabras; voces graves, físicas, reales.

-Y yo te digo, Taunan, que el muchacho está gravemente herido. ¿Quieres que muera durante el camino? Mi Residencia está a menos de media jornada de aquí...

-Comprendo tu preocupación, Señora, y la comparto. -Esta vez era una voz masculina-. ¡Pero ya has visto lo que ha pasado! Ha dado pruebas de un poder... –pareció no encontrar de

momento la palabra-, de un poder... ¡inaudito! No; si alguien puede curarle, es nuestro médico. Debo llevarlo a la Península.

La mujer se mantuvo en sus trece.

-Será llevado allí cuando esté curado. A menos, naturalmente, que lo reclame su clan.

El muchacho, horrorizado, quiso protestar, decirles que no pertenecía a ningún clan y que nada en el mundo podía inducirle a volver a Wishet. Sintió un enorme alivio cuando el hombre replicó:

-¡Vendrá conmigo ahora! Maldito sea su clan... Nadie puede engendrar semejante prodigio y esperar que el Círculo se encoja de hombros. ¡Que Aeoris nos ampare! Cuando Jehrek se entere de esto...

-Probablemente hará que le sirvan tu cabeza hueca en una bandeja de plata por tu descuido, si es que conozco al Sumo Iniciado -repuso agriamente la mujer.

¡Iniciado! El muchacho consiguió lanzar una exclamación e, inmediatamente, otra voz femenina, más suave y más joven, habló cerca de su oído:

-Señora... Taunan.. creo que está volviendo en sí.

El hombre juró en voz baja.

-Gracias, Taunan, pero debo recordarte que hay Novicias presentes -le zahirió la mujer mayor-. Y ahora, Ulmara, déjame ver al muchacho. ¡Oh, sí! Está recobrando el conocimiento, aunque trata de disimularlo. –El oyó un susurro de ropa y sintió una segunda presencia a su lado y un débil olor a hierbas desconocidas-. ¡Y pensar que, de no ser por él, podríamos estar todos muertos...! ¿Puedes oírme, chico?

Algo en su voz, firme pero amable, hizo que el muchacho quisiera desesperadamente responder, pero sus cuerdas vocales se negaron a obedecer su voluntad.

-Agua, Ulmara. Allí hay una vasija; creo que no se ha roto.

Le acercaron algo frío a los labios y lo engulló convul sivamente. El agua tenía un sabor extraño pero le sentó bien, y al fin notó que su garganta y su lengua empezaban a desentumecerse.

-Muy bien -dijo, satisfecha, la mujer-. Y ahora, ¿puedes hablar? ¿Puedes decirnos tu nombre?

¿Su nombre? El no tenía nombre, ya no lo tenía, y esta idea hizo renacer su miedo. Irreflexivamente, trató de moverse, y el dolor que esto produjo en el hombro y en el brazo fue tan fuerte que lanzó un gemido y se dejó caer de nuevo.

-¡Por el buen Aeoris, Taunan, la herida se ha abierto de nuevo! Tráeme un paño, Ulmara, ¡de prisa! Sí, sí, ése irá bien, ¡no importa que se ensucie!

Aplicó un paño mojado en su hombro, y su frescura fue como un bálsamo contra el fuego que parecía que iba a quemarle la carne. Más calmado, se preguntó qué podía decirles, y al fin, en medio de su confusión, recobró la voz. Pero no pudo articular la palabra que quería decir; en cambio murmuró:

-Bandidos...

El hombre lanzó una exclamación que podía ser de sorpresa o de regocijo.

-¿Los bandidos? Se fueron, muchacho. Echaron a correr como chiquillos ante un Warp; todos, menos el jefe, que se quedó en el camino, gracias a ti.

-¡Taunan! -le replicó la mujer.

Taunan rechazó su protesta:

-El sabe lo que le hizo a aquel cerdo y lo que quedó de él, ¡y también debe saber que con ello nos salvó la vida!

-Sin embargo, puede estar impresionado y no es bueno recordárselo.

-No le hará ningún daño. -Una mano tocó la frente del muchacho. Es fuerte, Señora..., creo que más fuerte que tú y que yo y que cualquiera de nuestros conocidos. Un tipo raro, y no me equivoco.

Algo en la conciencia del muchacho se rebeló contra aquella palabrería; hablaban de él como si fuese un pedazo de carne inanimada que podían examinar y diseccionar a su antojo. ¿Qué había hecho él? Ahora no podía recordarlo... Apretó los dientes, hizo un tremendo esfuerzo para vencer el dolor y abrió los ojos.

De momento, no pudo enfocar la escena, sino que ésta siguió siendo un revoltijo de bultos amorfos y de colores sin color. Despu,s vio que, a sólo un paso de distancia, había una pared de lona y, sobre su cabeza, un techo del mismo material. Estaba en una tienda o, al menos, en un tosco refugio construido a toda prisa. Y este mundo reducido, como un capullo, era tranquilizador; se sentía, contra toda lógica, a salvo de la noche que acechaba fuera. Pestañeó y alguien le frotó suavemente los párpados con un paño mojado, y al fin se aclaró su visión y pudo ver las caras de sus acompañantes.

La mujer que estaba arrodillada a su lado era mayor de lo que daba a entender su enérgica voz. Tenía larga y huesuda la cara, pálida la tez, y los ojos de un azul desvaído. No podía verle los cabellos, peinados hacia atrás y cubiertos por una toca blanca de lino, y llevaba el hábito distintivo de las Hermanas de Aeoris sobre lo que parecía ser un tosco vestido de viaje. Cuando sonrió, mostró que le faltaban varios dientes, y la luz del farol, que iluminaba débilmente el escenario, suavizó las profundas arrugas de su cara. Otros personajes se movían a su alrededor, y vio una muchacha pocos años mayor que él, de facciones más redondas y suaves, y que le miraba con los ojos muy abiertos. Otras dos mujeres le observaban desde lejos; también ellas llevaban hábitos blancos, desgarrados y manchados después del ataque de los bandidos, y una de ellas tenía un brazo vendado y doblado en un ángulo extraño. La intuición le dijo que era la que había visto tratando de alejarse a rastras, la que había sido atacada por el bandido. Se alegró de que hubiera sobrevivido sin sufrir lesiones graves. El muchacho le sonrió, pero, antes de que ella pudiese responderle, el hombre cuya voz había oído se interpuso entre los dos. Era alto y delgado, y sus cabellos de un castaño claro parecían mal cortados y le llegaban hasta los hombros. También sus ojos eran claros, flanqueando una nariz aguileña, y algo en su expresión decía que el muchacho significaba, para Taunan, mucho más de lo que habían dado a entender sus primeros comentarios.

Ahora, Taunan se sentó en cuclillas y se inclinó hacia adelante.

-¿Puedes verme, muchacho? -preguntó.

Haciendo un esfuerzo, el chico asintió con la cabeza y se mordió el labio con tal fuerza que de nuevo sintió una punzada de dolor.

-No te muevas más de lo necesario -le aconsejó la vieja-. Has perdido mucha sangre y estás débil. Pero aquí estás a salvo. Los bandidos se han marchado hace rato.

Y miró hacia abajo, para indicar a Taunan que no debía hacer más comentarios al respecto.

Taunan desvió la mirada y volvió a fijarla en el muchacho.

-Estamos en deuda contigo, jovencito -dijo seriamente-. Y la pagaremos, si podemos. ¿Cómo te llamas y cuál es tu clan?

El muchacho hubiese querido decirle a Taunan la verdad, pero el cansancio le obligó a morderse la lengua.

-O no lo sabe, o no quiere que nosotros lo sepamos -murmuró Taunan. No había pretendido que el chico oyese sus palabras, pero éste las oyó a pesar de todo-. O puede ser un niño abandonado; no es más que huesos y piel.

La vieja suspiró.

-Sí..., y esto es aún más peligroso, después de la herida que ha sufrido. Si por lo menos tuviésemos algo para alimentarle; un poco de leche...

-¿Leche? -Taunan lanzó una breve risa que era como un ladrido-. Señora, no encontrarías leche aunque estuvieses un día cabalgando alrededor de este agujero infernal. Lo mejor que podemos hacer por él es darle agua salobre y algunos bocados de las provisiones que llevemos, si es que puede tragarlos, cosa que dudo.

El muchacho sintió que su mente empezaba a divagar, desprendiéndose del tranquilo escenario del refugio. Era una sensación peculiar, como flotar en una nube de aire húmedo, y relajó lo bastante sus sentidos para prolongar aquella sensación un poco más, hasta que Taunan se inclinó de nuevo sobre él.

Al moverse el hombre, algo que brillaba en su hombro derecho llamó la atención al chico, y cuando éste lo miró se le aceleró el pulso. Era un broche de oro, una insignia que formaba un círculo perfecto, partido en dos mitades por un rayo en zigzag. Había visto una vez uno de estos broches, en una ilustración... ¡Era la insignia de un Iniciado!

Contra todas las probabilidades, ¡parecía que sus salvadores eran los servidores del propio Aeoris! Si al menos pudiese...

Presa de la angustia, trató impulsivamente de incorporarse. Taunan le agarró cuando empezaba a sentir náuseas como reacción al dolor, y cuando le reclinaron de nuevo sobre el montón de abrigos y capas que le servía de cama, sintió como si todo el mundo fuese un torbellino escarlata de tortura, que daba vueltas a su alrededor. Taunan lanzó otro juramento, y le dieron más agua; pero esta vez, cuando se mitigó el dolor, persistió el agitado latido en sus venas, sin que hubiese manera de calmarlo. Cuando abrió una vez más los ojos, todo lo

que vio, la tienda, las dos mujeres, Taunan, estaba rodeado de un aura temblorosa y de vivos colores.

-No podrá resistir mucho tiempo, Taunan -dijo, preocupada, la vieja. Parecía estar hablando desde muy lejos, en un espacio vacío-. Por muy fuerte que sea su constitución, ha sufrido demasiado. ¡Y no es más que un niño! Si perdemos más tiempo, cualquier decisión sobre el lugar al que debemos llevarle será inútil.

¿Iba a morir? El no quería morir...

Tarod... Tarod... Tarod... El nombre secreto volvió inesperadamente a su memoria, pillándole desprevenido. El delirio se estaba apoderando de él, aunque trataba de combatirlo; estaba en el límite entre la consciencia y la ilusión, y cada vez le resultaba más difícil distinguir entre una y otra.

Tarod... Tarod...

La vieja se puso en pie, alisando la falda de su hábito y contrayendo los entumecidos dedos de los pies dentro de las gruesas botas de cuero.

-Creo que tienes razón, Taunan. El muchacho está muy mal y, como tú has dicho, si alguien puede curarlo es vuestro médico. En la Residencia no tenemos gente tan hábil como Grevard. Si puede salvarse, el Castillo le salvará.

¿El Castillo? La palabra despertó un recuerdo en lo más profundo de la mente del muchacho, algo que necesitaba articular. Sólo estaba consciente a medias, al borde de una inquietante pesadilla, pero tenía que encontrar fuerzas para decirlo antes de que las alucinaciones le impidiesen hacerlo.

-Tarod.

Le sorprendió la claridad de su propia voz y le agradó el momentáneo silencio de asombro que se hizo.

-¿Qué ha dicho? -preguntó Taunan en voz baja.

-No lo sé..., parecía un nombre. ¿Tal vez el suyo? –el muchacho sintió que la vieja se acercaba-. ¿Qué has dicho, niño? ¿Tu nombre? ¿Puedes decirlo otra vez?

-Tarod...

Esta vez lo oyeron mejor, y Taunan repitió la palabra.

-Tarod..., no sé qué significa, pero...

-Puede ser su nombre -concluyó la vieja-. Tiene que serlo. Se llama Tarod.

El muchacho se estaba hundiendo en el abismo que le alejaba de la realidad. Pero al cerrar los ojos sonrió confirmando las palabras de la anciana, y en esta confirmación había satisfacción y alivio.

El crepúsculo de principios de primavera era frío y silencioso. En estas lejanas latitudes del norte, el sol nunca subía muy alto y, al ponerse, era un hinchado globo carmesí, viejo, agotado y triste. Al salir con Taunan del paso de montaña que separaba la Península de la Estrella del resto del mundo, la dama Kael Amion, superiora de la Hermandad de Aeoris, contempló la improvisada camilla que transportaban los caballos. No era un sistema muy adecuado para trasladar a un niño herido, pero no había alternativa, si querían llegar pronto a la Península de la Estrella. Y por la gracia de Aeoris, pensó, por lo menos el muchacho seguía vivo. Recordó, temblando, la manera en que había delirado mientras se preparaban para el viaje, y la inquietud que había visto en las caras de Ulmara y de las otras mujeres cuando las había despedido para que terminasen solas el trayecto hasta la Residencia de la Hermandad en la Tierra Alta del Oeste. Las había animado diciéndoles que, con toda seguridad, la historia de los misteriosos poderes del muchacho se propagaría como un incendio en pleno verano, y que ningún bandido se atrevería a acercarse al distrito durante muchos días; pero, de todos modos rezaba en silencio para que llegasen sin tropiezos a su destino. Cabalgaba hacia el Castillo para cumplir con su extraña misión, todavía no muy segura de por qué la había aceptado. . .

Taunan, percibiendo su inquietud, miró también al chico. También él había dudado de si debían dejar que las otras mujeres continuasen solas su camino, pero había creído que no había alternativa. Después de lo que había presenciado en el puerto de montaña, la prioridad estaba clara, y no estaba dispuesto a que un grupo de Novicias parlanchinas retrasase su marcha.

Ahora las montañas habían quedado a su espalda, oscuras y gigantescas, desafiando al sol y proyectando una sombra siniestra sobre los dos personajes a caballo. Sus monturas habían avanzado sobre el terreno pedregoso de las laderas más bajas y, delante de ellos, estaba el punto de destino de su viaje: la Península de la Estrella.

La Península de la Estrella era la punta de tierra más septentrional de todo el mundo; un pequeño pero espectacular montón de peñas de granito que se adentraba en un mar frío y hostil. Ni siquiera los más curtidos pescadores navegaban por aquel mar, y Taunan dudaba mucho de que algún día los hombres se atreviesen a explorarlo. Nacido y criado junto al mar comprendía la mezcla de miedo y amor que sentían los pescadores por el elemento del que dependían sus vidas. Si las cosas hubiesen ido de otro modo, ,l mismo habría podido ser pescador, desafiando el poder del mar, que daba la vida o la muerte a su antojo...

Intentó librarse de estos pensamientos. La Península siempre le afectaba de esta manera cuando regresaba a ella después de una ausencia de más de un día o dos; su primera visión de la punta de tierra verde-gris que se extendía hacia lo lejos partiendo del pie de las montañas, y de las grandes olas que viniendo desde el norte rompían y se disolvían contra las rocas a cientos de pies más abajo, todavía le producía una emoción que ni siquiera su antigua familiaridad con el paisaje podía disipar. Desde aquí era difícil distinguir el pináculo de rocas que se elevaba en el extremo de la Península; la niebla de la tarde y el sol vespertino lo oscurecían. Pero sintió la impresión familiar de volver a casa. Y la convicción de que aquella casa era la estructura más conocida y respetada (e incluso más temida, se dijo) del mundo, seguía produciéndole un escalofrío de orgullo.

Kael Amion aprovechando el ensimismamiento de Taunan, desmontó y se arrodilló sobre la húmeda hierba para observar más de cerca al joven que transportaban. A primera vista, parecía que el muchacho estaba dormido, pero algunas señales inequívocas le advirtieron que no era un sueño normal. El muchacho tenía la cara sudorosa y las mejillas coloradas, y la respiración era superficial e irregular. Sospechó que estaba en coma y rezó en silencio a Aeoris para que Grevard, el viejo médico del Castillo, pudiese hacer algo por él.

Taunan se volvió en su silla para observar al niño.

-¿Cómo est ? -preguntó.

Kael Amion sacudió la cabeza y montó de nuevo a caballo.

-Mal. Y cuanto más nos demoremos aquí, menores serán sus probabilidades de salvación.

Un viento del noroeste les alcanzó cuando dejaron el refugio de las montañas y empezaron a cabalgar por el breve trecho cubierto de césped primaveral que les separaba de la Península. Como le daba vértigo la altura, Kael mantuvo la mirada fija en el suelo a pocos pasos delante de ella, volviéndose sólo ocasionalmente a mirar atrás, para comprobar el buen estado de la camilla oscilante. La Península era una lengua de tierra vacía y desierta, sin un solo árbol o arbusto, un abandonado montón de peñascos; y una vez más, se preguntó qué mente trastornada había podido elegir este lugar para levantar una fortaleza, cuando podía haberla construido en cualquier otro paraje del mundo. Pero el Castillo había sido edificado antes de que empezase la Historia conocida, si los relatos eran verdaderos, y nadie podía ni quería imaginarse los oscuros móviles de los Ancianos.

Sólo tenían que avanzar media milla más, bajando una suave ladera, para llegar al extremo de la Península. Aquí estaba el final de su viaje y la parte del mismo que Kael temía más: el paso por el puente natural que les llevaría hasta el Castillo. Mucho tiempo atrás, la tierra en la que se elevaba el Castillo había formado parte integrante de la Península, pero, a lo largo de los siglos, el mar había aprovechado una falla en el estrato rocoso para erosionar el granito, hasta que éste había cedido al incesante golpeteo de las olas.

Ahora, la punta estaba unida a tierra firme sólo por un puente natural de roca peligrosamente estrecho y que formaba un gran arco entre aquélla y ésta. Cada vez que
cabalgaba sobre este arco, a Kael se le revolvía el estómago de pensar que sólo aquel desgastado puente la salvaba de una caída de casi mil pies a un mar siempre hambriento.

Dominando su miedo, miró hacia adelante en dirección al inicio del puente, señalado por dos montones de piedras. Levantando la voz para hacerse oír sobre el viento y el mar, dijo a Taunan:

-¿Es el puente lo bastante ancho para que podamos pasar los dos con la camilla?

-Es lo bastante ancho para cuatro, Señora, pero no más.

Haciendo pantalla con la mano para resguardar sus ojos del sol poniente, Kael miró hacia el extremo del puente, tratando de no pensar en lo estrecho que era y lo frágil que parecía. Ahora podía ver el montón de peñascos con más claridad y, como siempre, sintió un momentáneo escalofrío al no percibir, ni siquiera de tan cerca la menor señal del Castillo. Nadie conocía del todo el secreto de la barrera amorfa que separaba el Castillo de la Península de la Estrella del resto del país; se creía que la estructura del Castillo comprendía una dimensión adicional, pero desde la caída final de los Ancianos, ningún Adepto había conseguido descubrir el enigma. Empleaban el Laberinto (éste era el nombre por el que era conocido) para mantenerse a resguardo de toda curiosidad, pero no acababan de comprender cómo debían utilizarlo.

Kael sonrió torciendo el gesto. Había que pasar por allí; mejor era hacerlo en seguida y acabar de una vez. Espoleando ligeramente los flancos de su montura, la obligó a avanzar en línea con Taunan y sintió el débil tirón del improvisado arnés cuando la camilla se puso en

movimiento. Todo el cielo era ahora, en el crepúsculo, una cúpula de luz roja como la sangre, y su reflejo en el mar hacía que éste pareciese una infinita y palpitante sábana de acero fundido. Si hubiese mirado hacia el oeste, habría podido distinguir las peñas y los islotes frente a la costa de la provincia de la Tierra Alta del Oeste, que parecían pequeños carbones negros en un escenario de fuego carmesí; mientras que, hacia el este la larga línea de la costa se perdía en la creciente oscuridad.

Kael Amion no miró una sola vez ni al este ni al oeste. Sujetando con más firmeza las riendas con una mano, y agarrando disimuladamente el pomo de su silla con la otra, suspiró profundamente cuando los dos caballos entraron juntos en el vertiginoso puente.

CAPITULO 3

Cruzado el puente sin tropiezos, Kael Amion y Taunan espolearon sus caballos para adentrarse en el prado que se extendía ante ellos. Para quien visitaba por primera vez el lugar, pensó Kael, éste solía ser el momento peor, cuando llegaba sano y salvo a los peñascos y no veía aún la menor señal del Castillo, y por esto se alegró de que el muchacho no hubiese recobrado el conocimiento.

Taunan señaló una conocida mancha oscura en el césped delante de ellos, y los dos jinetes condujeron cuidadosamente sus caballos sobre ella, asegurándose de que ni una sola vez rebasaran sus límites. Y mientras la cruzaban, empezó a producirse el cambio.

Un cambio gradual, sutil, pero seguro. La hierba pareció desviarse hacia un lado, haciendo que Kael pestañease, momentáneamente desorientada. Y entonces vio, justo delante de ella, algo que, un momento antes, parecía no haber existido.

La vasta silueta de un edificio, silencioso y helado, tan negro que absorbía la poca luz que ahora quedaba, se erguía enorme dominante. En cada uno de los cuatro puntos cardinales, se levantaba una torre gigantesca, y un arco había sido cortado en la piedra negra para servir de entrada, cerrada ahora por una gruesa puerta de madera. Kael sabía lo que vendría y contuvo el aliento cuando, con un suave y apenas audible sonido a sus espaldas, se desvaneció el mundo exterior (camino, puerto de montaña, puente natural) como si se hubiese cerrado sobre él una puerta invisible, y sólo quedasen el promontorio y el mar inquieto que lo rodeaba.

Les envolvió el silencio. Incluso el estruendo de las olas se había extinguido, y el cielo de oriente se oscureció y el lejano horizonte se confundió con la noche. Kael se obligó a recordar que estaban todavía en el mundo que ella conocía; las peculiaridades del Castillo habían alterado simplemente una fracción del tiempo y del espacio. Una precaución útil, en determinadas circunstancias.

Tarod se volvió, de pronto, en la camilla y gimió, como molesto por el cambio. Kael, al oírlo, hizo una seña a Taunan, y ambos espolearon sus caballos.

Mientras cabalgaban en dirección a la imponente mole del Castillo, una forma pequeña, apenas visible a la luz menguante del crepúsculo, se destacó de las sombras que rodeaban la puerta y saltó rápidamente sobre la hierba en su dirección. Taunan sonrió al reconocerla.

-Nuestra llegada no ha pasado inadvertida -dijo-. Es el gato de Grevard.

Aquel bulto se convirtió ahora en un pequeño felino gris de brillantes ojos amarillos, que se volvió al alcanzarles y corrió junto al caballo de Taunan. Esos gatos eran originarios de las regiones del norte y, aunque tendían a ser salvajes, eran también grandes oportunistas que a menudo se introducían en las colonias humanas. Varias docenas de ellos, medio domesticados, vivían en el Castillo y sus alrededores, y el médico Grevard, al igual que otros, había adoptado uno de ellos como animal de compañía. Los gatos tenían aptitudes telepáticas y, con paciencia, podían ser empleados como útiles mensajeros, aunque las diferencias entre la conciencia de los humanos y la de los felinos hacían que la comunicación no fuese muy fiable. Kael notó cómo aquella criatura sondeaba su mente un instante antes de volver su atención a la de Taunan.

-¿Puedes persuadirle de que avise a Grevard que le necesitamos? -preguntó Kael, esperanzada.

-Tendré que intentarlo.

Taunan miró al gato; éste vaciló, levantó una pata y, un segundo más tarde, volvió corriendo al Castillo. Taunan le miró alejarse y se encogió significativamente de hombros.

Pero, por lo visto, el gato había transmitido el mensaje, pues la puerta empezó a abrirse. Brilló una luz débil en el interior, el arco pareció dilatarse y, de pronto, el sordo rumor de los cascos de los caballos sobre el césped dio paso a un fuerte y sonoro repiqueteo cuando pisaron las losas del patio principal.

El escenario en que se hallaban ahora ofrecía un vivo contraste con el tétrico exterior del Castillo. El vasto patio, cuadrado y embaldosado, estaba rodeado por todos sus lados de unos altos muros por los que se encaramaban a su antojo las parras y las enredaderas. Aquí había luz; un suave resplandor ambarino de cientos de ventanas que se abrían en las negras paredes, dando a la escena un aire etéreo. En el centro del patio manaba una adornada fuente, cuya agua captaba la luz y la desparramaba en cascadas de diminutos puntos luminosos. Más allá de la fuente, una escalinata flanqueada a ambos lados por sendas columnatas, conducía a la puerta de entrada. La paz, la tranquilidad y la estabilidad del escenario conmovieron, como siempre, a Kael, que sintió una vez más el orgullo de ser bien recibida en aquella increíble mansión.

De pronto, la aparición de varias personas que salían a recibirles, rompió el hechizo. Kael reconoció entre ellas a una mujer de edad mediana, menuda, ligera y de cabellos rubios.

-¡Themila!

La Hermana se apeó sonriente de su montura y correspondió al abrazo de la mujercita.

Themila Gan Lin, Iniciada del Círculo, besó a su vieja amiga en ambas mejillas.

-Querida mía, ¿cómo es que has vuelto tan pronto? ¿Pasa algo malo?

Y entonces vio la camilla.

Kael le explicó lo ocurrido, con las menos palabras posibles, y Themila se inclinó sobre el muchacho inconsciente.

-¡Pobre chiquillo! Hiciste bien en traerle directamente aquí, Kael.

-Aquí está Grevard -dijo Taunan, aliviado.

El médico se abrió paso entre el grupo que habían formado los curiosos del Castillo, saludó con distraída cortesía a Kael y a Taunan, se agachó junto a la camilla y miró al muchacho, palpando ligeramente su brazo con dedos prácticos.

-El hueso ha sufrido una grave fractura y la fiebre es alta -dijo-. El gato me avisó de que el chico estaba muy mal, y parece que no se equivocó.

-¿Pudo decirte todo esto?

-En momentos así, estas criaturas son muy útiles, Señora. -Grevard sonrió, al ver la sorpresa de Kael-. Gracias a mi gato, están ya encendiendo fuego en una de las habitaciones libres. Bueno, veamos si podemos trasladarle en su camilla sin causarle demasiadas molestias.

La actitud decidida y experta del médico tranquilizó a Kael, que observó cómo dos hombres, dirigidos por Grevard, levantaban la camilla y la introducían por la puerta principal. Después se vio rodeada de gente curiosa que quería saber la identidad del desconocido. Los forasteros eran raros en el Castillo, a menos que se celebrase alguna fiesta oficial, y todos los esfuerzos de Themila para atajar las preguntas y llevarse a Kael de allí fueron vanos, hasta que al fin la llegada de otro personaje acalló la algarabía.

El recién llegado tenía el rostro aguileño, ojos perspicaces, cabellos peinados hacia atrás y grises en las sienes, y al oír su voz, todos guardaron respetuoso silencio. Como Taunan y Themila, llevaba una insignia sobre el hombro, pero ésta era un doble círculo concéntrico, dividido por un rayo igual. Era Jehrek Banamen Toln, el Sumo Iniciado en persona, el jefe del Círculo.

-Kael, ¡qué inesperada sorpresa! -La sonrisa de Jehrek era afectuosa, suavizando las duras facciones de su semblante-. Grevard me ha dicho que encontraste un niño que necesitaba sus cuidados.

Taunan, que había permanecido incómodamente en pie junto a su caballo, habló ahora:

-Hay algo más, Señor. Si puedo hablar contigo...

El Sumo Iniciado frunció el entrecejo.

-Claro que sí, Taunan, si es algo que tengo que saber. Pero...

Antes de que pudiese seguir hablando, fueron interrumpidos por un muchacho de largas piernas que bajó corriendo la escalinata y a punto estuvo de chocar con el Sumo Iniciado. Jehrek se volvió hacia él.

-¿Qué modales son éstos, Keridil? Te he dicho otras veces que. . .

El muchacho, que tenía aproximadamente la edad de Tarod, sonrió descaradamente.

-Discúlpame, padre. Pero he visto la camilla y quiero saber lo que ha pasado.

Los cabellos de un castaño claro y los ojos también castaños de Keridil debían parecerse mucho a los de Jehrek en su juventud, y Taunan disimuló una sonrisa al preguntarse, irreverente, si el Sumo Iniciado habría sido tan ingenuo a su edad.

-Sea lo que fuere, no es de tu incumbencia, de momento -dijo severamente Jehrek a su hijo. Taunan y yo tenemos que hablar de ciertos asuntos.

-Entonces, ¿puedo ayudar a Grevard a cuidar al recién llegado?

-¡Claro que no! Grevard ya tiene bastante quehacer, sin que se entrometan los niños en su trabajo. Si quieres servir de algo, puedes acompañar a la Señora Kael Amion al comedor y darle algo de comer. -Y, mientras Keridil trataba de disimular su contrariedad, el Sumo Iniciado hizo una reverencia a Kael-. Si nos disculpas...

Kael sonrió y asintió con la cabeza, permitiendo que Themila la asiese del brazo, y observó cómo se alejaban los dos hombres por el patio.

Jehrek Banamen Toln se retrepó en su sillón tapizado y contempló la pequeña lámpara votiva que ardía constantemente en una mesa junto a la ventana. A la débil luz de la estancia, Taunan pensó que parecía tenso.

-Esta historia no me gusta, Taunan -dijo lentamente Jehrek-. Un niño que puede tener tanto poder...

-No creo que él se diese cuenta de que podía ejercerlo, Señor. Ciertamente, no tenía idea de lo que era.

Jehrek sonrió débilmente.

-En esto no es el único.

-Desde luego, no. -Taunan rebulló incómodamente en su sillón-. Pero es indudable que el muchacho tiene poder, y un talento innato para emplearlo.

-Y tú vas a decirme que necesitamos más que nunca este poder. Lo sé, Taunan; lo sé.

-Los Warps son cada vez más frecuentes y más imprevisibles. Se está tramando algo en el mundo; algo que nos amenaza. Y no podemos descubrir la causa.

Jehrek dirigió una aguda mirada a aquel hombre más joven que él, y Taunan se sonrojó al darse cuenta del error que había cometido al querer decir al Sumo Iniciado lo que éste sabía demasiado bien.

-De momento, esto es irrelevante -dijo Jehrek-. Lo que ahora me preocupa es el muchacho. En primer lugar, ¿qué estaba haciendo en aquel agujero infernal?

-Todavía no ha hablado de ello -dijo Taunan-, pero yo sospecho algo. No sabemos nada de su clan, ni de qué parte del mundo ha venido. Si ha exhibido esta... facultad antes de ahora, cosa que parece muy probable, bueno..., la gente es supersticiosa. Los de su clan pudieron reaccionar desfavorablemente...

-¿Y prefirió rehuir posibles dificultades? Sí, tal vez sí. Cuando se recupere, tendremos que averiguar la verdad. Mientras tanto, Taunan, te diré que hiciste bien en salvar al muchacho. Nosotros necesitamos sangre nueva... con tal de que sea limpia.

-El no sabía lo que estaba haciendo, Jehrek. ¡Estoy seguro !

El Sumo Iniciado hizo un ademán tranquilizador.

-Desde luego, desde luego; no lo discuto. Solamente que...

-¿Señor?

-¡Oh, nada! Atribúyelo a las fantasías peculiares de un viejo que ha pasado demasiado tiempo dentro de estas cuatro paredes. -Jehrek se levantó, dando a entender que la entrevista tocaba a su fin-. Confío en tu buen criterio, Taunan; tal vez más de lo que confío en el mío en estos días. Creo que estoy perdiendo facultades. Pero... vigila al muchacho, amigo mío.

-Lo haré. -Taunan se dirigió a la puerta, la abrió y se volvió con una ligera sonrisa en el semblante-. No regatearemos esfuerzos para averiguar cuál es todo su poder, Jehrek. Y, si no me equivoco, ésta será la causa de su triunfo.

Salió, cerró la puerta a su espalda, y Jehrek Banamen Toln habló a media voz al aire vacío:

-O la ruina de todos nosotros. . .

-Tarod..., Tarod, ¿me oyes?

Tarod se volvió en la cama, sorprendido por el tono grave de la voz de la mujer. La de su madre era aguda, casi estridente. Raras veces le hablaba con tanta dulzura y no conocía su nombre secreto...

Abrió los ojos verdes y a punto estuvo de gritar cuando recorrió con la mirada la desconocida habitación. Paredes oscuras, muebles lujosos, la extraña luz rojiza que se filtraba por la ventana y proyectaba sombras inquietantes: ¡ésta no era su casa!

Y, entonces, al desvanecerse los últimos vestigios del sueño, recordó.

Themila Gan Lin sonrió cuando su mirada se cruzó con la del chico. Desde luego, era un muchacho extraño, un intrigante enigma. Durante los últimos siete días había hablado en su delirio sobre tres cosas: un Warp, unos bandidos y alguien llamado Coran. Pero ahora su hombro se estaba curando y la fiebre había desaparecido. Tal vez se descubriría al fin el misterio.

-Veamos. -Se acomodó sobre la cama y tomó la mano de Tarod-. Soy Themila Gan Lin, y estoy aquí para cuidarte. Sabemos que tu nombre es Tarod, pero ¿cuál es el de tu clan?

Una mirada extraña y dura se dibujó en los ojos del muchacho, que dijo:

-Yo no tengo clan.

-¿No tienes clan? Pero seguramente tu madre...

¿Su madre? Ella le creía muerto, perdido en el Warp, y esto hacía que estuviese más seguro. Además, ella estaría mejor sin él...

-No tengo madre -dijo.

Aquí había algo más, algo que tal vez nadie llegaría a saber nunca, pensó Themila. Recordando la conversación que había sostenido con Jehrek pocos días antes, cuando habían discutido las extrañas circunstancias del descubrimiento del muchacho, decidió no insistir en la cuestión. Estaba a punto de preguntar al niño si tenía hambre cuando una mano delgada asió su brazo con sorprendente fuerza.

-¿Es esto el Castillo?

-¿El Castillo de la Península de la Estrella? Sí, lo es.

Un fuego interior iluminó los ojos verdes.

-Vi a un hombre... Era un Iniciado...

Themila pensó que empezaba a comprender. Y si las sospechas de Jehrek eran acertadas, coincidían con la imagen que ella empezaba a formarse del muchacho. Amablemente, dijo:

-Este es el hogar del Círculo, Tarod. Muchos de nosotros somos Adeptos. Mira.

Y con su mano libre señaló uno de sus hombros.

Tarod se quedó sin respiración al ver la ahora familiar insignia en el ligero chal de Themila Gan Lin. Por consiguiente, no lo había soñado en su delirio... Recordó los chismes y rumores que había oído acerca del Castillo y de lo que pasaba en él: hechicería y magia negra, conocimientos y poder secretos. En su tierra natal, la gente temía al Castillo, pero Tarod no tenía miedo. Aunque pareciese imposible, el fantástico sueño que había acariciado en su vida anterior, de huir y encontrar la fortaleza de los Iniciados, se había hecho realidad. No estaba muerto; su alma no había sido condenada a ser arrastrada para siempre por el Warp; antes al contrario, la tormenta le había traído hasta aquí, como si, por alguna razón, lo hubiese querido así el destino. Y confiaba en esta mujer, una Iniciada; sabía que no le maltrataría como habían hecho otros. Estaba en su casa.

De pronto, como tanteando el terreno, dejó que su mano se deslizase hasta tocar los dedos de ella.

-¿Puedo quedarme aquí?

Themila le apretó la mano.

-¡Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, muchacho!

Y pensó, súbitamente turbada: Oh, si; debes quedarte... tanto si quieres como si no...

Aquella tarde tuvo Tarod otra visita inesperada. Keridil Toln, el hijo del Sumo Iniciado, había empleado todas sus zalamerías para persuadir a Themila de que le permitiese llevar la comida al desconocido, y ella, pensando que la amistad podía ser beneficiosa para los dos muchachos, asintió de buen grado. Tarod no estaba acostumbrado a tener compañeros de su edad sin que le censurasen, y al principio le desconcertó la llegada del otro chico, pero el franco entusiasmo de Keridil empezó a romper muy pronto las primeras barreras.

-He estado esperando todos estos días una ocasión de verte -dijo Keridil, y después añadió con absoluta falta de tacto: Todo el mundo habla de ti en el Castillo.

Tarod se alarmó de pronto.

-¿Por qué? -preguntó.

Keridil tomó un pedazo de carne del plato de Tarod, sin pedir permiso, y empezó a devorarlo.

-En primer lugar, es raro que alguien venga a nuestra comunidad desde el exterior. Pero es principalmente por lo que hiciste.

-¿Quieres decir... por lo de los bandidos? -Su recuerdo era todavía confuso, y Tarod se puso súbitamente en guardia-. ¿Qué te han dicho?

Keridil sacudió la cabeza.

-No me han dicho nada. A pesar de que se presume que soy importante, porque se presume que algún día sucederé a mi padre como Sumo Iniciado, también se presume que soy demasiado joven para comprender muchas cosas. -Vaciló y después hizo un guiño. Pero comprendo muchas más cosas de las que ellos se imaginan, y tengo mis propios medios para hacer averiguaciones. Mataste a un bandido cuando Taunan y la Señora fueron atacados. Pero no empleaste una espada ni un cuchillo ni otra arma. ¡Le mataste por arte de hechicería!

¿Hechicería? Esta palabra produjo un escalofrío en Tarod. Aquel sentimiento, aquella fuerza que se había apoderado de su mente y de su cuerpo..., ¿había sido hechicería? ¡Pero él no sabía nada de magia!

-Dicen que no sabías lo que estabas haciendo -prosiguió Keridil, claramente impresionado-. Y por esto vas a quedarte aquí. Mi padre ha estado haciendo toda clase de investigaciones sobre tu clan, pero...

-¡No...!

La súbita vehemencia de Tarod sobresaltó al niño de rubios cabellos, que guardó silencio unos instantes. Después dijo:

-¿Por qué no?

Durante un momento, se miraron fijamente el uno al otro; después Tarod decidió arriesgarse y decirle a Keridil la verdad. Pausadamente, a media voz, respondió:

-Porque fui... condenado a muerte. Por matar a otra persona. De la misma manera que, según dicen, maté al bandido.

-¡Por Aeoris! -Keridil era lo bastante mayor para sentirse asombrado más que impresionado-. ¿A quién...? Quiero decir, ¿fue un accidente?

Nadie en Wishet se había preocupado de hacerle esta pregunta, pensó Tarod, sintiendo un nudo en la garganta. Y se dio cuenta de que podía hablar con Keridil de Coran sin la angustia producida por el miedo y la repugnancia. Como si, al cruzar la barrera invisible entre el Castillo y el mundo exterior, hubiese dejado atrás el pasado. . .

Keridil escuchó gravemente el relato y después silbó entre dientes.

-¡Por los dioses! No es de extrañar que el Círculo te quiera...

Tarod volvió a sentir recelo.

-¿Que me quiera...?

-¡Sí! -Keridil le miró fijamente, y entonces comprendió-. ¿No se ha molestado nadie en explicártelo? Vas a ser educado como Iniciado.

Tarod asintió como si se hundiese el suelo debajo de él.

-¿Voy a...?

Trató de expresar lo que sentía, pero no encontró palabras para hacerlo. Keridil frunció bruscamente los párpados.

-¿No lo comprendes? En primer lugar, te enfrentaste con un Warp y salvaste la vida. ¡Es un presagio increíble! Y en segundo lugar... ¿no te das cuenta de que, probablemente, no hay un solo hombre o mujer dentro de estas paredes capaz de hacer lo que hiciste tú con sólo chascar los dedos?

Tarod se quedó confuso y alarmado.

-Pero los Iniciados..., su poder...

-Oh, existe, sí, y hay personas que pueden ejercerlo. Podría contarte algunas cosas que he visto, y eso que sólo me permiten presenciar los Ritos Inferiores. Pero lo que tú hiciste... Tal vez los Ancianos pudieron emplear esta fuerza con la misma facilidad, ¡pero hace mucho tiempo que están muertos!

-¿Los Ancianos?

Tarod sintió que algo peculiar se agitaba en algún rincón oscuro e inalcanzable de su mente; pero desapareció antes de que pudiese captarlo.

Keridil hizo un expresivo ademán de impotencia.

-Les llamamos los Ancianos porque no tenemos un nombre mejor. Fueron la raza que vivió aquí antes que nosotros, la que construyó este Castillo. Deben haberte enseñado que Aeoris -y aquí hizo Keridil un rápido y reflexivo signo delante de su cara- trajo los dioses a nuestro mundo, para destruir a los partidarios del Caos, ¿verdad?

-Oh... sí.

-Bueno, según los pocos escritos que dejaron los Ancianos y que algunos historiadores como Themila han conseguido descifrar, parece que, para ellos, ¡nuestra ciencia valdría poco más que los balbuceos de un niño de pecho!

Tarod no dijo nada, pero sus pensamientos secretos emprendieron rápidamente un camino inesperado. Por lo visto, los Iniciados del Círculo, estas personas casi legendarias de las que todos hablaban con inquietud, no eran invencibles... y esto le produjo un extraño desasosiego. Y sin embargo... decían que él tenía poder. Posiblemente un poder más grande, a menos que Keridil exagerase, que los más altos Adeptos. Era una idea escalofriante, y, de pronto, ansió saber más.

Pero antes de que pudiese formular una pregunta, Keridil vio algo que no había advertido antes.

-¿Qué es eso? -Había agarrado la mano izquierda de Tarod y tocaba el anillo que llevaba éste en el índice-. Nunca había visto una piedra parecida. ¿Es tuyo?

Tarod retiró la mano y miró celosamente el anillo. Había en él una sola piedra, perfectamente clara, engastada en una gruesa y adornada montura de plata. Como le habían quitado su ropa estropeada y dado otra nueva, esto era lo único que le ligaba al pasado.

-Sí, es mío -dijo sin comentarios.

-¿Dónde lo conseguiste?

-Mi...

Tarod vaciló. Había estado a punto de decir que era un regalo de su madre, pero, en realidad, era algo más. Desde luego, se lo había dado ella el día que había cumplido siete años, pero recordaba que le había dicho que era su herencia, la única herencia, del padre cuya identidad ni ella ni él habían conocido nunca. Desde entonces, nunca se lo había quitado del dedo y, cosa extraña, al crecer él parecía crecer también el anillo, de manera que siempre se adaptaba perfectamente al dedo.

-Si algún día quieres cambiármelo -dijo envidiosamente Keridil-, tengo un zafiro que...

-No. -La negativa fue instantánea y rotunda. Y el muchacho rubio palideció.

-Lo siento, no quería... -y no terminó la frase.

Tarod no contestó. Estaba mirando por la ventana, frunciendo los ojos verdes, como si, detrás de la máscara de su cara, se hubiese sumido en hondas reflexiones. Había algo irreal en aquel patio con su alegre fuente; algo parecido a un sueño, y por un instante se preguntó si iba a despertar y encontrarse de nuevo en Wishet, enfrentándose a una sentencia de muerte. Pero rechazó la idea. Por extraño que fuese el ambiente, el incansable y charlatán Keridil era bastante real. Y a pesar de su innata desconfianza de la gente, sintió una afinidad con el otro muchacho.

-No -dijo-, lo siento, Keridil. No quise molestarte.

Keridil suspiró.

-Me alegro, porque no quisiera perder tu amistad cuando acabo de encontrarla. Hasta ahora, no había tenido ningún amigo de mi edad. Todos los otros muchachos parecen pensar que soy superior a ellos, o algo así, por ser mi padre quien es.

Tarod no había pensado que Keridil, criado en una comunidad tan cerrada, pudiese sentirse solo, y esto le produjo una rara satisfacción: hacía que los dos se pareciesen.

-Pero seremos amigos, ¿verdad? -prosiguió Keridil. Su cara tranquila y franca se puso, de pronto, seria-. Quisiera que así fuese, porque..., bueno, no soy un vidente, pero puedo profetizar que un día seré Sumo Iniciado de esta comunidad, a menos que fracase en la

prueba, cosa que no creo que vaya a ocurrir. Pero sean cuales fueren mis hazañas, sea cual fuere mi poder, pienso que nunca podré igualarme a ti.

Por un fugaz instante, algo en su voz pareció trascender la juventud y la inmadurez, una anticipación de un futuro inconcebible, una verdad que Tarod no podía comprender, pero que sentía agudamente en la médula de sus huesos. Antes de que pudiese hablar, se abrió la puerta de la cámara y apareció Themila.

-Keridil, ¿no te dije que no debías cansar a Tarod con tu charla? -dijo severamente.

Keridil se levantó.

-No le he cansado, Themila -replicó con dignidad-. Sólo estábamos empezando a conocernos.

Themila se echó a reír.

-¡Déjate de tonterías! ¡Es fantástico que el muchacho no pierda la cabeza con tu palabrería! Deberíais estar durmiendo los dos. Mañana tendréis tiempo sobrado para hablar.

Keridil arqueó las cejas mirando a Tarod, se encogió de hombros como disculpándose y se detuvo en la puerta para besar sonoramente a Themila en la mejilla. Cuando el ruido de sus fuertes pisadas se hubo extinguido en el pasillo, Themila se dirigió hacia la antorcha sujeta a la pared por una abrazadera de hierro.

-No tendrás miedo a la oscuridad, ¿verdad, Tarod? -dijo amablemente.

Tarod sacudió la cabeza.

-Gracias. Me gusta la noche.

-Entonces te deseo que descanses. El sueño es ahora para ti el mejor remedio. -Tomó la antorcha. Su sombra se retorció de un modo grotesco en la pared al cambiar la dirección de la luz y, tras una leve vacilación, añadió-. Anímate, muchacho. Aquí no tienes nada que temer.

Tal vez había sido una imaginación suya, pensó más tarde Themila, pero creyó percibir algo ligeramente inquietante en la sonrisa que le dirigió Tarod en la penumbra. Por un momento, los ojos verdes brillaron con luz propia.

-No tengo miedo -dijo suavemente Tarod

CAPITULO 4

-Y así fue como Aeoris, el más grande de los Siete Señores de la Isla Blanca, dio a guardar un cofre a quienes había salvado de los demonios del Caos. Y Aeoris decretó que el cofre fuese símbolo de su protección y que, si el Caos volvía al mundo, pudiese ser abierto por la persona designada como representante de los dioses sobre la tierra, para apelar a todo el poder de los Señores del Orden, para que salvasen de nuevo a su pueblo.

Cuando la voz perfectamente modulada de Jehrek Banamen Toln hubo pronunciado las últimas palabras de la antigua y formal invocación, la multitud que llenaba el patio del

Castillo emitió al unísono un suspiro apagado. Muy tiesos en sus trajes de ceremonia cuyos bordados con hilos de plata y oro reflejaban la luz teñida de escarlata del sol, los Adeptos miembros del Consejo descendieron lentamente la escalinata y caminaron por el pasillo que les abrió la muchedumbre. Jehrek presidía el desfile y su figura era todavía imponente, a pesar de que empezaba a andar algo encorvado por los años y tenía
una ligera artritis en las manos. Detrás de él, los dignatarios visitantes -el Margrave de la provincia de la Tierra Alta del Oeste y las superioras de la Hermandad de Aeoris- ocupaban los lugares de honor, seguidos de los miembros del Consejo por orden de categoría, entre ellos Themila Gan Lin y, a su lado, la alta y vigorosa figura del único hijo del Sumo Iniciado y presunto heredero de su cargo. Al final del pasillo, cerca de la puerta del Castillo, habían sido colocadas siete estatuas de madera, de doble tamaño del natural, y cuyas caras pintadas observaban impasibles el cortejo. Jehrek se detuvo delante de la primera y más grande, miró un momento las severas facciones talladas, se arrodilló con dificultad y tocó con la frente los pies de la estatua. Los dignatarios siguieron su ejemplo y la ordenada multitud se fue acercando, esperando su turno para colocarse detrás del Consejo.

Casi al fondo de la asamblea, en realidad mucho más atrás de lo que correspondía a su rango, un hombre observaba la ceremonia con una expresión tan enigmática como la de las estatuas. Pronto tendría que rendir también él el homenaje debido a las imágenes, pero prefería retrasar lo más posible aquel momento. Y no era que sintiese menos devoción por los Siete Dioses que cualquiera de sus semejantes; nada de eso, pero no podía evitar la débil pero inquietante impresión de que esos actos formales, con toda su pompa y ceremonia, servían más para satisfacer la vanidad de los visitantes que para fines más enjundiosos. Además, en ese momento, necesitaba tiempo para pensar.

Cualquiera que le conociese de antes y no hubiese visto a Tarod durante los diez años que llevaba viviendo en el Castillo de la Península de la Estrella, sin duda no le habría reconocido. Era más alto incluso que Keridil, que superaba en estatura a la mayoría; tenía una complexión vigorosa, de largos huesos, pero era más bien delgado. Su cara había perdido hacía tiempo sus facciones infantiles para convertirse en un rostro de pómulos salientes, fino mentón y nariz estrecha y aguileña, que separaba los ojos verdes y extrañamente felinos; y sus negros cabellos, que nunca se tomaba la molestia de cortarse, eran ahora una mata de pelo enmarañada. Era como si recordando su creencia infantil de que era diferente, hubiese querido acentuar las diferencias en vez de disimularlas, y se apartase deliberadamente de las normas.

Los cambios eran mucho más profundos que la simple apariencia exterior. Del niño medio aterrorizado y medio desafiante que había sido traído al Castillo como un chiquillo abandonado e inexperto, hacía más de diez años, no quedaba más que un vago recuerdo. El clan que le había socorrido de mala gana durante los primeros trece años de su vida le creía muerto desde hacía mucho tiempo (las investigaciones del Sumo Iniciado sobre su pasado habían demostrado que no había nadie dispuesto a reclamarle) y él había renunciado a su antigua identidad y emprendido una nueva vida sin lamentarlo un solo instante. Ahora había un conocimiento y una comprensión en sus ojos verdes muy superiores a los que por su edad le habrían correspondido, y tenía una confianza que nunca habría podido darle su vida en Wishet. Había progresado rápidamente y aprendido muchas cosas que permanecían ocultas para todos salvo unos pocos elegidos; había contraído amistades muy superiores a las derivadas del parentesco de sangre. Incluso aquellos que no simpatizaban con él o que le envidiaban (y eran muy
pocos) tenían que reconocer que había justificado sobradamente las promesas que tanto Jehrek como Taunan habían visto en él hacía tanto tiempo.

Suspiró al ver que el grupo en que se hallaba avanzaba en dirección a las estatuas. Había aquí demasiadas influencias no deseadas para poder pensar con coherencia, y se plegó de mala

gana a las exigencias de la ceremonia. El rígido cuello de su capa de etiqueta (verde, como correspondía a un hechicero del séptimo grado) le molestaba terriblemente; irritado, se echó la capa hacia atrás, dejando al descubierto la ajustada camisa negra y el pantalón del mismo color, que era su preferido. Advirtió que un visitante que estaba cerca de él se apartaba rápidamente al ver el largo cuchillo que pendía en la vaina junto a su cadera derecha, y sonrió ligeramente. Los cuentos sobre los Iniciados que circulaban en el mundo exterior todavía solían adornarse con especulaciones y retórica, y aunque no hubiese debido divertirle la evidente inquietud de aquel hombre, le costó resistir la tentación.

La multitud avanzó despacio; Tarod se encontró delante de la estatua de Aeoris y, en el mismo instante en que hincó una rodilla, experimentó una viva sensación de deja vu.

El sueño; tenia algo que ver con el sueño...

Su frente se cubrió de sudor; los que se hallaban detrás de él estaban esperando... Apresuradamente, y confiando en que nadie hubiese advertido su momentánea confusión, Tarod bajó la cabeza hasta el pie tallado de Aeoris, se levantó y caminó rápidamente hacia la puerta principal.

Themila Gan Lin se ajustó su faja de consejera y pasó entre dos de las largas mesas para llegar al banco donde Tarod estaba sentado solo. El banquete había terminado, se habían pronunciado los discursos y, ahora, el Círculo y los invitados estaban descansando en el vasto comedor mientras circulaba pródigamente el vino. Era tarde pero, en el exterior, el sol pendía todavía sobre el horizonte y se reflejaba en todas las ventanas la luz roja de la tarde de verano en el norte.

-Conque era aquí donde te escondías -dijo Themila en tono de burlona acusación, mientras se sentaba a su lado.

Tarod le sonrió afectuosamente.

-No me oculto, Themila. Simplemente... no participo.

-No trates de engañarme con tus teorías. -Le tendió su copa de vino para que la llenase-. Permíteme que te recuerde que tienes el honor de ser el peor estudiante de Filosofía a quien he tenido el disgusto de tratar de enseñar.

Tarod se echó a reír desaforadamente y Themila se preguntó cuánto vino habría bebido. Era impropio de él beber demasiado, y le intrigó el hecho de que esta vez se hubiese pasado de la raya. En el curso de los años él se había convertido, en cierto sentido, en el hijo que ella no había tenido y, por consiguiente, conocía a fondo sus estados de ánimo. Pero el de ahora le resultaba nuevo.

-Filosofía -dijo Tarod al fin-. Sí..., tienes razón. Tal vez hubiese tenido que estudiarla con más intensidad. O Historia.

Themila frunció el ceño.

-Tarod, estás hablando de un modo enigmático. O me estás gastando una broma o...

-¡Oh, no! -la interrumpió él-. No es una broma. Y tampoco estoy borracho, si es esto lo que estás pensando.

Como para demostrarlo, volvió a llenar su copa, y ella dijo:

-Entonces, la tercera posibilidad es que hay algo que te preocupa.

Tarod contempló el salón, donde los múltiples colores de capas y de faldas se confundían al mezclarse los invitados.

-Sí, Themila. Algo me preocupa.

-¿Puedes decirme qué es?

-No. O al menos... -Tarod pareció discutir en silencio consigo mismo, acariciando el borde de la copa con su mano delgada e inquieta. De pronto dijo-: ¿Sabes interpretar los sueños, Themila?

-Sabes muy bien que no. Pero si es un sueño lo que te preocupa yo diría que para un hechicero del séptimo grado. . .

El la interrumpió con un bufido:

-Mira...

-Como yo no he pasado nunca del tercer grado siento un poco más de respeto por esta distinción -dijo Themila con cierta acritud.

-Lo siento; no era mi intención ofenderte. Pero creo que tal vez es ésta la raíz de todo el problema.

-¿Tu rango? -se asombró ella.

-En cierto sentido... -De pronto la miró fijamente y ella se sobresaltó al ver el brillo de sus ojos verdes. Por un instante, Tarod parecía peligroso-. Themila, ¿hasta qué punto crees en la observancia de las doctrinas del Círculo?

Themila trató de interpretar el motivo de aquella pregunta y no lo consiguió. Prudentemente, dijo:

-La respuesta no es fácil, Tarod. Si lo que quieres decir es si acepto sin comentarios todo lo que me dicen, entonces respondo que no. Pero la sabiduría inherente a nuestras enseñanzas tiene una fuente impecable.

-El propio Aeoris..., sí. -Tarod hizo el breve signo impuesto por la tradición cuando se pronunciaba el nombre del dios. Era una costumbre seguida por todos los Iniciados, pero ella tuvo la inquietante impresión de que, para él, no era más que un reflejo casual-. Pero ¿podemos estar seguros de que interpretamos acertadamente esta sabiduría? A veces siento que los rituales, las celebraciones masivas y demás nos están cegando. El poder del Círculo es indiscutible. Pero es un poder muy limitado.

Themila empezó a darse cuenta de adónde quería ir a parar, y se le encogió el corazón. Había estado esperando esto, temiéndolo, desde que el joven Tarod había empezado sus estudios bajo la tutela del Círculo. Desde el principio, había sido evidente que su talento innato por la hechicería dejaría pronto muy atrás a sus maestros y, a medida que se fue desarrollando, la

principal preocupación de los Iniciados había sido enseñarle a controlar unos poderes que podía ejercer con demasiada facilidad. En esto habían tenido éxito, aunque el carácter independiente y en cierto modo rebelde de Tarod había sido a veces un obstáculo. Pero Themila, que le conocía mejor que nadie salvo Keridil, creía que, a la larga, Tarod querría más de lo que podía darle el Círculo. Ostentaba el séptimo grado sencillamente porque era el máximo y se hallaba en un callejón sin salida, pues, a menos que eligiese dedicarse a las funciones más esotéricas de un Iniciado, cosa que, conociendo a Tarod, Themila sabía que no haría nunca, el Círculo tenía muy poco más que ofrecerle.

Eligiendo cuidadosamente sus palabras, le dijo:

-¿Estás pensando, entonces, en el posible poder de la mente individual, sin la protección de la liturgia?

-¿Protección? -preguntó Tarod-. ¿No será restricción?

A pesar de que había estado esperando algo parecido, Themila se sobresaltó.

-Lo que estás sugiriendo va en contra de todas nuestras enseñanzas -protestó-. ¡Es casi una herejía!

-Según nuestros sabios, sí. Lo que puedan opinar los dioses es otra cuestión.

Empezaba a ir demasiado lejos. Dándose cuenta de que este curso de ideas tenía que ser interrumpido antes de que se desbordase, Themila alargó una mano para sujetar los dedos de Tarod, que se disponía a llenar de nuevo las copas de vino. El se detuvo.

-Tarod, creo que es mejor que no sigamos con este tema, al menos de momento. Antes me preguntaste si sabía interpretar los sueños. Lo que necesitas es una vidente; tal vez deberías hablar con Kael Amion.

Tarod pareció sorprendido.

-¿La Señora Kael? ¿Está hoy aquí? No la he visto...

-Está aquí, aunque no pudo ocupar su sitio entre los dignatarios. Su energía ya no es la de antes.

Kael Amion podía darle la respuesta que tan desesperadamente necesitaba, pensó Tarod. El estaba demasiado cerca del sueño y necesitaba el contrapeso de una visión desde fuera.

Themila movió la cabeza en dirección al otro lado del salón.

-Si quieres un presagio -dijo, Kael viene ahora hacia nosotros.

Tarod se volvió rápidamente y vio la frágil figura vestida de blanco de la anciana vidente, que avanzaba despacio pero con paso resuelto hacia el banco donde se hallaban sentados. Sin embargo, le contrarió observar que no iba sola. Caminando respetuosamente a su lado, cogiéndola del brazo, venía Keridil. Y detrás de éste, siguiéndole obstinadamente, iba una muchacha linda y rolliza, de llamativos cabellos rojos, que lucía un atavío que expresaba riqueza más que buen gusto.

-Inista Jair, de la provincia de Chaun -dijo Themila en voz baja a Tarod-. Su padre es el hombre que ha estado acaparando a nuestro Sumo Iniciado desde que terminó el banquete. Creo que está pensando en una boda.

-¿Con Keridil? -Tarod arqueó las oscuras cejas, divertido-. ¡No me parece un enlace adecuado!

-Tampoco a mí. Pero el hijo del Sumo Iniciado es un buen partido.

Tarod lanzó una carcajada, que disimuló rápidamente tosiendo, y se levantó al acercarse el trío.

Tarod se inclinó sobre la mano de Kael Amion y la vieja Hermana escrutó con perspicacia su semblante. Había visto pocas veces al niño desamparado a quien había socorrido antaño, y le sorprendió, no muy agradablemente, el cambio experimentado por éste. Inista Jair mostró menos tacto; abrió mucho los ojos al serle presentado el hechicero de negros cabellos, intimidada por la mirada de aquellos extraños ojos verdes, y se sentó lo más lejos que pudo de él. Todos hablaron de cosas intrascendentes durante un rato, pero Tarod estaba inquieto. No podía dirigirse a Kael en presencia de los demás; sin embargo, la necesidad de hablar con alguien que pudiese ayudarle le apremiaba. Finalmente, no pudo aguantar más tiempo la ambigua situación y se puso en
pie.

-Señora..., Themila..., disculpadme, pero tengo que irme.

Miró a Themila un largo momento, esperando que comprendiera la silenciosa súplica de su mirada. Antes de que alguien pudiese decir algo, les hizo una reverencia y se alejó rápidamente en dirección a la puerta de doble hoja al fondo del salón.

Inista Jair se volvió a Keridil.

-¿Es amigo tuyo? -preguntó, recobrando su confianza ahora que se había ido la causa de su desconcierto-. ¡Me cuesta creerlo! Sois tan diferentes como... como... -y no encontró la analogía.

Keridil deseaba en secreto que sus deberes no se extendiesen a tener que dar conversación a muchachas casaderas, bonitas pero de cabeza hueca, como Inista. Pero desde su elección como miembro joven del Consejo, su padre había insistido en que tomase más responsabilidades sobre sus hombros. Todo era parte de su educación para cuando tuviese que desempeñar el cargo de Sumo Iniciado, pero a veces Keridil encontraba muy pesada esta carga. A su manera bonachona, envidiaba la relativa libertad de Tarod para hacer lo que quisiera. Pero en ese momento, si la expresión de la cara de su amigo no le había engañado, no envidió los pensamientos de Tarod.

La muchacha seguía mirándole, y él le sonrió con exquisita cortesía.

-Yo no estaría tan seguro, Inista -dijo-. En muchas cosas, Tarod y yo nos parecemos más de lo que puedes imaginarte.

La puerta exterior de sus habitaciones se cerró ruidosamente detrás de Tarod, que se dirigía a su dormitorio. Otro golpe, esta vez de la puerta interior, y Tarod arrojó su capa a un lado antes de correr furiosamente la cortina de terciopelo de la ventana y tumbarse en la cama.

No habría podido permanecer ni un momento más en el salón. La presión había estado aumentando sin descanso en su mente durante todo el día y, por último, había perdido el dominio sobre sí mismo. Esto era una mala señal, pues si se relajaba la disciplina que él mismo se había impuesto, seguramente ocurriría lo mismo con su fuerza de voluntad. Y si no resolvía el enigma del sueño que le había estado obsesionando durante las últimas once noches, Tarod empezaba a preguntarse si no perdería también la cordura...

El sueño empezaba cada noche de la misma manera. Abría los ojos en la oscuridad y el silencio de su habitación y, por un instante, creía estar despierto, hasta que un delator matiz de irrealidad decía a su mente que estaba dormido y soñando. Y entonces se producía un ruido en la habitación, un apagado y vago murmullo que penetraba en su conciencia y le angustiaba profundamente. En el sueño, saltaba de la cama y se dirigía a la ventana. Una nueva sensación tomaba cuerpo dentro de él; algún sentimiento olvidado que alentaba en los niveles más profundos de su mente y le llamaba, le llamaba sin cesar.

Ven... Vuelve... Recuerda...

Era tan insidioso como el susurro del viento en la hierba que anunciaba un Warp. No eran palabras.

Ven... Ven...

No, decía su mente en sueños, ¡no eran palabras!

Vuelve. . .

Tarod era un hechicero dotado de una voluntad y un control que nadie podía igualar en el Círculo; pero ahora, cuando el sueño se convertía en pesadilla, tenía miedo. Y, a pesar de sus esfuerzos, no podía despertarse, sino que descorría la cortina y miraba hacia el patio bañado por la fría luz de la más pequeña de las dos lunas. Esta, en cuarto creciente, producía vivos contrastes de plata y sombra en el patio vacío, pero Tarod no podía ver con claridad; una débil bruma parecía nublar su visión. Y entonces, algo se movía entre las columnas.

No era más que una sombra, y se deslizaba entre los pilares esculpidos de la columnata. Humana o sobrehumana, no podía decirlo; pero se sentía atraído por ella como una mariposa por la llama de una vela. Involuntariamente, tocaba su anillo de plata con los dedos de la mano derecha y, de pronto, la voz volvía a sonar en su mente, murmurando, sibilante e insidiosa.

Recuerda. . . Vuelve. . .

Volver, ¿a qué?, preguntaba la mente de Tarod, con silenciosa desesperación.

Vuelve. . . vuelve. . .

Y se despertaba sobresaltado en la oscuridad de su habitación, y la voz ya no estaba allí...

Tarod cerraba los ojos, tratando de borrar el recuerdo del sueño. Después de repetirse éste por tercera vez, había apelado a su enorme fuerza de voluntad para desterrarlo para siempre pero, con gran alarma suya, sus esfuerzos habían fracasado. Y el sueño seguía acosándole durante todas sus horas de vigilia, produciendo inquietantes ecos en lo más profundo de su mente, suscitando preguntas que sería mejor que no fuesen formuladas.

Librodot

¿Por qué parecía poseer un talento innato para la hechicería desconocido hasta entonces en la historia del Círculo? Se había dado cuenta de ello desde que había empezado sus estudios aquí; ahora era reconocido, aunque de mala gana, incluso por los más grandes Adeptos. Su dominio del ritual del Círculo era insuperable; sin embargo, a diferencia de sus semejantes, no necesitaba realmente el ritual; si quería, podía matar con un solo pensamiento. Dos veces en su vida había matado de esta manera, y eso, como tal vez había sabido siempre, hacía de él un ser distinto. Últimamente, le habían impacientado cada vez más las doctrinas y prácticas aceptadas por el Círculo, como había tratado de explicar esta noche a Themila, y tenía conciencia de un creciente sentimiento de desagrado que se remontaba a sus primeros días en el Castillo. Su creencia de que los Iniciados eran todopoderosos se había desvanecido pronto, cuando descubrió que eran frágiles seres humanos. Y ahora que conocía los poderes que el resto del mundo consideraba con pavor, encontraba que estos poderes brillaban por su ausencia.

Sin embargo, por mucho que se esforzase en escudriñar los rincones más profundos de su conciencia y sus motivaciones, no podía contestar la pregunta más crucial, el porqué. Era como si algo le llamase, algo que siempre había sido parte de él pero que no podía comprender, y el sueño recurrente hacía que centrase en ello toda su atención.

Súbitamente impulsado por una ola de frustración, Tarod se levantó de la cama y cruzó la habitación hacia una mesita donde había un montón de libros viejos y amarillentos. En su esfuerzo por encontrar las evasivas respuestas que necesitaba, había pasado mucho tiempo en la gran biblioteca del Castillo, que se hallaba en un ala separada de éste. Allí estaban todos los relatos de la Historia conocida, algunos de ellos escritos hacía tantos siglos que la tinta se había descolorido y eran casi ilegibles. El Castillo era el único depósito de tales conocimientos en el mundo, y el Círculo, su único guardián y,
para un erudito de fuera de aquel recinto, el privilegio de poder estudiar estos volúmenes tenía un valor incalculable. Hasta hacía poco, Tarod había hecho poco uso de la biblioteca, pero ahora, fascinado a pesar de sus preocupaciones, había encontrado relatos de los primeros tiempos del Círculo, cuando el mundo acababa de salir de la edad oscura de los Ancianos, cuando el propio Aeoris derribó la tiranía del Caos y restableció en el poder a los Señores del Orden. Se sabía muy poco de los antiguos y de sus técnicas; muchas de las extrañas propiedades del propio Castillo permanecían todavía ocultas para el Círculo, que había habitado en él durante tantas generaciones, y Tarod lo habría dado todo por descubrir aquellos viejos misterios.

Pero los viejos misterios no daban respuesta a las preguntas que ahora le turbaban. Y lo único que ningún libro había sido capaz de decirle era la naturaleza de la fuerza que le llamaba desde las profundidades de la noche.

Tarod miró los libros y tomó una decisión. Estaba seguro de que esa noche volvería a hostigarle aquel sueño... y estaría preparado para recibirlo. Esta noche no dormiría, sino que velaría en el plano astral. Necesitaba pocos preparativos, aparte de una mente tranquila, y la hora o algo más que faltaba para que los moradores del Castillo empezasen a retirarse a descansar sería tiempo suficiente.

Echó el cerrojo a la puerta exterior de sus habitaciones; después, encendió un brasero que estaba cerca de su cama. Cuando el carbón brilló como un ojo pequeño y feroz en la penumbra, derramó sobre él unos cuantos granos de un incienso débilmente narcótico y se tumbó en el lecho sin molestarse en desnudarse. Fuese lo que fuere el ser desconocido que vendría a visitarle esta noche, le encontraría vigilante.

Librodot

Por fin había caído la breve noche de verano y se había elevado la primera de las dos lunas para proyectar sus enfermizos rayos a través de la ventana, cuando Tarod percibió que no estaba solo en su habitación. Durante casi tres horas, había yacido inmóvil, observando el débil resplandor del brasero; pero, de pronto, aunque no había movimiento ni ruido, sintió una presencia extraña. Su pulso se aceleró; como la mayoría de los Adeptos, tomaba precauciones elementales para asegurarse de que ninguna influencia de otros planos podría invadir su territorio y, sin embargo, esto.. lo que fuese..., había roto sus defensas con inquietante facilidad.

Y entonces empezó el murmullo.

Vuelve. . . Vuelve. . .

Parecía venir de algún oscuro rincón de su propia mente, y envió un silencioso mensaje en respuesta.

¿Volver? Volver, ¿a qué?

Recuerda. . . Vuelve. . .

Tarod concentró su voluntad y trasladó su conciencia al plano astral. Su entorno parecía el mismo de antes, pero, ahora, todos los contornos de la habitación resplandecían con un aura débil e inestable. Esto le alarmó, pues indicaba una inestabilidad similar en su propio control. Cada uno de los siete planos astrales conocidos -de los que, según la doctrina del Círculo, solamente cinco eran accesibles a cualquier mortal- tenía sus propias características distintivas; esta fluctuación indicó a Tarod que no había pasado a ninguno de ellos, sino que flotaba en un limbo desconcertante.

Tratando de recobrar su concentración, miró su propio cuerpo sobre la cama. La inquietante llamada resonaba ahora en su conciencia, como si, al rechazar las trabas del plano físico, se hubiese hecho más vulnerable a la fuente del mensaje. Tarod no había sido nunca reacio a jugar con fuego, y siempre había salido indemne; pero, en las otras ocasiones, había estado bajo su propio y único control. Ahora su posición había cambiado un poco; otras fuerzas tiraban de él, y parecía que su voluntad no era bastante fuerte para contrarrestarlas. Ni podía, aún, empezar siquiera a especular sobre lo que podían querer de él...

Durante un rato -pudieron ser minutos u horas, no tenía manera de saberlo-, Tarod se mantuvo alerta. Entonces, al fin, sonó una llamada en la puerta.

Su reacción instantánea fue pensar que la llamada se había producido en el plano físico, que alguien sin querer, había venido a molestarle. Irritado, trató de volver a su cuerpo físico, pero algo le retuvo, le apartó de su objetivo, sumió su mente en un negro torbellino que se cerró a su alrededor. La habitación se desintegró en un caos y se rehizo con la misma rapidez. Pero ahora su aura se había estabilizado, vibrando con luz y energía.

Tarod estaba en un plano más alto; tal vez el cuarto o el quinto. Pero él no había querido que ocurriese...

Inopinadamente, volvió a sonar la llamada en la puerta, y Tarod supo al instante que se había equivocado en su primera suposición. La puerta exterior de sus habitaciones estaba cerrada con cerrojo y, sin embargo, el visitante, fuese quien fuese o lo que fuese estaba en la puerta interior, inmediatamente delante de él.

Consciente de que la atmósfera estaba demasiado silenciosa, demasiado fría, Tarod pasó a un lado de la habitación, lo más lejos posible de la puerta, antes de permitir que su mente formase una sola y rotunda palabra.

Abrete...

Casi antes de que la orden tomase forma, la puerta giró sobre sus goznes, ¡y Tarod vio su propio doble en el umbral!

Retrocedió, sobresaltado. La cara era inconfundible, y los cabellos... Pero la imagen inmóvil estaba envuelta en un manto negro. Y ni siquiera ahora pudo confiar en sus primeras impresiones, pues la figura se estaba trasformando.

La cara familiar permanecía, pero los cabellos se volvían dorados y los ojos cambiaban constantemente de color... y ya no podía ver el cuerpo de la aparición, pues había quedado envuelto de súbito en una luz que variaba con todos los colores del espectro, como cuando se acercaba un Warp.

¿Quién eres?, Tarod trató de disimular el miedo que traslucía la muda pregunta. Por toda respuesta, la visión sonrió, y su sonrisa fue de exquisito orgullo y desdén. Tarod se sintió atraído sin remedio por aquel ser y, al aproximarse sus mentes, le invadió una abrumadora sensación de poder. Era el conocimiento que había deseado con tanto ardor...

Se estremeció violentamente cuando una barrera invisible se interpuso entre él y la brillante visión. Con tenacidad y con desesperación, trató de derribarla, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, y llegó un momento en que se dio cuenta de que aquel ser se había ido, dejando la habitación vacía y sin vida.

Las fuerzas intangibles ya no le sostenían. Consciente de su fracaso, Tarod volvió a su cuerpo y abrió los ojos.

Estaba temblando convulsivamente, y el frío que sentía era tal que tenía los miembros entumecidos. Se levantó tambaleándose y se dirigió a la chimenea, donde la leña estaba preparada pero no había sido encendida. Le temblaban las manos y el fuego no prendía bien; después de cinco minutos renunció al intento y volvió a su cama, dejando que la leña ardiese sin llama.

A pesar de las cuatro mantas con que se cubría, Tarod siguió temblando. Parte de su mente quería pensar en las implicaciones de su extraña experiencia, pero otra parte, más enérgica, reaccionó violentamente contra la idea. Lo que ahora necesitaba realmente, se dijo cerrando los ojos, era dormir, dormir sin soñar.

Tarod pudo dormir aquella noche, pero fue un sueño lleno de pesadillas que le atacaban desde la oscuridad. Había voces agudas, estridentes; caras de gárgola que le hacían muecas dondequiera que mirase y, por encima de todo, la aparición de cabellos de oro, con su sonrisa sagaz y desdeñosa. Tarod daba vueltas en la cama, tratando de librarse de las visiones de su ojo interior, pero las imágenes se hacían más salvajes y enloquecedoras. De vez en cuando, el sonriente espectro tomaba todo el aspecto de Tarod, de manera que los ojos multicolores se volvían verdes y los cabellos permanecían negros, enmarañados sobre los sonrientes y cambiantes semblantes.

Tarod fue despertado al fin por el sonido de su propia voz gritando sin palabras, y se sentó en la cama y vio que la fría luz del amanecer se filtraba a través de la cortina. El brasero se había apagado, pero todavía flotaban en el aire restos del humo del incienso, que ahora olía amargo y acre. La impresión de fracaso gravitaba fuertemente sobre él, y tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para levantarse y acercarse a la ventana a contemplar la luz del día.

El patio estaba tranquilo. Solamente unos pocos criados iban de un lado a otro, atareados con sus deberes de la mañana, y el ruido que hacían parecía amplificarse en el silencio. La niebla velaba las cimas de las cuatro torres, y Tarod podía oír débilmente, a lo lejos, el rumor del mar. Pero el apacible escenario no le tranquilizó en absoluto, antes bien aumentó su propia inquietud.

Mientras observaba, alguien salió por una pequeña puerta y cruzó el patio en dirección al comedor. Themila Gan Lin, que desde aquella distancia parecía una muñeca, caminaba despacio como sumida en una honda reflexión; junto a ella, una mujer con el hábito blanco de las Hermanas de Aeoris le hablaba, agitando graciosamente una mano.

La Señora Kael Amion..., y, de pronto, Tarod recordó la conversación que había mantenido con Themila la noche pasada. Ella le había recomendado que viese a Kael y, aunque ahora creía que sus experiencias habían ido más allá del ámbito de la interpretación de los sueños, seguro que no tenía nada que perder si pedía consejo a la anciana Hermana. Un poco más animado, alisó apresuradamente el arrugado vestido con el que había dormido y salió de sus habitaciones para ir al encuentro de las dos mujeres.

En el comedor habían encendido la chimenea para combatir el frío que, en aquella latitud septentrional, era todavía intenso en las mañanas de verano, y Themila y Kael se estaban calentando las manos delante de las llamas cuando llegó Tarod.

Themila levantó la cabeza al oír sus pasos.

-Esta mañana te has levantado temprano, Tarod.

El sonrió.

-Pero, al parecer, no he sido el primero. Buenos días, Señora Kael.

La anciana vidente correspondió a su saludo con un breve y grave movimiento de cabeza, y Themila dijo:

-Es una hermosa mañana, pero me temo que no para ti, Tarod. Pareces cansado, como si no hubieses dormido.

El se sorprendió y se sintió un poco molesto por su franqueza en presencia de Kael Amion, pero Themila se le anticipó y siguió diciendo:

-Me he tomado la libertad de hablar a Kael de nuestra conversación. -Sonrió de soslayo a la vidente-. Espero que ambos perdonéis mi atrevimiento.

Tarod miró rápidamente de una a otra.

-Al contrario, ¡te lo agradezco! Es decir..., si la Señora consiente en. . .

Pensó que la mirada que le dirigió Kael Amion tenía una extraña expresión, pero sus palabras fueron bastante ecuánimes:

-Desde luego, Tarod, si estás preocupado y puedo ayudarte, éste es precisamente mi oficio.

¿Detectó de nuevo un matiz de desgana? Themila pareció no advertirlo, pues dijo:

-He puesto al corriente a Kael de todo lo que me dijiste, Tarod, aunque puede que no sea bastante para que ella pueda hacer una interpretación total. Si...

-Hay más -dijo Tarod.

-¿Más? ¡Oh...! Entonces, la noche pasada...

-La noche pasada, sí -dijo ,l, mirando fijamente la piedra de su anillo, que brillaba mal,volamente a la luz del fuego.

Themila frunció los labios y se recogió la falda.

-Entonces no perderé más tiempo, sino que dejaré que discutáis el asunto entre los dos -dijo firmemente-. No -atajó a Tarod que iba a invitarla a quedarse-, esto no es de mi incumbencia, y no quiero entrometerme. Cuando hayáis terminado, Kael, ¿podré tener el placer de almorzar contigo?

Y sin darles tiempo a replicar, se encaminó resueltamente hacia la puerta.

Kael Amion se sentó rígidamente en uno de los bancos que flanqueaban la larga mesa. Miró largo rato a Tarod con sus ojos desvaídos pero cándidos antes de decir:

-Veamos. Si hay algo más de lo que ya me ha dicho Themila, creo que debería saberlo, si es que tengo que ayudarte.

Tarod se sentó en el borde de la mesa, resiguiendo distraídamente con un dedo una vieja estría de la madera. No era fácil hablar, relatar en voz alta las monstruosas pesadillas, la visita la impresión de horror impotente que había sentido durante el encuentro, fuese sueño o realidad, con su propia fantástica imagen. Pero en cuanto empezó a fluir el vacilante caudal de palabras, se abrieron por sí solas las compuertas de su locuacidad y contó a Kael sus experiencias y su miedo con la misma facilidad con que lo habría hecho a Themila. La vidente escuchó sin hacer comentarios y, cuando al fin terminó Tarod su relato, se hizo un largo silencio. La anciana parecía sumida en una honda reflexión, y al fin la ansiedad de Tarod pudo más que él.

-Señora... ¿puedes ayudarme ?

Ella levantó la cabeza y le miró como si se hubiese olvidado de su presencia, y los pálidos ojos azules se fruncieron en el arrugado semblante.

-No... no lo sé.

El tono de su voz le inquietó, pero rechazó este sentimiento. Antes de que pudiese hablar, ella cruzó las manos, las miró y siguió diciendo:

-Lo que me has dicho... escapa a mi competencia normal, Tarod. No pretendo ser omnisciente y debo confesar que tus... experiencias... son muy raras y tal vez sin precedentes. Aunque tal vez es mejor así. -Una débil sonrisa se dibujó en sus labios, pero evidentemente le había costado algún esfuerzo-. Necesito un poco de tiempo..., tiempo para meditar sobre lo que me has dicho y consultar alguno de los viejos textos. -Ahora levantó de nuevo la mirada-. Hasta hoy has tenido paciencia; sólo te pido que tengas un poco más.

El experimentó un sentimiento de frustración, pero nada podía hacer; la petición de Kael era bastante razonable y, al menos, le había dado un poco de esperanza. Se levantó.

-Señora Kael, te doy las gracias. Tendré paciencia. Y rezaré a Aeoris para que tus meditaciones sean fructíferas.

Kael hizo el signo del Dios Blanco delante del pecho... aunque un tanto apresuradamente.

-Sí -dijo-. Reza a Aeoris...

Esperó a que la alta figura de Tarod hubiese desaparecido detrás de la puerta y entonces, agarrándose al borde de la mesa, se puso dificultosamente en pie. Le temblaban las manos y tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para impedir que le temblaran también las piernas. El corazón le latía con fuerza, dificultando la respiración, y Kael esperó fervientemente que su inquietud no se hubiese contagiado al joven Iniciado. Pues lo que había visto mientras él contaba su historia le había hablado tan fuerte como una voz física. El Mal.

Sin que se lo propusiera, su memoria retrocedió súbitamente a aquella noche en que, años atrás, ella y su escolta habían encontrado al niño Tarod en el puerto de montaña. El les había salvado entonces la vida, pero también había demostrado el dominio inconsciente de un poder que la aterrorizaba. Había temido que este poder creciese sin que la disciplina de la Iniciación pudiese controlarlo, y ahora parecía que sus temores habían tenido fundamento. La fuerza que llamaba a Tarod a través de sus sueños no era enviada por los dioses blancos.

Poco a poco, la Señora Kael se encaminó a la puerta.

Vería más tarde a Themila y se disculparía por haber faltado a la cita para el almuerzo; en este momento, su estómago se rebelaba contra la idea de comer.

Se detuvo en el umbral y miró hacia atrás. Después, dominando un escalofrío, caminó muy tiesa en dirección a las habitaciones de invitados del Castillo.

Era ya hora avanzada cuando Tarod buscó a Themila. De nuevo la encontró en el comedor, pero, a esta hora el salón era un hervidero de actividad. Los criados estaban preparando la cena y los pocos glotones que habían llegado temprano se habían sentado ya a las largas mesas y se entretenían bebiendo vino de una jarra.

Themila se sobresaltó cuando la voz de Tarod interrumpió sus cavilaciones. Estaba sentada delante del fuego, al parecer observando distraídamente las llamas, pero cuando levantó los ojos, éstos parecieron sumamente turbados.

-Lo siento -dijo Tarod-, no quería asustarte. Pero pensé que tal vez sabrías el paradero de la Señora Kael.

-¡Oh, dioses...! -Themila volvió a mirar el fuego-. Estaba temiendo este momento...

El frunció el ceño, con aprensión.

-¿Qué quieres decir?

Themila había empezado a levantarse, pero lo pensó mejor y se sentó de nuevo.

-Tarod..., Kael se ha ido. Se marchó esta mañana.

-¿Que se ha marchado?

Themila asintió con la cabeza.

-Intenté convencerla, pero... no quiso quedarse. Me dio un mensaje para ti, Tarod, pero... he estado retrasando el momento de decírtelo.

-Entonces, por el amor de los dioses, Themila, ¡dímelo de una vez!

Lo había dicho más vivamente de lo que pretendía, pero su inquietud se estaba convirtiendo rápidamente en franca alarma.

Ella le miró y desvió de nuevo la mirada.

-Nunca la había visto reaccionar de esta manera. Me dijo que te dijese que... que no puede ayudarte. Que nada puede hacer.

Tarod tragó saliva.

-¿Me estás diciendo que se negó ?

-Sí.

El bullicio sociable y familiar del comedor pareció hallarse, de pronto, a un mundo de distancia. Que una vidente se negase a dar consejo a alguien que lo necesitaba era algo inaudito... y más tratándose de una vidente de la fama de Kael Amion... Se quedó pasmado por su rechazo y tuvo que esforzarse para recobrar la voz.

-¿Qué... qué motivo te dio para negarse?

-Ninguno. Pero... -Themila pestañeó súbitamente, y sus ojos estaban nublados-. Creo que tenía mucho miedo...

CAPITULO 5

Cinco días después de la fiesta del Primero de Trimestre, Tarod empezó a preguntarse en serio si estaba del todo cuerdo.

Los sueños se habían repetido, como se temía; cada noche eran peores y, aunque había empleado todos los recursos de su fuerte voluntad para controlarlos, nada había conseguido.

Por último, dándose cuenta de que el poder de su propia mente era incapaz de dominar las pesadillas, había recurrido desesperadamente a las prácticas ortodoxas del Círculo. Tal vez le faltaba fe en el complicado exorcismo que realizaba, o tal vez no; en todo caso, sus esfuerzos fracasaron, y la cara sonriente de su torturador sobrenatural había predominado sobre los furiosos y vocingleros habitantes de la pesadilla durante todas las horas de la noche.

El sexto día, a media mañana, se levantó tambaleándose de la cama, ojeroso y agotado, y mientras se vestía, tratando de ignorar el hecho de que sus manos estaban temblorosas, miró casualmente su propia imagen en un espejo.

Apenas se reconoció. Sus ojos verdes habían perdido el brillo y estaban empañados, tenía los cabellos desgreñados y parecía haber envejecido diez años.

-¡Oh, dioses!

Se apartó del espejo y descargó un puñetazo sobre la mesa, indiferente al dolor de su brazo. La tensión de su mente se estaba acercando al límite soportable, y estaba tan lejos como siempre de hallar la solución. No podía siquiera presumir por qué era atacado por aquellos sueños y por el ser que parecía dirigirlos, pero, a menos de que pudiese encontrar respuesta a esa pregunta o conseguir algún alivio del tormento de sus pesadillas, sabía que podía perder la razón.

Como había hecho en las tres mañanas anteriores, buscó la botella que estaba sobre la mesilla de noche. El vino no era un remedio contra los sueños, pero le ayudaba a pasar los días, y llenó con él una copa, derramando bastante líquido al hacerlo. Estaba a punto de llevarse la copa a los labios, cuando alguien llamó a la puerta exterior. Por un instante, recordó Tarod la experiencia astral de unas noches atrás; pero entonces una voz conocida le llamó desde el pasillo.

-¿Tarod? Soy Keridil. ¿Estás ahí?

Tarod dejó la copa, de mala gana. En los últimos días, su estado de ánimo le había impulsado a evitar toda compañía, a menos que fuese absolutamente necesaria, pero sabía que tendría que enfrentarse con el mundo alguna vez, si no quería llamar la atención sobre él y su condición mental. Poco a poco se acercó a la puerta y descorrió el cerrojo.

-¡Tarod! -Keridil entró en la habitación y observó con inquietud la cara de su amigo-. Hace una hora que te estoy buscando; no esperaba encontrarte aquí a estas horas.

Tarod hizo un ademán que era medio de rechazo y medio de disculpa.

-Lo siento, Keridil. He estado... preocupado.

-Y no era una preocupación sin importancia, por lo que veo. Por el amor de Aeoris, Tarod, ¿qué te sucede?

Tarod iba a volverse, pero Keridil le agarró de un brazo.

-¡No eludas la pregunta! Hace días que apenas te dejas ver y, cuando lo haces, te muestras taciturno e inquieto. Si puedo hacer algo...

Tarod le interrumpió.

-Nadie puede hacer nada, Keridil. Agradezco tu interés, pero es algo que me afecta a mí y a nadie más.

-¡No estoy de acuerdo! Y no lo digo solamente por la amistad que te profeso. -La irritación brilló un instante en los ojos de Keridil; fuese cual fuere la causa, Tarod no había aceptado de buen grado el ofrecimiento de ayuda-. Como mi padre, tengo el deber de velar por tu bienestar como Iniciado, aparte de otras consideraciones. Que te ausentes constantemente del Círculo no es bueno para ti ni para nadie.

Tarod se soltó el brazo con un movimiento brusco.

-Mi intervención no sería beneficiosa para nadie en este momento, puedes creerme.

Keridil se mordió la lengua para no replicar con acritud, al darse cuenta de que, contrariamente a su primera impresión, no era un estado de ánimo transitorio. Tarod era casi siempre imprevisible, pero ahora... Recordó una conversación con Themila, en la que ella le había dicho que su amigo estaba preocupado por los sueños. ¿Sueños? Seguramente hacía falta algo más que una pesadilla para producir un cambio semejante.

Tarod estaba de pie junto a la ventana, contemplando el patio, y Keridil decidió que era mejor mostrarse discreto que intentar seguir sondeando a su amigo. Dijo:

-Pienses lo que pienses sobre tu valor para el Círculo en la actualidad, Tarod, lo cierto es que ahora eres necesario. -Se acercó también a la ventana-. ¿No has notado el cambio?

-¿El cambio? -dijo Tarod, sin prestar demasiada atención a la pregunta.

Keridil se estremeció.

-La tensión en el aire. Ha estado aumentando durante toda la mañana. Nadie se lo explicaba, hasta que el centinela de la torre informó que había visto las Luces del Espectro.

Se sintió aliviado cuando sus últimas palabras atrajeron finalmente toda la atención de Tarod.

-¿Las Luces del Espectro? ¿Y son visibles a esta hora del día?

-Claramente visibles. Yo mismo he subido a la torre para observarlo. -Keridil hizo una mueca al recordar el esfuerzo que había tenido que hacer para subir aquella escalera de caracol que parecía interminable-. Sólo puede significar una cosa: se acerca un Warp, y de los grandes; tal vez el más grande que habremos visto en muchos años. Por esto he tratado de encontrarte. Mi padre ha ordenado que todos los Adeptos, del quinto grado para arriba, se reúnan en el Salón de Mármol. Tenemos que celebrar un Rito Superior y tratar de averiguar algo sobre la naturaleza del Warp. -Keridil guiñó un ojo a Tarod-. Pens, que te interesaría más que a nadie participar en esto... ¿O acaso te falla la memoria?

Un antiguo recuerdo de su último día en la provincia de Vishet... Pero aquello no le había ocurrido a Tarod, sino a un niño sin nombre y sin clan que desconocía su propia fuerza latente. Aquel niño había muerto hacía mucho tiempo.

Tarod sonrió, breve pero afectuosamente.

-No eres muy diplomático, Keridil, pero has conseguido recordarme mis obligaciones. Adelántate; yo me reuniré contigo lo antes que pueda.

Al cruzar el patio vacío cinco minutos más tarde, Tarod se reprendía en silencio por no haber advertido el cambio en la atmósfera. Como había dicho Keridil, había una tensión que iba en aumento; incluso las losas sobre las que andaba parecían cargadas con ella, y el aire estaba denso y extrañamente inmóvil. Al mirar al cielo, vio las primeras señales delatoras; un débil matiz indescriptible enturbiaba el azul propio del verano, y los primeros juegos de luz empezaban a percibirse a lo lejos. Estuvo tentado de subir a la alta torre y ver con sus ojos las Luces del Espectro, aquella extraña aurora que resplandecía a veces en el horizonte del norte y que normalmente sólo era visible en plena noche; pero la urgencia del llamamiento de Keridil le hizo renunciar. Y quizás el trabajo que le esperaba le permitiera olvidar durante un tiempo sus preocupaciones y obtener el ansiado alivio.

La atmósfera sofocante se estaba intensificando rápidamente y, al llegar Tarod a la columnata, se detuvo y miró atrás a través del patio. Casi todas las ventanas habían sido cerradas; no se veían señales de vida, y solamente la fuente, que seguía manando, daba algún movimiento a la escena. Mientras observaba, empezó a cambiar la luz; de pronto, el agua de la fuente perdió su brillo y se hizo incolora y muerta. Y una sombra misteriosa y de origen desconocido pareció llenar el patio. Escuchando atentamente, Tarod pudo distinguir el primer y débil zumbido de la tormenta que se acercaba, un eco
casi imperceptible para la percepción humana. Se estremeció con lo que podía ser una sensación de premonición, o un recuerdo, se volvió y echó a andar rápidamente a lo largo del pasillo.

Hasta en el laberinto de pasadizos de los sótanos del Castillo podía sentirse la inexorable aproximación del Warp. La ligera distorsión del tiempo y el espacio que aislaba al Castillo del mundo exterior servía también de barrera contra la furia de aquellas tormentas aunque, como ocurría con muchas de las propiedades del Castillo, nadie sabía exactamente cómo ni por qué pero la presencia de un Warp producía siempre un efecto inquietante en sus habitantes. Los viejos temores y supersticiones eran difíciles de eliminar incluso dentro del Círculo, y todos aquellos que no habían sido llamados por el Sumo Iniciado habían cerrado sus puertas y ventanas con cerrojo hasta que pasase el temporal.

La propia actitud de Tarod frente a los Warps era una extraña mezcla de inquietud y fascinación. Su miedo a las tormentas había terminado el día en que se había enfrentado a una de ellas y sobrevivido; sin embargo su mero poder titánico seguía inspirándole respeto. Hubiera querido saber algo más sobre la naturaleza de estos terribles fenómenos, pero sentía instintivamente que los intentos del Círculo por descorrer el velo del misterio estaban condenados al fracaso. Era ésta la tercera vez en poco más de un año que Jehrek había convocado a los Adeptos superiores para procurar averiguar algo sobre la fuerza que se ocultaba detrás de los Warps. Hasta ahora, sus esfuerzos habían resultado vanos, y Tarod estaba convencido de que en esta ocasión pasaría lo mismo. Si la herencia dejada por los Ancianos hubiese consistido en algo más que leyendas y fragmentos, el Círculo habría podido comprender la verdadera naturaleza de estas tormentas sobrenaturales y posiblemente descubrir la manera de aprovechar su energía. Pero en los días que siguieron a la caída definitiva de la antigua raza, se perdieron virtualmente todos sus inimaginables conocimientos, cuando los nuevos amos del Castillo procedieron a borrar todo posible rastro de sus vencidos enemigos.

Según los pocos datos históricos que se conservaban los Ancianos habían sido servidores de los poderes del Caos y, por ello, defendían todo lo que era anatema para los fieles de Aeoris. Era imposible imaginar cómo debía ser este mundo en los tiempos en que había sido dominado por los tenebrosos dioses del Caos: un miasma infernal de salvajismo, locura,

demencia; un reinado de terror al que sólo pudo poner fin la intervención directa de los Señores del Orden.

Pero, fuese cual fuere la magnitud de su maldad, nadie podía negar que el dominio de la hechicería que tenían los Ancianos había sido extraordinario; el propio Castillo, construido por los servidores del Caos con el poder del Caos, daba testimonio de ello. En comparación con ellos, los Iniciados del Círculo eran pálidas sombras, que luchaban en vano por comprender cosas que habían sido sencillas para la antigua raza. Al destruir su herencia, el Círculo había destruido muchos elementos que, sólo con que hubiesen sido limpiados de su aspecto pernicioso, habrían podido tener un valor incalculable. Y de nuevo sintió crecer Tarod en su interior el sentimiento de frustración. Tantos conocimientos perdidos, que nunca podrían recuperarse. . .

Al llegar a una pesada puerta al final del pasadizo, se rompió el hilo de sus pensamientos. Pero esta vez pudo sentir la intensidad del Warp que se acercaba, con una
sensación casi física; incluso las paredes parecían vibrar con una energía extraña, y Tarod estuvo seguro de que la tormenta sería anormalmente fuerte. Si esta vez pudiesen romper la barrera...

La puerta daba a una estancia subterr nea, con columnas y débilmente iluminada, situada debajo del salón principal, y que era la biblioteca del Castillo. Esta tenía dos secciones: una de ellas estaba a disposición de los eruditos y contenía todos los conocimientos ocultos del Círculo, acumulados durante innumerables generaciones desde la destrucción de los dueños primitivos del Castillo. Tarod había pasado más horas de las que hubiese querido recogiendo datos de los libros y los pergaminos, buscando una solución a su dilema personal; pero ahora no se detuvo allí, sino que cruzó la vacía y sombría estancia hacia una pequeña puerta de aspecto insignificante que permanecía abierta al fondo. Daba a otro pasadizo que descendía en fuerte pendiente, y Tarod lo recorrió con rapidez. La luz débil y nacarina que se filtraba desde el extremo se hizo más intensa al acercarse Tarod a la puerta, de la que procedía. Estaba hecha de un metal del color de la plata que el Círculo no había podido identificar ni analizar, y brillaba con fosforescencia propia y peculiar. Era la entrada al Salón de Mármol, en el centro mismo de los cimientos del Castillo.

El Salón de Mármol era el enigma más grande del Castillo. Los eruditos creían que contenía entre sus paredes el secreto último del poder de los Ancianos, pero, como con tantos otros aspectos del Castillo, habían sido incapaces de descubrir el misterio. Enterrado en el sólido granito del acantilado, desafiaba todas las leyes espaciales conocidas, y parecía actuar como foco y amplificador de toda actividad oculta. Algunos datos fragmentarios indicaban que contenía también una clave vital para descubrir la naturaleza del propio tiempo. El Salón de Mármol solamente tenía una puerta, cuya llave era guardada por el Sumo Iniciado, que era el único que podía autorizar su uso. Tarod había entrado en el Salón cuatro veces en su vida, dos de ellas con sus compañeros Adeptos para misiones semejantes a ésa, y las otras dos con Jehrek y los altos miembros del Consejo para someterse a la prueba de iniciación para el sexto y séptimo grados, y cada vez había sentido una fascinación lindante con la obsesión. Ahora, al abrir la puerta plateada, la expectación por ver de nuevo aquella cámara imponente hizo que se estremeciesen todos los nervios de su cuerpo.

Los Adeptos de más alto rango estaban allí, esperándole; una veintena de hombres y mujeres que parecían enanos en aquel increíble escenario. El Salón de Mármol se extendía de una manera inverosímil en todas direcciones, difuminadas sus paredes, si realmente había paredes, por una pálida neblina que vibraba con una luz que era una mezcla inquietante de colores pastel. Esbeltas columnas se elevaban desde el suelo y se perdían en la bruma allá en lo alto, y

Librodot

las baldosas de mosaico sobre las que andaba Tarod parecían moverse y cambiar sutilmente debajo de sus pies.

Keridil, a un lado del grupo, saludó la llegada de Tarod con una sonrisa, y el Sumo Iniciado inclinó gravemente la cabeza en su dirección.

-Tarod, creo que ahora estamos todos. Si queréis seguirme. . .

Caminó hacia un lugar donde el dibujo del mosaico había sido roto bruscamente por un gran círculo negro. Se presumía que marcaba el centro exacto del Salón de Mármol y, por consiguiente, el corazón del poder del Círculo. Al ocupar los Iniciados los lugares prescritos a su alrededor, con Jehrek en el situado más al sur, la mirada de Tarod fue, como otras veces, atraída hacia otra parte del Salón que casi se confundía con la neblina débilmente cambiante. A duras penas podía distinguir los vagos perfiles de siete estatuas colosales que surgían de la penumbra como en una pesadilla. Aunque toscamente talladas, representaban claramente formas humanas; pero todas las caras habían sido completa y concienzudamente destruidas, dejando las cabezas estropeadas y mutiladas. Y, como las otras veces, sintió un estremecimiento irracional al contemplar aquellas figuras arruinadas. Según la leyenda, eran estatuas de Aeoris y sus seis hermanos, pues inicialmente los Ancianos habían sido fieles a los Señores del Orden y habían levantado aquellos colosos en su honor; pero después de pasarse al Caos habían destrozado sus caras como deferencia a sus nuevos señores.

Pero si las estatuas no eran más que esto, ¿por qué atraían su mente como jamás lo habían hecho otras representaciones de los dioses?, se preguntó Tarud.

Fue bruscamente sacado de su ensimismamiento por un compañero Adepto situado a cierta distancia de él y que habló en voz baja a su vecino:

...pensando sin duda en cuestiones más importantes que los meros asuntos del Círculo...

Tarod levantó la cabeza y se encontró con la mirada hostil de Rhiman Han, un Adepto del quinto grado unos diez años mayor que él. Al hacer cada vez más ostensibles sus facultades de hechicero, Tarod se había dado cuenta de que éstas provocaban reacciones diferentes en sus compañeros. Algunos admiraban su talento y lo apreciaban en lo que valía; otros lo envidiaban y mostraban su resentimiento por el hecho de que un hombre tan joven hubiese alcanzado el último grado con tanta facilidad. Rhiman había adquirido más fama con la espada en los torneos de esgrima que la que probablemente alcanzaría jamás como Adepto, y aunque ocupaba un sitio poco importante en el Consejo, no perdía ocasión de manifestar que consideraba a Tarod un advenedizo.

Tarod dirigió al pelirrojo una de sus miradas más despectivas.

-Te doy las gracias por recordarme mi deber, Riman -dijo fríamente, sin preocuparse de bajar la voz-. Pero tal vez si tú quisieras centrar tu atención en asuntos más importantes no tendríamos que hacer perder más tiempo al Sumo Iniciado.

Rhiman se sonrojó y Jehrek dirigió una severa mirada a los dos hombres. Tarod observó por el rabillo del ojo que Keridil disimulaba una sonrisa. Entonces el Sumo Iniciado dijo con ligera acritud:

-¿Podemos empezar...?

Los Adeptos inclinaron la cabeza al unísono y Jehrek empezó a entonar la Oración y Exhortación con que siempre se iniciaba el Rito Superior. Tarod se esforzó en prestar atención a las conocidas frases que se perdían en la inmensidad del Salón, pero le resultaba difícil. Algo tiraba de su mente, apartándola de lo que hubiese debido ser centro esencial de la ceremonia, y tuvo que confesarse que todo aquello le fastidiaba. El ritual era de una gravedad excesiva; demasiados preparativos innecesarios antes de que pudiese hacerse algo... Consciente de que debía armonizar sus sentidos con los de los otros se concentró en el círculo negro alrededor del cual se hallaban reunidos, tratando de emplearlo como punto focal. Pero todavía una distracción persistente e insidiosa le apartaba de lo que hubiese debido ser su objetivo. La voz de Jehrek se hizo ahora hipnótica, al pasar el Sumo Iniciado al estado próximo al trance que señalaba el momento en que comenzaba el ritual propiamente dicho. Alrededor de Tarod, todos sus compañeros murmuraban las respuestas a la Exhortación y él movía los labios al mismo tiempo, pero ningún sonido brotaba de su garganta. De pronto vio su anillo y pareció que la piedra había cobrado vida propia, reflejando colores imposibles y mirándole como un ojo deslumbrador e inhumano.

Pudo sentir que empezaba a emanar energía del círculo de Adeptos, al tiempo que sus mentes se unían y entrelazaban, pero la suya propia permanecía extrañamente apartada, como observando... y el círculo negro del suelo parecía crecer, extenderse, como una flor oscura...

Vuelve. . .

Esta palabra entró tan inesperadamente en su cabeza que tuvo que morderse la lengua para no lanzar un grito.

Vuelve... Recuerda... Tiempo...

Tiempo... Decían que el Salón de Mármol tenía la llave del Tiempo... Tarod cerró los ojos, tratando de anular la inoportuna interferencia y de concentrarse en la tarea inmediata; pero era imposible. Tiempo. La clave, la llave...

Su vecino inmediato sintió su estremecimiento y le dirigió una mirada rápida y ansiosa. La cara de Tarod estaba petrificada como una máscara rígida, reflejando su lucha contra aquella influencia en su mente, que se hacía cada vez más fuerte y agobiante. Por un instante, tuvo la terrible impresión de que las miradas de las siete estatuas sin rostro convergían sobre él, de que las paredes y el techo del Salón se le venían encima, y entonces abrió los ojos, esforzándose en vencer su desorientación, y vio el círculo negro del suelo. Pero ya no era un simple mosaico; era un vórtice, un torbellino que había surgido del suelo, proyectándose hacia el infinito y tratando de arrastrarle con él. El zumbido del Warp, allá en lo alto, parecía estar en su cerebro y empujarle en su ruidosa carrera, y Tarod se tambaleó, perdiendo el equilibrio...

El sueño, aquel ser..., tenian algo que ver con el Warp, algo que ver con este Salón...

-¡Tarod! -oyó vagamente que le llamaba una voz. Pensó que era Keridil, pero el tono parecía diferente-.

-Espera, padre! ¡Debemos interrumpir la ceremonia! Tarod se est ...

Tarod no oyó lo que siguió diciendo Keridil. En ese momento, un muro de oscuridad, surgido de ninguna parte, cayó de lleno sobre él. Al recibir el golpe, percibió la imagen fugaz de una estrella de siete puntas y luz cegadora, antes de caer inconsciente al suelo.

-Casi no has comido nada. -Themila Gan Lin le hablaba como a un niño rebelde-. Vamos, come. Ya oíste lo que dijo Grevard.

Tarod levantó la cabeza y le sonrió irónicamente.

-Falta de vitalidad en la sangre, causada por no tomar el alimento necesario para conservar la buena salud, tanto mental como física. Y demasiado consumo de vino. -Su imitación del tono severo del médico la hizo sonreír-. Sí, Themila, oí lo que decía Grevard.

Ella no se dejó intimidar.

-Entonces, come. O te obligaré a hacerlo a la fuerza, ¡y no creas que no soy capaz de ello!

El volvió su atención al plato bien surtido que le había puesto delante. No tenía apetito, pero comería para complacerla. Y, sin duda, Grevard tenía razón: había descuidado sus propias necesidades durante los últimos días, y el diagnóstico del médico podía, en buena lógica, explicar su desvanecimiento en el Salón de Mármol.

Pero Tarod no estaba seguro de que la lógica pudiese aplicarse a su caso. Y cuando miró a Keridil por encima de la mesa, supo que su amigo estaba pensando, más o menos, lo mismo que él.

-¡Keridil! -dijo suavemente Tarod, pero algo en su voz puso sobre aviso al otro. Decidió ser franco-. Por la cara que pones, diría que no estás más de acuerdo que yo con el diagnóstico de Grevard.

Keridil le miró fijamente.

-No, no lo estoy. Pero tú tienes una ventaja sobre mí, Tarod. Yo no puedo conocer tus pensamientos más íntimos... ni tus recientes experiencias.

Themila los miró a los dos.

-Si sugieres, Keridil, que Tarod está...

Keridil levantó una mano, imponiéndole silencio.

-Aprecio tus instintos maternales, Themila. Yo mismo he sido objeto de ellos con bastante frecuencia; pero sabes tan bien como yo que aquí hay algo más que la sencilla explicación de Grevard. Y te diré, con el debido respeto, que tú no estuviste hoy en el Salón de Mármol, no viste su cara...

Tarod lamentó que no estuviesen en lugar distinto del atestado comedor. Aquí había demasiado ruido, demasiadas charlas y risas, demasiadas interrupciones. El había pasado la última hora sometido al reconocimiento de Grevard y al consiguiente sermón, y sólo había aceptado las prescripciones del médico porque discutirlas le habría puesto en mayor aprieto con el Sumo Iniciado. Jehrek, tan preocupado por el bienestar de sus Adeptos como por el éxito de los ritos del Círculo, se había puesto furioso al enterarse de la negligencia de Tarod en el cuidado de su salud. Keridil le había dicho que, después de que se lo hubieran llevado apresuradamente del Salón, los restantes Adeptos habían intentado continuar el Rito Superior, pero habían perdido el ímpetu y nada habían conseguido. Pero ahora Tarod tenía la impresión de que había cumplido con su deber, y lo único que deseaba era escapar.

Pero Keridil y Themila no se lo permitirían. Themila sabía ya lo de los sueños, aunque no con detalle; Keridil sospechaba lo suficiente para querer ahondar más en el asunto. Y no pasaría mucho tiempo antes de que atasen cabos.

El no había querido confiar en nadie. Desde que Kael Amion había rechazado sorprendentemente su petición de ayuda, se había mordido la lengua, sintiéndose demasiado inseguro para arriesgarse a una segunda negativa. Pero Keridil y Themila eran sus más íntimos y queridos amigos. Si no podía confiar en ellos, no podía confiar en nadie. Y tal vez, a fin de cuentas, podrían tranquilizar su mente...

Ellos estaban esperando que hablase. Tarod dijo, pausadamente:

-Tienes razón, Keridil. Hay algo..., pero éste no es lugar para contarlo. Venid conmigo a mis habitaciones y os explicaré todo lo que pueda.

A Tarod le sorprendió el alivio que sintió cuando, al fin, hubo acabado de contar su historia. Sus dos compañeros habían escuchado, sin interrumpirle, su relato de cómo los sueños le atormentaban cada noche y su descripción del desastroso intento de observar el fenómeno desde el plano astral. Cuando terminó de hablar, Themila asintió lentamente con la cabeza.

-Ahora veo por qué estabas tan ansioso de conseguir la ayuda de Kael Amion -dijo gravemente.

-¿La Señora Kael? -Keridil miró sorprendido a Themila-. ¿Estuvo metida en esto?

-No. Ella... -Themila miró a Tarod como pidiéndole permiso y él se lo dio con un ligero ademán-. Ella... no quiso aconsejarle.

-¡Por los dioses! ¡Esto es inaudito!

-Sí, Keridil, lo es. -La expresión de Themila le dio a entender que se había mostrado impertinente-. Sin embargo, toda vidente tiene derecho a mantener la reserva, si lo considera oportuno... y es lo que hizo Kael. Lo que debe preocuparnos es la opinión que tiene del asunto el propio Tarod.

Este encogió los hombros, en ademán de impotencia.

-Yo no tengo opinión..., o al menos no lo bastante formada para que valga la pena expresarla. Pero apreciaría mucho la vuestra..., la de los dos.

Si Keridil no captó el matiz de desesperación en su voz, éste no pasó inadvertido a Themila, cuyos ojos adoptaron una expresión compasiva.

-Yo no puedo darte una respuesta clara, Tarod. Esto escapa a mi competencia; soy historiadora, no vidente. Pero me gustaría hacerte una pregunta...

-Hazla -dijo Tarod, perplejo por su vacilación.

-Muy bien. Es simplemente ésta: en todos los años que han pasado desde que llegaste al Castillo y empezaste tu adiestramiento con nosotros, ¿te ha defraudado el Círculo?

Librodot

Vio reflejarse la respuesta en los ojos verdes de Tarod, sin que éste pudiera hacer nada por ocultarla, y no le dio tiempo a inventar una negativa:

-Durante los primeros tiempos de tu estancia aquí -prosiguió-, llegué a conocerte más de lo que te imaginas. Vi un niño que anhelaba ser parte de algo que creía grande, espléndido y arcano. Y he visto cómo te convertías en un hombre que sigue teniendo el mismo afán, pero que se ha encontrado con que sus héroes no son más que hombres, tan inseguros y vacilantes como él. ¿Soy injusta contigo, hijo mío?

Keridil contuvo el aliento para no protestar contra una franqueza tan brutal, pero los ojos de Tarod se animaron.

-No, Themila. Eres muy perspicaz.

-Entonces contesta sinceramente mi pregunta.

Keridil no pudo contenerse más.

-Themila, ¡esto no tiene nada que ver con la cuestión! -arguyó-. Los sueños, el incidente de hoy...

Themila le interrumpió severamente.

-Sí, Keridil, los sueños. Yo creo, y pienso que Tarod estará de acuerdo conmigo, que los sueños están tratando de decirnos algo que hubiésemos debido comprender hace mucho tiempo. Dime una cosa: ¿cuántos Iniciados alcanzan el séptimo grado? ¿Cuántos lo consiguen a los diez años de empezar su instrucción en el Círculo? ¿Cuántos tendrían capacidad suficiente para alcanzar un grado todavía mayor, si éste existiese?

Keridil la miró fijamente; después miró a Tarod como si le viese claramente por primera vez. Despacio, se pasó la lengua por los labios, repentinamente secos.

-Sí..., sí, empiezo a comprenderte.

-Yo no pretendo saber lo que hay detrás del... digamos, desacostumbrado talento de Tarod -siguió diciendo Themila sin ambages, ahora que había sido aceptada su premisa mayor-. Pero una cosa es cierta: él no tendrá paz en la mente hasta que la haya explorado lo suficiente para saber a donde quiere llevarle. Y en esto debemos ayudarle todo lo que podamos.

-Sí... -Keridil frunció el ceño, todavía no del todo seguro de sí mismo-. Y sin embargo...

-Sin embargo, ¿qué?

La pregunta de Themila era un desafío.

-No lo sé... Tal vez es algo instintivo, pero... tengo la impresión de que hay algo más que esto. Mucho más. -Miró a Tarod, a la luz menguante de la habitación, y supo, por la expresión de su amigo, que había dado en el blanco-. Desde luego, haré todo lo que pueda por ayudarte, pero... no sé si servirá de algo.

Tarod se movió inquieto en la penumbra.

-Sirva o no sirva, os lo agradezco... a los dos.

-Bueno..., tres mentes piensan más que una. –Sin embargo, Keridil no podría desechar la inquietud que acechaba en el fondo de la suya-. Pensaré en ello, Tarod. Tiene que haber una respuesta: una solución al misterio, o una manera de evitar que éste siga atormentándote.

Se hizo un silencio que se prolongó unos momentos; un silencio opresivo. Por fin, lo rompió Tarod.

-Sí -dijo. Tiene que haber una respuesta, en alguna parte. . .

Cuando Keridil y Themila se hubieron marchado, Tarod se sentó en su habitación mientras se extinguían las últimas luces de la tarde. Abajo, en el patio, había llegado una caravana de suministros procedente de la provincia de Chaun, pero el ruido de la descarga y las voces de los conductores que se dirigían al comedor no le distraían de sus pensamientos.

Themila había dado en el blanco con su pregunta sobre si el Círculo le había defraudado, aunque Tarod no había hablado nunca de esto directamente a nadie. Pero, al
mismo tiempo, ella estaba equivocada, o al menos así lo creía él, al presumir que su frustración era la causa de los sueños. En todo caso, Keridil había acertado más cuando había dicho que había muchas más cosas de las que cualquiera de ellos podía siquiera imaginarse. Pero Tarod estaba convencido de que los mayores esfuerzos de sus amigos (estaba seguro de que harían todo lo posible) no servirían ni para empezar a descubrir el enigma. Y mientras ellos reflexionaban, el espectro de la pesadilla seguía cerniéndose sobre él como una espada suspendida y a punto de caer, contra la que no podía hacer nada. Y después de lo que había ocurrido hoy en el Salón de Mármol, sabía que las fuerzas desconocidas redoblarían su ataque...

La botella de vino que ahora tenía siempre sobre la mesita de noche estaba intacta. Alargó instintivamente una mano para tomar un trago, pero la retiró en seguida. Hasta ahora, el vino no le había dado ningún alivio, y no había motivo para que esto cambiase. Estaba cansado; el alimento que Grevard y Themila se habían empeñado en hacerle consumir le había fortalecido, pero las noches siempre intranquilas seguían produciendo en él terribles efectos. Si pudiese dormir sin soñar... Pero esto era imposible. Lo único que podía hacer, lo único que podía esperar hacer, era enfrentarse con la noche haciendo acopio de valor.

El patio había quedado en silencio después de que los últimos suministros fueran llevados al almacén del Castillo. Tarod se tumbó en la cama y, al cerrar sus ojos verdes, trató de no pensar en las negras horas que le esperaban.

CAPITULO 6

Fin Tivan Bruall, encargado de las caballerizas del Castillo, reprimió un bostezo mientras recorría las largas hileras de compartimientos a la enfermiza y pálida luz que precede a la aurora. Su inesperado visitante le seguía a un paso de distancia, observando cada animal y sacudiendo la cabeza cada vez que se volvía Fin para indicarle el que creía que podía convenirle.

Aunque estaba molesto porque le habían sacado de la cama a una hora tan intempestiva, Fin era tan incapaz de demostrarlo como de tratar de huir de las caballerizas del Castillo. Como la mayoría de los no Iniciados que servían aquí, respetaba al Círculo, aunque sus exigencias eran a menudo inesperadas o fastidiosas. Y aunque no podía recordar el nombre de su visitante, el hecho de que fuese un Adepto del séptimo grado era suficiente para que cuidase sus modales.

Cerca del final de una hilera, se detuvo frente a un compartimiento donde una yegua alazana de mayor altura que la corriente se movía inquieta y le miraba amenazadora.

-Si quieres un animal veloz y vigoroso, Señor, no encontrarás otro mejor que esta yegua. Su único defecto es que es muy resabiada. Capaz de tirarte de buenas a primeras, y con un genio de mil diablos... -Se encogió de hombros-. Depende de como le dé, ya sabes lo que quiero decir.

Tarod contempló la yegua. Era de buena raza: sangre del sur que le daba altura y rapidez, pero también la suficiente del norte para infundir vigor... y genio a la mezcla. Prescindiendo del rápido ademán de advertencia de Fin, entró en el compartimiento y puso una mano sobre el cuello del animal. La yegua mostró los dientes, amenazadora; pero él le habló rápidamente y en voz baja y, para sorpresa del cuidador, se calmó de inmediato.

-Bueno, Señor, por lo visto te ha tomado simpatía -dijo Fin, aceptando los hechos-. ¡Nunca la había visto así!

Tarod sonrió ligeramente.

-Me la llevaré. Haz que la ensillen y me la traigan al patio dentro de media hora.

No dijo más, sino que dejó que el hombre cumpliese la orden y volvió rápidamente a sus habitaciones. El sol empezaba a salir, pero no era probable que ningún miembro del Círculo se levantase antes de que partiese él, que era precisamente lo que quería. Si Keridil o Themila hubiesen sospechado que se disponía a marcharse, habría habido preguntas, discusiones, sugerencias y Tarod había estudiado ya todas las posibilidades hasta la saciedad. Este era el único camino.

Mientras recogía las pocas cosas que necesitaría para un viaje de dos o tres días, evitó cuidadosamente ver su propia imagen en el espejo. Los ojos de Fin Tivan Bruallále habían dicho todo lo que necesitaba saber acerca de su condición mental y corporal después de los estragos de las cuatro noches últimas, en las que los sueños habían brotado clamorosos de la oscuridad para torturarle, dejándole agotado y destrozado al amanecer por fin el día. Desde el desgraciado episodio en el Salón de Mármol, los sueños, tal como había sospechado, habían redoblado su intensidad, hasta que, la última mañana, la solución había aparecido, fría y cruelmente clara, en su mente.

No podía luchar contra los sueños. Al menos no podía hacerlo de una manera ortodoxa. La ayuda de sus amigos era consoladora, pero no suficiente; había que tomar medidas mucho más drásticas, o la otra única alternativa se abriría pronto como un abismo delante de él. La otra única alternativa era el suicidio.

Un día de investigación en la biblioteca subterránea le había dicho todo lo que necesitaba saber para hacer sus planes. Tarod nunca había estudiado a fondo el arte de las hierbas medicinales, pero sabía lo bastante para orientarse entre los grandes volúmenes que había sobre el tema en la biblioteca y encontrar lo que buscaba: una pequeña planta que crecía escasamente en los acantilados de la costa noroccidental; uno de los narcóticos más fuertes

que se conocían y que, manejado por un experto, podía combatir todos los horrores de la noche, fuese cual fuese su origen. También podía emplearse para abrir los canales psíquicos de la mente, y Tarod esperaba que pudiese romper las barreras que le habían impedido descubrir los orígenes de sus visitas.

Era una droga peligrosa, que podía matar a menos que se siguiesen estrictamente ciertas normas, pero a Tarod ya no le importaba el riesgo. En el Castillo no se guardaba ninguna Raíz de la Rompiente, que era el nombre vulgar que daban a aquella planta, pero, aunque la hubiese habido, no se habría atrevido a consultar a Grevard sobre ella. Sabía donde hallarla, disponía de un caballo, e iría él mismo en busca de la planta.

Y así, llevando solamente un poco de comida, agua y un cuchillo, montó Tarod la caprichosa yegua alazana, mientras Fin Tivan Bruallále observaba con ansiedad.

-Ten cuidado con ella, Señor -le advirtió el hombre, al ver que la yegua daba un paso de lado, guiada ligera pero firmemente por Tarod-. O mucho me equivoco, o te derribará a la menor oportunidad.

Tarod tiró de la rienda, sintió que el animal se tranquilizaba bajo su sutil dominio, y sonrió.

-Lo tendré en cuenta. Y te la devolveré sana y salva dentro de tres días, más o menos.

Cuando se abrió la puerta de la caballeriza brillaban en el cielo los primeros resplandores del sol naciente. Clavó los talones en los flancos de la yegua y ésta emprendió fogosamente la carrera, dejando atrás el Castillo.

Dos días más tarde, al amanecer, Tarod guiaba por fin a la cansada y sudorosa yegua hacia los imponentes acantilados de la provincia de la Tierra Alta del Oeste. Un instinto de precaución le había inducido a tomar el camino más corto pero más difícil que pasaba directamente por las montañas, evitando ciudades y pueblos y, sobre todo, la gran Residencia de la Hermandad de la que era superiora Kael Amion y que se hallaba junto a la carretera principal. El camino de montaña era famoso por albergar toda clase de enemigos de los viajeros, desde los grandes felinos del norte hasta pandillas de insaciables bandoleros; pero nada había amenazado a Tarod. Este se había detenido a descansar solamente durante las breves noches de verano, impulsado por el miedo de dormirse y por la desesperada necesidad de alcanzar su meta. Y ahora, con los primeros rayos rojizos del sol brillando en el este, salió a una vertiginosa pendiente cubierta de césped que llevaba a los acantilados de la Tierra Alta del Oeste.

La yegua resopló satisfecha cuando Tarod aflojó al fin las riendas y saltó de la silla para contemplar la magnífica vista que le ofrecían el mar y el cielo. La cabalgadura y el jinete se habían hecho amigos durante la larga y ardua carrera, y antes de bajar la cabeza para pacer la hierba virgen, la yegua acarició la mano de Tarod mientras éste le frotaba el suave belfo.

Tarod se dejó caer sobre el césped, contento de dar descanso a sus doloridos músculos. El viento del oeste apartó los enmarañados cabellos negros de su cara y durante un rato, Tarod no hizo más que contemplar el cielo que se iluminaba mientras la aurora daba paso al día. El mar, lejos debajo de él, resplandecía como cristal licuado, y las negras gibas de miles de diminutos islotes emergían al empezar a levantarse la temprana niebla. El aire olía a sal, limpio y estimulante; a lo lejos, las velas de una pequeña barca de pesca que volvía a tierra brillaron al pasar los rayos del sol por encima del acantilado. Por primera vez en muchos días tuvo Tarod una impresión de paz y, con gratitud, se aferró a este sentimiento. La urgencia de su misión seguía acuciándole, pero por un rato, un momento sólo, podía librarse de las negras influencias que le habían atosigado durante tanto tiempo.

Librodot

Hizo un cojín con su capa y se tendió de espaldas, recibiendo de buen grado el calor del sol en la cara. Con el zumbido de los insectos mañaneros, el murmullo del mar y el tranquilizador ruido de su caballo pastando a pocos pasos de él, se quedó dormido.

La yegua le despertó con un fuerte relincho y él se incorporó, momentáneamente desorientado. Después recobró la memoria y volvió la cabeza.

El sol estaba casi en el cenit, aunque en este lejano norte era poca la altura que alcanzaba en el cielo. La luz inundaba las cimas de los acantilados y, a través de su resplandor, vio la silueta de un jinete que se acercaba despacio por el camino que conducía tierra adentro. La yegua alazana relinchó de nuevo y él le ordenó mentalmente que se callase. Pero el otro caballo le estaba ya respondiendo con otro largo relincho que terminó en resoplido, y Tarod suspiró. La soledad de este paraje era un bálsamo para su mente; no quería que le molestasen, pero, por lo visto nada podía hacer para impedirlo.

El recién llegado le vio en aquel momento y detuvo su montura con una orden en voz ronca. Tarod se dio cuenta, de pronto, por la voz y por la ligereza del personaje que desmontaba, de que su primera suposición había sido errónea: el intruso era una mujer.

Esta vino en su dirección vacilando un poco y, al moverse contra el sol, pudo verla claramente. Fuesen cuales fueren sus otras virtudes, no era hermosa. Joven, tal vez tres o cuatro años menos que él, pero no hermosa. Los cabellos, tan rubios que eran casi blancos, le caían sobre los hombros, y los extraños ojos ambarinos, que le miraban por entre unas pestañas sorprendentemente oscuras, eran demasiado grandes para su cara pequeña y su boca excesivamente grande aunque solemne. Su cuerpo era menudo, casi infantil, y había algo más en ella, algo que solamente un Adepto podía ver; algo que él archivó en un rincón de su mente...

Ella no sonrió, sino que se dirigió a él con la misma solemnidad que toda su expresión reflejaba.

-Lo siento..., no pensaba encontrar a nadie aquí. Espero no haberle molestado.

Su cortesía innata hizo que Tarod se levantase y se inclinase ligeramente ante ella.

-En absoluto.

Difícilmente habría podido decir otra cosa... Los acantilados no eran propiedad de nadie.

La muchacha asintió con la cabeza; después se sentó sobre la hierba a pocos pasos de él.

-Hacía más de un año que no había estado aquí... Quería verlo de nuevo. -Vaciló y, entonces, una débil sonrisa iluminó sus vulgares facciones-. Tú no eres de los pueblos de pescadores, ¿verdad?

Aunque Tarod iba desaliñado y sin afeitar, sus modales revelaban bien a las claras un origen superior... Estuvo a punto de echarse a reír, sin saber por qué.

-No, no lo soy. Y por lo que dices, supongo que tú tampoco lo eres.

La muchacha le miró de reojo, como si sospechase que la pregunta ocultaba otro motivo. Era una criatura extraña, pensó él; vestía pantalón y camisa más propios de un hombre y una capa

manchada y echada descuidadamente sobre los hombros a pesar del calor del día. Su poni, de una peluda y arisca raza norteña, no llevaba más que una sencilla brida y una tosca manta, cosa que indicaba que la muchacha era una caballista experta, y la curiosidad de Tarod fue en aumento. Le tendió una mano.

-Me llamo Tarod.

Ella le estrechó brevemente los dedos, como si no estuviese acostumbrada a esta formalidad.

-Yo soy Cyllan.

-¿Y tu clan...?

Inmediatamente pensó que él era la persona menos adecuada para interesarse en el nombre del clan de otra.

La muchacha sonrió de un modo extraño.

-Abassan, aunque de poco sirve ya... hace mucho tiempo que nadie se preocupa de él.

El nombre del clan no le sonó a Tarod, y éste se disponía a preguntar su origen cuando ella añadió, casi como si leyese sus pensamientos:

-Somos de las Grandes Llanuras del Este. Mis padres se ahogaron en el mar hace cuatro años... y ahora estoy aprendiendo el oficio de boyero con mi tío.

¿Una muchacha, aprendiz de boyero? Parecía muy extraño.

-Hemos estado vendiendo ganado y cuero del sur de Chaun en la carretera de la costa -siguió diciendo ella-. Los hombres están durmiendo los efectos de un negocio afortunado en una posada a poca distancia de aquí, y yo he tenido ganas... -Bajó la cabeza como avergonzada de su estupidez-. He tenido ganas de ver el mar.

-Entonces soy yo el intruso -dijo amablemente Tarod, para tranquilizarla.

-No, no..., en absoluto. Estoy segura de que a ti te traen asuntos más importantes que mis caprichos.

El sacudió la cabeza.

-Nada que no pueda esperar un rato.

Ella le dirigió una r pida mirada en la que se mezclaban la gratitud y la incertidumbre.

-Tienes una ventaja sobre mí. Yo no sé cuál es tu... ¡Oh!

El siguió la dirección de la mirada de ella y vio, prendida en la capa que le había servido de almohada, la insignia de oro de Iniciado del Círculo.

-Lo siento -dijo, confusa, la muchacha-. No me había dado cuenta... Si lo hubiese sabido, no te habría molestado.

Tarod miró su insignia casi con disgusto.

Librodot

-¡Oh, eso...! -dijo con indiferencia-. No tiene importancia. Mi venida aquí no tiene nada que ver con los asuntos del Círculo.

-Sin embargo, no hubiese debido... Bueno, me marcho.

Estaba atemorizada, como lo habría estado él ante un Iniciado antes de conocerles mejor, y esto le irritó, pues creaba una barrera artificial entre los dos. Al empezar ella a levantarse, le dijo rápidamente:

-No; quédate, por favor. Tal vez puedas ayudarme.

-¿Ayudarte?

-Sí. Tú conoces esta costa y yo soy forastero aquí. He venido en busca de una planta que solamente crece en esta región; una planta rara llamada Raíz de la Rompiente.

Cyllan frunció los ojos ambarinos.

-¿ Rompiente?

-¿Sabes lo que es?

-Sé lo que hace. -Le miró fijamente y, en aquel momento, quedó confirmado lo que el instinto había dicho a Tarod acerca de ella. La muchacha prosiguió-: La ayuda que necesitas no es de las que yo podría darte.

El sonrió ligeramente.

-Eres injusta contigo misma, Cyllan. Creo que más que viajar por los caminos conduciendo bueyes, hubieses debido estar estos últimos años en una Residencia de Hermanas.

Cyllan se sonrojó. No había esperado que él viese a través de las barreras que había levantado. Y es que era la primera vez que veía a un Iniciado...

-Mis facultades no son merecedoras de la atención de nadie -dijo, y después añadió con una pizca de malicia disimulada por su expresión solemne-: Y menos aún de la de un Adepto de alta categoría.

Tarod inclinó la cabeza, agradeciendo el cumplido.

-Sin embargo, la Hermandad necesita personas que tengan una habilidad psíquica natural.

-Tal vez sí. Pero no miran con buenos ojos a las huérfanas campesinas de baja posición y pocos medios de fortuna.

Hablaba con bastante indiferencia, pero sus palabras dijeron a Tarod todo lo que necesitaba saber. A pesar de su teórica aceptación de cualquier muchacha que mostrase buenas aptitudes, la Hermandad de Aeoris se fundaba en la práctica en un rígido pragmatismo. Y esta extraña joven de cabellos pálidos se hallaría desplazada en el mundo cerrado de una Residencia de la Hermandad...

-¿Eres vidente? -pregunto él-. ¿O quizás intérprete de sueños?

Ella le miró con inquietud, como temiendo que fuese a burlarse o a censurarla por su pretensión. El sonrió para tranquilizarla y ella dijo por fin:

-Yo... leo en las piedras y en la arena. A veces leo el futuro de una persona en los dibujos que forman; a veces, también los hechos pasados... Pero no siempre puedo predecir.

Tarod se sintió intrigado.

-No conozco el método.

-Es una antigua técnica del Este. Pero no queda mucha gente que tenga esta habilidad, y los que la tienen... no son bien considerados.

Otra vez el tono de su voz daba a entender más cosas que sus palabras. Tarod no había visitado nunca las Grandes Llanuras del Este, pero había conocido en el Castillo a algunos mercaderes de la región. Eran de una raza austera y seria, supersticiosos y rígidamente convencionales; seguramente no recibían con los brazos abiertos a la gente dotada de talento psíquico. Presumió que Cyllan no debía sentirse muy feliz entre los de su clase.

Por un instante, se preguntó si podría convencerla de que leyese en las piedras para él, fuesen cuales fueren las consecuencias ; pero rechazó rápidamente la idea. Una joven campesina no podía decirle nada que él no supiese ya, y, aunque ella viese su futuro, probablemente sería incapaz de interpretar lo que le dijese su instinto. ¿Acaso no le había dicho que no podía darle la clase de ayuda que él necesitaba? Tal vez era más perceptiva de lo que se imaginaba.

Quizás Cyllan estaba pensando lo mismo porque, de pronto, se puso en pie y dijo, con cierta brusquedad:

-Quieres encontrar la Raíz de la Rompiente. Yo puedo mostrarte donde crece, pero tendremos que trepar para alcanzarla.

Ahora contemplaba el mar con una mirada extraña, como sin ver, esperando que él se reuniese con ella. Tarod se levantó.

-Muy bien. Ve tú delante.

La yegua alazana relinchó curiosamente, cuando él siguió a la muchacha cuesta abajo, en dirección al borde del acantilado. Desde allí, la vista requería unos nervios tranquilos y un estómago firme; el continuo oleaje había erosionado la costa convirtiéndola en una pared mellada de altos cantiles y profundas ensenadas cortadas a pico, que formaban vertiginosos abismos de centenares de pies. Tarod sintió que el viento le azotaba cruelmente la cara y levantaba los cabellos de Cyllan en una pálida aureola cuando ésta volvió la cabeza para llamarle y señalarle un lugar al borde de un precipicio casi vertical.

-Hay un camino para bajar hasta allí. Los pescadores suelen emplearlo.

ÉI contempló el mar agitado, allá en lo hondo.

-Iré solo. No tienes por qué arriesgarte.

Ella sacudió la cabeza.

-He bajado otras veces; no hay peligro.

Y antes de que él pudiese detenerla, pasó sobre el borde del cantil y se perdió de vista.

Tarod maldijo en voz baja. La muchacha no tenía motivo para ponerse en peligro por él; si su temeridad terminaba en tragedia, esto pesaría sobre su conciencia durante el resto de su vida. Pero cuando llegó al borde del acantilado, ella había descendido ya un buen trecho, moviéndose con rapidez y agilidad frutos de la práctica. Nada podía hacer él, salvo seguirla.

El descenso era más fácil de lo que había parecido desde arriba; había toscos escalones y agarraderos tallados en el duro granito y, aunque estaban desgastados por el viento y por generaciones de escaladores, seguían siendo bastante seguros. Alcanzó a Cyllan en el momento en que ésta llegaba a una estrecha cornisa a unos doscientos pies por encima de la ensenada, y ambos se detuvieron para recobrar el aliento y descansar unos instantes los músculos. Ella no dijo nada cuando él se le acercó, sino que se agachó para contemplar el mar, como si esperase algo. El viento soplaba aquí más fuerte al pasar a ráfagas entre las paredes del acantilado, y, de pronto, Cyllan levantó una mano.

-¡Escucha! Están aquí... Yo creía que se habían ido, ¡pero todavía están aquí! Y están cantando...

Mientras ella hablaba, él oyó el sonido. Débil y lejano, era una serie dulce y estremecedora de notas musicales, traídas por el viento desde algún lugar del mar. Aquellas notas formaban una armonía fantástica y obsesionante, que subía y bajaba de una forma que produjo escalofríos en la espina dorsal de Tarod. Y sintió la extraña presencia de otras mentes, de unas mentes inhumanas que parecían llamarle.

-Los fanaani... -dijo Cyllan, con voz entrecortada.

Entonces los vio Tarod. Desde aquella distancia, eran poco más que oscuras siluetas alzándose sobre la cresta de una ola momentos antes de romper ésta contra las rocas. Se movían lentamente hacia la costa, y contó siete antes de mirar a Cyllan y ver las lágrimas que brillaban en sus oscuras pestañas y la expresión de pasmo hipnótico que se pintaba en su semblante.

También él se sintió conmovido por la visión de aquellas extrañas criaturas marinas que moraban en la costa más salvaje del mundo. A veces, desde la Península de la Estrella, podían verse de lejos o se escuchaba el eco remoto de su canto agridulce, pero nunca las había visto tan de cerca como ahora. Los fanaani eran animales de sangre caliente, del tamaño de un hombre y de aspecto casi felino, pero de cuerpo largo y lustroso, patas cortas y palmeadas, adaptadas para la vida acuática. Y, como los felinos terrestres, eran telepáticos, aunque su inteligencia era muy superior, pero de otro orden. Tarod consideró un privilegio poder establecer este raro contacto con ellos.

Ahora los fanaani habían casi llegado a la estrecha playa semicircular que la marea baja había dejado al descubierto, de manera que Tarod y Cyllan tuvieron que asomarse peligrosamente al abismo para verles. Una vez estuvo Cyllan a punto de perder el equilibrio, tanto era su interés por las criaturas de allá abajo, y Tarod tuvo que alargar una mano para sujetarla. El breve contacto rompió el hechizo y, de nuevo los fanaani habían dado ya media vuelta y volvían a adentrarse en el mar, perdiéndose de vista entre las olas.

Cyllan suspiró y se enjugó disimuladamente los ojos.

-Un buen presagio para ti -dijo a media voz.

-Tal vez. -Tarod sintió el deseo irracional de creerla y este pensamiento suscitó en él un recuerdo que habría preferido olvidar en este tranquilo paraje. Incitado por él, añadió-: Creo que deberíamos seguir adelante.

-Sí...

Ella se levantó de mala gana y ambos abandonaron la cornisa para continuar el camino de descenso por el acantilado.

Encontraron la Raíz de la Rompiente en una grieta casi invisible del acantilado, fuera del alcance de las más grandes olas del invierno. Era una planta carnosa, nada llamativa, de hojas verde-grises, y al principio resistió al cuchillo de Tarod. Pero al fin éste pudo hacerse con el tallo y la raíz, y los contempló en la palma de su mano. La planta era pequeña, pero debería bastar para sus necesidades.

Cyllan le estaba observando, con la inquietud reflejada en sus ojos ambarinos. Cuando él guardó la raíz en la bolsa que llevaba colgada del cinturón, le dijo en un murmullo :

-Por favor..., ten cuidado.

Sus palabras suscitaron de nuevo aquel recuerdo. Comprendió que el idilio había terminado y que, si bien había sido agradable, no había sido más que una ilusión. Volvía a imponerse la triste realidad, y la triste realidad le decía que no podía perder tiempo. Sin añadir palabra, ambos iniciaron la larga escalada hasta la cima del acantilado, donde les esperaban sus monturas. La yegua saludó a su amo con muchos resoplidos y movimientos de cabeza, mientras que el poni de Cyllan permanecía hosco e inmóvil.

Tarod tomó su capa y la dejó caer sobre sus hombros, advirtiendo la rápida mirada que dirigía Cyllan a la insignia de oro, como si con ello volviese a levantar la barrera. El sol empezaba a declinar, y Tarod quería llegar a las montañas al anochecer y cabalgar durante toda la noche; todo menos arriesgarse a dormir durante las horas de oscuridad.

-Gracias, Cyllan -dijo pausadamente-. Estoy en deuda contigo... Espero que volvamos a vernos.

Ella asintió con la cabeza.

-Yo también lo espero. Que tengas suerte, Tarod.

El protocolo exigía que la despidiese con la bendición de Aeoris, deber tradicional y formal del Iniciado para con los legos. Pero no podía hacerlo. Las palabras habrían sonado vacías y artificiales, y aumentado la distancia entre los dos. En vez de aquello, dijo simplemente:

-Que la tengas tú también. Adiós, Cyllan.

Cyllan se quedó mirándole hasta que la yegua alazana se perdió de vista. Se había abstenido de rezar para que Tarod se volviese a mirarla, pero, al ver que no lo hacía, se sintió profundamente dolida. En realidad, no había motivo para que lo hiciese, se dijo; él era un Adepto del Círculo, un Adepto de alto grado, y ella era una simple campesina conductora de ganado, sin cualidades intelectuales o físicas que pudiesen despertar en él más interés del que exigía la cortesía. Sus caminos se habían cruzado brevemente; no volverían a encontrarse. Y

había sido una tonta al alimentar, siquiera por un instante, inútiles fantasías sobre lo que había pasado o podía haber pasado; ésta era una lección que había aprendido hacía tiempo y que volvía a aprender en las raras ocasiones en las que se miraba a un espejo.

Pero, a pesar de todo, la imagen de aquel desconocido alto y de cabellos negros, con sus verdes ojos felinos y su alma turbada, permanecería largo tiempo en su memoria. A pesar de sus diferencias, él la había tratado como a una igual, casi como a un espíritu hermano, y por un breve, ilógico y glorioso momento, había esperado que pudiesen ser algo más. La esperanza se había desvanecido, como una parte de su mente le había dicho que debía ocurrir inevitablemente, cuando él se alejó sin mirar atrás. Pero Cyllan no le olvidaría.

Montó sobre el ancho lomo de su poni. Mientras guiaba al animal hacia el oeste, le escocían los ojos a causa de unas lágrimas que -se decía- no eran más que el efecto de la fuerte luz del sol.

CAPITULO 7

Tarod llegó al Castillo cuando estaba despuntando la aurora. Había cabalgado sin descanso durante dos noches y un día, poniendo a prueba hasta el máximo su resistencia y la de la yegua alazana deteniéndose solamente cuando, de haber continuado, habrían muerto uno de ellos o los dos. La yegua había demostrado su temple y su buena raza durante el largo viaje, pero cuando llegaron al fin a la puerta del Castillo, llevaba la cabeza gacha de agotamiento.

Tarod se sentía poco mejor que el animal. Aquel trayecto a caballo habría sido toda una hazaña para el jinete más experto; le dolían terriblemente los miembros después de tantas horas en la silla y sentía la cabeza vacía y la mente confusa por la falta de sueño. Cuando vio alzarse a su alrededor las negras y grandes murallas, sintió que volvía la antigua sensación de opresión, y pensó con añoranza en el vasto cielo y los cantiles iluminados por el sol de la Tierra Alta del Oeste, donde, por un corto período de tiempo había podido olvidar su tormento. Le obsesionaban las imágenes del breve interludio: el olor de la hierba virgen, el fantástico y bello canto de los fanaani, la joven Cyllan de ojos solemnes que le había ayudado y acompañado sin pedirle nada a cambio... Bajó cansadamente de la silla y condujo la yegua a las caballerizas. Un mozo adormilado se levantó de su jergón de paja para encargarse del animal, y Tarod se dirigió despacio y de mala gana a sus habitaciones en el todavía silencioso Castillo.

Solo en la intimidad de su apartamento, sacó la pequeña y preciosa Raíz de la Rompiente y la depositó sobre su mesa de trabajo. Empezaba ya a marchitarse; tendría que trabajar de prisa para que no perdiese su poder, y el procedimiento de extraer y destilar su esencia requeriría algún tiempo.

Las manos de Tarod temblaban todavía un poco cuando empezó su fatigoso trabajo. De vez en cuando se le nublaban los ojos y su conciencia amenazaba con sumirse en un medio sopor. Pasaron horas mientras trabajaba detrás de la puerta cerrada, olvidando la actividad cotidiana que se iniciaba más allá de su ventana con el despertar del Castillo. Nadie vino a molestarle, pues todos incluso Keridil, creían que no había regresado aún; al fin, cuando el día declinaba y el sol empezaba a mostrarse como una amenazadora bola de fuego carmesí al otro lado de las negras murallas, terminó su trabajo.

La esencia destilada era un líquido oscuro, rojo purpúreo, turbio, que no llenaba una pequeña ampolla. Su desagradable olor invadía la habitación, pero esto no importaba ya a Tarod; aturdido por el agotamiento y la depresión, no estaba por consideraciones estéticas. Al contemplar el resultado de sus esfuerzos, aquel líquido de aspecto sucio y maligno, trató de recordar todas las etapas de la operación y se preguntó si había tomado
todas las precauciones necesarias. La hierba podía ser mortal incluso en las manos más expertas..., pero esto ya no parecía importar ahora. Un cansado fatalismo se había apoderado de él y le había convertido en un hombre temerario: ocurriese lo que ocurriese, su futuro estaba en manos de los dioses.

Esperó hasta que las largas sombras se hubiesen extendido sobre el patio para envolver su habitación en la penumbra, y entonces vertió un poco del brebaje en una taza, mezclándolo con vino. El olor de la mezcla y un último resto de precaución le detuvieron pero sólo por un instante; echó la cabeza atrás y tragó de golpe el contenido de la taza.

Ni siquiera el buen vino podía disimular el sabor horrible de la hierba, y casi se atragantó. Durante unos momentos, se apoyó en el antepecho de la ventana y tosió violentamente; después cesó el espasmo y Tarod se dirigió tambaleándose a la segunda habitación, donde se tendió rígidamente en la cama.

El sabor de la Raíz quedó pegado a su garganta mientras observaba, tumbado en el lecho, cómo se extinguía la última luz en la ventana. A veces tenía la impresión de que se estaba asfixiando hasta que su respiración se calmaba de pronto, y se relajaba. Pero cuando la droga produjo su primer efecto importante, se olvidó de la causa; sólo sintió que su mente se embotaba y casi dejaba de existir, reflejando la fatiga de sus miembros. Las piernas le pesaban como el plomo y sentía un peso sobre el pecho y los hombros que... afortunadamente... le sumía en el sueño. Cerró los ojos.

Pero la presión empezó a aumentar. Cada aspiración era ahora una lucha física contra el dolor, al negarse sus pulmones a llenarse de aire, y sus músculos, a responder. Su mente era impotente contra aquello; empezaba a asfixiarse.

Lanzando un grito ronco, saltó de la cama y cayó pesadamente al suelo. Se incorporó dolorosamente agarrándose a los barrotes de la cama, y se dio cuenta de que apenas podía sostenerse en pie. Su aturdido cerebro le dijo a duras penas que algo había ido rotundamente mal, que se había equivocado, que el narcótico se había apoderado de su sistema y se estaba extendiendo con tanta rapidez que nada podía contra él.

Socorro. Esta palabra penetró en su conciencia. Tenía que pedir socorro, o agonizaría y moriría aquí, en sus propias habitaciones, pues nadie podría abrir la puerta y encontrarle a tiempo. Abre la puerta... Esta parecía hallarse a mil millas de distancia, pero se arrastró desesperadamente hacia ella y a tientas agarró el cerrojo. No tenía más fuerza que un chiquillo, pero, de alguna manera, consiguió abrir el cerrojo y salir al pasillo, donde a punto estuvo de caer al suelo. Ardía una antorcha en el otro extremo, pero el corredor estaba desierto. Tarod se tambaleó en dirección a la escalera, sin poder respirar, sin poder aspirar aire suficiente para gritar, seguro que no podría sobrevivir un momento más a ese horror. Sin embargo, todavía estaba vivo cuando salió al patio y cuando, sin encontrar a nadie, se tambaleó a lo largo de la columnata hasta encontrar la puerta que conducía a la biblioteca del sótano. El instinto le empujaba hacia el Salón de Mármol y, aunque no comprendía la causa su sentido de autodefensa le obligó a seguir hasta el fin. Cuando entró en la biblioteca, apenas si podía tenerse en pie.

Librodot

Las luces estaban encendidas, indicando que alguien había estado hacía poco allí y pensaba volver. Pero nada se movía entre las turbias sombras. Tarod se derrumbó contra un estante, haciendo caer un montón de libros a su alrededor y, con ojos nublados por el dolor, vio que la bóveda oscilaba y que la fuerte luz de las antorchas rebotaba en las paredes, haciendo que se torciesen y combasen. ¿Por qué había venido aquí? Aquí no había nada para él... Su confusa visión recorrió la estancia..., hasta que le pareció que veía moverse algo en la puerta que daba al Salón de Mármol.

Con un tremendo esfuerzo, se levantó y se dirigió a aquella puerta. Tenía que haber estado cerrada, pero no lo estaba..., sino que se abrió al apoyarse en ella, de modo que cayó de rodillas y miró, medio a ciegas, al pasillo.

Un ruido como de hurac n zumbó en sus oídos, y vislumbró una cara enloquecida, fantástica, que pareció avanzar contra él en el pasillo antes de desvanecerse. Después, otra, y una tercera todas ellas desencajadas, burlonas, mofándose de su delirio. La pesadilla empezaba de nuevo...

Recuerda. . . Vuelve. . .

Tarod jadeó, tratando de volver atrás mientras el sibilante murmullo resonaba en la lejana puerta de plata del final del pasillo. Pero su cuerpo se negó a obedecerle.

Recuerda...

Algo venía por el pasillo, avanzando inexorablemente hacia él. No caminaba ni corría, sino que parecía deslizarse sin una fuerza motriz propia, como en sueños. La cara, su misma cara, sonreía, pero aquella sonrisa era una ilusión, una máscara humana que ocultaba algo mucho más terrible. Los ojos rasgados cambiaban constantemente de color, y los cabellos rubios ondearon, agitados por una fuerte corriente de aire mientras la aparición levantaba los brazos y extendía hacia él las manos delgadas y de largos dedos. El suelo empezó a vibrar debajo de Tarod, y una nota musical, débil pero estridente, brotó de aquella lúgubre figura, haciendo que quisiera taparse los oídos. Pero no podía hacerlo; sus músculos estaban rígidos, agarrotados...

Los labios de aquel ser se entreabrieron y pronunciaron una sola palabra. Un momento después, Tarod oyó su propio nombre murmurado en su mente y, al extinguirse el eco, algo se rompió dentro de él, poniendo fin al espantoso hechizo. El terror le devolvió la fuerza que le había quitado la droga, y volvió atrás, cruzó tambaleándose la puerta y la cerró de golpe contra la visión que se acercaba.

-¡Basta de pesadillas! -gritó, y su voz cansada y enloquecida resonó en el sótano-. ¡Vuelve al lugar del que has venido! ¡No puedo aguantarlo más!

Las dos personas que bajaban en aquel momento la escalera del sótano y se dirigían a la biblioteca se detuvieron en seco al oír aquella voz demencial.

Themila Gan Lin palideció visiblemente.

-En nombre de... -empezó a decir, y se interrumpió.

Había algo familiar en aquella voz apenas reconocible, y un terrible presentimiento se apoderó de ella.

Keridil le tocó un brazo, haciendo ademán de que no se moviese.

-Espera aquí -dijo en voz baja-. Iré a ver qué pasa.

Un fuerte golpe sonó en la biblioteca mientras él bajaba los últimos peldaños, y Themila vio que se llevaba instintivamente la mano a la espada de hoja corta que pendía de su cinturón. Era un signo de su rango más que un arma útil, y ella se preguntó, temerosa, si debería ir en busca de más ayuda. Si había un peligro real en el sótano, Keridil estaría prácticamente desarmado...

Pero era demasiado tarde para preocuparse por la seguridad de Keridil. Este había llegado a la puerta y la estaba empujando. Vio que vacilaba, y después...

-¡Tarod!

-¡Oh, dioses...!

Lo que más temía Themila se había confirmado, y bajó corriendo la escalera.

Al entrar en la biblioteca, un segundo ruido anunció la caída de todo un estante de libros, que levantaron una nube de polvo al chocar contra el suelo. A través de ella, vieron a Tarod de espaldas contra la pared, sacudiendo violentamente la cabeza, como si luchase por librarse de un monstruoso atacante que sólo él podía ver. Tenía los dientes apretados en su tremendo esfuerzo por respirar, y estaba empapado en sudor. Sin detenerse a pensar, Themila iba a correr hacia él, pero Keridil la contuvo.

-¡No le toques! -susurró.

-Pero está...

-¡He dicho que no le toques!

Sus voces penetraron en la angustiada y aturdida mente de Tarod, y entonces éste les vio. Keridil avanzó cautelosamente en su dirección, y algo se disparó en el confuso cerebro de Tarod. Cabellos rubios... cabellos rubios... cabellos de oro... Este demonio era el responsable de su amorfa y terrible pesadilla... era el enemigo.. Mátale... Destrúyele. . .

Agarró con una mano el cuchillo que llevaba en la cadera, y la fría empuñadura provocó en su interior una extraña mezcla de confianza y sed de sangre. Dio un paso adelante, pero ni Keridil ni Themila advirtieron la amenaza. Ambos miraban, pasmados, al doble de Tarod, que se había materializado, de pronto, detrás de él. Era un fantasma en negativo (sombra y luz, oro y negro) del hombre vivo, y Themila sintió como si un puño la golpease violentamente en el estómago cuando una helada ráfaga de energía maligna sopló a través del sótano. Aquel golpe fue un aviso; cuando, con un tremendo esfuerzo, logró salir de su estado casi de trance, alcanzó a ver a Tarod al acecho, el brillo enloquecido de sus ojos, el cuchillo...

-¡Keridil! ¡Cuidado! -chilló, en el momento en que Tarod iniciaba el salto.

Un puro reflejo salvó a Keridil de la cuchillada. Se inclinó a un lado y levantó un brazo para protegerse la cara; la hoja se clavó en su antebrazo, produciéndole una herida profunda que él apenas sintió. El propio impulso hizo perder el equilibrio a Tarod que dio un traspié; después giró en redondo y se agachó, pero la mano que sostenía el cuchillo temblaba violentamente. Cuando atacó por segunda vez, Keridil le dio un golpe, sólo uno.

Era como luchar con un niño. El cuchillo cayó de la mano de Tarod y, por un instante, un destello de cordura volvió a sus ojos verdes. Entonces pareció derrumbarse y cayó al suelo.

Themila se arrodilló junto a Tarod, sintiendo que el corazón le palpitaba dolorosamente mientras Keridil daba la vuelta a aquel cuerpo insensible. Ninguno de los dos quería ser el primero en hablar de lo que acababan de ver, pero Themila sentía la fuerte (y se confesó que cobarde) necesidad de salir del sótano lo antes posible.

Se puso trabajosamente en pie, esforzándose por no mirar a los tenebrosos rincones de la biblioteca.

-Iré a buscar ayuda -dijo-. Necesitaremos al menos otro hombre para sacarle de aquí.

Keridil trataba de tomar el pulso a Tarod, pero no podía encontrarlo.

-Sí, y envía a alguien en busca de Grevard.

Ella vaciló un breve instante al llegar a la puerta y miró hacia atrás, como esperando ver de nuevo la terrible aparición que se había manifestado tan fugazmente en el momento crítico. Lo único que vio fue que Keridil, con los ojos cerrados, hacía la conocida señal de Aeoris y murmuraba lo que ella presumió que era una oración sobre el cuerpo inmóvil de Tarod.

Cuando Keridil y otros dos hombres llevaron a Tarod a sus habitaciones en una camilla improvisada, un numeroso grupo se había reunido en el pasillo. Las noticias en especial las malas noticias, circulaban de prisa en el Castillo, pero los curiosos tuvieron que contentarse con unas pocas y secas palabras de Keridil sobre un accidente .

En cuanto entraron en la habitación exterior, los hombres advirtieron el persistente olor del brebaje que había preparado Tarod. Uno de ellos se volvió hacia la puerta, lanzando una maldición que era también una protesta, y Keridil sintió náuseas y señaló frenéticamente las ventanas para que las abriesen. Themila llegó en el momento en que acostaban a Tarod en la posición más cómoda posible, y dijo que Grevard no se hallaba en sus habitaciones, pero que le estaban buscando con urgencia.

-Pero ese olor... -Se tapó la boca con una punta del chal y tosió-. En nombre de Aeoris, ¿qué es eso?

-No lo sé... Me recuerda algo, pero no puedo identificarlo.

-Ese frasquito... -dijo Themila, al fijar su aguda mirada en la mesa junto a la ventana-. Hay algo en él...

Keridil tomó la pequeña ampolla y la olió aprensivamente. Su estómago se contrajo cuando el fuerte hedor penetró en sus fosas nasales, y apartó rápidamente el pequeño recipiente de cristal.

-Sea lo que fuere, es mortal... Por todos los dioses, ¿dónde está ese maldito médico?

Como respondiendo al grito desesperado de Keridil, se oyó la voz de Grevard en la habitación exterior, acallando autoritariamente el parloteo.

-¿Qué pasa, Keridil?

El médico iba despeinado y con la ropa arrugada, cosa que, en circunstancias más felices, habría divertido a Themila. Grevard no se había casado, pero todavía le gustaba pasarlo bien cuando había una mujer dispuesta a complacerle. Pero ahora adoptó su actitud más profesional. Keridil le puso en antecedentes, con las menos palabras posibles, y Grevard examinó la taza. Su expresión se nubló después de olerla.

-¡Raíz de la Rompiente! Por todos los dioses, ¿de dónde sacó esto? Es el narcótico más peligroso que se conoce. -Miró un instante la figura inmóvil sobre la cama. Después dijo-: Quiero que todo el mundo salga de estas habitaciones. Vosotros, Keridil y Themila, podéis quedaros si queréis; pero todos los demás deben marcharse.

Así lo hicieron, y Grevard cerró la puerta tras ellos. Cuando volvió, empezó a examinar a Tarod, y Themila fue la primera en romper el silencio.

-Grevard, ¿qué puedes hacer por él?

El médico siguió con su trabajo, sin responder de momento. Después se irguió, suspiró y dijo:

-Nada.

-¿Nada? -Keridil se apartó de la ventana, levantando la voz en son de protesta-. Pero...

-La cuestión es sencilla, por mucho que te disguste -le interrumpió vivamente Grevard-. La Raíz de la Rompiente, ése es su nombre, es una droga muy valiosa si se emplea correctamente. Usada incorrectamente es mortal, y no hay ningún antídoto contra ella. -Se volvió de nuevo hacia la cama, levantó un párpado de Tarod e hizo una mueca-. Lo que no comprendo es por qué quiso Tarod emplear..., envenenarse, maldita sea... con esta droga.

-¿Crees que lo hizo él? -preguntó Keridil con incredulidad, y Grevard lanzó un bufido.

-No seas tonto, Keridil; ¡claro que fue él! ¿Crees que habría manera de persuadir o engañar a alguien, y menos a Tarod, para que bebiese una pócima como ésa? Además, no hay homicidas entre nosotros.

Keridil sacudió, desalentado, la cabeza.

-¿Tarod, un suicida? ¡No puedo creerlo, Grevard!

-Entonces será mejor que empieces a pensar en una explicación más convincente. Pudo equivocarse al preparar el brebaje; esto sería lo más lógico. Pero no hay que ser un genio para hacer bien la preparación, y me cuesta creer que un hechicero del séptimo grado cometiese errores tan burdos.

Cuando Keridil miró a Themila, ésta desvió la mirada y dijo en voz baja:

-Tal vez hay circunstancias en que cualquiera puede cometer un error. . .

Grevard la miró con dureza.

-Tal vez sí. Pero de momento esto no importa. Lo único que me interesa es su estado físico. Más tarde podremos preocuparnos de su condición mental... si es que sobrevive.

Estas palabras impresionaron a los dos, y Themila exclamó :

-¡Tiene que sobrevivir! No vas a pensar, Grevard...

No pudo terminar. Al ver su cara, el médico suavizó el tono.

-Lo siento, Themila; a veces soy más brusco de lo que quisiera. Pero la verdad es que no lo sé. Tarod tiene una constitución muy peculiar; probablemente, tú o yo habríamos muerto a los pocos minutos de tragar ese brebaje. Pero el hecho de que él haya sobrevivido hasta ahora demuestra su vigor. Si es posible que algún mortal resista este grado de intoxicación, entonces sí, creo que vivirá. -Empezó a recoger su instrumental-. ¿Informaréis de esto a Jehrek, o queréis que lo haga yo? Tendrá que hacerse una investigación a fondo.

-Yo hablaré con mi padre.

A Keridil no le entusiasmaba la entrevista pues sabía lo que diría Jehrek. El Sumo Iniciado no había olvidado nunca sus primeros presentimientos acerca de Tarod y, aunque siempre se había mostrado escrupulosamente justo en su trato con el hechicero de negros cabellos, recriminaba a Keridil que la amistad no le dejara ser imparcial. Keridil preveía una fuerte reprimenda por haber permitido que las cosas llegasen a este punto sin emprender ninguna acción.

-¿Me mantendréis informado de lo que descubráis? -preguntó Grevard.

-Sí, sí, desde luego.

-Bien. Le visitaré con regularidad, pero quiero que alguien esté continuamente a su lado. Si se produce algún cambio, debéis llamarme inmediatamente.

Keridil asintió con la cabeza y el médico apoyó una mano en su hombro.

-Lo único que siento es no poder hacer nada más por él.

-Estás haciendo todo lo humanamente posible.

Keridil convenció a Themila de que se marchase con Grevard y, cuando hubieron salido, se sentó en el borde de la cama y miró a su amigo. La cara de Tarod estaba palidísima, a excepción de sus hundidas ojeras; su respiración era irregular, como un estertor. Parecía que podía morir en cualquier momento. Durante un rato, Keridil observó su rostro inmóvil, tratando de no pensar en los tormentos que le habían llevado a tan desesperado y tal vez fatal extremo. Las señales habían sido claras para cualquiera que fuese capaz de verlas, y aunque él las había visto, no había actuado a tiempo.

Pero había más, mucho más, de lo que hasta aquí había podido ver cualquiera, pensó Keridil, y se estremeció, de pronto, como presa de una premonición. Había hecho mal en no informar a Jehrek con anterioridad... Ahora tenía que reparar el mal.

Si no era demasiado tarde...

Tarod no recobró el conocimiento durante aquella noche, ni en muchos días y noches después. Los que velaban no informaban de ningún cambio en la figura inmóvil, y las ansiosas preguntas a Grevard, sobre todo por parte de Keridil y Themila, obtenían siempre la misma respuesta:

-Sin novedad. No puedo hacer nada más.

Sin embargo, dentro del deteriorado mundo de su propia mente, Tarod estaba, en cierto modo, despierto y alerta. Tenía la impresión de estar suspendido, fuera del tiempo, en un crepúsculo de sueños y delirio. Interminables secuencias de sucesos pasaban por su campo visual interior; revivía su propio pasado, aunque los recuerdos estaban tan deformados que solamente servían para crear una monstruosa confusión.

Entonces, al hacerse el coma más profundo, comenzaron a aparecer las caras. Al principio eran furtivas y sutiles, pero al intensificarse las pesadillas, se hicieron más atrevidas, de manera que, dondequiera que se volviese, se enfrentaba a horribles semblantes que chillaban y le hacían muecas. Las desencajadas facciones, los insensatos ruidos que hacían muecas, le recordaban otro tiempo y otra vida en que había sido capaz de contender tranquilamente con estos espíritus menores y dominarles. Ahora era impotente contra sus ataques, y sólo podía volverse y retorcerse como atado con cuerdas invisibles, mientras aquel mar de caras bailaba a su alrededor y sus gritos retumbaban en sus oídos como un fuerte oleaje. Al final, los últimos hilos de su resistencia terminaron por romperse y el oscuro caos de la pesadilla se convirtió en la única realidad.

Pero luego se produjo un cambio. Al principio, la mente trastornada de Tarod apenas lo advirtió, pero, en definitiva, se dio cuenta de que los continuos horrores se desvanecían y daban paso a un vacío peculiar y tenso. Había algo familiar en la neblina de pálidos y fantásticos colores que llenaba el aire a su alrededor; algo familiar en las columnas vagamente visibles que se alzaban hacia un techo invisible..., y, de pronto, volvió el recuerdo y Tarod se dio cuenta de que estaban en el Salón de Mármol.

No podía pensar con bastante claridad para preguntarse cómo le habían traído aquí y, en todo caso parecía que su presencia era puramente astral. Pero el alivio que sintió al encontrarse en un lugar que le era conocido y en el que podía anhelar su conciencia, fue indescriptible. Se volvió, se deslizó, buscando el punto de referencia que le era más familiar: los siete colosos de caras destrozadas que siempre le habían fascinado.

Estaban allí, amenazadoramente indiferentes en la resplandeciente niebla. Se lanzó hacia ellos, alargando mentalmente los brazos...

Una de las estatuas se movió. Tarod sintió una sacudida en su interior y se detuvo, mirando fijamente. De nuevo, y ahora de forma inconfundible, observó un temblor, como si la antigua piedra estuviese luchando contra siglos de inmovilidad, cobrando un fantástico aspecto de vida. Y mientras observaba, el perfil del coloso pareció oscilar y desintegrarse, metamorfoseándose en una figura humana, de tamaño natural, que se apeó con ligereza del pedestal de granito.

La cara, tan parecida a la suya sonrió y sus ojos cambiaban constantemente de color dentro del marco de cabellos de oro. No era un hombre mortal; las facciones cinceladas, la boca bella pero cruel, la alta y graciosa figura, eran demasiado perfectas para tener una humanidad real. Era un morador de un mundo inimaginable... y, cuando aquel ser tendió una mano de largos dedos a modo de saludo, Tarod le reconoció y sintió un terrible escalofrío, una sensación que le encantaba y repelía al mismo tiempo. Era el personaje que había estado presente en sus sueños, ¡el arquitecto de sus pesadillas!

-Tarod... -dijo aquel ser, y su voz sonó clara y musical en la mente de Tarod.

Este luchó contra la fuerza que le retenía y, por fin, pudo articular unas palabras.

-Tú..., ¿quién eres tú?

-¿No me conoces, Tarod? ¿No te acuerdas de Yandros?

Recuerda. . .

Elementos de los sueños volvieron a él, y sintió un estremecimiento en lo más profundo de su alma. Conocía aquel nombre, lo conocía tan bien como el suyo y, sin embargo, no podía comprender. Y el recuerdo era tan intenso que toda la voluntad del mundo no habría podido borrarlo de aquella oscuridad profunda...

-¿Por qué? -gruñó Tarod al fin-. ¿Por qué me persigues?

Yandros no respondió a la pregunta, sino que le dirigió una mirada que le hizo palidecer todavía más.

-Te estás muriendo, Tarod -dijo al fin-. El veneno que has tomado está en tu sangre, y tal vez poner fin a tu vida mortal es lo que deseas, pero no es lo que nosotros deseamos para ti.

-¿Nosotros?

Yandros, con un ademán evasivo, dejó también esta pregunta sin respuesta.

-Desde luego, tú eres dueño de tu voluntad; puedes disponer de tu vida como mejor te plazca. Pero no creo que desees realmente morir.

¿Lo deseaba? Se sentía terriblemente confuso, y trató de despejar su confusión y pensar más claramente. Nada le había importado su propia existencia cuando había destilado y bebido la pócima; pero ahora, al enfrentarse con la realidad de la muerte, sus puntos de vista cambiaban. Y la voluntad de Yandros parecía imponerse a la suya con una fuerza que era inútil tratar de combatir...

-Dices que me estoy muriendo -dijo, con voz ronca-. Por consiguiente, ¿qué pueden importar mis deseos?

-No digas esto. -Aquel ser sacudió la cabeza; la aureola de colores tembló un momento, y se inmovilizó de nuevo. Yo puedo salvarte, si me lo pides. Pero esto tiene un precio.

Un rastro del antiguo humor cínico y negro se dibujó en la sonrisa con que le respondió Tarod.

-Ya me has dicho que mi vida está en tus manos, Yandros; no tengo nada mejor para ofrecerte.

-Al contrario. Hay una tarea..., un destino, podríamos decir... que debe cumplirse. Este es el precio, amigo mío.

-¿Un destino? -El tono de Tarod era ahora burlón-.¡Yo no soy un héroe!

-Sin embargo, eres el único habitante de este mundo que puede realizarlo. Y debe realizarse. -La voz de Yandros se hizo momentáneamente maligna-. Es algo ineludible, Tarod. Y un día lo comprenderás... y te alegrarás.

Los sueños... Tarod supo, de repente, que aquí estaba el origen de las pesadillas que le habían traído a este momento; la fuerza que le había estado llamando durante tanto tiempo; la razón de que él fuese diferente. Y comprendió que Yandros no había mentido cuando le había dicho que esta fuerza era ineludible. Si ahora le volvía la espalda, continuaría hostigándole y ya no tendría otra oportunidad. Esto, o la muerte: no había más alternativa.

-¿Qué es lo que quieres de mí? -dijo, a media voz.

Yandros sonrió, triunfal.

-Nada, todavía. Tómate tiempo, y sabrás todo lo que tengas que saber cuando llegue el momento oportuno.

No tenía elección...

-Entonces, acepto -dijo.

Aquel ser, fuese lo que fuese, asintió con la cabeza. Por un instante, un destello malicioso brilló en sus ojos multicolores.

-Debes comprometerte con un juramento que jamás podrás romper. ¿Aceptas esto?

-Lo acepto.

-Entonces, no hay más que decir. Salvo que... -Yandros vaciló, y un malévolo regocijo tiñó de pronto, su expresión burlona-. Las corrientes de la vida y de la muerte no pueden manipularse excesivamente, una vez se han puesto en movimiento. Tú no morirás, Tarod; pero otra vida se acabará en vez de la tuya.

-¿Otra vida...? ¡No! ¡Esto no lo permitiré! –protestó Tarod.

-No puedes impedirlo -dijo Yandros, acentuando su sonrisa-. Has prestado juramento.

-¡Entonces lo he prestado bajo engaño! -Tarod sintió una mezcla de cólera y de pánico-. Si me hubieses dicho...

-No te lo dije. Tal vez me olvidé de hacerlo; pero es demasiado tarde para volver atrás.

Con una sensación de vértigo, se dio cuenta de que Yandros le tenía atrapado. A causa de las maquinaciones de aquel ser, algún inocente tendría que morir en su lugar...

-Volveremos a vernos dentro de poco -dijo Yandros-. Y entonces verás claramente que hago lo que tengo que hacer. Mucho depende de ti, viejo amigo. No lo olvides. -Alargó una mano y tocó ligeramente la mano izquierda de Tarod, rozando con los dedos el anillo de plata-. Tiempo. Esta es la clave, Tarod.

Mientras el ser hablaba, Tarod empezó a experimentar una nueva sensación en el rincón más oscuro de su conciencia. Una pulsación lenta y regular, como los latidos del corazón de un monstruo, que casi rebasaba los umbrales de la conciencia, pero que pareció apoderarse de él

y trascenderle, hasta que su espantoso ritmo llenó todo el Salón de Mármol. Un terrible y vago recuerdo pasó por la mente de Tarod, que miró frenéticamente a su alrededor a través de la temblorosa niebla del Salón, pero, antes de que pudiese concebir una respuesta, le falló la memoria y el recuerdo se desvaneció.

Bruscamente, el perfil de la figura de Yandros empezó a oscilar y a oscurecerse, y Tarod gritó:

-¡Espera!

Tenía que preguntar, que saber muchas más cosas. Pero Yandros se limitó a sonreír.

-Yandros, ¡espera!

Su voz resonó en un súbito e impresionante vacío silencioso.

-¡...Yandros !

El joven Iniciado de primer grado que había estado dormitando en una silla junto a la cama de Tarod se levantó de un salto, como si le hubiesen dado un latigazo, y el grueso volumen que presuntamente estudiaba cayó al suelo con un ruido sordo. Con el corazón palpitándole por la impresión, el muchacho miró al enfermo y estuvo a punto de gritar de espanto. El cuerpo de Tarod se estremecía en violentos espasmos debajo de la manta que le cubría, y tenía los ojos abiertos, mirando loca y ciegamente a ninguna parte, y parecía esforzarse en hablar o gritar.

-¡Dioses!

El joven se echó atrás, sobresaltado, y después salió corriendo en busca de Grevard.

-Simik Jair Sangen me pidió una entrevista esta mañana -dijo Jehrek Banamen Toln.

-¿El padre de Inista? -Keridil se puso inmediatamente alerta, aunque lo disimuló muy bien tomando su copa de vino de encima de la mesa y bebiendo un sorbo-. ¿Se la has concedido?

-Difícilmente podía negarme. Posee algunas de las mejores tierras de labranza de la provincia de Chaun, y necesitamos estar a bien con él si queremos recibir nuestros diezmos anuales sin demasiados regateos.

A Keridil se le encogió el corazón.

-Entonces, supongo que no hace falta que te pregunte lo que quería. . .

-Me ofreció una buena dote, Keridil. Cree que Inista y tú formaríais una pareja perfecta..., y sus argumentos fueron muy convincentes.

Keridil se levantó y empezó a pasear impaciente por la habitación, ocultando a su padre la expresión de su semblante. Sabía que un hombre destinado a ocupar uno de los puestos más importantes del mundo debía contar con la estabilidad que le daría una esposa de buena crianza, y había advertido la preocupación de Jehrek porque él no había mostrado, hasta el momento, deseos de casarse. En las clases altas, se concertaban muchas bodas por razones de posición o de conveniencia, y la mayoría de ellas daban buenos resultados. Si su padre le

hubiese propuesto una candidata con la que pudiese vivir de un modo aceptable, habría cumplido su deber y aceptado. Pero no Inista Jair...

Por fin se volvió de nuevo hacia el anciano.

-¿Es esto lo que piensas, padre? ¿ Que sus argumentos son convincentes?

Jehrek suspiró, mirando a su único hijo con una mezcla de afecto y melancolía. Normalmente, disfrutaba en estas tranquilas veladas ocasionales, en las que tenía tiempo de comentar tranquilamente los asuntos del Círculo y del Consejo y, quizás, de profundizar un poco más en las lecciones tan necesarias para Keridil, si había de sucederle un día como Sumo Iniciado. Pero a veces podía percibir la guerra personal que se desarrollaba en el alma de su hijo; el conflicto entre las exigencias del deber y el deseo de ser libre y dueño de sus actos tan propio de los jóvenes. En ocasiones esta guerra se manifestaba y provocaba choques entre los dos, y esto era algo que Jehrek lamentaba profundamente; pero sus responsabilidades estaban claras y creía que, poco a poco, estaba ganando la batalla. El Círculo necesitaba un líder fuerte en el futuro; alguien que pudiese mantenerse firme contra la insidiosa ola de cambio y de incertidumbre que Jehrek sentía, en lo más hondo de su ser, que empezaba a invadir el mundo en general y el Castillo en particular. Todavía era un miedo vago, a pesar de que la preocupación había ido aumentando con los años, y Jehrek sentía que ahora era ya demasiado viejo y estaba demasiado agotado para tener esperanzas de librarse de él.

Si Malanda hubiese vivido, tal vez su labor habría sido más fácil. Desde el día en que se había casado con Malanda Banamen, ella había sido no solamente su áncora, sino también su talismán y una fuente de sabiduría práctica y sensata. Morir al dar a luz, dar su vida por su único hijo... era una ironía contra la que Jehrek casi no había tenido fuerza para luchar, y sólo su arraigada creencia en la justicia inconmovible, aunque a veces incomprensible, de los dioses, le había sostenido entonces. Pero Keridil, que había crecido sin una madre (Themila Gan Lin, a su vez viuda y sin hijos, había hecho cuanto había podido por él, pero sin dejar por ello de ser una suplente), no había tenido la misma áncora a la que agarrarse en sus años de formación. Y ahora, tal vez, ambos lo estaban pagando.

Por fin trató de responder a la pregunta de su hijo, pero se encontró con que el espectro de su esposa, muerta hacía tanto tiempo, se interponía entre él y lo que quería decir. No podía desear para su hijo un mejor partido que Inista Jair..., pero su propio matrimonio había sido por amor. . .

-Sí -dijo al cabo de un rato-. Sus argumentos fueron convincentes. Pero antes de que tomemos una decisión, me gustaría saber lo que piensas tú del asunto.

Keridil se mordió el labio.

-¿Quieres que sea sincero?

-Desde luego.

Keridil se disponía a hablar, cuando vio algo a través de la ventana sin cortinas que distrajo su atención. Había movimiento en el patio...

-Discúlpame, padre...

Se acercó en tres zancadas a la ventana y miró a través del cristal. Entonces, según le pareció a Jehrek, lanzó una maldición en voz baja.

-¡Keridil! -El Sumo Iniciado se puso enérgicamente en pie-. ¿Qué sucede?

-Me pareció... ¡Sí! Es Koord, que corre como si en ello le fuese la vida...

-¿Koord?

Jehrek estaba perplejo, y Keridil hizo un ademán de impaciencia.

-El muchacho, el Iniciado de primer grado que ha estado velando a Tarod...

El Sumo Iniciado frunció el entrecejo.

-Tal vez ha habido algún cambio. Si es así, ¡se ha producido con mucho retraso!

-Padre, tengo que ir a ver qué pasa.

Keridil corría ya hacia la puerta, impulsado por una premonición que eclipsaba todas las demás consideraciones. Pero Jehrek protestó:

-¡Nada puedes hacer, hijo mío! Deja esto en manos de Grevard, al menos hasta que hayamos...

Keridil interrumpía raras veces a su padre, pero ahora lo hizo.

-No..., tengo que ir. Perdóname.

Abrió la puerta y se disponía a salir al pasillo, cuando un súbito grito de Jehrek le detuvo en seco.

-¡Keridil!

El anciano seguía en pie, pero se había doblado, de pronto, por la cintura, como presa de un terrible dolor. Agitó ciegamente una mano en dirección a Keridil, en una petición de auxilio que no podía expresar con palabras.

-¡Padre...! -Los ojos de Keridil se desorbitaron de espanto-. Padre, ¿qué es? ¿Qué te pasa?

Su única respuesta fue un jadeo ahogado, y Jehrek se tambaleó. Keridil corrió hacia él y llegó justo a tiempo de sujetar al Sumo Iniciado antes de que cayese al suelo.

Poco a poco, Tarod fue advirtiendo un dolor casi intolerable en todo el cuerpo y creyó ver una habitación oscura, con un solo rayo de luz fría filtr ndose a través de la cortina medio corrida. Gradualmente fue recobrando sus sentidos y creyó percibir otra presencia a su lado; pero esta vez no se trataba de un regreso al mundo de las pesadillas. Cautelosamente inseguro de su propio estado físico y mental, Tarod abrió los nublados ojos.

No se había equivocado: se hallaba en una habitación y la luz era la que proyectaban las lunas gemelas por encima de las murallas del Castillo. Y había alguien más presente. . .

Una mano pequeña, fresca y firme le tocó la frente. Trató de levantar un brazo para asir aquellos dedos, pero no tuvo fuerza para hacerlo. Entonces la figura se acercó más y reconoció a Themila Gan Lin.

-¡Tarod! ¿ Puedes oírme?

Sus palabras despertaron un recuerdo que le hizo retroceder muchos años y evocar el momento en que había despertado del delirio producido por el dolor y el peligro, y se había encontrado por primera vez en el Castillo. Pero no era una ilusión; había vuelto al mundo de la realidad.

Quiso responder a Themila, pero su garganta estaba demasiado seca. Ella le acercó una taza a los labios; el agua fresca fue para él como el más dulce de los vinos y aflojó el nudo que tenía en la garganta, hasta que pudo hablar.

-Themila...

Estaba demasiado débil para poder tocarla, pero al menos le pudo sonreír.

La voz de Themila tembló al murmurar:

-No trates de moverte. Grevard vendrá en cuanto pueda.

-¿Grev...? ¡Oh, sí!

Estaba vivo. Le costaba creerlo. Pero estaba vivo.

-¿Es de noche? -preguntó, cuando hubo recobrado suficientemente la voz.

-Noche cerrada -le dijo Themila, con voz extrañamente entrecortada, cosa que él no comprendió-. ¡Oh, Tarod..., hemos temido tanto por tu vida! Grevard había perdido toda esperanza, y ahora... -Se levantó y se acercó a la ventana, contemplando la oscuridad bañada por la luz de la luna-. Tal vez sea un buen presagio, a pesar de todo. . .

Tarod estaba perplejo. Como todavía tenía la mente confusa, podía recordar muy poco de los sucesos que le habían provocado aquel delirio, y todavía menos de sus experiencias durante el coma. Pero algo se agitaba en lo más recóndito de su memoria...

Themila abrió un poco más las cortinas y, por primera vez, él la vio claramente. Llevaba un traje de noche largo, con una amplia capa y, encima de la capa, una banda púrpura desde el hombro izquierdo hasta la cadera derecha. EI púrpura era el color de la muerte... Themila estaba de luto.

Tarod trató de incorporarse y maldijo su debilidad, que le impedía hacerlo.

-Themila..., esa banda...

Ella se volvió de nuevo hacia la cama, pero antes de que pudiese responder se abrió la puerta del dormitorio y entró Keridil. Llevaba una linterna que proyectaba una fuerte luz sobre su cara, y Tarod vio inmediatamente la tensión que se reflejaba en sus facciones. Keridil se acercó y le miró, pero pareció incapaz de hablar. Y Tarod vio que sus ojos estaban enrojecidos y que también él llevaba una banda púrpura, idéntica a la de Themila salvo por un sencillo dibujo bordado en oro debajo del nudo del hombro.

Un doble círculo, cortado por un rayo. Solamente existía una banda como ésta, y sólo un hombre en todo el mundo tenía derecho a llevarla. Era la banda del Sumo Iniciado que llevaba luto por su predecesor.

Y entonces recordó. Yandros..., una vida por una vida...

Con una fuerza que no creía tener, Tarod se agarró a la columna más próxima a la cama y se incorporó, venciendo el dolor. Sus ojos, fijos en Keridil reflejaban un tormento que éste no comprendió. Al fin dijo:

-¿ Cuándo?

-Mi padre murió hace dos horas, al salir la primera luna.

Keridil se sentó sobre la cama, con la cabeza gacha, y las manos hundidas en los rubios cabellos, como si estuviese desesperadamente cansado.

Tarod cerró los ojos para impedir el paso a los pensa mientos que querían infiltrarse en su mente.

-Que Aeoris reciba su alma... -murmuró.

CAPITULO 8

Las letras de la página del libro bailaban ante los ojos de Tarod, convirtiéndose en imágenes enmarañadas carentes de sentido. Respiró hondo, pellizcándose el puente de la nariz con el índice y el pulgar; después sacudió su mata de negros cabellos y quiso seguir leyendo.

Fue inútil. Se había esforzado durante demasiado tiempo y su cerebro se rebelaba contra las interminables horas de lectura. Suspiró, cerró el libro y cruzó la biblioteca subterránea para devolverlo a su sitio en los estantes. Al empujar el lomo de mal grado, para colocar el volumen en línea con sus compañeros, oyó unas pisadas que se acercaban, miró hacia abajo y vio a Themila que, con los brazos en jarras, le dirigía una mirada acusadora.

-¿Es que no aprenderás nunca, Tarod? Sabes lo que dijo Grevard. ¡Nada de esfuerzos mentales hasta que él declare que estás completamente recuperado! Y te encuentro aquí, cuando hace apenas siete días que te has levantado de la cama...

Tarod le impuso silencio apoyando ligeramente un dedo en sus labios; después se inclinó para darle un beso en la frente, mientras ella seguía refunfuñando.

-Precisamente había acabado.

Habría podido añadir y fracasado, pero no lo dijo. Ni Themila ni Keridil sabían el tiempo que había pasado buscando entre aquellos libros antiguos ni la razón de que lo hiciese; pero todavía quería guardar el secreto.

-¡No tendrías que haber empezado! -le amonestó Themila-. ¡Después de todo lo que has sufrido...!

-Por favor, Themila... -La asió de los hombros y la sacudió con delicado afecto-. Agradezco tu interés, te lo aseguro. Pero entre tú y Keridil, me convertiríais en un inválido, si os dejase. Estoy bien, Themila. Y ahora, ¿quieres dejar de cuidarme como una madre durante todas las horas del día?

Ella se mordió el labio, confusa, y después suavizó su actitud.

-Si hubiese tenido un hijo la mitad de revoltoso que tú, ¡tendría los cabellos blancos! Pero, bueno, reconozco que no podrías hallarte en mejor estado. Y siendo así, ¿por qué no duermes un poco, para prepararte para mañana?

El se había olvidado de mañana...

-En primer lugar -prosiguió Themila-, me prometiste acompañarme en el desfile. Y aprecio en lo que vale este honor: no es frecuente que una simple Iniciada de tercer grado tenga ocasión de aparecer en ceremonias importantes con un distinguido Adepto. Además, tu nombre está en la lista del palenque.

-¿Qué?

-Sí. Mira la lista que está colgada en el comedor, si no me crees. Te inscribiste hace tres noches, a ruegos de Keridil.

-Debía de estar borracho.

-Lo estabais... los dos, ¡y menudo espectáculo disteis! -Themila se echó a reír al recordarlo, sabiendo que tanto Tarod como Keridil habían tratado de mitigar, después de la muerte de Jehrek, un sentimiento que no podía borrarse por medios normales-. Pero esto no cambia el hecho de que estás inscrito para enfrentarte a Riman Han en las primeras pruebas de equitación y demostrar a nuestros honorables invitados que los Iniciados son algo más que pálidos y arrugados ascetas.

-¡Por todos los dioses...!

Tarod pareció disgustado, pero, en realidad, la pequeña magia de Themila empezaba a surtir efecto. Nadie, alto o bajo, podía escapar a las exigencias de la celebración de siete días que empezaría con la próxima aurora..., y tal vez esta diversión era lo que él necesitaba ahora, más que las píldoras o las pócimas de Grevard o que las negras elucubraciones de su propia mente...

Tendió ambas manos, dándose por vencido.

-Muy bien, Themila, ¡tú ganas! Me iré a la cama, ¡y no volveré a leer ni a estudiar hasta que terminen las fiestas!

La besó de nuevo, esta vez en la mejilla, cerca de los labios, y ella le vio salir de la biblioteca, con una mezcla de amor y preocupación.

Algo andaba todavía terriblemente mal en Tarod. Themila lo sabía con absoluta certidumbre, pero estaba tan lejos como siempre de comprender la verdad. Tarod eludía hábilmente todos

sus intentos de sondearle y, especialmente desde que Grevard le había permitido salir de sus habitaciones, se había mostrado exteriormente tan contento que a menudo se preguntaba si sus presentimientos no eran fruto de su imaginación. Pero la intuición era una vieja amiga de Themila, y la intuición le decía que aquel aspecto exterior era una máscara. Algo había, en el fondo de Tarod, que ni siquiera podía tratar de comprender y, en sus momentos de debilidad tenía que confesar que la asustaba. De buen grado se habría esforzado en dominar este miedo para ayudarle, pero mientras él no estuviese dispuesto a hablar con más franqueza, tenía las manos atadas.

Hizo un esfuerzo para sobreponerse y recordar el motivo que la había traído a la biblioteca: un rollo una de las antiguas narraciones históricas que necesitaba releer para preparar una clase para los niños. Cuando lo hubo encontrado, se lo puso bajo el brazo y se encaminó a la puerta del ahora silencioso sótano. Se detuvo en el umbral, para mirar por encima del hombro, y recordó la noche en que Keridil y ella habían encontrado a Tarod delirando en esta estancia. La imagen había sido tan fugaz que parecía irreal; pero era algo que había sucedido. Y había tenido consecuencias que, según creía, todavía no habían sido descubiertas, ni comprendidas por nadie...

Temblando, y diciéndose que no era más que por el frío del otoño que empezaba, subió rápidamente la escalera.

Tarod ya no tenía miedo de dormir, pero, no obstante, esta noche le costaba conciliar el sueño que sabía que necesitaba. El verano estaba gastando una última broma pesada antes de despedirse y el aire era extrañamente sofocante. Había salido una luna, y su luz, verde y pálida, se filtraba a través de la ventana mientras él yacía en la cama; sin embargo, Tarod sabía que ni el calor ni la luz de la luna tenían la culpa de su inquietud.

Mañana empezarían las fiestas de celebración en honor del nuevo Sumo Iniciado del Círculo. Siete días en que se combinarían las complicadas ceremonias formales con desenfadadas diversiones, y que atraerían grandes multitudes de todas las partes del país; aristocraticos Margraves, religiosas de todas las Hermandades nobles, mercaderes, comerciantes, campesinos..., todos los hombres, mujeres o niños capaces de subir a un carro o de montar a caballo serían bien venidos y se desparramarían por toda la Península de la Estrella cuando el recinto del Castillo resultase insuficiente para albergarles a todos. El período oficial de luto por la muerte de Jehrek Banamen Toln había terminado; su hijo Keridil había superado con éxito las pruebas para ocupar el puesto de su padre y ahora todo el mundo pensaba ya en el futuro.

Pero sólo Tarod sabía la verdad de cómo y por qué había muerto Jehrek. Grevard había declarado que el corazón del Sumo Iniciado no había podido resistir las tensiones propias de su cargo, pero Tarod sabía que no era así. Durante los dos meses que estuvo yaciendo impotente en sus habitaciones, maldiciendo la debilidad que le retenía allí y la lentitud de su recuperación, había tenido tiempo sobrado para pensar en la visión que le había hostigado cuando era todavía presa del delirio.

Yandros. Todavía no podía recordar el origen de este nombre. Lo conocía y, sin embargo, no sabía de qué. Pero la figura que se había enfrentado a él en la inmensidad del Salón de Mármol había sido real, tangible; no el fruto de una imaginación turbada, sino un ente cuya existencia era tan indudable como la suya propia.

Pero ¿qué clase de ente? Tarod rebulló inquieto, mirando fijamente hacia la ventana cuadrada, como buscando inspiración en la luz fría de la luna. De una cosa estaba absolutamente convencido: Yandros no era ni había sido nunca humano.

Sin embargo, había hablado como si les uniese un lazo de parentesco. . .

Tarod, haciendo un esfuerzo, ahogó aquella voz interior, para no continuar una especulación tan peligrosa. Lo único que sabía con certeza era que Yandros, fuese quien fuese o lo que fuese, había cumplido su palabra, ¡y de qué manera! Vida por vida... Aquel ser de cabellos de oro había ejercido un poder que había quitado la vida al Sumo Iniciado a cambio de la suya.

Tarod no le había contado nada a Keridil, y nada le induciría a hacerlo; su confusión y sus sentimientos de culpabilidad eran todavía demasiado fuertes. Sabía que él era el único responsable de la muerte de Jehrek; esta convicción le atormentaba incesantemente..., y, sin embargo, Yandros había insistido en que existía una razón vital para que Tarod siguiera vivo a costa de la vida de otro hombre. Un destino, lo había llamado.

Pero ¿qué clase de destino? Tarod se estremeció con una inquietud indecible. Yandros tenía un poder muy superior al de los Adeptos del Círculo de más alto grado; pero ¿venía este poder de los dioses o de otra fuente más tenebrosa?

Era una pregunta que no tenía respuesta y que no se prestaba a especulaciones agradables. Tarod pensó en los Ancianos que habían gobernado el mundo durante innumerables siglos, antes de que su propia depravación les llevase a su derrumbamiento final, y en los dioses negros a los que habían adorado... Pero no, el Caos había desaparecido, borrado de la existencia junto con sus marionetas humanas, y ningún poder del universo podía devolverlo a este mundo.

Pero, fuese lo que fuese Yandros (emisario de Aeoris o de otros dioses), subsistía el hecho ineludible de que Tarod debía la vida a aquel ser extraño. Y Tarod se había comprometido bajo juramento, y era incapaz de faltar a un juramento. El tiempo, había dicho Yandros, era la clave, y con el tiempo comprendería. Aquellas palabras habían despertado un viejo, muy viejo recuerdo que se desvaneció en el mismo momento en que Tarod había tratado de fijarlo, y desde entonces se había negado tercamente a volver. Ahora pensó que no tenía más remedio que esperar a que le fuese revelada la tarea que tenía que cumplir; pero sabía que hasta entonces estaba condenado a existir en una especie de limbo. Le obsesionaba pensar en lo que podrían exigirle o dejar de exigirle; sin embargo, todos los intentos que hacía para ahondar en el misterio terminaban en fracaso. No había encontrado ninguna clave en los estantes de la biblioteca, a pesar de que en ellos podían encontrarse casi todos los tratados históricos y mitológicos que existían. Y sus esfuerzos por romper el velo con medios mágicos también habían fracasado; en realidad tenía la impresión de que, si bien había recobrado toda su fuerza física después de su enfermedad, no ocurría lo mismo con su fuerza oculta. Puertas que antes estaban abiertas para él se habían cerrado de golpe, y el poder que había tenido antaño en las puntas de sus dedos, a menudo en el sentido literal de la expresión, ya no le obedecía como antes. Noche tras noche había permanecido a solas en sus habitaciones, esforzándose en invocar los poderes que, tan recientemente, habían sido como un juego de niños para él. Siempre había fracasado... y su fracaso había ido siempre acompañado de un estremecedor y lejano resurgimiento de aquella oscura palpitación que había sentido en el Salón de Mármol y que asociaba indefectiblemente con la influencia de Yandros. Y si Yandros tenía poder sobre la vida y la muerte, debía ser sin duda muy fácil para él someter a un simple mortal a sus deseos...

Tarod no se había dejado manipular en su vida (salvo por Themila, pero esto era otra cuestión) y su instinto reaccionaba violentamente contra la idea. Pero era lo bastante filósofo para darse cuenta de que nada podía hacer para cambiar la situación; sencillamente, debía dar tiempo al tiempo.

Mientras tanto, le convenía seguir el consejo de Themila y centrar su atención en la cuestión más mundana de las próximas celebraciones. Tenía otra deuda más personal con Keridil, aunque éste no lo sabía, y había visto el cambio que se había producido en su amigo desde que había sucedido a Jehrek. Todavía afligido por la muerte de su padre, Keridil sentía vivamente sus responsabilidades, y la tensión resultante se estaba ya manifestando en él. Si Tarod podía ayudar al nuevo Sumo Iniciado en su tarea, creía que era su deber hacerlo.

Se apartó de la ventana, súbitamente cansado y alegrándose de ello. Los siete próximos días podrían ser el catalizador que necesitaba todo el Círculo y cuando hubiesen terminado, seguiría un período de calma durante el cual la comunidad del Castillo se adaptaría a las nuevas circunstancias. Y con esta calma podían llegar algunas de las respuestas que estaba buscando Tarod desde hacía tanto tiempo...

El primer día de las ceremonias de celebración amaneció brillante y prometedor. El sol se elevó en un cielo límpido, y sólo soplaba una brisa suave que señalaba el principio del otoño. Durante dos días, un pequeño ejército masculino, criados, algunos Iniciados y todos los niños del Castillo que podían librarse de sus lecciones, había estado trabajando en la preparación del gran acontecimiento, y el severo edificio aparecía transformado por banderines y serpentinas que pendían en hileras sobre las oscuras paredes desde todas las ventanas. Invitados oficiales de todas las provincias habían estado llegando desde el amanecer, deseosos de arribar temprano al Castillo y asegurarse un buen sitio para presenciar los actos. Siguiendo las recomendaciones de un anciano miembro del Consejo que recordaba la investidura de su padre, Keridil había enviado un destacamento de hombres armados para escoltar a los visitantes en el puerto de montaña, y la llamativa caravana de carros y carruajes cerrados había cruzado estrepitosamente la gigantesca puerta, precedida de siete Iniciados montando a caballo y encapuchados.

Todos los Margraves provinciales del país estaban hoy presentes, con su séquito de familiares y servidores. Ancianos Consejeros de provincias se habían arriesgado a realizar el largo viaje hacia el norte, entusiasmados por lo que era, para la mayoría de ellos, su primera visita a la Península de la Estrella, y ricos terratenientes y mercaderes habían llegado de tierras tan lejanas como la provincia de la Esperanza y las Grandes Llanuras del Este. Incluso el Margrave de la provincia Vacía, la árida tierra del nordeste cuya única riqueza era la cría de ganado para el suministro de leche y carne y de los resistentes caballitos del norte, había llegado con su reducida familia, vestidos todos ellos con la sencillez propia de su estilo de vida.

En realidad, sólo dos personas notables faltaban en la lista de invitados: las que, con el Sumo Iniciado, constituían el triunvirato supremo que gobernaba el país. La Señora Matriarca Ilyaya Kimi, superiora absoluta de la Hermandad de Aeoris, había escrito desde su Residencia de Chaun del Sur, con caligrafía historiada pero temblona, expresando su profundo sentimiento porque la artritis le impedía emprender el viaje, y rogando a los dioses que bendijesen al nuevo Sumo Iniciado. Keridil no había visto nunca a la anciana Matriarca, que debía tener al menos ochenta años, pero conocía su fama de mujer de buen corazón, aunque un poco excéntrica, que llevaba unos veinte años en el ejercicio de su cargo. Pero si la Señora Matriarca no había podido asistir en persona, había cuidado en cambio de que su Hermandad

estuviese bien representada, a juzgar por el número de mujeres de hábito blanco que se dirigían al Castillo.

El tercer y teóricamente más influyente miembro del triunvirato había enviado también un mensaje a Keridil, una carta formal y ligeramente desmañada que expresaba, sin demasiada fortuna, todo lo que exigía el protocolo. Fenar Alacar, el Alto Margrave, sólo tenía diecisiete años y se esforzaba por ser merecedor del título hereditario en el que había sucedido a su padre hacía apenas un mes, después de que éste, en plena juventud y
vigor, muriera en un accidente de caza. De él no se esperaba que asistiese a la investidura, pues el Alto Margrave, como primera autoridad del mundo, sólo abandonaba su residencia en la Isla de Verano, en el lejano sur, en casos de grave emergencia; así lo exigía la tradición. Cuando terminasen las fiestas, uno de los primeros deberes de Keridil sería presentarse en la corte de la Isla de Verano para la ratificación final de su cargo. Hasta entonces, Fenar Alacar era y seguiría siendo simplemente un nombre que nadie había asociado todavía con una cara.

Pero aunque toda la atención se centraba en los invitados más nobles que llegaban al Castillo, era muchísimo mayor el número de gente del pueblo que invadía la Península. Los mercaderes habían visto una buena oportunidad comercial en la enorme aglomeración, y vendedores ambulantes procedentes de todas las partes del país instalaban sus campamentos improvisados en la Península, con la esperanza de vender los artículos que traían. Junto con ellos llegaron en gran número agricultores, pescadores, pastores y artesanos, hasta que todos los alrededores del Castillo fueron un hervidero de seres humanos.

Al amanecer del primer día de la celebración, se sumaron a la multitud varios grupos de boyeros, y uno de ellos, dirigido por un hombre de mediana edad, corpulento y de cabellos grises, instaló su campamento en la Península para poder contemplar con comodidad las celebraciones. Una muchacha que vestía toscas prendas de hombre se separó del grupo sin llamar la atención y se dirigió a los hitos que marcaban la entrada del vertiginoso puente. Un joven Iniciado, en traje de ceremonia, con una breve capa echada sobre los hombros para protegerse del frío de la mañana, estaba apoyado en uno de los pilares observando perezosamente a los que llegaban, y sonrió a la joven que se acercaba. Ella le correspondió con un tímido saludo y se detuvo, temerosa de seguir adelante.

A Cyllan aquel escenario le parecía un sueño. Una cosa era oír relatos sobre la Península de la Estrella, y otra muy distinta estar en ella, ver con sus propios ojos la fortaleza de los Iniciados, con sus imponentes acantilados y su asombrosa grandeza. Desde donde se hallaba ella, el Castillo era invisible, pero Cyllan había oído hablar de la extraña barrera que lo mantenía a resguardo de las miradas curiosas. Si podía, haciendo acopio de valor, acercarse a los hitos, pasar por delante del centinela y cruzar el puente de granito, entonces podría ver el Castillo; un privilegio que seguramente recordaría durante el resto de su vida...

Aunque de mala gana, se confesó que tenía otro motivo además del sencillo deseo de contemplar el esplendor del Castillo. Era el recuerdo, que conservaba en un rincón secreto de su mente, de un breve encuentro con el alto hechicero de negros cabellos cuyos ojos reflejaban tanto dolor. Habían pasado muy poco tiempo juntos, pero ella no se había olvidado un solo instante de aquel encuentro. El había sido el primer hombre en su vida que la había tratado como a una igual y una amiga, en vez de considerarla, como era habitual, una ramera en potencia o una persona insignificante. Aunque no se hacía ilusiones sobre las posibles consecuencias de un segundo encuentro, al menos podría verle de nuevo, si lograba encontrar el camino hasta el recinto del Castillo... Permanecía indecisa junto a los pilares y se sobresaltó cuando, inesperadamente, el joven Iniciado le habló.

Librodot

-Si lo deseas, puedes cruzar el puente -dijo. Cyllan le miró fijamente y él añadió-: Cuando se pone pie en él, no es tan terrible como parece.

Había interpretado mal el motivo de su vacilación, y ella sacudió la cabeza.

-No..., no me da miedo el puente. Pero creía...

Dirigió involuntariamente la mirada a un grupo de mujeres, magníficamente ataviadas, que pasaban a caballo en aquel momento, y el joven comprendió.

-Hoy no hay barreras -le dijo, con una amable sonrisa-. Cualquiera puede entrar y salir a su antojo.

-Ya veo. Gra... gracias.

El acentuó su sonrisa.

-Cuando llegues al otro lado, tienes que caminar sobre la mancha más oscura de la hierba. Es la puerta del Laberinto. Si no es a través de ella, el Castillo es difícil
de encontrar.

-Lo recordaré.

Dirigió al joven una sonrisa de agradecimiento que iluminó su semblante, haciendo que él pensara que no era tan vulgar como al principio le había parecido, y entonces pasó entre los hitos. Cuando estaba a punto de entrar en el puente, una voz femenina le gritó:

-¡Eh, tú! ¡Sal de aquí!

Cuatro caballos altos y bellamente enjaezados pasaron velozmente y estuvieron a punto de derribarla. Los dos que iban en cabeza eran montados por Hermanas de Aeoris, de hábito y toca blancos. Detrás de ellas cabalgaban dos muchachas más jóvenes, ambas ricamente ataviadas pero llevando el fino velo blanco propio de las Novicias. Una de las muchachas miró a Cyllan, que tuvo la visión fugaz de unos rizos de color cobrizo que orlaban una cara exquisitamente hermosa, cuya expresión revelaba confianza y arrogancia a partes iguales. Los caballos pasaron al trote, con sus amazonas muy erguidas en las sillas, y Cyllan, torciendo el gesto de envidia, empezó a cruzar detrás de ellos el vertiginoso puente.

Aunque nunca había visitado la Península de la Estrella, Sashka Veyyil se movía con el frío aplomo que le daba la buena educación y que le permitía disimular el asombro que sentía al ver por vez primera el Castillo. Con gesto altanero, hizo caso omiso de las exclamaciones de la otra Novicia, que cabalgaba a su lado, cuando cruzaron el Laberinto y se empezó a materializar la antigua estructura. Fijó la mirada en la puerta principal que se alzaba ante ellas, más allá de la bulliciosa multitud. Llegaban más tarde de lo que habría querido y maldijo en silencio a las ancianas Señoras que las habían acompañado desde la Residencia de la Tierra Alta del Oeste y cuyo nerviosismo había hecho que se demorasen en el viaje. Sus padres debían estar ya aquí, y seguramente habrían conseguido, para presenciar la ceremonia de la investidura, un sitio mejor del que ella podría encontrar. Lamentó su decisión de asistir como Hermana Novicia y no como una Veyyil de la provincia Han.

Sashka había ingresado en la Hermandad hacía menos de un año, pero su personalidad empezaba ya a dejarse sentir. Su padre, un Saravin, y su madre, una Veyyil, de la que había

tomado su apellido, pertenecían a dos de los clanes más influyentes de su distrito, y su hija había sido destinada, desde la cuna, a elevar la posición de la familia a alturas aún mayores. Su ingreso en la Hermandad había añadido otra estrella a su horizonte; ya no era simplemente noble, sino que se había convertido, de la noche a la mañana, en una mujer sumamente respetable. Y el hecho de que estuviese estudiando en la Residencia de la Tierra Alta del Oeste, de la que Kael Amion era Superiora, realzaba aún más su prestigio.

Pero, durante los próximos siete días, la mente de Sashka se ocuparía de pensamientos muy diferentes de los que cabía esperar en una Hermana Novicia. Tenía casi veinte años y, en su provincia natal, ésta era considerada una edad conveniente para casarse. La Hermandad no levantaba barreras contra el matrimonio (podía fácilmente repartir su tiempo entre la Residencia y un hogar conyugal sin que se perjudicasen sus estudios), pero Sashka apuntaba más alto. Y estas fiestas en honor del nuevo Sumo Iniciado podían darle una oportunidad ideal para relacionarse con clanes que pudiesen ofrecerle partidos mejores que los que se le habían presentado hasta ahora.

Los cascos de los caballos repicaron al pasar por debajo del cavernoso arco negro en dirección a la puerta de la entrada, y Sashka sintió un súbito estremecimiento, mitad entusiasmo y mitad inquietud, en todo el cuerpo. Ni siquiera su estudiada despreocupación podía insensibilizarla contra la primera visión del vasto patio, de los miles de ventanas brillantes, de las gigantescas torres que se alzaban vertiginosamente en aquel cielo fulgurante, altivo y remoto, y tragó saliva para ahogar una involuntaria exclamación de asombro. Unos criados se adelantaron para ayudar a Sashka y a las otras mujeres a desmontar, y dos hombres que llevaban las insignias de oro de los Iniciados las saludaron ceremoniosamente antes de acompañarlas hacia una esquina donde se había formado un grupo numeroso de Hermanas. Sashka se había puesto ya en marcha cuando oyó una voz que la llamaba. Se volvió y vio a su padre, a poca distancia, que le estaba haciendo señas.

-¡Sashka! ¡Mi querida hija! -dijo el padre, abrazándola calurosamente-. Envié a Forman para que me anunciase tu llegada. ¿Dónde vas a sentarte?

Sashka le besó en ambas mejillas y señaló en la dirección que seguían sus compañeras.

El lanzó un bufido.

-¡Allí te sentirías perdida entre la chusma! Ven; tu madre y yo tenemos un buen sitio, desde donde podrás verlo todo perfectamente. -Le rodeó la cintura con un brazo, estrechándola cariñosamente-. Y otros podrán verte a ti, lo cual es tal vez aún más interesante, ¿no?

El siempre la comprendía...

-Gracias, padre -dijo ella, satisfecha y, sin volverse a mirar a sus amigas, se dejó conducir por él.

Mientras el sol ascendía hacia el cenit, llenando el vasto cielo de una luz roja de sangre, apareció en el patio la comitiva que indicaba el comienzo de la ceremonia de investidura del nuevo Sumo Iniciado del Círculo. Marchaban al frente tres hileras de dignatarios en perfecta formación; en la primera, los representantes oficiales del Alto Margrave, en traje de etiqueta, sosteniendo cada uno de ellos la vara dorada propia de su cargo, como una espada delante de la cara; en la segunda, los miembros más distinguidos del Consejo de Adeptos; en la tercera, las más antiguas Hermanas de Aeoris, llevando todas

Librodot

ellas una banda amarilla que las identificaba como representantes de la Matriarca. Detrás de estos heraldos, y sintiéndose más solo que en cualquier otro momento de su vida, venía Keridil, con una capa bordada en oro sobre los hombros y una cinta con la insignia de Sumo Iniciado ciñéndole la frente. Al salir al patio, pestañeó al ver la multitud y se pasó nerviosamente la lengua por los labios; después, haciendo un esfuerzo, recobró su aplomo y miró decididamente hacia adelante. Detrás, formando el grueso de la comitiva, marchaban los Adeptos, los Consejeros, los Margraves y los Ancianos de las provincias, entrando con lenta dignidad en el patio, en medio de un imponente y casi fantástico silencio.

La procesión se detuvo en el gran patio cuadrado donde iba a celebrarse el Rito de la Investidura. Los emisarios oficiales se volvieron y Keridil avanzó hasta plantarse delante de ellos, convirtiéndose en el centro de toda la atención. El procedimiento era bastante sencillo, a pesar de su solemnidad. Primero, los oficiales del Alto Margrave pronunciarían un discurso declarando que éste confirmaba en su cargo al nuevo Sumo Iniciado, después, la representante principal de la Matriarca daría su bendición, y por último, todos los pertenecientes al Círculo desfilarían y prestarían juramento de lealtad y fidelidad al sello del Sumo Iniciado. Después de todo esto, la comitiva saldría del Castillo, para que la muchedumbre que no había podido introducirse en el recinto de las negras murallas pudiese ver con sus ojos a Keridil, y éste dirigiría una Oración e Invocación a Aeoris que sería seguida por toda la multitud.

Themila estaba al lado de Tarod, consciente de que el hecho de ir de pareja con un Iniciado del séptimo grado le permitía estar en un lugar preferente en el desfile, lugar que, de otro modo, nunca habría podido esperar. La cola del traje de Consejera, que había sacado de un baúl y limpiado para la ocasión, la había hecho tropezar dos veces, y el brazo que apoyaba ceremoniosamente en el de Tarod empezaba ya a dolerle, debido al esfuerzo que le exigía la diferencia de estatura. Tarod vestía austeramente, en comparación con la mayoría de sus iguales, y esto daba mayor atractivo a su figura; pero parecía preocupado, había inquietud en sus ojos e intranquilidad en sus gestos. Ella le apretó un poco la mano, y Tarod sintió el ligero contacto y la miró.

Themila sonrió. Murmurando como había aprendido durante las largas sesiones en la cámara del Consejo, dijo:

-Creo que Keridil se alegrará cuando termine esta parte de la celebración.

Tarod observó un instante la ancha espalda de Keridil. La carga de su responsabilidad era ya patente, y Themila y Tarod no eran los únicos que habían advertido el cambio.

-Gracias a los dioses, la ceremonia es corta -murmuró él-. Cuando haya terminado, nuestro nuevo Sumo Iniciado podrá disfrutar al fin de su posición.

-Cierto. ¡Pero no te atrevas a emborracharle esta noche!

Tarod arqueó las cejas, fingiéndose escandalizado, y después adoptó bruscamente una expresión de seriedad.

-Sospecho que estaré demasiado ocupado en emborracharme yo para que pueda ocuparme de Keridil.

-¿Qué? -dijo Themila, que no le había oído bien. Tarod sonrió.

-Nada. Prestemos atención a la ceremonia.

Las formalidades habían terminado. Se habían pronunciado los largos discursos y hecho las presentaciones, y el Círculo y sus invitados pudieron quitarse al fin las rígidas máscaras del ritual y empezar a relajarse, preparándose para las fiestas más animadas que figuraban en el programa.

Esta noche se celebraría un banquete en el gran salón, seguido de música y baile, y Keridil, mientras se dirigía a través de la muchedumbre a la puerta principal del Castillo, confió en que los invitados más viejos siguiesen su ejemplo y no insistiesen en convertir la velada en un aburrido ejercicio de cumplidos. Necesitaba relajarse un poco, olvidar los rigores de la investidura. El deber era una cosa, pero las formalidades que podía soportar un hombre tenían su límite, y Keridil se sentía fatigado y necesitado de descanso.

La gente le detenía continuamente para felicitarle, y tardó algún tiempo en llegar a la puerta principal. Allí encontró a Tarod que le estaba esperando, apoyado en las piedras talladas de la entrada.

Keridil agarró a su amigo de los hombros, en un breve ademán de salutación.

-Bueno, lo peor ya ha pasado -dijo, levantando la cinta para enjugarse la frente-. Sin duda tendré que conocer muchas caras nuevas esta noche y mostrarme cortés con ellas, pero creo que podré hacerlo bastante bien, ¡en cuanto haya tomado una copa de vino para fortalecerme!

-Hasta ahora te has portado magníficamente, Keridil -declaró Tarod-. Me ha impresionado mucho tu discurso al aire libre. ¡Tu confianza decía mucho a favor tuyo!

-Viniendo de ti, ¡esto es un gran cumplido! -dijo maliciosamente Keridil, y después se echó a reír-. Pero, hablando en serio, la confianza era fingida. No sabes lo que es estar plantado allí, ante aquel inmenso mar de caras, sabiendo que todo el mundo te mira... Es como un juicio público. -Pero, mientras hablaba, recordó lo mucho que le había conmovido aquella experiencia; aquella multitud que se extendía hasta donde podía alcanzar con la mirada, todos ansiosos, todos escuchándole, todos deseándole venturas-. No podía acordarme de las palabras de la Exhortación -confesó, en voz baja-. Habría sido una buena manera de empezar, ¿no crees?

-Pero al final te acordaste.

-Sí. -Keridil guardó silencio un momento; después suspiró-: Tarod, creo que te envidio.

-¿Envidiarme? ¿Por qué?

-Oh..., no me interpretes mal; en realidad, no tengo dudas. Pero ya no soy el mismo que era. De hoy en adelante, hasta el día de mi muerte, todo lo que haga tendrá que ser para el bien del Círculo y mis deseos personales quedarán relegados a un segundo lugar. Es inevitable y, desde luego, lo acepto; estoy orgulloso del honor que se me ha conferido. Pero esto no quiere decir que... que no lo lamente de vez en cuando.

Como no estaba enterado de la última conversación de Keridil con Jehrek, Tarod no comprendió todo el significado de aquella observación. Sin embargo, estuvo de acuerdo.

-Supongo que no es una situación que se pueda afrontar con ecuanimidad -dijo, mirando su propia mano que jugueteaba inquieta con el mango de su cuchillo-. Si yo estuviese en tu lugar...

Librodot

Se encogió de hombros.

-¡Tienes suerte de no estar! -Keridil sacudió la cabeza-. No; soy injusto. Esto sólo es consecuencia de las obligaciones del día... Mañana veré las cosas de un modo diferente. -De pronto, sonrió-. De todos modos me gustaría que mañana compitieses conmigo y no con Rhiman Han en las pruebas de equitación.

-Tú ganarías -dijo agriamente Tarod-. Siempre ganas.

-Ganaba -le corrigió Keridil-. La dignidad del Sumo Iniciado no le permite divertirse en el palenque; por consiguiente, de ahora en adelante tendré que resignarme a ser un simple espectador. Si yo pudiese... ¡Maldita sea!

Alertado por la voz súbitamente irritada de Keridil, Tarod miró por encima del hombro. Abriéndose resueltamente paso entre la muchedumbre, un hombre delgado y de mediana edad avanzaba en su dirección, seguido de una muchacha rolliza y pelirroja a la que Tarod reconoció en seguida.

-Inista Jair y, su padre... -dijo Keridil, apretando los dientes-. Las dos personas con quienes menos deseo encontrarme en este momento... Discúlpame, pero voy a marcharme antes de que lleguen.

Desapareció rápidamente cruzando la puerta, y Tarod se volvió y empezó a bajar despacio la escalinata. Inista y su padre se cruzaron con él; Tarod saludó fríamente a la joven con la cabeza y recibió a cambio una mirada ceñuda.

Cerca de la verja había menos apreturas, pero todavía eran muchos los que entraban y salían por debajo del gran arco. Tarod siguió a un grupo de agricultores que abandonaban el Castillo, llenos de asombro por todo lo que habían visto, y se encontró en el suave césped del terreno circundante. Aquí el viento era fresco y el sol, cerca del ocaso, proyectaba un rojo resplandor sobre la Península y el mar. Casetas, tiendas y tenderetes habían sido montados en revuelta confusión y los mercaderes hacían buenos negocios con los que se quedaban para ver las fiestas. Algunos intentaron llamar la atención de Tarod, tratando de venderle vino o comida o alguna chuchería; él sacudió la cabeza y siguió andando.

De momento no vio a la muchacha, y no pudo saber que ésta le estaba observando desde hacía un rato. Las dotes de hechicera de Cyllan eran escasas, pero cuando vio salir al alto y oscuro personaje por la puerta del Castillo, empleó toda su fuerza de voluntad para confundirse en el paisaje, súbitamente asaltada por el miedo de que, si él la veía, no la recordaría.

Retrocedió al verle acercarse y a punto estuvo de chocar con el dueño de un puesto de vinos, que primero lanzó una maldición y después trató de convencerla de que tomase una copa del brebaje que vendía. Cyllan iba a rehusar, pero lo pensó mejor y hurgó en su bolsa. Le quedaban unas monedas del poco dinero que le daba su tío para comprar comida, y pensó que sería una buena manera de gastarlas. Además, tal vez el vino la animaría un poco. Se puso pues a regatear con el vinatero, consiguió que rebajase el precio hasta lo que ella consideró justo y tomó la copa no demasiado limpia pero llena hasta el borde.

El vino era terriblemente agrio, pero fuerte. Había bebido tres o cuatro tragos cuando sintió que había alguien a su lado y, al levantar la cabeza, su mirada se cruzó con la de Tarod.

Este había estado observando distraídamente la caseta contigua, haciendo oídos sordos a la propaganda del dueño, cuando se fijó en la muchacha con traje de aspecto masculino y cabellos de un rubio sorprendentemente claro. Le recordaba vagamente a alguien, pero no podía dar con el nombre, y la curiosidad le impulsó a acercarse más. Ahora ella le miró a los ojos, pestañeó una vez y dijo:

-Tarod...

El recordó entonces la voz ligeramente ronca y evocó la imagen de una muchacha escalando temerariamente los abruptos acantilados de la Tierra Alta del Oeste. Esto y el canto fantástico de los fanaani... y otras cosas que era mejor olvidar...

-Cyllan... -Una lenta sonrisa se dibujó en su cara, y la muchacha se asombró de que recordase su nombre y le correspondió con otra sonrisa más amplia, y él siguió diciendo-: No esperaba verte aquí.

-Ni siquiera mi irascible tío se habría perdido esta oportunidad para hacer negocio. En cuanto a mí, nada en el mundo me habría impedido aprovechar esta gran ocasión.

El pareció ligeramente sorprendido y después preguntó:

-¿Qué es esa pócima que estás bebiendo?

-Oh..., no estoy segura. Me la ha ofrecido el dueño de este puesto... No te la recomiendo.

-¿Me permites? -Tomó la copa probó su contenido, escupió y vertió el resto sobre la hierba-. ¡Esto no es bueno ni para los animales! -Se volvió y chascó los dedos en dirección al vinatero, que les estaba mirando con franca curiosidad-. Tú... tú estás aquí para vender vino, ¡no veneno! ¡Trae dos copas de algo que merezca tal nombre!

La insignia de Iniciado que llevaba en el hombro era claramente visible, y el dueño del puesto palideció. Murmurando disculpas, sacó una jarra de debajo de la mesa y llenó dos copas limpias, preguntándose en nombre de todos los dioses qué estaba haciendo un Adepto en compañía de una vaquera. No tuvo valor para pedir que le pagasen el vino, sino que se retiró malhumorado al fondo de su puesto, mientras Tarod se alejaba con Cyllan.

Desconcertada por aquella demostración de autoridad, Cyllan permaneció muda durante un par de minutos, hasta que vio que Tarod se estaba aguantando la risa.

-Lo siento -dijo él-. Pero hay veces en que un poco de mal genio levanta el ánimo... Además, no puedo tolerar el fraude.

Ella asintió gravemente con la cabeza, mirándole por encima del borde de la copa.

-Gracias.

-De nada. Bueno, ¿cómo va el transporte de ganado?

-Nada ha cambiado. El verano ha sido más suave que de costumbre; pero, cuando llegue el invierno, probablemente nos trasladaremos al sur. -Se interrumpió al darse cuenta de que difícilmente podían interesarle a él estas cosas tan triviales-. ¿Y qué es de tu vida? –preguntó-. ¿Te sirvió de algo la Raíz?

Librodot

Cyllan había hecho la impertinente pregunta sin saber exactamente por qué y se sintió confusa. Sin duda el vino y el estómago vacío eran la causa de su descuido. Pero Tarod no pareció molesto, sino que respondió pausadamente:

-¡Oh, sí! Me sirvió. Pero no exactamente como yo quería.

Ella no deseaba mostrarse curiosa, pero no pudo contenerse.

-Después de aquel día en la Tierra Alta del Oeste -dijo-, yo... pensé mucho en aquello. Me preguntaba si... podría hacerte daño.

-¿Hacerme daño? Bueno... -los ojos verdes de Tarod centellearon con una extraña emoción. Después torció irónicamente los labios-. No, no en el sentido corriente de la palabra.

Cyllan tuvo la terrible impresión de que o se estaba portando como una imbécil, o había mucho más de lo que podía imaginar detrás de la expresión de Tarod. En todo caso, navegaba en aguas demasiado profundas para ella y esta idea la llenó de confusa inquietud. Miró frenéticamente a su alrededor, tratando de encontrar algo en el animado escenario que le permitiese cambiar de tema, y vio un hombrecillo delgado, de aspecto ratonil y bigote mal cuidado, que se abría paso entre la multitud en su dirección. ÉI la había visto ya, y ella se apresuró a apurar su copa.

-Tengo que irme -dijo, mirando de nuevo temerosamente al hombre-. Uno de nuestros hombres viene hacia acá; mi tío debe de estar buscándome...

Tarod examinó al boyero con la mirada y dejó de prestarle atención.

-¿Te quedarás para las celebraciones? -preguntó.

Los ojos ambarinos se fijaron un instante en los de él.

-Creo... creo que sí. Al menos por un tiempo.

-Entonces, tal vez volvamos a vernos.

-Espero que así sea...

No esperó a que él respondiese, sino que dio media vuelta y se alejó rápidamente.

-¿ Dónde has estado? -gritó el flaco boyero en cuanto ella pudo oírle.

Cyllan miró por encima del hombro y vio que Tarod se encaminaba de nuevo al Castillo.

-Mirando las casetas -dijo.

-Ya veo. La dama no tiene ahora nada que hacer, ¿verdad? -Fue a darle una bofetada, pero Cyllan la esquivó, gracias a su experiencia-. ¡Vuelve a las tiendas! Hay que preparar la comida, y si te imaginas que alguien va a hacer tu trabajo, ¡estás muy equivocada! -De pronto la miró maliciosamente, al darse cuenta de que ella seguía todavía con los ojos la alta figura del Iniciado que se estaba alejando-. Y harás mejor en no mirar tan alto, chica -añadió con tono mordaz-. ¡Tienen rameras mejores que tú en el Castillo!

Cyllan se sonrojó y se mordió la lengua para no replicar airadamente. Después de una última mirada atrás, se volvió y siguió al ganadero hacia el puente.

Alguien más estaba observando con especulativo interés a Tarod, que entraba en el patio del Castillo y se encaminaba a la puerta principal. Gracias a la influencia de su padre, Sashka había ocupado un sitio desde el que podía ver perfectamente los actos del día; se había fijado en el hombre de cabellos negros que había tomado parte en el desfile, y éste había despertado su interés. Después de la ceremonia, le había visto con el Sumo Iniciado y comprendido claramente que los dos eran íntimos amigos. Una discreta investigación le había revelado su nombre y grado, cosa que le interesó aún más. No solamente le parecía atractivo su aire de fría arrogancia, sino que pensó que debía de ser un hombre influyente en la jerarquía del Castillo.

Le gustaría conocerle, y creyó que no le resultaría difícil, durante el banquete de la noche, lograr que se lo presentaran. Además, podría facilitarle un encuentro con el propio Sumo Iniciado...

Se volvió a su padre y apoyó cariñosamente los finos dedos en su brazo.

-Padre...

El le sonrió afectuosamente, sintiéndose orgulloso de ella.

-¿Qué, hija mía?

-Padre, ¿querrás hacer algo por mí? ¿Un gran favor? Esta noche, durante el festín...

CAPITULO 9

-Y ahora, amigos míos, compañeros Adeptos, buenas Hermanas y Señores... -Keridil hizo una pausa para recorrer el salón con la mirada y sonrió, vacilando con cierta timidez-. Sólo me queda daros humildemente las gracias por vuestra bondad y por los buenos deseos que me habéis prodigado hoy. Mi gratitud por el honor que me hacéis no puede expresarse con palabras, pero prometo solemnemente que haré cuanto esté en mi poder para corresponder a la fe que habéis puesto en mí. Espero y pido a los dioses que sepa mostrarme digno de vosotros. Gracias, amigos míos, y que Aeoris os bendiga a todos.

Los aplausos que sonaron al terminar el Sumo Iniciado su discurso fueron tan moderados como exigía la ocasión, pero el calor con que fueron recibidas sus palabras era inconfundible. Gracias a su juventud y su auténtico atractivo, reforzados por la rigurosa educación que le había dado Jehrek, Keridil descubría, con gran sorpresa por su parte, que su popularidad estaba asegurada desde el principio. Todavía tenía algún recelo, pero los acontecimientos del día habían contribuido mucho a fortalecer su vacilante confianza.

Cuando se levantó de su silla en la mesa de la presidencia del comedor del Castillo y se extinguieron los aplausos, unos músicos ocuparon su puesto en la galería del fondo del salón y tocaron las primeras notas de un baile de ceremonia. Keridil miró un momento a su alrededor; después tendió una mano a Themila Gan Lin, invitándola a bailar. Se movieron con majestuosa gracia entre la doble hilera de espectadores y, cuando hubieron terminado de dar

la vuelta al salón, otros empezaron a bailar a su vez, hasta que la pista se llenó de abigarradas parejas con revuelo de faldas y destellos de joyas que brillaban a la luz de las largas hileras de velas y antorchas.

Sentado en su lugar en la mesa de la presidencia, Tarod observaba el baile, sonriendo ligeramente. El había sugerido al Sumo Iniciado que eligiese a Themila como pareja en el importantísimo primer baile; una maniobra diplomática encaminada a asegurar que ninguna familia noble pudiese alegar, con vistas al futuro, que su hija casadera había sido preferida a otras. Con ello había conseguido también frustrar las intenciones del terrateniente Simik Jair Sangen, padre de Inista, que tuvo que contentarse con la seguridad de que tendría tiempo sobrado de hablar más tarde con el Sumo Iniciado. Y había habido otros, ansiosos de conseguir una audiencia, que habían estado fijándose en Tarod como su mejor aliado en potencia, ya que era de todos conocida su gran amistad con Keridil.

Tarod encontraba sumamente irritantes los halagos, las maquinaciones y los ocasionales intentos de soborno. Hasta ahora, había conseguido dominar su genio vivo, consciente de que no le haría ningún favor a Keridil si perdía los estribos, pero su paciencia se estaba agotando. Una vez más, dio silenciosamente gracias a los dioses por haber resistido la tentación de participar en la vida política del Círculo; por muy encumbrado que hubiese sido el cargo que hubiera podido alcanzar, los sacrificios que le habría costado le habrían resultado insoportables.

De pronto, se dio cuenta de una presencia a su lado. Se volvió de mala gana, preparándose para otro encuentro con algún padre inoportuno, y se sorprendió al encontrarse con los cándidos ojos castaños de una mujer más joven que él.

Ella sonrió y levantó el fino velo translúcido que llevaba para que él pudiese verle bien la cara. Una Hermana Novicia, y era hermosa. A pesar de su tendencia al ascetismo, Tarod era tan susceptible como cualquiera a la belleza femenina, y esta joven tenía un atractivo que no podía compararse con el de las adorables pero un tanto insulsas hembras con quienes había tenido fugaces y generalmente muy breves amoríos. Había como un desafío en su expresión y en el voluntarioso pero agradable perfil de la barbilla; el porte confiado de su alta y graciosa figura revelaba que estaba acostumbrada a mandar y a ver cumplidos sus deseos. Tarod le sonrió a su vez e inclinó cortésmente la cabeza.

-¿En qué puedo servirte?

Visto de cerca, pensó Sashka, era aún más imponente de lo que parecía de lejos; su gracia natural adquiría un aspecto ligeramente intimidante a causa de su poco corriente estatura y de la constante fijeza de sus ojos verdes. Sin embargo, algo en él, un aura, habría dicho su Maestra de Novicias, hizo que su pulso se acelerase de un modo que la intrigó y la excitó. Era muy atractivo, y presumió que había lugares recónditos en su naturaleza que merecían ser explorados por una mujer dotada del valor necesario para ello. Sashka creía que el valor era una cualidad de la que ella no carecía, y su objetivo inicial, que era persuadir a Tarod de que le presentase al Sumo Iniciado, empezó a parecerle menos apremiante.

Decidió mostrar la misma confianza fría de Tarod, en vez de mostrarse tímida, y señaló solemnemente las parejas que bailaban.

-He visto que no tenías pareja de baile, Señor. Yo me encuentro en la misma situación, y por esto me pregunté si me harías el honor de acompañarme.

Su voz de contralto era afectuosa, y Tarod se sintió desarmado por su audacia. Su invitación en flagrante quebrantamiento del protocolo, había sido formulada con tan encantador descaro que no tuvo más remedio que ofrecerle el brazo.

-Será un placer.

Entraron en la pista y los que bailaban se separaron un poco para dejarles sitio. La muchacha era una bailarina consumada, confirmando la impresión inicial de Tarod de que su clan podía permitirse prescindir de los convencionalismos sociales, y aunque normalmente le interesaban poco estos pasatiempos, se sorprendió al descubrir, al cabo de unos momentos, que le divertía el baile.

Keridil, que bailaba todavía con Themila, se cruzó dos veces con ellos, y en ambas ocasiones dirigió a Tarod una mirada de interrogación a la que éste replicó con la más absoluta impasibilidad. Al fin terminó la pieza, las parejas aplaudieron cortésmente y Tarod y Sashka se dirigieron a una mesa desocupada a un lado del salón, al pie de una alta ventana. Grandes antorchas habían sido encendidas en el patio exterior, y la luz difusa por el cristal traslúcido hizo resplandecer los cabellos de la joven y acentuó el tono de su piel. Sashka se sentó en la silla que le ofreció Tarod.

-Gracias, Señor -dijo, empleando todavía el tratamiento formal, pero dirigiéndole al mismo tiempo una mirada desafiadora y prometedora-. Empezaba a temer que pasaría toda la velada como una extraña al lado de mi padre.

El sonrió, divertido.

-¿Es tu primera visita al Castillo?

-Sí... Desde luego, había oído hablar mucho de él. Pero nada puede compararse con lo que es en realidad. -Miró a su alrededor; las luces, los colores, el movimiento, y bajó los ojos como disculpándose-. Confieso que me siento un poco aturdida.

Tarod hizo una seña a un criado que pasaba y pidió una botella y dos copas.

-Siempre he creído que el vino es un buen remedio contra la incertidumbre. ¿Puedo...?

-Gracias. -Esperó a que él escanciase el vino y, después, ambos levantaron sus copas, haciéndolas chocar ligeramente. La muchacha tomó un sorbo y asintió con la cabeza en señal de aprobación-. Una buena cosecha. De Chaun del Sur..., ¿de la penúltima estación?

-Exacto. Te felicito por tus conocimientos.

Ella se echó a reír, mostrando unos dientes perfectos e iguales.

-¡Oh, me han estado enseñando desde la infancia! Mi padre posee muchos viñedos en la provincia de Han, y siempre hemos envidiado el clima y las condiciones del suelo de Chaun del Sur.

-¿Y no has sentido deseos de seguir las aficiones de tu padre? -preguntó él, alargando una mano y rozando ligeramente con un dedo el velo que llevaba ella.

Sashka sonrió.

Librodot

-Es una labor impropia de una mujer..., al menos en Han. Mi clan consideró más adecuado que ingresase en la Hermandad.

A Tarod le costó imaginar que aquella joven se doblegase a los deseos de otros, a menos de que coincidiesen con los suyos.

-Y tú, ¿qué opinas? -le preguntó.

-Oh, yo estoy más que satisfecha con mi suerte. Ser Hermana es una posición sumamente apreciada..., sobre todo si se pertenece a la Residencia de la Tierra Alta del Oeste.

-¿La Tierra Alta del Oeste? Entonces estás bajo la tutela de Kael Amion. . .

Sashka se sorprendió e impresionó por la familiaridad con que su acompañante hablaba de la mujer que, para las Novicias bajo su tutela, estaba sólo un peldaño por debajo de los dioses.

-Desde luego, no conozco personalmente a la Señora, o sólo muy poco... Pero sí, es nuestra excelsa Superiora. -De pronto, deseosa de no verse rebajada a los ojos de él, irguió la espalda-. Yo soy la Hermana Novicia Sashka Veyyil, hija de Frayn Veyyil Saravin.

Tarod arqueó una ceja. Conocía la influencia del clan Saravin; no era de extrañar que la hija de un Saravin hubiese conseguido una plaza en la comunidad de Kael Amion. Sin embargo, aunque era sabido que Kael exigía un alto nivel de inteligencia, no podía detectar en Sashka las dotes latentes propias de una Hermana; y recordó con ligera ironía la casi dolorosa clarividencia de la vaquera Cyllan, cuya humilde cuna le había impedido sacar buen partido de su talento natural...

El hilo de sus pensamientos fue cortado por la voz bien modulada de Sashka.

-Bueno, Señor, ahora estoy en desventaja contigo. Tú sabes mi nombre y yo ignoro el tuyo.

El la miró a los ojos.

-Me llamo Tarod. -Y como ella esperase que continuase, añadió-: Iniciado de séptimo grado del Círculo.

-¿Sólo Tarod? ¿Cuál es el nombre de tu clan?

Tarod sonrió débilmente.

-No tengo nombre de clan.

Un Adepto del grado más alto que no quería revelar su clan... Sashka estaba ahora doblemente intrigada, acuciada su imaginación por toda clase de agradables especulaciones. Estaba a punto de hacerle una pregunta cuidadosamente formulada, para persuadirle de que le revelara más sobre su pasado, cuando alguien les interrumpió.

-Sashka..., ¡conque estabas aquí! Te he estado buscando. -Frayn Veyyil Saravin tomó a su hija del brazo y miró especulativa y recelosamente a Tarod, reconociendo la insignia de Iniciado, pero inseguro en lo tocante a su grado-. Buenas noches, Señor.

Sashka se desprendió e hizo, disimuladamente, frenéticos ademanes para alejar a su padre, pero éste no se dio por enterado. Tarod miró a aquel hombre corpulento hasta que éste desvió los ojos bajo las tupidas cejas, vacilando. Después respondió fríamente:

-Señor...

Frayn carraspeó ruidosamente y levantó la voz para hacerse oír sobre la música, que estaba empezando de nuevo.

-No bailabas, Sashka, y pensé que podrías hacerlo conmigo. . .

-Estaba bailando, padre -dijo Sashka, tratando de que su voz sonase normal entre los dientes furiosamente apretados-. El Iniciado vio que no tenía pareja y se ofreció amablemente a acompañarme.

-¡Hum..., si! Muy amable de tu parte. Eres muy amable, Señor, y te doy las gracias. Pero ahora, Sashka, ¿permitirás que un viejo...?

Ella tenía que acceder, si quería evitar una escena embarazosa. Componiendo su semblante, se volvió de nuevo a Tarod y se inclinó como solían hacer las Hermanas.

-Gracias, Tarod. Espero que volvamos a vernos antes de que termine la velada.

Estaba resuelta a decir la última palabra a pesar de la visible contrariedad de su padre, y Tarod la miró con expresión de divertida aprobación. Le estrechó brevemente la mano.

-Estoy seguro de ello.

Frayn Veyyil Saravin condujo a su hija a la pista con una prisa casi ridícula y, cuando hubieron ocupado su sitio en la formación, dijo furiosamente en voz baja:

-¡Conque estabas bailando! ¡Jamás había visto tanta desfachatez! ¡Me avergüenzo de ti!

-¡Oooh, padre...!

-¡Nada de oh, padre, hija! Dirigirte descaradamente a un desconocido sin haber sido presentados, aceptar su invitación sin pedirme siquiera permiso, y después sentarte a coquetear con él delante de todo el mundo...

-¡Es el mejor amigo del Sumo Iniciado! –replicó Sashka, en un ronco murmullo-. Y si no hubieses tardado tanto en cumplir tu promesa de presentarme a él...

-¡Que Aeoris nos ampare! ¿Te imaginas que puedo hacer milagros? ¡Estas cosas requieren tiempo Sashka! Además... -farfulló, buscando las palabras adecuadas, pues no quería irritar a su hija, pero lo que había observado le había alarmado en grado sumo-. Además, pensaba que era a Keridil Toln a quien querías conocer.

Ella le miró de soslayo y sonrió dulcemente. El había visto otras veces aquella expresión y sabía lo que significaba.

-El Sumo Iniciado tiene muchas otras pretendientes, padre -dijo suavemente-, y creo que no me gustaría tener que luchar por un sitio en la larga cola. Sería muy poco digno.

Conque así estaba la cosa... Se lo había temido...

-Si es esto lo que piensas, ¡puedes elegir entre mil o más, Sashka! Pero no a ése... Tiene una mirada peligrosa que no me gusta nada.

-Es un Adepto de séptimo grado.

Esperó a que la información surtiese efecto y se alegró al ver que la severa desaprobación de su padre empezaba a flaquear.

-¿ De séptimo...?

-Sí. Y sólo tiene unos pocos años más que yo; lo cual quiere decir que le espera un gran futuro. El clan podría esperar un trato mucho peor...

-Por los dioses, niña, no estarás pensando...

-No estoy pensando en nada, padre, por ahora... Pero me gustaría volver a verle.

Frayn comprendió que estaba vencido. Desde que era pequeña, Sashka le había manipulado como si fuese arcilla en sus manos. Si quería estudiar las posibilidades de una alianza con el alto Adepto de cabellos negros, nada podría hacer él para impedírselo. Y si el hombre era un séptimo grado, tenía que confesar que el enlace podía ser conveniente...

-Vamos, padre. -Le estrechó las manos, sonriendo alegremente, y con ello acabó de desarmarle-. Esto es una fiesta. No me pongas mala cara... Divirtámonos con el baile y, durante un rato, ¡no pensemos en el futuro!

...Es un arduo problema, Sumo Iniciado, y no me importa confesar que nuestros recursos han disminuido mucho al tratar de luchar contra esta plaga. -El Margrave de la provincia de la Esperanza hizo una mueca y sacudió la cabeza gris, mirándose los zapatos con hebillas de plata-. Durante las dos últimas lunas, nuestras villas y pueblos han sufrido no menos de cinco ataques de los bandidos, y esto sin contar los incidentes que pueden no haber llegado a mis oídos. Es como si todas las bandas se hubiesen unido en alguna clase de organización... o como si estuviesen impulsadas por alguna fuerza exterior.

Keridil vio que Tarod fruncía rápidamente el ceño y, al mirarle, asintió casi imperceptiblemente con la cabeza: Las palabras del viejo Margrave habían hecho sonar una campana inquietante en el fondo intuitivo de su mente, y no le sorprendió que Tarod sintiese algo parecido. Otras provincias le habían informado ya del súbito e inexplicable aumento de las actividades de grupos de bandoleros. Caravanas de mercaderes asaltadas; rebaños diezmados; pequeñas aldeas remotas saqueadas, y mieses quemadas en los campos...; algo que amenazaba con adquirir las proporciones de una epidemia. Y parecía no haber motivo ni razón para ello; no había aparecido ningún cabecilla bajo cuyo mando se uniesen las bandas. Aparentemente, las pandillas desparramadas de bandoleros habían aumentado independientemente sus actividades, pero con una coordinación que indicaba que actuaban de consuno. No podía ser mera coincidencia.

-Desde luego, protegemos a la gente de la provincia lo mejor que podemos -siguió diciendo el Margrave, con voz cansada-. Pero sólo tenemos un número reducido de voluntarios a nuestra disposición, y todavía menos hombres de armas capacitados para adiestrarles. –Sus negros ojos se fijaron brevemente en los de Keridil, y éste reconoció una súplica en ellos; la tercera

de la noche-.Si fuese posible que unos pocos Iniciados, no más de dos o tres, pudiesen estar con nuestras fuerzas... La destreza de los espadachines del Castillo es legendaria...

Keridil suspiró, lamentando tener que repetir la respuesta que ya había dado a los Margraves de la provincia Vacía y de las Grandes Llanuras del Este.

-Desgraciadamente, Señor, sólo tienen capacidad para combatir en los torneos. Tal vez hubo un tiempo en que los Iniciados representaron un papel como agentes de la ley, además de campeones, pero -y sonrió forzadamente- nuestras tierras han estado en paz durante tanto tiempo que no podríamos representar ese papel aunque quisiéramos.

-Sin embargo, la mera presencia de hombres del Círculo. . .

-Asustaría menos de lo que tú y yo quisiéramos a una pandilla de bandoleros resueltos -dijo Keridil. Se sentía frustrado por su incapacidad de ofrecer al hombre algo más que consejo y consuelo; las palabras no resolverían los problemas de la Provincia de la Esperanza, pero eran todo lo que tenía. Al cabo de un momento, añadió-: Sin embargo, llamaré personalmente la atención del Alto Margrave sobre el asunto cuando nos reunamos.

-Desde luego... viajarás a la Isla de Verano cuando terminen las celebraciones... -El viejo asintió con la cabeza, tratando de poner a mal tiempo buena cara-. Bueno, Sumo Iniciado, te doy las gracias por haberme escuchado. No quería agriar las fiestas con nuestros problemas provinciales, pero...

-No has hecho tal cosa, antes al contrario; te agradezco que me hayas llamado la atención sobre ellos.

El Margrave se volvió para marcharse, pero Tarod dijo de pronto :

-Los bandidos, Margrave, ¿son los únicos que causan problemas en la Esperanza?

El Margrave se detuvo.

-Discúlpame, pero no sé exactamente qué quieres decir...

-Me preguntaba, Señor, si habéis experimentado un aumento igualmente súbito en otras clases de daños. -Miró a Keridil-. Algo ha llegado a mis oídos esta tarde, y nuestra propia experiencia lo confirma. Margrave, ¿ha aumentado la frecuencia de los Warps?

El viejo se pasó la lengua por los labios.

-Ahora que lo mencionas, sí... Durante los meses pasados, en realidad desde la muerte del anciano Sumo Iniciado, se han producido varios Warps. -Se estremeció súbitamente-. Son cosas que uno prefiere olvidar con la mayor rapidez posible, y por esto no creí... Pero supongo que no puede haber relación entre ambas cosas, ¿verdad?

-Relación directa, no -convino Tarod-. Pero me pregunto si el aumento simultáneo de ambas cosas podría indicar la existencia de algo que todavía ignoramos.

Advirtió la mirada aguda de Keridil, pero la expresión del Margrave seguía siendo de perplejidad.

-Si hay una relación, Señor, ¡que Aeoris nos ampare! -dijo sinceramente-. Pero confieso que la idea escapa a mi comprensión.

En cuanto se hubo marchado el viejo, Keridil se volvió a Tarod.

-No me habías dicho nada de tus sospechas.

-¿Cómo podía hacerlo? Nada había sabido de las acciones de los bandidos hasta esta noche. Pero ahora que lo sé, si las añado a nuestras propias y recientes experiencias en el Castillo, tengo una impresión que no me gusta, Keridil. Algo se está cociendo, y lo huelo.

-Seguramente la lógica nos dice que no puede haber relación posible entre los Warps y los ataques de los bandidos, Tarod.

-¡Maldita sea la lógica! -dijo vivamente Tarod, y en seguida bajó la voz, consciente de que los que se hallaban cerca de ellos estaban escuchando-. La lógica es buena para la gente como el Margrave de Esperanza, y conviene que así sea; nadie espera que explore más allá de los límites de lo que puede ver y tocar. Pero se supone que nosotros trascendemos tales restricciones. ¿O estamos empezando a olvidar nuestro verdadero objetivo?

-Esto es absurdo...

-¿Lo es, Keridil? -Los ojos verdes de Tarod brillaron con fiereza-. ¿No nos estaremos engañando, aquí en nuestra fortaleza, sin nadie que nos contradiga o nos juzgue o señale nuestros defectos? Tres Margraves han pedido la ayuda del Círculo esta noche, ¿y qué hemos podido ofrecerles? ¡Nada! ¡Somos impotentes! Tal vez el viejo tenía razón; tal vez serviríamos mejor a este país como una fuerza de mercenarios que como una comunidad de hechiceros.

Aunque trató de disimularlo, la censura impresionó a Keridil; sobre todo porque reflejaba sus propias frustraciones. La frecuencia de los Warps había preocupado mucho a Jehrek, y desde su muerte habían aumentado aún más. Sin embargo, todos los esfuerzos del Círculo para comprender las razones de aquel súbito cambio que parecía afectar a todo el mundo habían sido inútiles, por no hablar del descubrimiento de su origen. Pero Tarod era el primero en expresar con palabras la gran inquietud que había estado incubándose en lo más hondo de Keridil.

-Sé tan bien como tú lo que ha conseguido, o mejor dicho, lo que no ha conseguido últimamente nuestra hechicería -dijo pausadamente, mirando a Tarod con ojos cándidos-. ¿Tienes tú una respuesta mejor?

Tarod suspiró.

-Antes de poder dar una respuesta, uno tiene que saber la naturaleza de la pregunta.

-Cierto. Sólo los dioses saben que se está tramando algo malo. Si necesitábamos una confirmación, ambos hemos oído esta noche la prueba. La amenaza se ha cernido sobre nosotros como una tormenta en el horizonte, y desde que murió mi padre...

-Lo sé.

Tarod trató de borrar la idea que últimamente se le había ocurrido con demasiada frecuencia. Como Keridil, era escéptico en lo tocante a las coincidencias, pero el hecho de que los

inquietantes sucesos hubiesen cobrado fuerza e intensidad desde el fallecimiento del Sumo Iniciado estaba muy lejos de ser tranquilizador. Aunque se decía una y otra vez que no podía haber ninguna relación, era incapaz de olvidar el extraño y delirante encuentro con aquel ser llamado Yandros...

Se sobresaltó cuando Keridil le dio unas palmadas en el hombro.

-Tarod, éste no es tiempo ni lugar oportuno para especulaciones. Dentro de siete días tendré que viajar a la Isla de Verano, para presentar personalmente mis respetos al Alto Margrave. Si consigo hacerle ver la gravedad de los problemas de las provincias, tal vez podamos hacer algo para intentar resolver la situación a un nivel exotérico.

-El Alto Margrave es poco más que un niño.

-Sin embargo, encarna el poder temporal. Y he oído decir que no destaca por su inteligencia, sino por su experiencia. Actualmente, es lo mejor que podemos hacer para los Margraviatos.

-¿Y los Warps? -preguntó en voz baja Tarod.

-¡Ah, los Warps...! Esta es otra cuestión, ¿verdad? Yo puedo ser el Sumo Iniciado, Tarod pero soy lo bastante realista para reconocer que, como hechicero, soy un niño de pecho en comparación contigo. Y si tú no tienes soluciones, entonces el Círculo es tan impotente como dices.

Tarod desvió la mirada, pero Keridil tuvo tiempo de ver en los ojos de su amigo algo que sólo pudo interpretar como dolor. En un murmullo, añadió:

-No te aflijas. Mentes más grandes que las nuestras han luchado durante generaciones con la naturaleza de los Warps, y han fracasado. No es nada ignominioso. Y la frustración es algo con lo que todos hemos aprendido a vivir. -Desde la antesala llegó un ruido de carcajadas, seguido de los sonidos de los instrumentos musicales que afinaban-. Escucha -dijo Keridil-. Hay mucha gente resuelta a pasar la noche divirtiéndose. Sabe Aeoris que he estado a punto de olvidar que hoy se está celebrando una fiesta; pero no es demasiado tarde para ponerle remedio. Reunámonos con los invitados, Tarod. Si podemos olvidar durante un rato, tal vez el panorama nos parezca menos lúgubre por la mañana.

Tarod le miró brevemente y sacudió la cabeza.

-Lo siento, Keridil. Tienes razón; estamos aquí para una celebración, y yo he tenido la culpa de dejarme impresionar demasiado por otras cosas.

Sonrió cuando alguien en la sala contigua empezó a tocar un manzón, instrumento de mástil largo y de siete cuerdas que requería un alto grado de habilidad musical. El músico era muy experto y, a los pocos momentos, una voz de mujer entonó una vieja y pegadiza canción que Tarod conocía muy bien. Sin añadir palabra, dio unas palmadas en la espalda a Keridil y ambos se dirigieron al salón.

Al entrar en la cámara débilmente iluminada, Tarod deseó ardientemente poder librar su mente de las dudas y temores que le atosigaban y que eran causa remota de su inquietud esta noche. No había querido preocupar a Keridil con sus sospechas precisamente hoy, pero, por alguna razón, las palabras habían brotado de sus labios antes de que pudiese detenerlas. Además, y por encima de las pruebas que habían dado esta noche los Margraves, tenía la

íntima convicción de que algo terrible y furiosamente malo estaba ocurriendo, algo con lo que no se podía luchar. Por mucho que lo intentase, no podía borrar aquel sentimiento; ni podía rebatir la certidumbre de que los recientes acontecimientos estaban inextricablemente relacionados con la extraña predicción de Yandros sobre la misión que él tendría que cumplir.

Sentía una enorme frustración en su interior y cerró ambos puños, sintiendo que los bordes del anillo se hincaban en la palma de su mano izquierda. Muchas intuiciones, muchas sospechas, pero no sabía nada..., y la larga espera de alguna señal, de algún movimiento de las fuerzas, fuesen cuales fueren, que poseía Yandros, se le estaba haciendo casi insoportable.

Bruscamente, se pellizcó la nariz con el índice y el pulgar. Estaba cansado, y el gesto fue un intento de vencer la fatiga, así como de romper el hilo desagradable de sus pensamientos. No había prestado atención a la música ni a las personas que le rodeaban y, al terminar la canción, le sorprendió la fuerza de los aplausos y se dio cuenta de que el salón estaba lleno a rebosar. Keridil aplaudía con entusiasmo, uniendo su voz al coro de los que pedían más, y, por primera vez, Tarod miró hacia el reducido espacio del centro del salón donde se hallaban los improvisados artistas. El que tocaba el manzón estaba encorvado sobre su instrumento, templando delicadamente las cuerdas, y cuando la luz de las velas se reflejó en el pequeño pendiente de oro que llevaba el hombre en una de sus orejas, supo Tarod que era Ranil Trynan, hijo de uno de los mayordomos del Castillo. La manera en que había logrado introducirse en aquella reunión era un misterio, pero su habilidad como músico le abría puertas que de otro modo habrían permanecido cerradas para él, y cuando al fin levantó la cabeza, la sonrisa dibujada en su fino y astuto semblante demostró que se consideraba en su elemento natural.

Sin embargo, y a pesar de la visible satisfacción de Ranil, era la cantante que estaba a su lado quien más llamaba la atención. De momento, Tarod no reconoció a la alta joven de voz suave de contralto, pues se había mudado el hábito y despojado del velo de Hermana Novicia. Entonces levantó la cabeza, y los oscuros ojos castaños de Sashka se fijaron en los de él con el mismo aire desafiador que recordaba Tarod de su anterior encuentro.

Los labios de Tarod se torcieron en una fría sonrisa, y se alegró al ver que ella se ruborizaba. Entonces hizo la joven un imperioso ademán a Ranil y el joven tocó los primeros acordes de una canción que era ahora popular en la Tierra Alta del Oeste; una melodía complicada que exigía un gran esfuerzo tanto por parte del que tocaba como de la que cantaba. Sashka empezó a cantar, y dos de los oyentes más entendidos aplaudieron inmediatamente su valor al intentar una pieza tan difícil. Tarod sintió que la música calmaba sus excitadas emociones; entrecerrando los ojos verdes, dejó que la melodía invadiese su mente y le arrastrase con el resto del público, hasta que la voz de Keridil en su oído le sacó del ensueño.

-No había oído cantar así a nadie en muchos meses... Me pregunto si será un bardo femenino.

Tarod sacudió la cabeza y dijo, sin pensarlo:

-No. Es una Novicia, de la Residencia de la Tierra Alta del Oeste.

-¡Ah, sí...! -Keridil le guiñó un ojo-. Ahora la recuerdo; es la joven con quien estuviste bailando después del banquete. Te felicito por tu buen gusto, Tarod. ¿Cómo se llama?

Consciente de que Keridil estaba tratando bonachonamente de turbarle, Tarod correspondió a su guiño con una mirada absolutamente impasible.

-Sashka Veyyil.

-¿De los Veyyil Saravin? -El Sumo Iniciado arqueó las cejas-. Entonces es un buen partido bastante rica. -Hizo una pausa y añadió-: Y también hermosa... Tiene un aire extraño, como si pudiese desafiar a cualquier hombre. -Su tono fue malicioso al proseguir-: Todo lo contrario que Inista Jair.

-Sí -dijo distraídamente Tarod.

Keridil guardó silencio durante un rato, mientras ambos escuchaban la música. Después, en voz baja pero en un tono ligeramente distinto, dijo:

-Sería una imprudencia indisponerse con su clan. Son muy influyentes.

Tarod frunció el ceño y le miró. Había percibido algo en la voz de Keridil que insinuaba celos, y esto era impropio de él.

-No tengo la menor intención de cruzarme en su camino -dijo. Esta noche ha sido la primera vez que he visto a esa muchacha.

-Sin embargo, está cantando esta canción para ti y sólo para ti; puedo verlo en sus ojos -replicó Keridil-. Pero temo que cualquier pequeña aventura con ella podría traer dificultades.

Tarod sintió una fría irritación y sus ojos centellearon al mirar al otro hombre. Le encolerizaba aquella envidia tan desacostumbrada en Keridil, y todavía le enojó más que éste pusiera en tela de juicio su moralidad.

-Me imagino que la Señora es mayor de edad y puede decidir sobre sus preferencias -dijo, con voz helada-. Aunque, desde luego si crees que mi reputación es dudosa, tienes evidentemente el deber de ponerla en guardia contra mí. Es decir, si piensas que con ello puedes disuadirla.

Antes de que Keridil pudiese responder, se apartó de él y se abrió paso en el atestado salón en dirección a la ventana, desde donde podría observar mejor. Sashka le siguió con la mirada y, cuando creyó que había captado la de él, dejó que se perfilase en su semblante una dulce y vacilante sonrisa.

-Sashka. -Tarod asió la mano de la joven y se inclinó sobre ella-. Gracias por tu canción. Lo que habría podido ser una aburrida y triste celebración se ha convertido, gracias a ti, en algo magnífico.

Mientras hablaba, le sorprendió descubrir que el cumplido había brotado fácil y sinceramente de sus labios. Siempre había sido capaz de representar el papel de cortesano, pero raras veces decidía hacerlo; cuando lo hacía, una parte cínica de su mente se daba perfecta cuenta de que las palabras no eran más que un medio fácil de conseguir un fin interesado. En cambio, delante de esta muchacha de rostro patricio y ojos cándidos, sólo podía decir la verdad. En sus dos breves encuentros, ella le había causado un efecto profundo, y el sentido resultante de vulnerabilidad era algo a lo que Tarod no estaba acostumbrado.

Sashka bajó la mirada, dejando que sólo una pequeña parte de su deleite se trasluciese en su expresión.

-Gracias. Pero temo que estoy muy desentrenada; mis estudios no me dejan mucho tiempo libre para otras actividades más placenteras.

-Menosprecias tu talento.

Todavía tenía asida su mano y, por el rabillo del ojo, vio que Keridil les estaba observando desde el otro lado del salón. Por fin terminó la velada y los invitados se retiraron a sus aposentos, menos unos cuantos empecinados que continuaron sentados, bebiendo y hablando en voz baja junto a la casi apagada chimenea. El padre de Sashka no aparecía por ninguna parte, como tampoco ninguna de las Hermanas mayores, pero Sashka no daba señales de querer marcharse.

-Había esperado -dijo suavemente- que podría volver a bailar contigo esta noche. Pero parece que estabas demasiado ocupado para rescatarme por segunda vez.

El sonrió débilmente.

-¿A pesar de la desaprobación de tu padre? ¡No quiero incurrir en la cólera de un Veyyil Saravin!

-Oh, eso... -Sashka tuvo el acierto de ruborizarse ligeramente-. No tienes que hacer caso de su mal humor. Sólo estaba enfadado conmigo porque quería presentarme al Sumo Iniciado y no me había encontrado en ninguna parte.

Tarod miró involuntariamente hacia el lugar donde había estado Keridil, pero éste se había marchado de allí. Volvió a sentir un poco de irritación y replicó fríamente:

-Si era esto lo que querías, sólo tenías que decírmelo.

-No he dicho que fuese lo que yo quería. -La mirada de Sashka contenía ahora un inconfundible desafío-. Y creo que soy lo bastante mayor para tomar mis propias decisiones en estos asuntos.

La irritación se desvaneció y Tarod rió, complaciente.

-¡Lejos de mi intención dudarlo, Señora!

-Entonces, ¿no podríamos continuar lo que fue tan bruscamente interrumpido?

Tarod se dio cuenta de que la muchacha empleaba su seducción y su habilidad para llevarle por donde ella quería, pero sus artimañas no parecieron importarle. Sentía un fuerte deseo de tocarla, de introducir las manos en la mata de cabellos cobrizos, de probarla, de explorarla, de descubrir la clase de mujer que se ocultaba debajo de la belleza y de la astucia. Era una sensación obsesionante, nueva para él, y no estaba seguro de cómo debía reaccionar.

Sashka, en cambio, no tenía dudas. Su segundo encuentro con el alto Adepto de negros cabellos había más que confirmado las primeras impresiones que se había formado de él, y ahora que tenía otra oportunidad de expresar su interés sin interferencias familiares, estaba resuelta a sacar de ella el mayor partido. Viendo que Tarod vacilaba ante su audaz pregunta, añadió, bajando mucho la voz:

-Mi padre y mi madre se han ido a descansar hace ya mucho rato, pero yo no podría dormir aunque quisiera. Estoy demasiado... animada.

Las palabras eran ambiguas, en el mejor de los casos, y Tarod sonrió y le asió la mano una vez más.

-Así, ¿qué puedo hacer para entretenerte?

Ella encogió ligeramente los hombros, en un ademán que sugería mucho más de lo que expresaba superficialmente.

-Me gustaría dar un paseo -dijo-. Hace una noche tan espléndida... He oído decir que hay cientos de personas acampadas fuera de las murallas del Castillo. Sus hogueras deben ofrecer una vista muy espectacular.

El cansancio que Tarod había sentido momentos antes desapareció, de pronto, de su cuerpo y de su mente sin dejar rastro. Señaló la puerta, a través de la cual estaban saliendo los últimos invitados.

-Entonces, si puedo acompañarte...

Ella sonrió maliciosamente.

-¿Con o sin el permiso de mi padre?

-Tu permiso es el único que me importa.

-Entonces ya lo tienes.

Consciente de una excitación interior que iba rápidamente en aumento, Sashka le permitió que la llevase al débilmente iluminado pasillo.

CAPITULO 10

Bajo el misterioso doble cenit de las dos lunas, Tarod y Sashka estaban juntos de pie sobre la alta muralla del Castillo, contemplando el paisaje que se extendía ante ellos. Keridil había ordenado que el Laberinto permaneciese abierto durante el resto de las festividades, suspendiendo la barrera sobrenatural que separaba el Castillo del mundo exterior, y el lejano contorno de la costa era vagamente visible bajo el cielo de estaño.

Debajo de ellos, y tan lejos que parecían irreales como juguetes, las tiendas de los que habían acampado en la Península se agrupaban en racimos desparramados, iluminadas por la luz centelleante de más de cien pequeñas fogatas. Aquellos fuegos se extendían hacia lo lejos, al otro lado del puente, y la brisa traía débiles sonidos que indicaban que el jolgorio continuaba en algunos lugares.

Sashka estuvo largo rato mirando al suelo, sin hablar. La embargaba un sentimiento de gloriosa supremacía producido por el hecho de estar a tan gran altura, y de no haber sido por las cuatro titánicas y melancólicas torres del Castillo que empequeñecían incluso las murallas y que ella prefería no mirar, igual habría podido estar en el techo del mundo. Cautelosamente, para no romper el hechizo de la noche, dirigió una mirada al hombre que tenía a su lado. La luz de la luna endurecía los ángulos de su perfil, haciéndole parecido a un ave de presa; el viento apartaba los cabellos de su cara, y sus ojos se movían inquietos. Sashka se acercó un paso más, permitiendo que su manga le rozase una mano cuando él se acercó a su vez.

Librodot

Tarod la miró, dándole de algún modo la impresión de que se había olvidado de que existía; pero esta ilusión se desvaneció cuando él sonrió.

-¿Satisface esta vista lo que esperabas? –preguntó Tarod.

-Es tres veces más hermosa de lo que había imaginado... -Lanzó un hondo suspiro de satisfacción-. Está todo tan tranquilo... Me encantaría vivir en este palacio y poder disfrutar de este espectáculo siempre que me apeteciese.

El señaló con la cabeza la negra mole de la torre del sur, a pocos pasos de donde se hallaban.

-La vista es todavía mejor desde lo alto de la torre. ¿Te gustaría verla?

-No... -La apresurada respuesta fue seguida de un estremecimiento involuntario-. No..., creo que no. Estoy bien aquí.

Se movió de nuevo, esta vez para colocarse delante de él y exhibir el hombro que el amplio escote de su vestido dejaba al descubierto. Un instante después, una mano se apoyó ligeramente sobre su piel, y ella cerró momentáneamente los ojos con la satisfacción de otro pequeño triunfo, de otro paso en la dirección que quería tomar. Advirtió que la mano de Tarod era delgada pero sumamente vigorosa; el anillo que llevaba en el dedo índice captaba la luz nacarada y la multiplicaba, despertando en ella deseos de tocar la piedra. Pero permaneció quieta, inclinando ligeramente la cabeza hacia atrás en muda invitación.

Tarod contempló su esbelta figura, consciente de que en su interior se agitaba una emoción como jamás había sentido hasta ahora. A pesar de su astucia, que ella jamás había tratado apenas de disimular, Sashka le había impresionado profundamente, y él se sentía cada vez más impotente contra la oleada de sus propios sentimientos. Una vocecilla interior le decía que fuese precavido, pero se estaba acercando a un punto en que, por ella, mandaría al diablo la prudencia. Estaba totalmente cautivado... y al aproximarse más a ella y rozar sus cabellos con los labios, comprendió que nunca en su vida había deseado nada con tanta fuerza como deseaba ahora a esta hermosa criatura.

Más tarde, a Tarod le fue imposible recordar cuánto tiempo habían estado allí, bajo el cielo nocturno, ni lo que habían dicho, ni siquiera lo que él había pensado. Le parecía que había pasado una eternidad hasta el momento en que la condujo lentamente hacia la empinada escalera de caracol que descendía al patio. Al pasar junto a la torre, aquel dedo gigantesco se interpuso delante de las lunas sumiéndoles en una densa sombra. Sashka tropezó y él la asió por la cintura. Ella se volvió. En el óvalo de su cara apenas si se percibían las facciones, y él la besó con una intensidad que le dejó pasmado. Por un instante, Sashka permaneció absolutamente inmóvil, como petrificada, y después correspondió al beso con igual apasionamiento, hincando los dedos en los hombros de él, con un deseo casi animal.

Súbitamente, se apartó. Le miró con ojos muy abiertos por la emoción y se echó atrás, acabando de desprenderse suavemente.

-Tengo... que irme... -balbució. Es tarde, Tarod... ¡Tengo que irme!

-¡Sashka...!

Ella no esperó. Se había vuelto y corría en dirección a la escalera. Pasaron unos momentos antes de que la confusión de Tarod le permitiese seguirla, y cuando llegó a lo alto de la

escalera, la joven estaba ya en la mitad de ésta, descendiendo a toda prisa hacia el patio iluminado por las antorchas. Ya al final de la escalera, se detuvo, miró hacia atrás... y él creyó que levantaba una mano en ademán de despedida o para lanzarle un beso. Después, desapareció.

Incluso los más obstinados juerguistas habían renunciado al fin a sus cantos y sus bailes, y volvían tambaleándose a sus tiendas o se quedaban sencillamente dormidos donde caían, hasta que reinó en la Península de la Estrella un silencio sólo turbado por el débil murmullo del mar, a cientos de pies debajo de los acantilados de granito.

Cyllan se despertó, sin saber por qué, y se encontró envuelta en los pliegues de su única manta y con la cabeza reposando en la mata de hierba que le servía de almohada. De momento, mientras se desvanecían en su mente los vestigios de lo que debió ser un sueño, no pudo recordar dónde se hallaba..., pero en seguida recobró la memoria.

Desde donde estaba podía ver el Castillo y las luces todavía encendidas en su interior. Debía ser muy tarde; las dos lunas se movían ahora hacia el horizonte; la más pequeña parecía balancearse sobre su hermana gemela, y el lejano edificio proyectaba una sola sombra lúgubre.

Cyllan se incorporó, frotándose los ateridos brazos. Algo atraía una parte de su mente; algo inquietante y triste, y miró rápidamente a su alrededor, pero no vio nada alarmante. Esa noche había elegido dormir a la intemperie en vez de compartir la ruidosa tienda con su tío y sus vaqueros borrachos, que ahora estarían como muertos para el mundo; nada tenía que temer de ellos. Entonces, ¿de quién?

Recordó los últimos acontecimientos. Más temprano, había conseguido escabullirse por segunda vez y había vuelto junto a las murallas del Castillo y escuchado los lejanos acordes de la música de la fiesta de los nobles. Se había preguntado si volvería a ver a Tarod, pero no había aparecido ni siquiera un criado, y por fin había renunciado a su vela y regresado al campamento, donde se había acomodado lo mejor posible, quedándose dormida de puro agotamiento, mientras el jolgorio continuaba a su alrededor.

Pero el sueño estaba ahora a un mundo de distancia. Sólo sabía que había soñado y que en aquel sueño había una advertencia. Cyllan había aprendido hacía tiempo a confiar en los augurios, buenos o malos, y el hecho de que éste se negase a revelarle su naturaleza la trastornaba. Algo andaba mal, y no podría descansar hasta que supiese lo que era.

Moviéndose con cautela, se sentó, apartó la manta y esperó unos momentos hasta estar segura de que nadie daba señales de vida en la tienda de los boyeros. Cuando hubo comprobado que todo seguía en silencio, hurgó en una bolsita de cuero que llevaba en la cintura, oculta debajo del sucio jubón, y sacó un puñado de piedrecitas grises y azules, que el mar había pulido casi como gemas. Las había buscado en las tristes playas de las Grandes Llanuras del Este y nunca se había desprendido de ellas. Eran un catalizador del pequeño poder que había aprendido a ejercer en sus momentos más secretos, y si quería resolver este enigma, las piedras podían darle la solución que buscaba.

Furtivamente, se deslizó hacia el borde del acantilado, donde nadie había levantado tiendas. Allí no había arena, pero el suelo era llano y granulado y podía servirle igualmente. Encontró un lugar donde no crecía la hierba, se agachó de cara al norte y alisó la tierra lo mejor que pudo en un tosco círculo, antes de apretar con fuerza las piedras en el puño y ordenar a su mente que saliese de los confines de lo mundano y entrase en un mundo diferente; un mundo

donde todo era posible. Durante unos pocos minutos, temió que le fallase su antigua habilidad..., pero entonces sintió en la nuca un cosquilleo que le dijo que su conciencia empezaba, despacio y sutilmente, a cambiar.

Colores extraños giraron detrás de sus párpados cerrados; sintió delante de ella una presencia que sabía que era ilusoria, pero a la que no obstante se aferró con fuerza. Las piedras empezaron a moverse en sus manos, como si tuviesen vida propia, y ella las arrojó al suelo en el momento que juzgó oportuno.

Al caer, formaron un dibujo que le era desconocido; lo supo incluso antes de abrir los ojos y verlo con sus sentidos físicos. Una piedra, la más grande, estaba sola en el centro, mientras que las otras se habían desparramado en una tosca y excéntrica espiral de siete brazos. Mientras observaba fijamente las piedras, sintió resurgir, súbita y violentamente, el miedo que le había producido el sueño, pero su causa seguía ocultándose y, por mucho que se esforzase, no podía recordar siquiera lo más esencial de la pesadilla. Solamente tenía otro recurso. Cerró los ojos una vez más y abrió despacio las manos, con las palmas hacia abajo, sobre el dibujo formado por las piedras. Oyó resonar su respiración en su cabeza; entonces empezó a sentir, entre los dedos extendidos, una pulsación débil y regular. Fue como si estableciese contacto con los latidos mismos de la tierra, trayendo de ellos un poder que añadir al suyo propio para encontrar el camino hacia la meta que buscaba.

Una imagen fue formándose en su visión interior. Al principio, era demasiado imprecisa para tener sentido, pero al fortalecerse el pulso en lo más hondo de su conciencia, también la imagen adquirió más intensidad. El mundo real se estaba desvaneciendo; ya no percibía el frío ni el viento ni el duro suelo; se sentía como suspendida en un limbo extraño e imprevisible.

Con sorprendente brusquedad, la imagen astral que tenía delante se definió de pronto. Cyllan se encontró mirando, a través de lo que parecía una ventana de vago perfil, una habitación iluminada por una sola antorcha que ardía lánguidamente en un soporte clavado en la pared. Había dos personas en aquella habitación, y estaban muy juntas: una mujer de largos y hermosos cabellos castaños, y un hombre mucho más alto, moreno, que tenía un aire en cierto modo familiar...

El corazón se le encogió desesperadamente al reconocer el cuerpo esbelto de Tarod. Si esta visión era real, y no tenía motivos para creer lo contrario, sus propias fantasías habían quedado reducidas a cenizas.

Sin embargo, la razón, luchando por romper este tupido velo de dolor, le recordó que la ominosa sensación que la había despertado esta noche no tenía nada que ver con sus propios deseos incipientes; había sido un presagio, y un presagio que hacía que todos los sentimientos personales fuesen fútiles y no significasen nada. Mordiéndose el labio, se esforzó en concentrarse en el cuadro expuesto a su mirada interior, queriendo comprender, tratando de desterrar los celos inútiles que la agitaban. Y vio que el hombre alto y de cabellos negros se movía y volvía la cabeza, como si pudiese percibir su presencia astral, y a punto estuvo de cortarse la lengua con los dientes cuando, en aquel instante, cambió de forma y, en su lugar, apareció una cara espantosa, desconocida pero
familiar, que le sonreía con malevolencia.

Aquel hombre se parecía tanto a Tarod que hubiesen podido ser gemelos, pero tenía los cabellos rubios como el oro, y un instinto profundo dijo a Cyllan que no era, que no podía ser humano. Su sonrisa se acentuó y ella vio que sus ojos cambiaban de color, que parecía estar hablando pero de manera que no oía sus palabras; de pronto, se sintió sofocada por una niebla pegajosa, mortífera, maligna...

No...

Su propia voz, surgiendo en una protesta involuntaria, rompió el frágil velo del hechizo, y Cyllan se hechó atrás y estuvo a punto de caerse mientras el mundo físico volvía a su sitio y la envolvía con su frío abrazo. Temblando por la impresión de haber recobrado tan violentamente la conciencia, empezó a ponerse en pie... y se quedó petrificada. Había alguien al otro lado de la Península, más allá de las tiendas y las carreteras y los puestos de los vendedores. Un personaje alto y tétrico, envuelto en una capa larga o un manto que le cubría todo el cuerpo, la estaba mirando. Un aura peculiar, como los engañosos fuegos fatuos de los pantanos de las Llanuras, resplandecía a su alrededor y hacía que sus cabellos brillasen como el oro.

El corazón de Cyllan empezó a palpitar dolorosamente al sentir de nuevo el miedo que había experimentado durante el sueño. Se apretó los ojos con las palmas de las manos, sacudió violentamente la cabeza y volvió a mirar.

Allí no había nadie.

-Aeoris...

Susurró esta palabra entre los apretados dientes, como un ensalmo, e hizo al mismo tiempo, involuntariamente, un signo supersticioso contra el mal. Aunque sus ojos la hubiesen engañado, no así su mente; fuese real o ilusorio, aquel fantástico personaje era significativo. En cuanto a la naturaleza de lo que significaba... eso era otra cuestión, y se necesitarían una mentalidad más desarrollada y un poder más grande de los que ella poseía para desentrañar aquel misterio.

Temblando, recogió rápidamente sus piedras y volvió corriendo al campamento de los vaqueros. Al mirar hacia el Castillo, le pasó por la cabeza la idea de volver allí, buscar al Adepto de cabellos negros y contarle sus presentimientos; pero la rechazó furiosamente. No tenía ninguna prueba, y sus motivos eran demasiado confusos...

Al tumbarse una vez más en el suelo y arrebujarse en la manta, su miedo era como una pequeña brasa que se negase a apagarse. Las lunas se estaban poniendo, dando paso a la verdadera oscuridad... Un poni pataleó y resopló, sobresaltándola. Se esforzó en recobrar el aplomo y se hundió más entre los pliegues de la manta, cerrando los ojos y rezando para que viniese el sueño y la librase de la noche.

Cyllan no era la única alma desvelada aquella noche. De vuelta en sus habitaciones, Tarod llevaba casi dos horas sentado, contemplando el patio del Castillo. Allí ardían todavía las antorchas, calentando las negras piedras frías y proyectando una luz apacible y amable sobre el escenario; junto a la puerta, un vigilante solitario bostezó y empezó a andar despacio de un lado a otro, para estirar las entumecidas piernas; un gato se deslizó entre las columnas con alguna finalidad particular.

Tarod deseaba ardientemente poder dormir, pero sabía que era imposible. ¿Cuántas noches había pasado en vela junto a esta ventana, maldiciendo las largas horas de oscuridad, pero temeroso incluso de tratar de descansar? Esta vez no era miedo, sino un torbellino emocional distinto; la imagen de una cara ovalada y blanca en la oscuridad, un cuerpo suave y flexible, una voz dulce... Ella se había alejado tan rápidamente, que no había tenido tiempo de aclarar los confusos sentimientos que se profesaban; sin embargo, ahora habría dado la mitad de su

vida para estar de nuevo con ella. Y si esta confusión de angustia y alegría era amor, entonces éste se había apoderado de él con toda su fuerza.

Una y otra vez se atormentaba con preguntas. ¿Se había precipitado e ido demasiado lejos? ¿La había ofendido? ¿O lo único que ella buscaba era un coqueteo intrascendente para pasar el tiempo en el Castillo? La vulnerabilidad era algo que raras veces turbaba a Tarod; pero ahora se sentía desesperadamente vulnerable, aunque una parte de él se alzaba contra su propia flaqueza. Se preguntaba si, a pesar de sus modales desenvueltos,
no estaría también Sashka insegura de sí misma... Si era así, él había traspasado los límites del decoro, y lo más probable era que ella no se atreviese a encontrarse de nuevo con él...

Bruscamente, se puso en pie y empezó a pasear por la habitación. Se sentía como un animal enjaulado... Había demasiadas preguntas sin contestación, y no podía hacer nada para aproximarse a una solución. Sashka poseía la llave de la jaula; sólo ella podía darla o retenerle a su antojo, y este conocimiento le hacía sufrir.

Dándose cuenta de que su inquieto paseo no hacía más que empeorar las cosas, Tarod volvió junto a la ventana y se disponía a sentarse de nuevo cuando oyó, o creyó oír, un ruido en la puerta exterior. Por un instante, sintió un destello de esperanza irracional, pero la reprimió, diciéndose que no había sido más que una ilusión.

Entonces lo oyó de nuevo. No era una llamada con el puño o con los dedos; era como si alguien tratase de llamarle la atención sin que lo advirtiese nadie más.

La sangre le latía con anormal e incómoda rapidez mientras cruzaba la estancia y descorría el cerrojo. Abrió la puerta... y Sashka, con un fino camisón y sin más abrigo que un chal sobre los hombros, le miró fijamente desde el pasillo en penumbra.

-No podía dormir...

Se deslizó en la habitación y Tarod se echó atrás, demasiado pasmado para hablar. La puerta se cerró con un chasquido muy ligero pero que hizo vibrar todos los nervios de su cuerpo. Sashka recorrió en silencio la habitación con la mirada, abriendo mucho los ojos y captando todos los detalles. Por fin Tarod pudo recobrar la voz.

-Sashka... -La razón quiso imponerse a la emoción-. Tus padres... Si descubren que has salido...

Ella sacudió la cabeza, haciendo ondear sus cabellos.

-Están durmiendo, Tarod. No se despertarán hasta mañana.

No dijo nada de la reprimenda con que la había recibido su padre cuando volvió a sus habitaciones (para su enojo, la había estado esperando), ni de los polvos vegetales que ella había echado disimuladamente en el vaso de vino caliente y con especias de aquél, cuando, enfurruñado, había consentido al fin en irse a la cama. Las técnicas que estaba aprendiendo en la Residencia de la Hermandad empezaban ya a dar resultado.

Después de que su padre se durmiera, había permanecido largo rato delante del espejo de su propio dormitorio, dejando que sus manos recorriesen con pausada languidez los contornos de su cuerpo, mientras discutía consigo misma lo que debía hacer. ¿Podía haber interpretado mal la mirada que había visto esa noche en los ojos del hombre de cabellos negros? Creía que no, pero siempre existía la posibilidad de que sólo hubiese pretendido jugar con ella, y sería una

tonta si se imaginaba que era más lista y más experimentada que un Adepto del séptimo grado. Sin embargo, un infalible instinto femenino le decía que había hecho bien en apartarse de él cuando lo hizo, por mucho que su propia naturaleza la indujese a todo lo contrario. Por encima de todo, no quería parecer demasiado atrevida, no quería que Tarod se formase una mala opinión de ella. Otros hombres, y había conocido unos cuantos como tantas muchachas de su edad y posición, podían ser manipulados con facilidad; pero este hechicero era diferente. Ella le deseaba, pero sabía que no podía conquistarle con sencillas maniobras.

Pero ahora recibió la respuesta a la pregunta que la había atormentado desde que se había despedido tan precipitadamente de él. Al alargar Tarod la mano, deseando pero temiendo tocarla, se acercó más, y los dedos de él le rozaron el hombro.

-¿Por qué te marchaste tan de repente? -dijo Tarod, con voz ronca.

-Porque... tenía que hacerlo. -Agachó la cabeza-. Creo que te tuve miedo.

-¿Y ahora?

-No. Ahora no...

Tarod le asió los brazos, atrayéndola hacia él. Ella jadeó, involuntaria pero dulcemente, al sentir sus labios en el cuello; después cedió al abrazo y él la estrechó con más fuerza. Durante un momento, permanecieron inmóviles; después, inesperadamente, él la soltó y retrocedió.

Sashka comprendió y, al darse cuenta de que él no estaba seguro de sí mismo, sintió aumentar su propio poder. Sonrió, súbitamente confiada y queriendo tranquilizarle, y él vio reflejada en su cara la respuesta a su esperanza. La tomó de la mano y echó a andar hacia la habitación interior. Ella le siguió, sumisa, sabiendo que había triunfado.

El dormitorio estaba casi a oscuras, iluminado solamente por el tibio resplandor del fuego moribundo de la chimenea. Tarod parecía una sombra en la penumbra, pero el cuerpo que apretaba contra el de ella era real... Sashka cerró los ojos, y el suave chasquido de la puerta al cerrarse le pareció de una contundencia que la hizo estremecerse con una emoción que jamás había sentido hasta entonces...

-¿Casarte con ella?

Keridil miró fijamente a Tarod desde el otro lado de la habitación y, aunque la sorpresa era lo que predominaba en su semblante, otros sentimientos más difícilmente descifrables se ocultaban debajo de la superficie.

Tarod le miró a su vez, frunciendo ligeramente los párpados.

-¿Es una idea tan desconcertante?

-No, no, claro que no. Sólo... sorprendente. –Keridil encogió los hombros-. Precisamente tú... Me cuesta imaginar que quieras renunciar a tu independencia.

No era la reacción que Tarod había esperado, y el resentimiento se mezcló con su contrariedad. Había decidido seguir la tradición del Círculo y pedir al Sumo Iniciado que bendijera formalmente su boda; pero la respuesta de Keridil había agriado lo que habría debido ser ocasión de regocijo.

Librodot

Suavemente, pero con un deje de acritud, dijo:

-Y tal vez te cueste aún más imaginar que me haya desviado de mi camino para unirme con una Veyyil Saravin.

Keridil enrojeció intensamente.

-¡No quise decir eso! -Se volvió a medias, y entonces se detuvo e hizo un brusco e irritado ademán-. Lo siento, Tarod; tal vez he estado descortés; lo hice sin querer. -Una débil sonrisa se dibujó en sus labios-. Pero incluso tú debes reconocer que ha sido una noticia inesperada.

Apaciguado hasta cierto punto, Tarod asintió con la cabeza y Keridil añadió:

-Tampoco habría previsto que te atuvieses tanto al protocolo. Una precipitada fuga con la chica, en una noche oscura, me habría parecido más propio de tu carácter.

Tarod se echó a reír y la tensión desapareció. El Sumo Iniciado se dirigió a un pequeño armario cerrado. Estaban en la que irónicamente llamaba su habitación de las jaquecas (el antiguo despacho de Jehrek), en la que atendía la mayoría de los asuntos oficiales en los que empleaba ahora la mayor parte de la jornada. Abrió el armario y sacó una botella de cristal negro y dos pequeñas copas de plata.

-Sólo para ocasiones especiales y situaciones desesperadas -dijo Keridil. Descorchó la botella, vertió un dedo de un líquido de brillante color zafiro en cada copa y tendió una de ellas a Tarod-. Lo destilan en la provincia Vacía, extrayéndolo de flores de un arbusto que sólo florece una vez cada quince años, y su nombre es impronunciable. Pero apuesto a que todo un clan de vaqueros se emborracharía con un cuarto de botella.

Tarod esbozó una sonrisa.

-Ocasiones especiales y situaciones desesperadas... ¿Qué es lo de ahora?

-Lo primero, ¡te lo aseguro! Ahora que he tenido unos minutos para hacerme a la idea... Pero no, hablando en serio, Tarod, te felicito de todo corazón. -Keridil levantó su copa e hizo la señal de la bendición de Aeoris-. Has elegido bien, y también ella. Brindo por ti y por la novia.

Sorbieron ceremoniosamente el licor y, después, Keridil se dejó caer en un sillón y puso los pies sobre la mesa; movimientos demasiado casuales con los que intentaba disimular su súbita turbación.

-Bueno..., ¿cómo ha reaccionado Fryan Veyyil Saravin ante la perspectiva de tenerte por yerno?

-¡Oh...! Todavía no lo sé.

-¿No has hablado con él?

-No.

Esa mañana (era el último día de las fiestas de investidura del Sumo Iniciado) Tarod le había dicho a Sashka que pediría una entrevista con Frayn sin más dilaciones. Ella le había sonreído con ojos maliciosos, mientras le rodeaba el cuello con los brazos.

-No hay prisa, amor mío -le había dicho-. Además, mi padre no pondrá inconvenientes.

El la había besado.

-Pareces muy segura...

-¡Estoy segura! Mi padre es un hombre ambicioso, Tarod. Cuando sepa que voy a casarme con un Adepto de séptimo grado del Círculo, ¡estará encantado! Oh, no me mires de esta manera... Sé lo que sientes en lo tocante al rango y a los privilegios, y comparto tu desdén. Pero ¿qué mal hay en sacar partido de sus ilusiones?

Y él había capitulado, como había cedido en todo durante estos seis últimos días de locura. Frayn Veyyil Saravin podía esperar... Nada importaba a Tarod, salvo el hecho casi increíble de que, después de sólo cinco días y noches febriles, Sashka hubiese accedido a ser su esposa...

Volvió a la realidad presente, al oír que Keridil decía:

-Bueno, si yo estuviese en tu lugar, no lo demoraría mucho. Seguro que una muchacha como Sashka Veyyil tiene muchos pretendientes. Cuanto antes os prometáis, ¡tanto mejor!

¿Había todavía un matiz de rencor en sus palabras al parecer intrascendentes? Tarod recordó la discusión que habían tenido la primera noche de las fiestas, cuando Keridil había puesto, o parecido poner, en duda sus intenciones. Pero rechazó esta idea. Llevaban demasiado tiempo siendo amigos para que los celos enturbiasen el asunto.

-Es lo que yo desearía -dijo-. En realidad, pensé que tal vez cuando vuelvas de la Isla de Verano...

-¡Por los dioses, no me lo recuerdes! -Keridil hizo una mueca-. Tengo que partir mañana al amanecer, y no me complace la perspectiva de un viaje de quince días a caballo, con séquito o sin él.

-Hay mucha más gente ansiosa de ver con sus ojos al nuevo Sumo Iniciado. Además, en cuanto llegues a la corte del Alto Margrave, ¡piensa en nosotros, pobres Iniciados que nos quedaremos tiritando de frío mientras tú disfrutas del sol del sur!

-Y de las pesadillas que tendré despierto, pensando en lo que harán esos viejos tontos del Consejo sin que yo pueda impedírselo -replicó agriamente Keridil-. La mayoría de los miembros más antiguos hubiesen debido retirarse hace ya mucho tiempo. Sólo el sentimiento de sentirse en deuda con ellos hizo que mi padre no realizase cambios que eran necesarios.

-Sin embargo, cuando vuelvas...

-Oh, sí, cuando vuelva... Quiero reformar nuestra comunidad. Tarod, y te hago responsable de este sentimiento. ¿Recuerdas lo que me dijiste la primera noche de las celebraciones, después de que escucháramos las quejas de los Margraves? Tenías razón: estamos estancados, y en peligro de convertirnos en poco más que un anacronismo inútil. Los Warps, la actividad de los

bandidos, todo nos lleva a una situación que amenaza con ser incontrolable, mientras nosotros permanecemos sentados, sin hacer nada. -Keridil se puso en pie, impulsado por sus propios pensamientos, y paseó nerviosamente por la estancia-. Esa noche me prestaste un gran servicio y no lo olvidaré. Y necesitaré que me ayuden los Adeptos que, como tú, piensan en el futuro y no en el pasado.

-Sólo tienes que pedirlo. Yo no tengo intención de abandonar el Castillo; pienso traer a Sashka a vivir conmigo.

-Sí..., sí, desde luego. -Keridil frunció el entrecejo, como si hubiese olvidado el matrimonio de Tarod-. Entonces, cuando regrese, habrá que poner en marcha muchas cosas. -Miró al otro hombre-. Sé que puedo confiar en ti. -De pronto, pareció romper el hilo de sus pensamientos y tomó de nuevo su copa-. Mientras tanto, vuelvo a brindar por ti, amigo mío. ¡Eres un hombre más afortunado de lo que te imaginas!

Cuando Tarod se hubo marchado, Keridil se dejó caer una vez más en el sillón bellamente tallado que la tradición le obligaba a ocupar durante las reuniones que se celebraban en esta habitación. Sabía que tenía que irse a la cama si quería estar en condiciones de emprender el viaje por la mañana; pero también sabía que no podría dormir.

Esa noche no se había comportado demasiado bien. Hubiese debido alegrarse por la felicidad de su amigo, regocijarse sinceramente con él. En cambio, el gusanillo de la envidia había envenenado la entrevista.

No tenía derecho a sentirse celoso. Sashka Veyyil había elegido libremente y, según había reconocido él mismo, elegido bien. Pero mientras el futuro de Tarod parecía ahora bien encarrilado hacia la felicidad, Keridil tenía la impresión de que el suyo estaba nublado por la incertidumbre y por obligaciones que habría dado cualquier cosa por no tener que cumplir. No se trataba de la libertad que le había sido tan severamente restringida al morir su padre; desde la infancia, había sido educado para esta eventualidad, y su carácter era lo bastante fuerte para hacer frente a la situación. Parte de él, aunque una parte pequeña, disfrutaba con la pompa y las circunstancias inherentes a su nuevo papel. No; eran otras obligaciones, más personales, las que le dolían.

Su padre, al menos así lo creía él, había pensado que debía casarse pronto, y en su última entrevista, que había terminado con aquella horrible tragedia, había expresado claramente su deseo de que se casara con Inista Jair. Una boda muy conveniente. Inista sería un perfecto complemento de la posición del Sumo Iniciado; su educación era impecable, y también sus cualidades. Jehrek había querido elegir lo mejor para su único heredero. Y Keridil, como hijo amante y sumiso, no podía actuar contra el que había sido, efectivamente, el último deseo de su padre.

Y Tarod iba a casarse con Sashka Veyyil...

Era ridículo; apenas si había cambiado una docena de palabras con aquella Hermana Novicia de cabellos castaños. Pero habían bastado para convencer a Keridil de que, comparadas con ella, todas las Inista Jair del mundo eran como tosco granito al lado de una joya. Oh, Keridil debía hacer lo que se esperaba de él: casarse con Inista, engendrar un hijo que le sucediese cuando fuese a su vez, a reunirse con Aeoris. Pero mientras Tarod y su esposa viviesen entre ellos, ¿podría sentirse nunca contento?

Imprudentemente, agarró la botella de negro cristal y llenó su copa hasta el borde. Era mejor despertar mañana sintiendo martillazos en la cabeza que pasarse toda la noche sin dormir y con la envidia royéndole las entrañas como una enfermedad.

¿Estaba ella yaciendo esta noche con Tarod? Las habladurías se propagaban como un incendio en el Castillo, y eran demasiados los que hablaban de la puerta cerrada de Tarod y de la ausencia de la joven de las habitaciones destinadas a las Novicias para que el rumor no fuese tomado en serio. Y hacía solamente unos minutos que Keridil había dado su beneplácito a la unión, obligándose a desterrar los celos de su mente. Cuando volviese de la Isla de Verano, se completarían las formalidades y Sashka Veyyil quedaría ligada a otro hombre.

No era que estuviese enamorado de ella, se dijo tristemente Keridil. Ni siquiera podía decir que la conociese bien, y el amor era algo muy distinto que las punzadas de un enamoramiento a distancia. Pero esta situación podía cambiar con peligrosa facilidad y, si su único consuelo estaba en los encantos de Inista Jair, era ciertamente un consuelo muy pobre...

Apuró su copa y cuando levantó para guardar de nuevo la botella, el suelo pareció vacilar bajo sus pies. El licor había surtido efecto, pero no lo bastante para eliminar la sensación de frustración. Tal vez, se dijo, su estancia en el sur le ayudaría a ver las cosas bajo una perspectiva más alentadora; cuando regresase, quizás se daría cuenta de que todo había sido una tempestad en un vaso de agua. Pero, en el fondo de su corazón, dudaba de que fuese así.

Alguien llamó con golpes vacilantes a la puerta, y el anciano Gyneth Linto, el mayordomo de Jehrek que servía ahora al hijo de éste, asomó la cabeza.

-Oh, discúlpame, Señor; creía que te habías retirado a descansar. Iba a apagar las luces.

Se disponía a marcharse, pero Keridil se lo impidió con un ademán.

-Has hecho bien, Gyneth. Precisamente iba ahora a acostarme. No tenías que haberme esperado.

-No ha sido ninguna molestia, Señor -Gyneth esbozó una de sus vagas y amables sonrisas y cruzó la habitación. Empezó a apagar metódicamente las velas, una a una-. Las antorchas del patio han sido también apagadas, Señor, al terminar las fiestas. La mayoría de la gente que estaba en la Península se ha marchado ya; aunque hay unos cuantos que esperan para desearte mañana un buen viaje.

-Sí. Sí, gracias.

-Y yo mismo he terminado de hacer el equipaje y de cargarlo, Señor, para que todo esté a punto para que puedas partir temprano. -El anciano hizo una pausa y miró a Keridil antes de apagar una vela humeante-. ¿ Te ocurre algo, Señor? ¿Te encuentras mal?

El viejo Gyneth era demasiado perspicaz para sentirse tranquilo. Keridil le dirigió una sonrisa forzada y sacudió la cabeza.

-No, Gyneth, estoy bien. Sólo un poco cansado; esto es todo. Te deseo buenas noches.

-Gracias, Señor. Buenas noches.

Estaba apagando la última vela cuando Keridil abrió la puerta. El Sumo Iniciado miró una vez por encima del hombro, sintiendo que su ánimo estaba tan frío y oscuro como lo estaba ahora la habitación. Después salió rápidamente al pasillo y se dirigió a sus habitaciones particulares.

CAPITULO 11

-No quiero que te vayas. Lo sabes, ¿verdad?

Sashka cerró los ojos y apoyó la cabeza en el pecho de Tarod.

-Lo sé. Pero es por tan poco tiempo... Y no quiero indisponerme con la Superiora; ahora menos que nunca.

El suspiró y, aunque no podía rebatir su argumento, cedió de mala gana. Una parte irracional de su mente temía que, al perderle de vista, dejara de pensar en él; que, una vez instalada de nuevo en la Residencia de la Hermandad, y con el paso del tiempo, podía descubrir Sashka que era cada vez más fácil no volver al Castillo.

Ella intuyó lo que él estaba pensando y añadió, animosa:

-Así tendré también tiempo de visitar a mis padres y darles la noticia. Querrán empezar indistintamente los preparativos... y se sentirán felices por nosotros.

Tarod la miró gravemente, con ojos inquietos.

-¿Lo crees de veras? -preguntó. Me pareció que te mostrabas reacia a decírselo..., como si temieses que no lo aprobasen. O... ¿es que tienes alguna duda, Sashka?

-¡No, amor mío!

La respuesta fue tan vehemente que él lamentó no haberse mordido la lengua. Ella lo acarició con la punta de los dedos, trazando una línea desde el cuello hasta el hombro y el brazo izquierdos.

-Confía en mí, Tarod. Daría cualquier cosa por no separarme de ti, pero tengo que irme. Será por poco tiempo, y después volveremos a estar juntos... para siempre.

No del todo satisfecho, pero sabiendo que debía contentarse con esta respuesta, Tarod asintió con la cabeza.

-Sea como tú dices, amor mío. Aunque no quiero pensar en lo que tendré que hacer para no volverme loco durante tu ausencia.

Sashka correspondió cariñosamente a su sonrisa. Era extraño, pensó, lo vulnerable y emocional que podía ser un alma debajo de la fría superficie de aquel hombre. Cuando había empezado su noviazgo, le había tenido un poco de miedo, aunque nunca lo había manifestado. Ahora, conociéndole mejor, creía comprender los poderosos sentimientos íntimos que le impulsaban, y ya no tenía miedo.

Se puso de puntillas para besarle.

-Si no bajo al patio, se marcharán sin mí...

-Tendrías que haber dejado que te llevase yo a la Tierra Alta, en vez de empeñarte en ir con el grupo.

-¿Los dos solos? -Se echó a reír, pero amablemente y con un atisbo de sensualidad-. ¿Habríamos llegado a la Residencia, amor mío? ¿O me habrías llevado a algún lugar secreto donde nadie volviese a saber nada de nosotros?

-¿Te habría importado que lo hiciese?

-Sabes que no..., pero tienes que tener un poco más de paciencia. Después. . .

Sashka no terminó la frase, sustituyéndola por otra sonrisa que expresaba más que las palabras.

Cediendo a un súbito impulso, Tarod se llevó una mano al hombro, donde la insignia de oro de Iniciado brillaba débilmente a la luz que se filtraba por la ventana. La desprendió y la puso en la mano de Sashka.

-Guárdala bien -dijo, con voz un poco temblorosa-. Ella hará que vuelvas a mí.

-¡Oh, Tarod...!

Sashka agarró el broche con tal fuerza que el brillante metal se clavó en la palma de su mano. Era un talismán... y una prenda que demostraría a los escépticos las buenas intenciones de Tarod. Cuando viese su padre que tenía en su poder una insignia de Adepto del séptimo grado, ¡no se atrevería a castigarla por haberse prometido sin su consentimiento! Y en cuanto a sus compañeras Novicias...

Guardó cuidadosamente el broche en la bolsa que llevaba debajo del corpiño, y tenía alegre el corazón cuando bajaron la escalera principal del Castillo y salieron al patio. El resto del grupo, formado por unos cuantos Iniciados que debían asistir a una sesión en la Tierra Alta del Oeste y tres mayorales enviados para comprar caballos en Chuan, estaba esperando. Seguía cayendo la llovizna que había empezado al amanecer, y Sashka se alegró de que hubiesen echado una manta sobre su caballo para conservar seca la silla. Levantó la capucha de su costoso abrigo de cuero para cubrirse los cabellos y se volvió a Tarod.

-Volveré tan pronto como pueda, amor mío. Y te enviaré un mensaje desde la Residencia, con el primer correo, para explicarte lo que han dicho mi padre y la Superiora.

Sin importarle que los impacientes jinetes, y probablemente otras muchas personas, estuviesen observando, Tarod atrajo a Sashka hacia sí y la besó.

-Estaré esperando.

Desde las macizas puertas del Castillo, contempló cómo se perdía el grupo a lo lejos, y la cara de Sashka no era más que una mancha pálida cuando ella miró hacia atrás. Después cruzó despacio el patio, sin reparar en la actividad creciente a su alrededor, y volvió a sus habitaciones.

Sentía como si una parte vital de su ser hubiese salido con Sashka del Castillo. Durante los primeros días de su galanteo, había luchado contra la fuerza emocional que le sometía a ella y le hacía, por ende, vulnerable; después no había podido continuar aquella batalla mental y había capitulado. Y la experiencia era más exquisita, más incitante y más dolorosa de lo que había creído posible. El tiempo, lejos de ella, se eternizaba de una manera horrible; durante los ocho días transcurridos desde que terminaron las fiestas de la investidura y Keridil se marchó al sur, Tarod había vivido sólo para Sashka. Ahora debía tratar de ocupar su antiguo puesto en el Círculo, que había descuidado completamente desde la noche en que la joven había entrado en su vida.

Su dormitorio, solamente iluminado por la luz débil y gris del día, parecía sombrío y triste. En el antepecho de la ventana, el polvo se acumulaba sobre un montón de libros, y en la revuelta cama, una almohada llevaba todavía la marca que había dejado la cabeza de Sashka al reposar en ella. Tarod suspiró. Tenía que sacudirse la nostalgia, o su vida sería intolerable hasta que volviese ella. Si podía...

Oyó un sonido, como de una risa breve y burlona, detrás de su espalda. Se volvió, pero la habitación estaba vacía. El pulso de Tarod se aceleró, y de nuevo se manifestó un instinto que casi había olvidado en aquellos días impetuosos. El timbre de aquella risa, un débil eco irreal que le decía que no procedía de ninguna dimensión humana, trajo consigo un recuerdo que, desde que había conocido a Sashka, había perdido su significado y su poder. Los sueños, la fiebre, el extraño encuentro con Yandros en otro plano... y el juramento que él había prestado. Todo lo había dejado de lado, en aras de consideraciones más terrenas. . .

Todavía no había hablado a nadie, y menos a Sashka, de la visita de aquel ente enigmático. Y últimamente se había engañado él mismo, pensando que tal vez Yandros
y todo lo que implicaba no eran más que la continuación de una pesadilla; que el pacto que había hecho, o que creía haber hecho, se resolvería en nada. Su necesidad de ahondar en el misterio se había desvanecido, e incluso la mengua de su antiguo poder oculto parecía tenerle sin cuidado.

Pero ahora vio que había presumido demasiado y se había metido en una trampa de falsas suposiciones y complacencia. Yandros, fuese quien fuese o lo que fuese, no estaba dispuesto a aflojar su presa sobre Tarod. Sólo se tomaba tiempo, esperando, como había dicho, que llegase el momento oportuno.

Una negrura espiritual envolvió a Tarod. Aquella risa había sido una señal muy pequeña, pero ningún hechicero digno de este nombre hubiese podido interpretarla mal. Más pronto o más tarde, sería llamado, y ninguna fuerza podría resistir esta llamada, cuando se produjese. Y si lo que Yandros le tenía preparado era poner en peligro o alienar a Sashka, sería un precio que él no podía pagar.

Se acercó a la ventana y jugueteó distraídamente con el anillo de plata. La piedra estaba desacostumbradamente caliente al tacto, casi como si palpitase en ella una vida pequeña, independiente. Recordó que Yandros había tocado aquella piedra como si tuviese algún significado que él no alcanzaba a comprender. Y esto era lo malo: había demasiadas cosas que Tarod no comprendía.

Tenía que descubrirlo. Ahora que se había visto obligado a enfrentarse con la verdad en vez de esconderse de ella, era más vital que nunca que supiese lo que Yandros le tenía preparado. De otro modo, su futuro con Sashka estaría en peligro.

Poco a poco, casi de mala gana, tomó el libro de encima del montón, sacudió el polvo de la cubierta, se sentó y empezó a leer.

Después de llegar a terreno seguro, una vez cruzado el puente, era desconcertante mirar atrás y ver surgir del mar la Península lúgubre y gris, sin que se percibiese el menor rastro del Castillo. Sashka reprimió un escalofrío y volvió de nuevo la cara hacia adelante, preparándose para el largo viaje.

Uno de los jóvenes Iniciados del grupo se volvió a mirarla y sonrió para infundirle ánimo.

-Aunque parezca extraño, Señora, no hay nada mejor que la montaña en un tiempo como éste. Los riscos resguardan de la lluvia y, si nos dejamos sorprender por las cascadas que caen de las rocas, estaremos aquí más secos que en cualquier otra parte.

Sashka asintió con la cabeza y no dijo nada. No tenía el menor deseo de entablar conversaciones vanas con sus compañeros de viaje; siendo una Veyyil Saravin y futura esposa de un alto Adepto, no quería fomentar la presunción de unos simples Iniciados de tercero y cuarto grado. Y así, para pasar el tiempo, empezó a especular agradablemente sobre las reacciones de su familia y de las Hermanas respecto a su noviazgo. Aunque su padre no hubiese simpatizado inmediatamente con Tarod durante su único y breve encuentro, estaría encantado. Que supiese Sashka, ninguna mujer del clan, tanto en la rama Veyyil como en la Saravin, se había casado nunca con un jerarca de la Península de la Estrella, y menos con un Iniciado del rango de Tarod. En cuanto a si querría permanecer en el Castillo después de su boda, era algo que le preocupaba: el lugar era ciertamente imponente, pero, para una persona acostumbrada al hedonismo de las clases superiores de la Tierra Alta del Oeste, la vida en el Castillo podía perder su atractivo al cabo de un tiempo. Sin embargo, pensó, sería bastante fácil persuadir a Tarod de que pensara como ella. Tal vez podría repartir su tiempo entre la Península y la tierra de ella, y tendrían numerosas ocasiones para progresar en sociedad. Para un Adepto de séptimo grado y su esposa, muy pocas puertas estarían cerradas, y seguramente Tarod convendría con ella en que la vida podía ofrecerles muchas más cosas que la existencia recluida que había llevado él en el Círculo.

Había decidido que terminaría su instrucción y permanecería en la Hermandad. Allí no se ponían trabas a las Novicias ni a las Hermanas contra el matrimonio, y aunque tendría que dedicar tiempo a sus estudios sin ninguna finalidad particular, la colocarían en una posición que le sería útil para representar su futuro papel.

En resumidas cuentas, Sashka estaba satisfecha de la vida. Era extraño cómo el destino había guardado su secreto hasta el momento más inesperado. Ella había ido a las fiestas de la investidura con interés pero sin ningún propósito particular, y se había prometido a un miembro bien situado de la comunidad más temida y respetada de la tierra. Dejando que su caballo eligiese el camino durante unos momentos, palpó su bolsa y apretó los dedos sobre la insignia de oro del Iniciado, como si temiese que hubiese desaparecido. Después sonrió, dándose cuenta de que era una tontería, y centró su atención en el camino.

-Se acabó por hoy... -Themila Gan Lin cerró el libro registro de documentos y bostezó, tapándose la boca con la mano. ¡Qué contenta estaré cuando regrese Keridil y se encargue nuevamente de todo! Ningún miembro del Consejo, y menos, si es de grado inferior como yo, puede darse verdadera cuenta de la responsabilidad que tiene que asumir el pobre joven.

Los tres hombres que la habían ayudado en la tediosa tarea de leer el fajo de cartas, instancias, quejas y listas de diezmos que había traído por la mañana un correo de la provincia de la Perspectiva, se levantaron para marcharse. Uno de ellos, anciano consejero, ordenó afectadamente los documentos que le había correspondido examinar, antes de entregarlos. Le molestaba el hecho de que el nuevo Sumo Iniciado hubiese delegado tantos asuntos en manos de Iniciados jóvenes y de menos experiencia, algunos de los cuales -y al pensar esto miró breve pero severamente a Tarod, que estaba leyendo uno de los documentos- ni siquiera eran miembros del Consejo por derecho propio.

-El Sumo Iniciado debería estar de nuevo con nosotros dentro de unos siete días -observó-. Si el tiempo lo permite. Hasta entonces, debemos hacer todo lo posible para aligerar su carga.

Saludó con la cabeza y salió.

Rhiman Han frunció el ceño a espaldas del viejo.

-Que Aeoris proteja a Keridil cuando éste regrese -dijo, con irritación-. Si tiene que seguir tratando con pedantes e indecisos ¡sus cabellos se volverán grises antes de tiempo!

-Es un anciano, Rhiman -le reprendió amablemente Themila-. Trátale con el respeto que se merece por su edad y por su larga dedicación al Consejo.

Rhiman suspiró, furioso.

-¡No entiendo por qué tenemos que atender un número de quejas tan extraordinario! -dijo, golpeando uno de los papeles con el dorso de la mano-. ¿Arreglará el Círculo esta situación? ¿Puede el Círculo intervenir aquí? ¿Qué piensa hacer el Círculo en este caso...? ¿A qué se dedican los Margraves provinciales?

Tarod dobló el documento que había estado leyendo y lo devolvió a Themila.

-Los Margraves de la mayoría de las provincias tienen demasiados problemas que atender y no pueden ocuparse de todo, Rhiman. Los ataques de los bandidos se han hecho todavía más frecuentes, y ahora han surgido otras dificultades. Inundaciones en las Grandes Tierras Llanas del Este; terribles tormentas en Perspectiva; Warps. . .

-Gracias por decirme algo que ya sabíamos en el Consejo desde el final del verano -replicó Rhiman, sarcástico. En cuanto a Perspectiva, mi propio clan...

-Siéntate y no te excites -dijo vivamente Themila al pelirrojo Rhiman-. Sabemos que estás tan enterado como cualquiera de las dificultades de las provincias. La cuestión es: ¿qué podemos hacer para remediarlas?

Rhiman resopló y tomó el papel de encima del montón colocado sobre la mesa.

-Escuchad esto. Tres caravanas de mercaderes cayeron en sendas emboscadas durante el mes pasado, con pérdida de diecisiete vidas, y una de ellas traía diezmos al Castillo. Y nosotros, sentados y encerrados en nuestra fortaleza, sin hacer nada...

Tarod recordó con inquietud sus propias palabras a Keridil durante la noche del banquete.

-¿Qué aconsejarías tú? -preguntó.

-¡Maldita sea! ¡Aquí hay hombres suficientes, bien adiestrados en la lucha, para acabar con esta plaga antes de que se escape totalmente a nuestro control!

-Esta no es la solución. Nosotros no somos agentes de la ley, Rhiman; no en un sentido tan mundano. Estoy de acuerdo en que deberíamos ayudar a los Margraves, pero tiene que haber métodos mejores.

-¿Acaso la idea de luchar atenta a la dignidad de un séptimo grado, Tarod? -le pinchó Rhiman-. ¿O tienes miedo de mostrar tus propias deficiencias?

Tarod palideció, irritado, y replicó:

-No recuerdo haber tenido muchas dificultades contigo en el palenque.

Rhiman enrojeció, furioso, y Themila se dio cuenta de que tardaría mucho tiempo en perdonar a Tarod, si es que llegaba a perdonarle alguna vez, la derrota que le había infligido durante las celebraciones. Rhiman se tomaba la esgrima muy en serio, y el hecho de que una combinación de rapidez, astucia y suerte hubiese dado la victoria a Tarod era para él un insulto casi intolerable. Ahora, el pelirrojo se levantó y a punto estuvo de volcar su silla.

-Tengo cosas mejores que hacer que discutir con necios y cobardes -gritó. Si me necesitas, Themila, ya sabes dónde encontrarme.

Y salió, cerrando de golpe la puerta a su espalda.

Themila suspiró.

-Rhiman Han es un enemigo peligroso, Tarod. No tenías que haberle recordado aquella derrota.

-Sería más peligroso como amigo...

La antipatía que Tarod sentía por él había aumentado recientemente. En especial desde que había descubierto el origen de algunas malévolas observaciones referentes a su noviazgo con Sashka. Rhiman no era el único que se alegraría del regreso de Keridil.

Themila se levantó y empezó a guardar los papeles, pensando que era prudente cambiar de tema.

-Hablando de Keridil, ¿has leído la carta que envió desde Shu-Nhadek?

-Sí. Me he alegrado al saber su opinión sobre el nuevo Alto Margrave. Parece que el muchacho tiene una buena cabeza sobre los hombros.

-¡Así habla el Anciano del Círculo! -Themila rió-. Ten cuidado, Tarod, ¡o todavía haremos de ti un Consejero!

-Gracias, pero me conformo con seguir siendo lo que soy.

-¿De veras? Últimamente he empezado a preguntarme si es así.

El la miró rápidamente.

Librodot

-¿Qué quieres decir?

Themila volvió a sentarse.

-Tarod, ¿eres feliz? He visto la alegría que sientes por causa de Sashka, y me he regocijado por ti, pero... ¿Eres feliz por ti mismo? -vaciló y después se arriesgó a decir lo que pensaba-. Sinceramente, hay algo en tu aura que ha empezado a recordarme cómo eras hace unos meses... antes de la muerte de Jehrek.

Tarod no dijo nada; sólo siguió mirándola, y ella, animada, prosiguió:

-Después de tu... fiebre, pareció que habías recobrado el ánimo, pero ahora es como si volvieras a aquel tiempo pasado. ¿Son de nuevo los sueños, Tarod?

-Themila..., me dijiste que no eras vidente...

-No hace falta serlo para ver lo que es evidente. Sobre todo conociéndote, como yo te conozco, desde que eras niño. -Le tomó una mano y la sujetó cuando él trató delicadamente de retirarla-. ¿Verdad que no estaría bien que empezaras tu nueva vida con Sashka mientras se cierne todavía una nube sobre tu cabeza?

Esto era tan parecido a sus propios pensamientos que sintió una punzada de dolor. En su última carta, entregada por uno de los criados de su padre, que había cabalgado desde Han con este fin, Sashka le había explicado que debía permanecer un poco más de tiempo con su familia, pero le pedía que se reuniese con ella para que, según sus propias palabras, sus padres pudiesen ver con sus ojos por qué te amo con todo mi corazón. Pero aunque ansiaba ir, estar con ella, comprendía el riesgo que tendría que correr y esto le retenía. No podía mezclar a Sashka en esto; tenía que librarse de ello, para poder cumplir sus promesas con la mente y el corazón tranquilos.

Pero ¿cómo podía revelarse contra Yandros, si lo único que sabía de la naturaleza y las intenciones de aquel ser extraño eran los recuerdos confusos de un sueño febril?

Y Themila era lo bastante lista para haber adivinado que había vuelto a soñar últimamente: no las monstruosas pesadillas del pasado, sino extrañas experiencias medio astrales, que eran dominadas por una pulsación fuerte y profunda, como si algún péndulo gigantesco marcase eternamente el paso del tiempo justo más allá del borde de la conciencia. No comprendía el significado de los sueños, pero sabía que eran importantes. La hora de que había hablado Yandros se estaba acercando...

Miró una vez más a Themila; después tomó la decisión sobre la que había estado reflexionando durante varios días. No podía desafiar él solo a Yandros; pero con ayuda de alguien en quien pudiese confiar, tal vez tendría una posibilidad...

-Themila -dijo, todavía no quiero explicártelo todo. Pero cuando regrese Keridil, tendré que pediros algo a los dos.

La hechicera le miró cariñosamente.

-Sabes que te ayudaré en todo lo que pueda. Pero ¿no puedes decirme ahora lo que es?

El sacudió la cabeza.

-No. Perdóname, pero tengo que esperar la vuelta de Keridil. Necesito el consentimiento del Sumo Iniciado, así como su ayuda, para lo que quiero hacer.

-Muy bien, Tarod; no insistiré. Pero quiero, a mi vez, pedirte algo.

-Lo que quieras -dijo él, con una sonrisa-. Sabes que puedes hacerlo.

Ella asintió con la cabeza, con semblante temeroso.

-No te retrases más de lo necesario. Tengo la impresión..., sólo una impresión, fíjate bien..., de que podría ser muy imprudente...

-Keridil, ¡cuánto te envidio! -Themila sonrió ampliamente al Sumo Iniciado, al hacer chocar sus copas de vino-. Brindo por tu éxito, ¡y por tu evidente buena salud! Y demos gracias a Aeoris de que hayas regresado sano y salvo.

Ambos hicieron la señal tradicional y, después, Keridil se retrepó en su silla con un suspiro de satisfacción. Se alegraba de poder pasar la primera velada después de su regreso al Castillo en compañía de sus más íntimos amigos. Mañana volvería a asumir la carga de sus responsabilidades, pero esa noche quería gozar de un breve respiro del ceremonial.

-El color moreno de mi piel se debe más al viento del oeste que al sol -dijo irónicamente-. Por los dioses que no creía que en Shu y en Chaun del Sur pudiese hacer
tanto frío en esta estación.

-Pero la Isla de Verano... -dijo Themila.

-Ah, esto es otra cuestión. Es muy hermosa, Themila, con bellos jardines, soberbios terrenos de caza, y la corte del Alto Margrave es... -sacudió la cabeza, incapaz de encontrar palabras para describir lo que había visto-. ¡No sabía que pudiese haber tanto arte en este mundo! Mira, la piedra es una especie de cuarzo y, al amanecer y al anochecer, el palacio brilla como una enorme joya cuando las facetas de cristal reflejan la luz sesgada... Y aunque la isla es pequeña, se diría que es un gran continente, dada la variedad de cosas que contiene. -El recuerdo le hizo sonreír-. Cuando te vas a las playas orientales y miras hacia el mar, y piensas que más allá del horizonte no hay nada, nada, hasta el fin del mundo...

Ella se echó a reír.

-Pero ¿qué me dices de la vista que tenemos aquí, desde el Castillo?

-Lo sé..., pero hay una gran diferencia. Hacia el norte, la perspectiva es escalofriante, desolada; pero aquí, el mundo parece lleno de vida y de esperanza. –Keridil levantó la mirada, confuso-. Perdona; empiezo a hablar como un bardo de tercera clase.

-Tonterías. -Themila se inclinó hacia adelante-. ¿Y la Isla Blanca? ¿La viste también?

La expresión del Sumo Iniciado se serenó, y ella vio un destello de reverencia en sus ojos.

-Oh, sí... Sólo desde lejos, naturalmente; nadie, salvo los guardianes, puede poner allí los pies, a menos que se haya convocado un Cónclave. Pero pasamos lo más cerca posible de allí antes de atracar en el puerto de Shu-Nhadek. Había una niebla espesa, pero pude ver la cima del Santuario.

Librodot

Themila contuvo el aliento. Todos los Iniciados ansiaban ver el lugar más sagrado de toda la tierra, una pequeña isla frente a la costa del lejano sur. Según la leyenda, era allí donde Aeoris había tomado forma humana y ordenado a sus seis hermanos que emprendiesen la última batalla contra los poderes del Caos. Y allí, en el corazón de un antiguo volcán, estaba el Cofre que nunca había sido abierto, y nunca lo sería si las fervientes plegarias de Themila eran escuchadas. Solamente en caso de una terrible catástrofe, podría un Sumo Iniciado, en presencia del Alto Margrave y de la Matriarca de la Hermandad, abrir la sagrada reliquia y llamar de nuevo a la tierra a los Señores del Orden.

-Así pues -dijo al fin Themila, todavía pasmada por la idea de la experiencia de Keridil-, tu viaje ha sido un gran éxito. Me alegro mucho, Keridil...

El le sonrió cariñosamente.

-Sin embargo, Themila, me alegro de estar de nuevo en casa. A pesar de nuestro clima norteño, el Castillo sigue atrayéndome, y no puedo estar mucho tiempo lejos de él.

Permanecieron unos minutos en silencio, como dos buenos amigos, y después Keridil dijo:

-¿Dónde está Tarod? Pensaba que se reuniría esta noche con nosotros.

-Y lo hará. -Themila pareció fijarse, de pronto, en una pequeña cicatriz que tenía en la mano-. Le pedí que me dejase estar primero un rato contigo. He pedido a Gyneth que cuando llegue Tarod nos sirva una cena en privado, aquí.

Algo en su voz la delató. Keridil se inclinó hacia adelante.

-¿Pasa algo malo, Themila?

-Malo..., bueno..., sí, creo que sí.

Sin pretenderlo él, una idea pasó inmediatamente por la mente de Keridil. Algo entre Tarod y Sashka..., pensó, con un ligero destello de esperanza que le hizo avergonzarse. Sintió un escalofrío de culpa ; rechazó la idea, trató de convencerse de que no la había tenido jamás.

-¿Qué ha pasado?

Themila eligió sus palabras con cuidado.

-No ha pasado nada todavía, Keridil. Pero, hace ocho días, Tarod nos pidió ayuda. Lo hizo con rodeos, ya sabes cómo es, pero el mensaje fue bastante claro. Y creo que tiene algo que ver con los sueños que provocaron antes aquel desastre.

Keridil silbó suavemente entre los dientes.

-Pensaba que todo esto era agua pasada...

-También yo lo pensaba. Se le ve muy cambiado desde que se restableció, y particularmente desde que tiene a Sashka. Pero lo veo, Keridil. Ha vuelto la antigua oscuridad.

-¿Y qué me dices de Sashka? -preguntó el Sumo Iniciado, forzando sus palabras-. ¿Está todavía en el Castillo?

-Afortunadamente, no. Volvió a la Tierra Alta del Oeste hace algún tiempo, y ahora está con su familia, haciendo los preparativos para la boda. Creo que... -Themila vaciló, preguntándose si estaría abusando de la confianza depositada en ella; pero decidió que no-: Creo que ha estado escribiendo a Tarod, tratando de persuadirle de que vaya junto a ella. ÉI no lo hará... y tampoco la traerá de nuevo al Castillo.

-Si estás en lo cierto, será muy prudente por su parte. Pero ¿por qué...? -y Keridil se interrumpió al oír que llamaban a la puerta.

Themila pareció aliviada.

-Confiemos en que pronto lo sabremos -dijo.

Tarod firmó al pie de la página, vertió arena fina sobre la tinta y la secó. Había deseado ardientemente explicar la verdad a Sashka, pero al fin lo había pensado mejor y no lo había hecho. Solamente le había dicho, en la carta, que asuntos vitales del Círculo le obligaban a permanecer en el Castillo..., lo cual era verdad..., pero que dentro de pocos días saldría de la Península e iría a reunirse con ella en la Residencia de la Tierra Alta. Entonces podrían hablar los dos con Kael Amion y tomar las últimas decisiones para la boda. Mientras escribía esto, había rezado en silencio para que pudiese cumplir su promesa. Lo que proyectaban hacer Keridil y Themila y él podía ser muy arriesgado..., pero era la única manera de dar respuesta a unas preguntas que tenían que ser contestadas antes de que se atreviese a dar más pasos para lograr su propia felicidad. Fuese como fuere, pronto sabría si lo habían conseguido.

Aunque no lo había demostrado, había sentido un alivio enorme cuando Keridil había accedido a su petición de entrar en el Salón de Mármol. Tarod creía que éste, como punto central de los poderes peculiares del Castillo, era el único lugar donde la mágica operación que proyectaba podía tener alguna esperanza de éxito. Yandros se le había aparecido allí una vez... Por consiguiente, era probable que lo hiciese, o se viese obligado a hacerlo, de nuevo. Y con tres mentes, en vez de solamente la suya, aumentaría en gran manera el poder generado por ellas. Sin embargo, Tarod se había mantenido firme en una cuestión, frente a las objeciones de Keridil.

-No -había dicho, en respuesta a la sugerencia del Sumo Iniciado sobre la naturaleza del ritual-. No quiero ninguna estructura ceremonial de rigor, Keridil. Ni Oración ni Exhortación, ni Círculo, ni Triángulo.

-¡Esto es imposible! Aunque pudiésemos conseguir el poder sin los preparativos adecuados, ¡sería un suicidio! ¡Estás haciendo caso omiso de todas nuestras tradiciones!

-Entonces, permíteme entrar en el Salón de Mármol, y haré solo mi trabajo. No quiero comprometeros, a ti y a Themila, contra vuestra voluntad -dijo tercamente Tarod.

-No seas ridículo. Ni Themila ni yo permitiríamos que te enfrentases con una situación como ésta sin nuestra ayuda. Además -reconoció Keridil-, estoy tan ansioso como tú de saber la verdad, Tarod. Si Yandros te amenaza está amenazando al Círculo y, dejando aparte las consideraciones de amistad, esto hace que el asunto sea también de mi incumbencia. Está bien; ya que te empeñas en ello, haremos la invocación tal como tú deseas. -Hizo una pausa-. Pero no sería muy bien visto, si llegase a saberse.

-No hay razón para que se sepa.

-No... De todos modos, me gustaría tomar la precaución de hacerlo por la noche. Puedo ser el Sumo Iniciado, Tarod, pero estoy obligado bajo juramento a no hacer nada contra la voluntad de la mayoría del Círculo. -Cruzó las manos y las miró fijamente-. Creo que esta noche, cuando se ponga la segunda luna, será un buen momento para empezar.

Tarod selló la carta; después apagó las velas y se dirigió al vestíbulo desierto. Por la mañana partiría un correo a caballo, que cruzaría Han en su camino hacia Wishet. Dejó la carta en el lugar en que el mensajero la recogería, antes de cruzar el zaguán en dirección a la enorme puerta del patio, que estaba entreabierta. Al salir a la noche, una figura menuda se desprendió de la profunda sombra.

-Tarod... -Themila le asió del brazo-. Keridil nos espera en la biblioteca.

El asintió con la cabeza y la miró.

-Todavía estás a tiempo de cambiar de idea. No te censuraré por ello.

Themila ni siquiera le respondió; sólo le apretó el brazo y le condujo en dirección a la columnata. El patio estaba desierto y en silencio; las dos lunas se habían puesto y, al levantar la cabeza, Tarod sólo pudo distinguir los altos muros del Castillo como zonas más densas de negrura contra el nublado cielo. Caminaron rápidamente pero sin hacer ruido. Themila se estremeció de frío, mientras Tarod pensaba en lo que se disponía a realizar. Creía que había hecho bien en contar a sus amigos la verdad sobre Yandros y la promesa que él había hecho a cambio de su vida..., aunque todavía no se había atrevido a hablar de la relación que tenía esto con la muerte de Jehrek. Creía que era mejor guardar silencio sobre esta cuestión, a pesar de cuanto pudiese decirle su conciencia.

Casi habían llegado a la columnata, que era como una sombra rayada delante de ellos, cuando un instinto atávico hizo que Tarod mirase de nuevo al cielo. De momento, no vio nada alarmante; después, tiró bruscamente de la hechicera.

-Themila...

Ella miró, frunció el ceño y dijo, en un murmullo:

-¿Qué es?

Tarod no respondió inmediatamente. Sus sentidos estaban en consonancia con algo que parecía surgir del suelo bajo sus pies: algo amenazador, lejano, pero que se iba acercando; una vibración que resonaba en todos sus nervios.

-Las nubes... -dijo al fin-. Se están rompiendo..., mira. Hay luz detrás de ellas...

Themila miró en la dirección que él le indicaba y contuvo bruscamente el aliento, al reconocer también la extraña amalgama de colores que empezaban a teñir el cielo, detrás del banco de nubes que se estaba desintegrando rápidamente. Las propias nubes se deshacían en jirones, y ahora sintió también Themila la lejana vibración subterránea y oyó el primer y remoto alarido de una voz letal en el norte.

-Un Warp... -dijo, apretando convulsivamente los dedos sobre el brazo de Tarod.

Este siguió mirando el cielo, sin querer reconocer la excitación irracional provocada por aquel terrible sonido.

-¿Crees en los presagios, Themila?

Ella le miró rápidamente, teñida ahora su piel por el pálido reflejo de aquellas luces del cielo.

-Vayamos a reunirnos con Keridil... -dijo solamente.

La biblioteca estaba a oscuras, pero Tarod y Themila pudieron ver la silueta de Keridil al débil y nacarado resplandor de la luz del pasillo que conducía al Salón de Mármol. El les saludó con la cabeza, y Themila dijo, anticipándose a Tarod:

-Keridil, se está acercando un Warp. Y siento... siento de algún modo en mis huesos que hay algo malo en esto...

Si Themila no vio la súbita expresión de alarma y de recelo en los ojos del Sumo Iniciado, su reacción no pasó inadvertida a Tarod. Keridil sonrió, pensó Tarod, con estudiada despreocupación.

-Había esperado que ocurriese algo, Themila. Puede no ser un mal presagio. ¿Vamos?

Les hizo un ademán para que le precediesen, y entraron en el estrecho pasillo.

Tarod experimentó un vivo y desagradable recuerdo de la última vez que había puesto físicamente los pies en el Salón de Mármol, cuando sin querer había quebrantado un rito del Círculo, y este sentimiento debilitó su confianza. Desde que se había recobrado del envenenamiento, sus poderes habían estado en el punto más bajo. Hoy, que los necesitaba más que nunca, ¿los echaría en falta...?

Pero no había tiempo para especulaciones; habían llegado al final del corredor y Keridil estaba ya abriendo la puerta de plata, mientras sus compañeros desviaban los ojos del brillo casi insoportable que irradiaba el metal.

Un chasquido, y la puerta se abrió silenciosamente. Pasaron despacio sobre el suelo de mosaico, y la peculiar y pulsátil ráfaga de luz les envolvió como una niebla marina. Tarod vio que los ojos de Themila se abrían, pasmados, y comprendió que la hechicera, como Iniciada de tercer grado que era, sólo habría estado en el Salón de Mármol una o dos veces en toda su vida, si es que había estado alguna. No dijo nada; sólo avanzó, guiado por un instinto que no quiso investigar.

Keridil se detuvo en el círculo negro y dirigió una mirada interrogadora a Tarod, pero éste sacudió la cabeza y siguió andando. Una empatía subconsciente se había establecido ahora entre ellos, imponiéndoles un pacto mutuo de silencio hasta que Tarod iniciase la invocación.

Siguiendo a la alta figura de negros cabellos a través de la engañosa niebla del Salón, Keridil sofocó los escrúpulos que amenazaban con romper su concentración. Era el primero en reconocer su fe total en los poderes de hechicería de su amigo; pero, al mismo tiempo, se preguntaba qué era lo que Tarod podía desencadenar esta noche. Y detrás de la calma impuesta por su voluntad, Keridil tenía miedo...

Tarod se detuvo de pronto y levantó la mirada. Keridil le imitó y a punto estuvo de lanzar una maldición, impresionado, al ver las siete formas colosales de las estatuas arruinadas

irguiéndose a través de la neblina. Raras veces se había aproximado tanto a ellas; había olvidado su enormidad al ser vistas de cerca. ¿Por qué, en nombre de todos los dioses, había elegido Tarod este lugar para hacer su trabajo?

Su pregunta quedaría sin respuesta, pues ahora se había colocado Tarod delante de las estatuas, vuelto de espaldas a ellas. Keridil y Themila se situaron en silencio cada uno a un lado y, al extinguirse el eco de sus últimas pisadas, reinó un profundo silencio. Esperaron, tranquilizando sus mentes y tratando de adaptarse los unos a los otros y al ambiente. Entonces, después de lo que pareció un rato muy largo, dijo Tarod:

-Yandros.

Su tono era tan distinto de todo lo que hasta entonces había oído Keridil, que éste sintió que su corazón se encogía de inquietud. Aquella voz no parecía humana...

-Yandros.

Era una orden, una invocación que hizo que Keridil se estremeciese hasta la médula de los huesos. Recordando su promesa, se esforzó en aunar su conciencia con la de Tarod, pero había una barrera, un muro que no podía penetrar. El Salón parecía ahora sofocante y opresivo, como si algo estuviese acechando detrás de sus límites, y Keridil tuvo que hacer un esfuerzo para no mirar, inquieto, por encima del hombro.

-Yandros.

Era como escuchar una voz elemental, prehistórica, prehumana...

-Yandros.

Tenía que conservar su aplomo, pensó Keridil. Por Tarod, por todos ellos, tenía que intentarlo. Cerró los ojos, tratando de concentrar toda su fuerza de voluntad, para romper aquella barrera...

Tarod ya no advertía la presencia de sus dos acompañantes. Parecía estar suspendido entre dos niveles de conciencia, ni en un plano ni en el otro. La voz que repetía una y otra vez el nombre de Yandros no era la suya; venía de muy lejos, de muy lejos en el pasado; de otro mundo, de otra vida, y la facilidad con que su mente había pasado a este lugar vacío había sacudido el pequeño vestigio de conciencia de sí mismo que todavía conservaba. De alguna manera, había sabido lo que tenía que hacer. Sin ceremonias, sin invocaciones complicadas; pronunciando sólo un nombre, una y otra vez, traspasando los límites de las dimensiones temporal y espacial...

Y sin embargo, tenia miedo de cruzar la última barrera.

Podía sentirla, como un muro, delante de él. Una franja pulsátil de oscuridad indescriptible que despertaba algún profundo recuerdo dormido. Tan antiguo... tan antiguo... en lo más remoto del Tiempo...

No podía hacerlo. Era demasiado humano para no temer la sima que se abría entre él y su objetivo. Un resbalón, y él no sería nada... No podía hacerlo...

Había apretado inconscientemente las manos con tal fuerza que las uñas hicieron manar sangre de las palmas. El anillo de plata le hizo un corte en el dedo, casi sacándolo de su estado

de trance. Movió involuntariamente la derecha, cerrándola sobre la piedra clara; y una descarga, como un rayo de energía, pasó por sus manos y sus brazos y le llenó el cuerpo, hasta que sintió que los huesos iban a romperse con su fuerza. Estaba ardiendo, en su cuerpo, en su mente y en su alma, y la presión crecía, crecía; no podía luchar contra ella...

-¡YANDROS !

Tarod gritó el nombre como un poseso y, al hacerlo, una cortina de oscuridad cayó sobre el Salón. Un solo y enorme estampido, tan ensordecedor que casi fue inaudible, retumbó en alguna parte, y la onda hizo que los tres perdiesen el equilibrio y cayesen con fuerza sobre el suelo. Al extinguirse aquel ruido inverosímil, Tarod trató de ponerse en pie, y la cabeza le dio vueltas al salir de su trance. Se sentía mareado, los miembros no querían obedecerle... A pocos pasos de él, Keridil sacudía violentamente la cabeza, tratando también de levantarse, y Themila, frágil como una muñeca apenas se movía. Tarod trató de hablar, pero comprendió que su esfuerzo sería inútil. Ninguno de los dos podría oírle; estarían sordos a cualquier sonido hasta que hubiesen pasado los efectos de la enorme conmoción.

Keridil gritó algo, pero su boca pareció moverse silenciosamente, y Tarod le hizo un ademán negativo, para indicar que no podía oírle. El Sumo Iniciado empezó a moverse penosamente en su dirección pero se detuvo, abriendo mucho los ojos, con incredulidad, al pronunciar una voz, detrás de ellos, una palabra que oyeron con terrible claridad:

-Tarod. . .

El tono era como de plata fundida... Keridil se volvió, casi cayendo de nuevo, y Themila se incorporó y se quedó sentada.

El personaje parecía pequeño en comparación con las grandes estatuas negras inmóviles a su espalda, y sin embargo había algo en él que las hacía parecer insignificantes a su lado. Los cabellos de oro caían sobre sus hombros, y los ojos sesgados, que constantemente cambiaban de color en el rígido semblante, observaron con divertido desdén a los tres humanos antes de fijarse definitivamente en Tarod. Entonces cambió la expresión en una de afecto, y los maliciosos labios sonrieron.

-Saludos, hermano -dijo Yandros-. Me alegro de reunirme al fin contigo.

CAPITULO 12

Tarod comprendió.

En el momento en que Yandros había pronunciado su nombre, había sabido finalmente la verdad, y este conocimiento era como una enfermedad que le roía el alma. Había caído en la trampa montada para él; había abierto la puerta que hubiese debido permanecer cerrada para siempre y, al dar vuelta a la llave, se había condenado. Había empleado el poder que poseía sin preguntarse acerca de su origen. Y durante todo el tiempo, el anillo había sido el foco... Tarod se dio cuenta de que Keridil y Themila avanzaban lentamente para colocarse a su lado, y lamentó amargamente su decisión de comprometerles en lo que hubiese debido ser un enfrentamiento singular entre Yandros y él. Habría dado cualquier cosa para invertir el tiempo, para cambiar el ahora horrible e inevitable curso de los acontecimientos; pero era demasiado tarde.

Keridil fue el primero en hablar. Con una confianza que confirmó la creencia de Tarod de que el Sumo Iniciado no sabía con qué clase de ente tenía que habérselas, preguntó :

-¿ Quién eres?

Yandros se echó a reír.

-Haces preguntas impertinentes, amigo mortal. Tal vez deberías mirar a Tarod para saber la respuesta.

Keridil miró rápidamente al hombre de cabellos negros que estaba a su lado. La cara de Tarod había palidecido; éste no dijo nada y Keridil se enfrentó una vez más con Yandros, adoptando una actitud casi ritual y contemplando al ente con ojos firmes y fríos. Esto era muy adecuado en las ceremonias del Círculo, pero Tarod sabía que no produciría el menor efecto en Yandros.

-No solemos llamar a seres como tú para contestar nuestras preguntas -dijo severamente Keridil.

A pesar de su aparente aplomo, sentía que pisaba un terreno poco seguro; la insistencia de Tarod en que prescindiese de los procedimientos normales de evocación significaba que no podía confiar enteramente en que aquel ente obedeciese sus órdenes. Y sus dudas crecían a cada momento...

Yandros sonrió y arqueó, divertido, las cejas perfectas.

-¿Como yo? Pero aquí está la cuestión, Sumo Iniciado. ¿Quién soy yo? Tú no me reconoces..., pero sí Tarod, ahora. -La expresión de afecto se pintó de nuevo en los ojos multicolores al mirar a Tarod, y añadió pausadamente-: Ha pasado mucho tiempo.

-¡Maldito seas! -dijo Tarod, volviéndose y cerrando los puños-. ¡Déjame en paz!

-¿En paz, hermano? Has tenido muy poca últimamente. Y tuviste poca antes de que yo te ofreciese la vida como parte de nuestro pacto.

Una mano se cerró sobre los dedos de Tarod, quien sintió que Themila se había acercado más a él.

-¿Y quién ha sido el artífice del tormento de Tarod? -preguntó ella-. De no haber sido por ti, ¡no habría sufrido en absoluto!

Yandros le hizo una pequeña reverencia.

-Has dado en el clavo, Señora, pero debo corregirte. De no haber sido por nosotros, Tarod habría muerto en la provincia de Wishet el día en que mató a su primo sin querer. –Sonrió-. Demasiado para el cuerpo y la mente de un niño, Tarod. Aquella vida temprana debió ser muy dura para ti.

Keridil aguzó la mirada.

-¿Tú? ¿Fuiste tú el instrumento de su llegada al Castillo?

-Fuimos nosotros. -Yandros se volvió de espaldas. Con naturalidad se acercó a la primera estatua sin rostro y apoyó una mano casi cariñosa sobre la piedra negra-. El parecido no es perfecto, pero fue aceptable para nosotros en su tiempo. Lástima que un esfuerzo tan abnegado fuese destruido por la ignorancia... ¿Recuerdas cuando estaban enteras, Tarod? ¿Recuerdas cómo dirigíamos a los artesanos, cómo inspirábamos sus sueños?

Se echó a reír y el sonido de su risa hizo que vacilase el valor de Keridil. Este miró desesperadamente a Tarod, en busca de ayuda. Preguntas indecibles y sospechas y temores vagos y odiosos se agitaban en su mente, atizados por las crípticas referencias de Yandros; pero Tarod rehuyó su mirada.

-Mira las estatuas, Sumo Iniciado -ordenó Yandros, y Keridil tuvo que obedecerle a pesar suyo-. ¿Qué ves?

Keridil tragó saliva.

-Nada, salvo unas figuras de granito con las caras destruidas.

-¿Sabes lo que representan?

-No...

-Entonces, mira de nuevo.

El ente extendió con gracia una mano, y tanto Keridil como Themila lanzaron una exclamación ahogada al ver que, por un momento fugaz, los colosos de piedra tomaban otro aspecto. En aquel instante volvieron a estar enteros, como lo habían estado siglos antes, y Keridil sintió un terrible vértigo al reconocer dos de aquellas orgullosas pero espantosamente maléficas caras talladas en piedra.

-Tarod... -Se volvió de nuevo, desesperadamente, a su viejo amigo-. Tarod, ¡tienes que ayudarme! Si sabes lo que esto significa, lo que esto presagia...

-Lo sabe, mortal -le interrumpió Yandros-. ¿Cuánto tiempo ha pasado, Tarod, desde que tú y yo hicimos nuestro pacto? ¿Cuánto tiempo hace que quité la vida al Sumo Iniciado en pago de la tuya?

Themila lanzó un breve grito involuntario de angustia, y Keridil se puso rígido.

-¿Qué...?

Tarod había sabido que esto tenía que pasar. Yandros no desdeñaría la oportunidad, y sintió el frío de la desesperación en la boca del estómago. La cara de Keridil estaba gris a causa de la impresión, y cuando Tarod buscó comprensión en los ojos de su amigo, sólo encontró en ellos asco y una hostilidad que crecía lentamente. Se volvió furiosamente a Yandros.

-¡Aquello no fue un verdadero trato! Me engañaste, ¡me hiciste jurar antes de que yo supiera el precio que exigías!

-Sin embargo, el trato se cerró. -Yandros endureció su mirada-. Y tú sabes por qué. Ahora comprendes por qué hice lo que tenía que hacer... ¡a cualquier precio!

Lentamente, Keridil levantó una mano, señalando a Tarod como un acusador inseguro del delito. Todo su cuerpo se estremecía como en un ataque de epilepsia, y Tarod apenas reconoció su voz cuando por fin consiguió hablar.

-¿Me estás diciendo, maldito seas, que ese... que ese demonio mató a mi padre?

Cualquier intento de negar el hecho habría sido inútil, y Keridil se horrorizó al ver la calma con que Tarod levantaba la mirada y decía:

-Sí, Keridil; él mató a Jehrek Banamen Toln.

-Y tú... lo sabías...

-Lo sabía.

-¡Dioses! Y ahora estás ahí plantado y lo confiesas, como si me estuvieses diciendo la hora que es... En nombre de Aeoris, Tarod, si sabías lo que ese monstruo estaba haciendo, ¿por qué no trataste de impedirlo?

Keridil no podía creer en la enormidad de aquella traición; toda su confianza se había venido abajo y se encontró, de pronto, como despojado de todo.

Pero Tarod sólo dijo, pausadamente:

-Si conocieses la verdadera naturaleza de Yandros, no me harías esta pregunta.

-Entonces, ¡dime cuál es su verdadera naturaleza! -El Sumo Iniciado agarró a Tarod de los hombros y le sacudió tan violentamente que, por un instante, la sorpresa le impidió reaccionar-. En nombre de todo lo sagrado, ¡dimelo!

Tarod se desprendió con un vivo e irritado movimiento, y ambos quedaron cara a cara, como dos adversarios. Tarod sabía que la respuesta a Keridil conduciría inevitablemente a la revelación última y más espantosa pero no podía rehuirla. Si no hablaba, lo haría Yandros.

Dominando su voz con gran esfuerzo, dijo:

-Es Caos.

-Caos... -Keridil hizo la señal de Aeoris; fue un movimiento reflejo que no pudo evitar-. No..., ¡esto es insensato! Caos murió, sus gobernantes fueron destruidos; nuestras leyendas...

Se echó atrás.

-Fueron desterrados -le corrigió Yandros, con una malévola sonrisa-. No destruidos. No se puede destruir lo que es fundamental en el Universo, Keridil Toln; solamente se puede apartar del campo de conflicto durante un tiempo. Pero llegará inevitablemente el momento en que vuelva de nuevo y desafíe el poder de los que fueron responsables de su exilio. -Una expresión divertida iluminó los ojos multicolores-. Podríamos decir que el círculo se cierra. Hemos estado esperando; ahora volvemos a ser fuertes. Y tu buen amigo Tarod va a representar un papel en nuestro renacimiento.

-¡No! -Antes de que Keridil pudiese reaccionar, Tarod había dado un paso adelante para enfrentarse con el ser de cabellos de oro-. ¡No sigas hablando de esto, Yandros! -Estaba

luchando contra una creciente ola de miedo, sabiendo que el Señor del Caos estaba logrando apartarle de Keridil y queriendo evitar desesperadamente las cada vez más amenazadoras consecuencias-. El pacto que hicimos no fue éste... Me engañaste, ¡y no tengo contigo ninguna obligación!

Yandros suspiró. La aureola de color que le envolvía tembló ligeramente al encogerse él de hombros.

-Realmente, esperaba más de ti, Tarod. ¡Estás pensando y hablando como un mortal!

-¡Soy un mortal! Como lo son Keridil y Themila, que están a mi lado. Nací de una mujer mortal, igual que ellos, y moriré, ¡como morirán ellos! -replicó furiosamente Tarod.

Yandros frunció los párpados y sonrió de nuevo, de una manera que hizo estremecerse a Keridil y a Themila.

-¿De veras? -preguntó, en tono tan bajo que la fría voz argentina fue apenas audible-. ¿O permitirás que tu verdadera naturaleza se libre al fin del miasma de la humanidad? Sabes lo que eres..., conoces tu poder y tu destino, hermano. ¿Puedes renunciar a esto, a cambio de los tristes y pocos años de envejecimiento y decadencia que puede ofrecerte la vida humana? ¿Puedes vivir como un esclavo del Orden, sabiendo que fuiste antaño un Señor del Caos?

-¡Hazle callar, Keridil! -dijo Themila, incapaz de seguir guardando silencio-. Si alguien tiene poder para poner fin a esta pesadilla, ¡debes ser tú! -Había asido de nuevo la mano de Tarod, como una ave madre protegiendo a su polluelo contra un felino merodeador, y se había colocado entre Tarod y Yandros. Se dirigió al Señor del Caos, aunque no podía mirarle a los ojos-. Te dices pariente de un hombre que no es menos que un hijo para mí; dices que no es humano. ¡Yo digo que eres un embustero, Yandros del Caos!

-Y yo, Señora, ¡digo que eres tonta!

Yandros avanzó un paso y Themila se echó automáticamente atrás, apretándose contra Tarod. Este le rodeó la cintura con un brazo, y sintió las rapidísimas pulsaciones de su sangre. Estaba aterrorizada, y él se sintió humillado por el valor que había mostrado ante un adversario semejante.

-Señora -dijo Yandros, mirando fijamente a Themila, que palideció-, sólo puedo admirar tu lealtad para con mi hermano, pero está fuera de lugar. Pues ¿qué clase de mortal es el que lleva su alma en la piedra de un anillo?

Se hizo un terrible silencio. Themila miró a Tarod, suplicándole con los ojos que lo negase, mientras Keridil sólo podía contemplar, pasmado, al hombre de negros cabellos. Tarod se esforzó en encontrar palabras que les tranquilizasen a los dos, pero éstas se negaron a brotar de sus labios. La mano izquierda le ardía como si la hubiese introducido en una hoguera, y podía sentir su anillo -el contorno de su base de plata, el peso de la extraña piedra incolora- como otro ente vivo en su dedo. Sabía la verdad, como la había sabido desde el momento en que Yandros le había llamado hermano, en que había sentido que el antiguo poder volvía a sus venas y comprendido plenamente la naturaleza de su propio origen. Fragmentos de recuerdos a lo largo de un lapso de tiempo inverosímil se fundían en su mente para formar un todo; no podía mirar a la cara a Keridil o a Themila y negar las palabras de Yandros.

Suavemente, como en un sueño insinuante, la voz de Yandros aumentó la confusión.

-Tarod nació de una mujer mortal -dijo. Pero su alma es la de un Señor del Caos. Y sabe, como sabemos nosotros, que Aeoris ya ha reinado bastante en este mundo. Ha llegado la hora de desviar su régimen, ¡y él es el instrumento a través del cual será lanzado el desafío!

Las afinidades... los odiosos lazos que desde la remota antigüedad tiraban de él... Casi sin saber lo que hacía, Tarod empujó a Themila con tanta violencia que ésta se tambaleó y a punto estuvo de caer al suelo.

-¡Soy humano! -dijo con voz spera, apenas reconocible-. ¡Y sirvo a Aeoris, no al Caos! ¡Aquí está la prueba!

Con violento ademán, golpeó con un puño su propio hombro, donde habría tenido que llevar la insignia de su rango de Iniciado.

Pero allí no había más que el suave tejido de su ropa. Y entonces recordó que había dado la insignia a Sashka, como prenda y amuleto para mantenerla a salvo hasta que volviesen a encontrarse...

Tarod se echó a reír, pero sin el menor rastro de alegría en su risa. Era una amarga y cruel ironía que se hubiese desprendido del único, aunque pequeño, símbolo vital de su fidelidad al Círculo y a los poderes a los que el Círculo servía. Y aunque la explicación era sencilla y bastante inocente, no podía pasarse por alto la coincidencia.

-Parece una broma pesada... -Miró su propio puño, todavía apoyado en el hombro. El anillo resplandeció en su dedo índice a la luz del aura de Yandros, y Tarod añadió-: Podría quitármelo, Yandros. Podría arrojarlo desde la punta norte de la Península y dejar que el mar hiciese lo que quisiera con mi ofrenda...

-¿Podrías hacerlo?

La mano de Tarod se contrajo convulsivamente, porque conocía la respuesta a la insidiosa pregunta. Fuese cual fuere el coste, no podía abandonar su propia alma...

-Hermano, no puedes negar el destino que llevas contigo. -Yandros hablaba a media voz, pero con una energía y una convicción que hicieron que Themila se tapase los oídos con manos temblorosas-. Digas lo que digas en contra, sabes en tu corazón que debes tu existencia al Caos, pues eres parte de él. Y a pesar de la carne humana de la que estás revestido, nuestro reino es tu única y verdadera patria, y nosotros, tu única familia verdadera. Debes cumplir tu promesa, Tarod, ¡debes traer de nuevo el Caos a este mundo!

-¡No! ¡Yo sirvo al Orden!

-No puedes servir al Orden, ¡porque eres del Caos!

-¡Espera! -dijo súbitamente Keridil y el sonido de su voz sobresaltó a Tarod, que había estado tan absorto en su enfrentamiento con Yandros que casi había olvidado la presencia del Sumo Iniciado.

Keridil había apoyado una mano sobre la corta espada ceremonial que pendía de su cinto. Observaba a Tarod, con mirada de halcón, y parecía no saber de fijo lo que quería decir.

-Tarod..., esa criatura, ese... ese demonio, ha dicho muchas cosas de ti... que me espantan. ¿Son verdad?

Tarod no podía mentir, pero tampoco podía responder a la pregunta con absoluta sinceridad. Con voz apenas audible, dijo:

-Yo sigo al Orden, Keridil. Siempre lo he hecho... y siempre lo haré.

-¿Y si el Caos quiere lo contrario?

-Entonces lucharé contra ellos. Presté juramento a Aeoris al hacerme Adepto, y mi fidelidad es inquebrantable.

-Tu fidelidad, hermano, está mal orientada.

Tarod y Keridil se volvieron a Yandros, y Keridil fue el primero en hablar.

-¿Qué sabe el Caos de fidelidad? -le desafió. Vuestras consignas son engañosas y malévolas... ¡Conocemos vuestros procedimientos, Yandros del Caos! Nuestros archivos dicen...

Yandros le interrumpió con una carcajada que hizo temblar la niebla del Salón de Mármol.

-¡Vuestros archivos dicen! -le imitó, con desdén burlón-. Entonces, si eres historiador además de líder, Keridil Toln, sabrás que vuestro querido régimen está volviendo al polvo seco del que nació. El Orden ha reinado sin control durante tanto tiempo que se ha estancado, y tú -añadió apuntando con un largo dedo a Keridil- ¡te has convertido en un anacronismo!

-¿Te atreves a...? -empezó a decir Keridil, furiosamente.

Yandros hizo un ademán y el Sumo Iniciado guardó silencio.

-Sí, mortal, ¡me atrevo! Vuestro venerado Aeoris no significa nada para mí, pues también él es tan anacrónico como sus siervos. -Su voz bajó de tono, de pronto inhumanamente persuasiva-. El Orden ha arraigado tanto en este triste y pequeño mundo que sus servidores ya no tienen razón de existir. Sí, vuestro Círculo continúa, y sigue transmitiendo a vuestros nuevos Adeptos la suma total de vuestros siglos de conocimientos. Pero sin un adversario que os plante cara, todos estos conocimientos son inútiles. Sin nada a lo que combatir, sin entuertos que enderezar, no tenéis ningún valor. ¿Qué eres tú, Keridil Toln? ¿Cuál es la justificación de tu existencia en un mundo donde reina Aeoris sin oposición? ¿Hacer su voluntad, imponer sus leyes? Su voluntad se hace y sus leyes se mantienen sin necesidad de que tú intervengas. ¡No tienes una razón legítima para existir!

Lo que decía aquel ente era como un eco horrible de las ideas que últimamente habían infestado los sueños más negros de Keridil, y éste se aterrorizó al descubrir que el insidioso argumento le había casi convencido. Y entonces recordó quien, con aparente inocencia, había despertado las primeras dudas y temores en su mente...

Luchando contra la incertidumbre, replicó:

-¿No hay una razón legítima, demonio? ¿Y qué me dices de las dificultades que afligen ahora a nuestra tierra? Los Warps, los bandidos, los...

-¡Oh, sí! Los Warps. Desde que usurpasteis la fortaleza a nuestros antiguos servidores, jamás habéis comprendido su naturaleza, ¿verdad? Los Warps, amigo mío, son una manifestación de los procedimientos nuestros que os jactáis de conocer tan bien como lo es el Castillo donde

vivís y, en particular, este Salón en que ahora nos hallamos. -Los labios finos y perfectos se torcieron ligeramente-. Nos enorgullecemos de no haber sido totalmente olvidados en este mundo.

Súbitamente, este concepto causó una terrible impresión a Keridil, al recordar los esfuerzos de generaciones en el Círculo de Adeptos para desentrañar los misterios que los Ancianos habían dejado tras ellos al ser finalmente enviados al infierno que Yandros y los suyos habían creado para sus seguidores. Ya no dudaba de que aquel ente de cabellos rubios fuese lo que afirmaba ser, pero la idea de que un Señor del Caos pudiese manifestarse en un mundo regido enteramente por el Orden le horrorizaba. Iba contra todas las doctrinas y creencias que le habían inculcado desde su infancia, según las cuales el Caos había sido expulsado y nunca volvería. Pero las anomalías de los Warps y el propio Castillo habían derrotado a las mentes más grandes del Círculo a lo largo de toda su historia... Sí, Yandros tenía razón.

-En consecuencia, Keridil Toln -siguió diciendo amablemente Yandros-, ¿no estás de acuerdo en que el Caos tiene que ocupar un sitio en vuestro mundo, y en que, sin el Caos, no puede haber un verdadero Orden?

El argumento de aquel ser era peligrosamente seductor, y Keridil sintió que su voluntad se estaba debilitando. Seguramente, una vocecilla interior le estaba diciendo que, para las fuerzas del Orden, sería mejor tener un verdadero adversario contra el que luchar que limitarse simplemente a los torneos ceremoniales...

Bruscamente, rompió el hilo de sus pensamientos y sintió un escalofrío al darse cuenta de lo cerca que había estado de caer bajo el hechizo mortal de Yandros. Pensar que podía discutir contra un Señor del Caos... Keridil sofocó el estremecimiento que le había producido esta idea y comprendió que sólo podía hacer una cosa. Yandros era demasiado peligroso; tenía que ser sujetado y expulsado, antes de que su influencia lo dominase todo irreversiblemente.

Se obligó a apartar la mirada de aquel ser de rubios cabellos, aunque ello le exigió un tremendo esfuerzo de voluntad. Después sacó la espada ritual de su adornada vaina y la levantó delante de su cara. Estaba sudando copiosamente y una fuerza oculta, subterránea, parecía tratar de contenerle; pero habló a pesar de todo.

-Aeoris, Señor de la Luz, Guardián de las Almas y Dueño del Destino...

Oyó que alguien (pensó que debía ser Tarod) suspiraba profundamente, pero hizo acopio de todas sus fuerzas y prosiguió:

-Tú que tomaste forma mortal en la Isla Blanca, escucha a tu siervo en esta hora de aflicción... Escucha a tu siervo y portavoz, Aeoris, tú que atas y sujetas las fuerzas de la negra corrupción...

-Keridil, por tu vida, ¡no lo hagas!

Keridil se interrumpió antes de terminar la frase, saliendo del medio estado de trance en que había caído. Sintiéndose, de pronto, terriblemente mareado, miró a Tarod, que había roto la invocación ceremonial.

-¿Qué...?

Pero Keridil no pudo formular su pregunta.

Tarod estaba temblando. Había reconocido instantáneamente las primeras frases del rito más poderoso del Círculo, que solamente podía ser empleado por el Sumo Iniciado en persona en caso de extrema necesidad. La Séptima Exhortación de Destierro era un texto sagrado que sólo podía emplearse para combatir a una entidad astral que no respondiese a métodos más suaves... y más seguros. Era una de las medidas más extremas conocidas por los altos Adeptos; pero Tarod sabía el efecto que podía producir en Yandros.

-Keridil -repitió, en tono apremiante-, no lo utilices, ¡no te atrevas a desafiarle!

Keridil miró a Tarod, con una mezcla de desconfianza y de incertidumbre en su expresión, mientras Yandros les observaba a los dos, al parecer divertido.

-¡Maldito seas, Tarod! ¿Qué te propones? -silbó Keridil-. ¡Esta es la única manera!

-¡Esto no es nada! ¿No te das cuenta, Keridil, de que los ritos del Círculo no significan nada para Yandros? El no es un demonio astral..., ¡es el Caos! Y si quiere, ¡puede destruirte así !

Chascó los dedos delante de la cara del Sumo Iniciado.

Keridil no podía dejar de reconocer que esto era verdad; pero no tenía otra alternativa, y se irritó contra Tarod.

-Entonces, ¿qué quieres que haga? –preguntó-. ¿Que le dé la bienvenida? ¿Que me aparte a un lado y le deje actuar libremente? ¿O crees que tú tienes poder para poner fin a esta pesadilla?

Tarod miró reflexivamente a Yandros y sintió que el anillo de plata latía sobre su dedo. Se pasó la lengua por los labios, que se habían secado de pronto.

-Sí, tengo poder para ello...

La expresión de Yandros se ensombreció.

-No te atreverás..., ¡estás ligado por nuestro pacto! Y si intentas...

-No, Yandros, no me destruirás... No puedes destruirme ahora.

El momentáneo destello de incertidumbre en los ojos de aquel ser había confirmado lo que sospechaba Tarod. Con el reconocimiento de su verdadera naturaleza, y de la naturaleza del anillo que llevaba, el antiguo poder que había estado adormecido dentro de él había resurgido en toda su plenitud, con una fuerza mucho mayor de lo que él mismo habría podido imaginar. El poder que había tenido hacía años y que le había hecho matar primero a Coran y después al jefe de los bandidos era un juego de niños comparado con el que sentía en este momento en su interior. Ni el poder de Yandros, ni siquiera el del propio Caos, podían destruirle ahora. Y aunque podía odiar la naturaleza de esta fuerza, la emplearía en caso necesario...

También Keridil había visto las implicaciones de la respuesta de Tarod a su pregunta y sabía que esto les había llevado a los dos al borde de la prueba definitiva y más crucial. Era tanto lo que estaba en juego que tenía que descubrir en parte de quién estaba la verdadera lealtad de Tarod.

-Tarod -le apremió, temblándole la voz-, si tienes este poder, debes emplearlo ahora. No puedes servir a dos señores. ¿Eres fiel al Orden, o al Caos?

Tarod tenía una mirada atormentada.

-¡Yo sirvo al Orden! -respondió, con áspera vehemencia.

-Entonces te ordeno, como Sumo Iniciado, ¡que expulses a Yandros de este mundo!

Los antiguos lazos tiraban de él: obedecer a Keridil sería traicionar a una parte de sí mismo..., pero en todos los años pasados en el Castillo, había aprendido a odiar y despreciar al Caos y todo lo que éste representaba. Permitir que aquellas afinidades le dominasen ahora sería una traición mucho más grande; una traición a la tierra y al pueblo que consideraba suyos.

Yandros adivinó las intenciones de Tarod antes de que éste se volviese a mirar al ser de cabellos de oro, y torció el gesto.

-¡No seas imbécil! Estás atado por...

Tarod sintió aumentar aquella atracción; imágenes frenéticas y bellas pasaron por su mente. Hizo acopio de fuerzas para luchar contra ellas y declaró:

-¡No estoy atado por nada! Te rechazo, Yandros... ¡Ahora pertenezco al Círculo!

-Entonces te traicionas a ti mismo en aras de una ilusión. Tarod, hermano...

Antes de que pudiese seguir hablando, Tarod levantó la mano izquierda. La piedra de su anillo centelleó, cobrando vida, y él sintió urgir la fuerza en su interior, anegándole, mientras la joya reflejaba el aura del Señor del Caos, volviéndola contra sí misma.

-¡Vete! -ordenó Tarod, con voz tonante-. Vuelve al lugar del que has venido, Yandros del Caos. ¡Te rechazo y te destierro!

Yandros trató de hablar, pero ningún sonido brotó de sus labios. Su forma se torció, se alabeó; por un instante, la cara de Tarod se superpuso a la suya, y entonces, con un ruido como de cristales rotos, la refulgente figura pareció fundirse en una columna de fuego blanco, y se desvaneció.

Tarod permaneció rígido, respirando fatigosamente y teniendo que ejercer todo su dominio sobre sí mismo para impedir que le flaqueasen las piernas cuando la ola de poder se extinguió. El Salón de Mármol estaba ahora silencioso como una tumba, y Tarod sintió a Keridil y a Themila a su lado. No sabía lo que habían visto, ni lo que habían sentido al ser expulsado Yandros pero sentía su miedo como una presencia tangible. Y, de pronto, supo que tenía que apartarse de ellos. No podía enfrentarse con su confusión y su incertidumbre, tenía un miedo horrible a que le condenasen.

Se volvió y se encaminó a la puerta con tanta rapidez que, cuando los otros se dieron cuenta, casi se había perdido entre la niebla movediza del Salón.

-¡Tarod! -le llamó Themila, y su voz resonó en el silencio-. ¡Espera!

-No... -Keridil la detuvo, para que no corriese tras Tarod-. Deja que se vaya, Themila. Creo que es mejor así... Todos necesitamos recobrar nuestros sentidos.

La condujo a paso lento hasta la puerta de plata; salieron al pasillo y Keridil cerró a su espalda. Ninguno de los dos habló mientras volvían a la biblioteca y subían la escalera del

sótano, y cuando al fin salieron a la noche, el cielo estaba tranquilo y sereno. El Warp que había amenazado desde el norte cuando ellos empezaron su trabajo había desaparecido.

Themila escudriñó rápidamente el patio, por si había alguna señal de Tarod, pero nada se movió y no había luz en ninguna de las ventanas del Castillo.

-Si no estás demasiado cansada puedo ofrecerte un vaso de vino en mis habitaciones -dijo Keridil-. El fuego estará todavía encendido; el anciano Gyneth no quiere apagarlo hasta que sabe que estoy durmiendo en mi cama.

Estaba tratando de mitigar la impresión que habían recibido, dando una apariencia de normalidad a su situación, y Themila le sonrió, agradecida.

-Gyneth es un buen hombre..., tu padre le tenía en alta estima. Sí, te acompañaré. Gracias. -Miró la cara tensa del Sumo Iniciado-. Y creo que nos conviene hablar de esto antes de que nos retiremos a descansar.

De nuevo en las habitaciones de Keridil, se acomodaron delante del fuego mientras Gyneth, que había estado esperando como una sombra fiel el regreso de su señor, les servía vino caliente y bizcochos, y aguardaba, solícito, hasta que Keridil le ordenó que se fuese a la cama. Themila sorbió el vino, agradeciendo el calor que le daba, y después dijo:

-Bueno, Keridil, ¿qué vamos a hacer ahora?

El la miró con ojos llenos de incertidumbre. Le intimidaba obligar a su mente a repasar los sucesos de la noche, que estaban tomando ya el aspecto de una pesadilla medio olvidada.

-Contéstame primero a esto -dijo. ¿ Crees que Yandros... era lo que decía ser?

-Sí. No lo he dudado un solo instante -dijo ella, estremeciéndose.

-¿Y... Tarod?

Themila no respondió, y Keridil suspiró. Su silencio era significativo: ella sabía la verdad lo mismo que él. Sí, Tarod había proclamado su lealtad al Círculo, y no había vacilado cuando Keridil le había pedido que demostrase su fidelidad. Pero no había negado en absoluto el parentesco que Yandros había dicho que les unía. Y el hecho de que él, y sólo él, tuviese poder para expulsar a aquel ser, era seguramente prueba de ello.

Un hombre, un mortal según todas las apariencias, pero que llevaba su alma en la piedra de un anillo..., el alma de un Señor del Caos..., ¡era absurdo! Pero Tarod no lo había negado... Y sabía, y había ocultado este conocimiento, que Yandros era responsable directo de la muerte del padre de Keridil. Le había quitado la vida a cambio de salvar la de Tarod... Ni siquiera la probada lealtad de Themila podía perdonar esto.

Keridil comprendió que ya no podía enfrentarse él solo con las preguntas sin respuesta. Necesitaba el apoyo y el saber de sus semejantes para decidir lo que tenía que hacer en vista de las revelaciones de esta noche. Y además, no podía mantener el asunto en secreto. Si llegaba a saberse, y estaba seguro de que sería así, su propia posición sería muy precaria.

Dejó el bizcocho que tenía en la mano, incapaz de comerlo.

-Tendré que convocar un pleno del Consejo -dijo.

-¡Oh, Keridil...! ¿Crees que es necesario?

-Comprendo, Themila, los motivos que te impulsan a defender a Tarod, ¡pero hay que hacerlo! No puedo ocultar esto... y no puedo llevar todo el peso sobre mis hombros. Esta noche, un Señor del Caos ha aparecido entre nosotros, ¡y Tarod le ha llamado! Posiblemente es el suceso más siniestro con que nos hemos enfrentado en muchas generaciones, ¿y me preguntas si es necesario reunir al Consejo?

Ella apoyó una mano en su brazo.

-Lo siento, Keridil. Lo dije sin pensar. Pero tienes razón; hay que hacerlo. Aunque sólo los dioses saben lo que pensará Tarod de esto.

Fuesen cuales fueren las circunstancias, pensó Keridil con envidia, Themila ponía siempre en primer lugar el punto de vista de Tarod. Le había tomado bajo su protección desde el día en que llegó al Castillo, y nunca había dejado de preocuparse por él. De pronto, se sintió muy solo, además de un poco resentido, y estuvo a punto de recordarle a Themila que Tarod había sido, al menos indirectamente, responsable de la muerte de Jehrek. Pero dominó su impulso, consciente de que sería injusto, además de que no serviría de nada. En vez de ello, dijo:

-Desde luego, tendrá oportunidad de hablar. Pero si el peso de la opinión se inclina contra él...

-¿Qué quieres decir?

-Tarod tiene amigos, Themila, pero también tiene enemigos. Como Rhiman Han, con su mezquina envidia. -Keridil prescindió de la vocecilla interior que le acusaba de ser bastante hipócrita-. Y hay muchos viejos miembros del Consejo que consideran con superstición casi obsesiva todo lo que se refiere al Caos. Querrán tomar todas las precauciones posibles.

A Themila no le gustó el rumbo que tomaba la argumentación de Keridil y dijo:

-Pero Keridil, ¿qué significa esto? Hablas de que el peso de la opinión se puede inclinar contra Tarod..., pero, ¿qué ocurriría entonces?

Hubo una larga pausa antes de que Keridil respondiese:

-En verdad, Themila, no lo sé. Esto ya no depende de mí. No tengo derecho a tomar decisiones por cuenta del Consejo de Adeptos.

-¡Tú eres el Sumo Iniciado!

-Sí y que Aeoris me valga, ¡lo soy! Pero, cuando fui investido de mi cargo, juré que gobernaría nuestro Círculo de acuerdo con la voluntad de sus miembros. En teoría puedo tener autoridad para anular las decisiones del Consejo, pero, en la práctica no me atrevo a hacerlo. Sea cual fuere la decisión de la mayoría del Consejo, debo acatarla. Si no lo hiciese, ¡no sería digno de mi cargo!

A pesar de toda su preocupación por Tarod, Themila comprendió lo difícil que era la situación de Keridil. Ella podía defender a quien quisiera, según los dictados de su corazón y de su conciencia; pero Keridil no podía hacerlo, y estaba claro que las presiones contrarias de la amistad y el deber le ponían en un brete.

A menos que... pero no; Themila rechazó por absurda la idea que se le había ocurrido de pronto. Siempre había habido una amistosa y sana rivalidad entre Keridil y Tarod, pero no pasaba de aquí. A fin de cuentas Keridil era el Sumo Iniciado. ¿De qué podía sentir envidia?

Se levantó.

-Perdóname, Keridil. Estoy cansada, a pesar de mis preocupaciones, y presumo que también tú lo estás. Tienes razón: hay que convocar un pleno del Consejo, y cuanto antes mejor. Sea cual fuere el resultado, esperemos y recemos para que quede pronto resuelta la cuestión.

Keridil se levantó también y se acercó a ella para besarla afectuosamente en la mejilla.

-Cuento con tu ayuda, Themila. A veces creo que tu voz es la única sensata en un mundo enloquecido.

-Buenas noches, querido hijo...

Se volvió y salió de la estancia.

Cuando Themila se hubo marchado, Keridil se sentó a la rayada y gastada mesa que tantos Sumos Iniciados habían ocupado antes que él, y se tapó la cara con las manos. Sabía que, si su padre hubiese estado en su lugar, se habría arrodillado delante de la lámpara votiva y rezado a Aeoris para que le guiase, pero Keridil no tenía la serena convicción de Jehrek. Y había demasiadas ideas contradictorias en su cabeza que le impedían una clara reflexión.

Tarod... una criatura del Caos... El concepto todavía parecía absurdo, pero la prueba era irrefutable. Y eran demasiados los factores que convergían en el espantoso cuadro: la manera en que había llegado Tarod al Castillo, su extraordinario y r pido ascenso en las filas de los Iniciados, el fondo de rebeldía que le había opuesto a los sistemas del Círculo... Tarod era, y siempre había sido, diferente. Y ahora sabían cuál era en realidad la diferencia.

Esta noche, Tarod había afirmado su lealtad al Orden y al Círculo del que formaba parte. Pero Keridil había visto la lucha interior que sostenía su amigo mientras hacía esa afirmación, y esto le aterrorizaba. Tal vez, en un futuro próximo, Tarod se mantendría firme en su lealtad, y Keridil no dudaba en absoluto de que había sido sincero. Pero ¿no podía llegar un tiempo en que las otras fuerzas, las antiguas fuerzas, volviesen a tirar de él? Ya le habían marcado una vez, y el resultado había sido una tragedia. Si esto volvía a ocurrir, como era posible, incluso contra la voluntad de Tarod, ¿no podían ser aún peores las consecuencias?

Keridil consiguió a duras penas dominar el súbito y violento impulso de arrojar su copa de vino a la chimenea, llevado de su frustración. Le dolía la cabeza y le era imposible pensar con claridad; tal vez debería seguir el ejemplo de Themila e irse a dormir...

Estaba a medio camino de la puerta cuando se acordó de Sashka Veyyil.

Su boda con Tarod tenía que realizarse en cuanto se hubiesen hecho los últimos preparativos... El mismo tenía que oficiar, ligar a la joven, con un lazo indisoluble, a un hombre que. . .

Que no es el del todo humano, dijo una vocecilla en el interior de Keridil. Un hombre cuya alma debe su existencia al Caos...

Librodot

Bruscamente, Keridil se sentó de nuevo. ¿Era posible que Sashka supiese la naturaleza del hombre con quien se había prometido? No; ni siquiera el propio Tarod lo había sabido hasta esta noche, al menos de una manera consciente. Y si ella se enteraba, ¿qué pensaría y qué haría? Si abandonaba a Tarod, ahora, cuando él quizás la necesitaba más que nunca, podía destrozarle. Keridil conocía la intensidad de los sentimientos de su amigo con respecto a la joven. Y sin embargo..., ¿era justo permitir que contrajese matrimonio a ciegas, sin saber la verdad?

Un fastidioso gusanillo se agitó dentro de Keridil, desmintiendo sus motivos. ¿Trataba realmente de ser justo y altruista, o eran los antiguos celos los que se ocultaban detrás de sus pensamientos? ¿ Le preocupaba el bienestar de Sashka, o era más bien su propio enamoramiento de una mujer que podía, de pronto, estar a su alcance, si le era revelada la verdad sobre Tarod?

Descargó un puñetazo sobre la mesa y, se mordió el labio al sentir un fuerte dolor en el brazo. El era el Sumo Iniciado, como todo el mundo parecía empeñado en recordarle. Tenía el deber de decir la verdad, de no ocultar nada, y este deber hacía que toda consideración personal fuese irrelevante. Y si no podía tranquilizar su propia conciencia en lo tocante a Sashka, al menos podía -debía, se dijo- informar a Kael Amion, su Superiora. Después, el asunto ya no dependería de él y podría vivir tranquilo.

Abrió un cajón de la mesa y sacó varias hojas de pergamino. Extendiendo una de ellas delante de él, mojó una pluma en el tintero que tenía al lado y poco a poco, cuidadosamente, empezó a escribir una carta. Trabajó sin parar durante un buen rato y, cuando al fin hubo terminado, espolvoreó con arena las tres hojas que había escrito y las introdujo en una pequeña bolsa de cuero marcada con la insignia personal del Sumo Iniciado.

¿Enviaría el mensaje? De nuevo le remordió la conciencia, y acarició la bolsa con la mano, a punto de extraer los pergaminos y arrojarlos al fuego. Pero una imagen mental de la cara de Sashka le contuvo. ¿Acaso no estaba cumpliendo simplemente su deber al informar a Kael de lo que sucedía? Su padre no habría hecho menos...

Keridil vacilaba todavía cuando se abrió la puerta y vio el rostro sorprendido y preocupado de Gyneth.

-Señor..., creí que te habías acostado.

Las palabras del anciano tenían un ligero tono de reprimenda paternal, y Keridil sacudió la cabeza.

-Hay mucho que hacer, Gyneth. Esta noche..., bueno, no importa. Supongo que pronto te enterarás. -Miró de nuevo la bolsa-. Gyneth. . .

-¿ Señor?

Tenía que decidirse... Keridil se levantó.

-He de enviar un mensaje a la Señora Kael Amion, en la Residencia de la Hermandad de la Tierra Alta del Oeste. Es muy urgente...

-Despertaré inmediatamente a un mensajero, señor. Saldrá antes de una hora y estará allí en menos de dos días.

Gyneth avanzó y tomó la bolsa de manos de Keridil, y entonces sintió éste que le quitaban un gran peso de encima.

-Sí... -dijo, volviéndose para contemplar el fuego-. Sí. Creo que así estará bien.

CAPITULO 13

Sentado en sus habitaciones y esforzándose en relajar los músculos, Tarod no podía dejar de pensar en las horas que le esperaban. La espera era lo peor. La reunión del Consejo había sido convocada para la puesta del sol y, desde el mediodía, había sentido crecer su tensión interior, hasta que alcanzó un punto en que creyó que sería irresistible. Una y otra vez se había levantado y caminado inquieto hasta la ventana, para observar el sol que permanecía obstinadamente en lo alto del cielo y deseando, inútilmente, que se hundiese en el ocaso. Y una y otra vez había repasado mentalmente lo que había pensado decir cuando compareciese ante el Consejo de Adeptos para ser juzgado.

Estaba seguro de que esta noche le someterían a juicio, aunque oficialmente se había disimulado este término. Incluso Keridil había parecido reconocerlo cuando, temprano por la mañana, había venido a las habitaciones de Tarod para informarle de la reunión. Había algo extraño en los modales de su viejo amigo: lo había visto inmediatamente en el rostro de Keridil, y era lo que él había temido. Se había abierto un abismo entre los dos, separándoles, y en este abismo estaba el espectro de Yandros.

Ahora se había acostumbrado ya Tarod a la mezcla de repugnancia y confusión que sentía cuando pensaba en aquel ente de cabellos de oro. Era lo bastante sincero para no negar que tenía una deuda con Yandros, aunque la hubiese contraído por las malas artes de éste; pero como Adepto al Círculo que había jurado servir a Aeoris, todo lo que representaba Yandros era anatema para él.

Y sin embargo, por mucho que lo intentase, no podía negar el poder que residía en él extraído del alma-Caos que estaba dentro de la piedra del anillo de plata, como tampoco podía negar la verdad de las revelaciones de Yandros acerca de su naturaleza. El conocimiento de que su propia alma era del Caos había sido al principio como una pesadilla real. La noche pasada, a hora avanzada, había alcanzado su nadir, una profunda crisis en la que todas las implicaciones de lo que había sabido le habían provocado tanta aflicción y tanta desesperación que se había hincado de rodillas, al lado de su cama, rezando en silencio a Aeoris para que viniese la muerte a liberarle. Pero Aeoris no le había escuchado; él no había tenido valor para quitarse la vida, y la crisis había pasado al llegar la aurora, dejándole un débil pero seguro destello de esperanza. Fuese cual fuese su origen, era lo bastante humano para guardar fidelidad y sentir emociones y tener conciencia, y la noche pasada se había dado cuenta, en el Salón de Mármol, de que el control de los poderes caóticos de la piedra-alma estaban solamente en sus propias manos. Había desafiado a Yandros, se había librado de la influencia del Señor del Caos y, también, del pacto con el que Yandros había pretendido obligarle. Si quería volver la espalda a las antiguas afinidades, dedicar su existencia a Aeoris, ninguna fuerza del mundo podría impedírselo.

Pero ¿vería el Círculo las cosas bajo la misma luz? Por mucho que afirmase Tarod su fidelidad siempre habría facciones reacias a dejarse convencer. Sin embargo, él debía convencerles, y no solamente por su propio bien. En el fondo de su corazón, sabía que

Yandros no aceptaría la derrota; había sido expulsado una vez pero volvería y Tarod temía que, en un conflicto directo, el Círculo sería incapaz de plantarle cara. Yandros tenía razón en una cosa: los seguidores de Aeoris habían perdido buena parte de sus antiguas facultades, y éstas serían más necesarias que nunca si el Caos proyectaba recobrar su sitio en el mundo. Y si los Iniciados no podían recuperarlas a tiempo, posiblemente no necesitaría Yandros la ayuda de Tarod para lograr su malévolo objetivo.

Tarod miró fijamente su anillo pensando que era al mismo tiempo su más grande enemigo y su más grande aliado. Sin él, se vería libre de los antiguos lazos que habían tratado de ligarle a los poderes de las tinieblas.

Pero, con él, tenía un arma que en definitiva podía ser la única fuerza lo bastante poderosa para luchar contra el Caos. Bueno, como hombre y hechicero por derecho propio, tenía fuerza; pero, con la piedra-alma, esta fuerza era infinitamente mayor. No se atrevía a prescindir de ella. Y con la ayuda de los otros Adeptos, creía que podía eludir su influencia maléfica y permanecer fiel a sí mismo y al Círculo.

Tenía que convencer al Consejo de que estaba en lo cierto. Tenía que vencer las sospechas y los prejuicios con que tendría que enfrentarse esta noche, y creía que podría lograrlo. Con el apoyo de Keridil y Themila (nadie más capacitado que ellos para hablar en su favor, ya que solamente ellos habían visto a Yandros en persona), el Consejo se convencería, fuesen cuales fueren los esfuerzos de. . .

Entonces llamó alguien a la puerta y él levantó la cabeza, sorprendido. Una rápida mirada a la ventana le mostró que el cielo se estaba tiñendo de rojo al empezar a ponerse el sol, y el pulso de Tarod se aceleró.

-Adelante. . .

Dos jóvenes Iniciados de segundo grado vistiendo la librea de ordenanzas del Consejo y llevando sendas antorchas, entraron en la habitación, y uno de ellos hizo una reverencia.

-Nos han enviado para escoltarte, Señor. Se está reuniendo el Consejo de Adeptos.

Tarod se levantó, sorprendido y un poco desconcertado de que Keridil prestase tanta atención al ceremonial.

Normalmente no se seguía un protocolo minucioso, a menos que se tratase de un asunto realmente grave, y la idea de que Keridil lo hubiese considerado necesario inquietó a Tarod. Pero si quería ganarse la confianza del Consejo, era mejor que acatase las órdenes...

Buscó su capa de gala y se la echó sobre los hombros; después se alisó los revueltos cabellos con las manos.

-Muy bien -dijo-. Estoy dispuesto.

Había pocas personas en el Castillo, aparte de los criados, cuando los jóvenes Iniciados, marcando el paso, escoltaron a Tarod hasta la cámara del Consejo, contigua a las habitaciones del Sumo Iniciado en el ala central. Al acercarse a la cámara por el pasillo cada vez más oscuro, Tarod se sorprendió todavía más al ver una guardia ceremonial de siete hombres, con las espadas desenvainadas, delante de la doble puerta. Esperó con creciente aprensión a que se cumpliesen las formalidades de identificación y admisión después de las cuales se abrieron al fin las puertas y se les permitió la entrada.

Tarod se detuvo en seco en el umbral. La cámara del Consejo era una de las salas más grandes del Castillo y ahora estaba llena a rebosar. Sobre un estrado, al fondo hallábase sentado Keridil, y, a su lado, los Consejeros de más categoría. La capa de oro y la cinta en la cabeza, propias de su rango, le hacían parecer remoto y un poco irreal. En una plataforma más baja, delante del estrado, estaban los otros miembros del Consejo; entre ellos reconoció Tarod a Themila, de afligido aspecto, y a dos asientos de distancia, los rojos cabellos de Rhiman Han.

Y llenando el resto del salón, en las plazas tradicional- mente reservadas a los no consejeros que deseaban asistir a las reuniones, estaban otros Iniciados. Tarod presumió que casi todo el Círculo debía de estar presente, sentados o de pie, según el espacio de que disponían, y dejando solamente un estrecho pasillo entre la puerta y el estrado de los Consejeros. Todas las caras estaban vueltas hacia él, mirándole con curioso interés, y Tarod dominó un estremecimiento.

Keridil se levantó en el fondo del salón.

-Tarod, Adepto de séptimo grado del Círculo, aproxímate.

Todo el espectáculo empezaba a tomar el aspecto de un mal sueño... o de un juicio. Tarod avanzó entre las expectantes filas de Iniciados hasta que llegó a una silla que había sido colocada en el pasillo delante del estrado.

Miró a Keridil y vio inquietud en los ojos de su amigo. Keridil trató de dirigirle una sonrisa tranquilizadora, pero fracasó en su intento. Carraspeó.

-Se abre el pleno del Consejo de Adeptos.

Hizo una señal con la cabeza y los guardias cerraron la puerta de golpe. Al extinguirse el ruido, alguien revolvió unos papeles con innecesaria minuciosidad y Keridil miró los documentos que tenía delante de él.

-Como sabéis muchos de vosotros, esta reunión ha sido convocada para que el Consejo y el Círculo puedan tener perfecto conocimiento de las circunstancias que rodearon un suceso acaecido la noche pasada en el Salón de Mármol -dijo.

Por consiguiente, el Consejo estaba ya enterado, cosa que explicaba la insistencia de las formalidades. Tarod se sintió desconcertado, pero conservó su expresión enigmática.

-Debemos -prosiguió Keridil- valorar las implicaciones y posibles consecuencias de este acontecimiento, y decidir la acción que hay que tomar, si es que hay que tomar alguna. Por consiguiente, propongo que iniciemos la sesión con un relato detallado de lo que sucedió la noche pasada, de manera que todos estéis perfectamente informados de los hechos. -Levantó la mirada una vez más e hizo una seña con la cabeza a Tarod-. Ten la
bondad de sentarte.

Tarod obedeció mecánicamente, sabiendo, con una terrible impresión de fatalismo, que su esperanza de inclinar al Consejo en favor de su manera de pensar era casi vana. Les habían dicho ya lo bastante para influenciarles; al mirar las hileras de caras, casi podía leer las mentes detrás de las expresiones cuidadosamente controladas. Aunque fuese el mejor orador del mundo, habría sido ridícula la idea de ganarlos para su causa.

Y así escuchó en silencio el relato entero del encuentro con Yandros. Keridil hizo una explicación escrupulosamente completa y exacta, sin omitir detalle, pero, mientras hablaba, Tarod vio que se nublaban y endurecían las caras de los Consejeros. Con frecuencia hacían la señal de Aeoris, como para librarse de alguna presencia maligna, y Tarod tuvo que dominar el impulso de levantarse y salir de la cámara, sabiendo que su comportamiento impertinente sólo podría perjudicar su causa.

Por fin terminó Keridil y, durante lo que pareció una eternidad, la sala permaneció en silencio. Entonces, al principio despacio y después con creciente intensidad, empezaron las preguntas.

-Hemos oído que evocaste consciente y deliberadamente a un Señor del Caos. ¿Es verdad?

Tarod miró fijamente al viejo Consejero que había hecho la pregunta.

-Lo hice. Pero entonces no sabía a quien... a qué... estaba evocando.

-¿Y ahora no tienes dudas?

-No tengo ninguna duda.

Era una confesión peligrosa, pero tenía que convencerles de que la amenaza de Yandros era real.

-¿Cómo puedes estar tan seguro? -replicó rápidamente el que le estaba interrogando-. Han existido casos comprobados de Adeptos de alto rango que han sido engañados por entes astrales; sin embargo, tú pareces completamente seguro del terreno que pisas...

Contestar estas preguntas era como andar sobre ascuas. Tarod dijo prudentemente:

-Creo, Señor, que ya has oído la opinión personal del Sumo Iniciado sobre la... autenticidad de la manifestación. Ni él ni yo ni Themila Gan Lin dudamos un solo instante de la naturaleza de Yandros y, con todo respeto, tampoco tú habrías dudado si hubieses estado presente.

El interrogador frunció los labios y murmuró algo a su vecino, y otro hombre dijo:

-Sin embargo, conociendo la naturaleza de aquel ente, según tú le llamas, cuando el Sumo Iniciado comenzó la Séptima Exhortación de Destierro, impediste que terminase el rito. ¿Por qué?

-¡Porque no iba a quedarme allí parado, viendo cómo le mataban! -respondió furiosamente Tarod-. Yandros habría podido destruirle antes de que se diese cuenta, y lo habría hecho si...

-¡Ah, con que has tenido una visión privilegiada de la mente de un Señor del Caos, Tarod! -le interrumpió una voz nueva y conocida. Desde la plataforma inferior, Rhiman Han miró con hostilidad a su antiguo rival y, al no responder Tarod inmediatamente, el pelirrojo prosiguió-: Creo, amigos míos, que nos estamos acercando al meollo del asunto. Tarod afirma conocer las intenciones de Yandros, y Yandros, según acabamos de oír, sostiene que tiene un parentesco, en el sentido literal de la palabra, con Tarod. Si esto es verdad, sólo hemos de responder a una pregunta, y ésta es: ¿qué clase de serpiente hemos estado albergando entre nosotros durante todos estos años?

La cara de Tarod palideció de ira, y Themila replicó a Rhiman:

-¿Cómo te atreves a hablar así? Si no se te ocurre un comentario más constructivo, Rhiman, ¡será mejor que te muerdas la lengua!

-Mi querida Themila, ¡estoy siendo más constructivo que todos nuestros distinguidos colegas juntos! –repuso Rhiman-. Y repito: si Tarod es pariente del demonio Yandros, ¡no es un verdadero mortal!

Se levantó y Tarod se dio cuenta de que todos los que se hallaban en el salón estaban escuchando atentamente. Por un momento, esperó que Keridil atajase el exabrupto de Rhiman, pero Keridil permaneció inmóvil, con una expresión tensa e inquieta en el semblante.

-¿Qué hombre -siguió diciendo Rhiman- lleva su alma en una joya? ¿Qué hombre es visitado en sueños por monstruos que no han andado por este mundo desde los tiempos de los Ancianos y charla con ellos como si de antiguos amigos se tratase? -Señaló con un dedo acusador a Tarod, que también se puso en pie-. Nosotros no supimos nunca de donde había venido nuestro amigo del séptimo grado. Era un expósito, un niño abandonado, sin apellido de clan ni parientes que le reclamasen. ¡No era de raza humana! Bueno, amigos míos, parece que ahora hemos resuelto el enigma. Tarod no es un hombre..., ¡es un demonio!

Hubo un gran alboroto, en el que cada Consejero parecía querer llevar la voz cantante. Muchos se habían puesto en pie y gesticulaban, queriendo llamar furiosamente la atención, y no eran pocos los espectadores que unían sus voces a aquella algarabía. Keridil gritaba también, esforzándose por hacerse oír, pero sólo cuando descargó su bastón de mando como una maza sobre la mesa consiguió acallar el griterío.

-¡No toleraré este desorden! -dijo Keridil con voz serena, pero todos percibieron la cólera que trataba de disimular-. Esto es una reunión de Adeptos, ¡no una riña de taberna! Rhiman, lejos de mi intención negarte el derecho de hablar, ¡pero debes medir tus palabras! Este no es un problema emocional, y no quiero que nadie se deje llevar por prejuicios personales.

-Rhiman Han no te comprende, Keridil -terció Tarod, y una voz resonó claramente en la sala-. Por experiencia, ¡sé que no sabe juzgar las cosas de otra manera!

Keridil se volvió y le miró fijamente. Tarod estaba de pie, con la mano apoyada en la empuñadura de su cuchillo, como dispuesto a sacarlo y a atacar a la menor provocación. La piedra de su anillo resplandecía a la luz de las antorchas, y la ira brillaba en su semblante. Nunca le había parecido tan peligroso y, de pronto, recordó involuntariamente la breve visión que le había dado Yandros de las siete estatuas colosales del Salón de Mármol, con sus caras restauradas y demasiado reconocibles.

-Siéntate -dijo, furiosamente.

Los ojos verdes de Tarod le desafiaron, y Keridil repitió:

-¡He dicho que te sientes!

Volvía a tener a la asamblea bajo control, pero a duras penas. Y ahora sabía que lo que había esperado y temido era verdad: el Consejo estaba casi unánimemente en contra de Tarod. Las palabras de Rhiman habían dado en el blanco, e incluso el propio Keridil se preguntaba si el pelirrojo no tendría razón en su afirmación de que Tarod era, por naturaleza, poco digno de confianza. Aquel anillo... habría podido destruirlo, tirarlo; pero no lo había hecho. Y si había tenido poder para expulsar a Yandros, esto quería decir que también lo tenía para volver a llamarle, si así lo deseaba.

Pero Tarod no quería hacerlo. Había jurado fidelidad al Círculo, y Keridil no podía negar que, a pesar de su naturaleza errante, había sido siempre escrupulosamente honrado. En realidad, le inquietaban sus propias dudas: habían sido íntimos amigos desde la infancia, y empezar ahora a desconfiar de un íntimo amigo era casi tanto como una traición.

Pero Tarod no era realmente humano... Nada podía borrar este hecho. Y Keridil se debía ante todo al Círculo...

De pronto, se dio cuenta de que todo el mundo esperaba que dijese algo, y sacudió apresuradamente las turbadoras ideas de su cerebro. Tarod se había sentado de nuevo, lo mismo que Rhiman, y Keridil miró cansadamente a su alrededor.

-¿Tiene que hacer alguien alguna otra pregunta o comentario?

-Sí, Sumo Iniciado.

Themila se levantó, menuda pero con aire resuelto.

-Habla, Themila.

-He oído a Rhiman condenar gratuitamente a Tarod, y deseo refutar su acusación. Creo que tal vez ninguno de los que estamos aquí esta noche sabe toda la verdad acerca de Tarod y del parentesco que afirmó Yandros. No tenemos experiencia directa del Caos, porque hemos estado libres de su funesta influencia desde que fueron destruidos los Ancianos. Pero conocemos a Tarod desde que apenas tenía trece años. ¿Pueden negar, incluso sus enemigos -y al decir esto miró severamente a Rhiman-, que es un hombre de honor? ¿Pueden negar que siempre ha permanecido firme en su lealtad a Aeoris y al Círculo?

Rhiman, dándose cuenta de que su ventaja estaba siendo contrarrestada por Themila, replicó rápidamente:

-Yo no quiero difamar a nadie, Themila. Mi argumento es claro: Tarod no es uno de los nuestros. Y aunque él diga lo contrario, no podemos confiar en él. Por el bien del Círculo, ¡no nos atrevamos a confiar en él!

Un murmullo de asentimiento recorrió el salón y Tarod sintió un sudor frío en toda su piel. Los esfuerzos de Themila eran inútiles; la inmensa mayoría estaba en favor de Rhiman, y Rhiman lo sabía. Pero Themila no quería ceder.

-¡No puedes prescindir a tu antojo de las pruebas que nos ha dado a lo largo de tantos años! –protestó-. Tarod puede tener un poder inigualable, pero...

-¿Y si un día quiere emplearlo contra nosotros y llama a sus hermanos infernales para gobernar el mundo? ¿Qué pasará entonces, Themila Gan Lin? ¿Le recibirás con los brazos abiertos? ¿Abrazarás a tu precioso hijo adoptivo mientras el Caos destroza tu tierra?

-¡Esto es ridículo! -Themila estaba a punto de llorar-. Tarod es tan incapaz de hacer daño a nuestra comunidad como...

-¿ Puede demostrarlo? -rugió Rhiman.

-¡No necesita demostrarlo! Si tu envidia te ha cegado y te impide ver la verdad...

-¡No, Themila! ¡Eres tú la que está ciega! Esa criatura... -y señaló de nuevo a Tarod, temblándole la mano de rabia y de emoción- es un demonio, ¡que se ha encarnado entre nosotros! Tú misma has visto de lo que es capaz... ¿Vamos a arriesgarnos, permitiendo que permanezca en el Castillo?

-¡No! -gritaron muchas gargantas al unísono, tanto desde el estrado del Consejo como entre la multitud de espectadores.

Keridil se levantó una vez más. Parecía agotado, pero esta vez no tuvo que gritar para hacerse oír.

-Rhiman, ¡vas demasiado lejos y demasiado aprisa! -dijo-. No estamos juzgando a Tarod.

La confianza de Rhiman se había reforzado al sentirse firmemente respaldado por la opinión general.

-Entonces, ¡tal vez deberíamos hacerlo! -replicó.

-Ni siquiera ha podido decir diez palabras, ¡y menos defenderse de tus acusaciones! -protestó Themila.

-Muy bien. -Rhiman levantó ambas manos-. No quiero ser injusto. Dejemos que Tarod diga todo lo que quiera en su disculpa. Pero antes de que sigamos adelante, Sumo Iniciado, yo... y creo que la mayoría de los que estamos aquí..., quisiéramos que definieses la naturaleza de la decisión que hemos de tomar.

Era lo que Keridil había temido más, y comprendió que Rhiman le había situado hábilmente entre la espada y la pared. No podía eludir la cuestión; como Sumo Iniciado y presidente del Consejo, no podía hacerlo; pero pronunciarse en voz alta, en presencia de Tarod...

Tratando de ganar tiempo, dijo:

-No creo que esto sea necesario de momento, Rhiman.

-Pues yo..., nosotros... -dijo Rhiman, señalando a los otros Consejeros, que asintieron con la cabeza- sí que lo creemos necesario.

Estaba atrapado. Keridil se lamió los labios.

-Está bien. El Consejo decidirá si Tarod debe continuar como Adepto del Círculo o será formalmente expulsado de él y requerido para que salga de la Península de la Estrella.

No pudo mirar a Tarod, pero sintió la intensidad de su mirada pasmada. Rhiman sonrió fríamente.

-¿Y qué dices de la tercera alternativa, Sumo Iniciado?

-¿La tercera alternativa...?

El pelirrojo salió despacio de detrás de la mesa. Nuevamente había captado la atención de todos los demás.

-Por desagradable que sea hablar de esto, existen precedentes, ¡y creo que ninguno tan grave como éste! Si esta asamblea se pronuncia contra el Adepto Tarod, pido formalmente que se considere la alternativa de la ejecución.

-¿La ejecución? -repitió Keridil, casi incapaz de creer lo que acababa de oír-. No puedes hablar en serio. Eso es una locura, ¡y por los dioses que no voy a tolerarlo!

-No tendrás más remedio, Keridil -dijo Rhiman, prescindiendo del tratamiento para recalcar su posición-. Todos conocemos tu antigua amistad con Tarod y comprendemos que te resistas a considerar una medida tan drástica contra él. Pero no puedes oponerte al veredicto de la mayoría. Ni creo que lo pienses por un solo instante. -Hizo una ligera reverencia de cumplido y Keridil comprendió que estaba derrotado. Rhiman sonrió y lanzó su estocada definitiva-: Como Sumo Iniciado que eres, esperamos tus instrucciones sobre el asunto.

La amenaza era demasiado clara. Keridil comprendió que habían dado este rumbo a los acontecimientos combinando el miedo con la envidia, y aunque Rhiman era claramente el inductor, por un motivo puramente personal, había conseguido de los supersticiosos Consejeros el apoyo suficiente para alzarse con la victoria.

Como el Sumo Iniciado guardase silencio, Rhiman dijo amablemente:

-¿Accedes a someter el asunto a votación, antes de que sigamos adelante?

Por fin se obligó Keridil a mirar en dirección a la silla solitaria del pasillo. Tarod estaba mortalmente pálido, inmóvil; sólo los ojos verdes mostraban alguna animación. Y Keridil no había visto nunca una cólera parecida en ningún mortal.

No podía vetar la petición de Rhiman. Aunque, según había dicho la noche pasada a Themila, tenía el poder teórico de revocar incluso las decisiones del Consejo en pleno, hacerlo equivaldría a su propia destrucción. Hacer abiertamente causa común con Tarod, frente a tanta oposición, sería confesar una parcialidad que, como Sumo Iniciado, no se atrevía a mostrar si quería conservar el respeto y la confianza del Círculo. Fuesen cuales fuesen las obligaciones morales de la amistad, tenía que autorizar la votación... y acallar lo mejor posible su conciencia.

Se levantó y apretó los dedos sobre el bastón de mando propio de su cargo, como para sacar de él fuerza y consuelo.

-El Consejero Rhiman Han pide que se ponga a votación la cuestión de si hay que considerar o no la posibilidad de la ejecución. Se acepta la petición, y pido a todos los Consejeros que emitan su voto de la manera formal.

Un ujier que había estado en pie junto a la silla de Keridil se adelantó, tomó el bastón de mando de su mano y lo llevó pausadamente alrededor de la mesa. Se detuvo delante del primer Consejero, el cual miró rápidamente a Keridil y después apoyó la mano en el bastón.

-Voto a favor del Consejero Rhiman.

Todos empezaron a murmurar y el susurro creció en intensidad. El ujier siguió adelante.

-Voto a favor del Consejero Rhiman.

-Voto a favor del Consejero Rhiman.

-Voto a favor del Consejero Rhiman.

Uno tras otros, fueron respondiendo lo mismo. Tarod no podía moverse, no podía pensar; sólo podía seguir mirando incrédulo a Keridil. En el breve lapso de tiempo transcurrido desde que se abrió la sesión, el amigo en quien más confiaba le había vuelto la espalda, había roto los lazos de la amistad y se había puesto la máscara de un Sumo Iniciado que, según le parecía a Tarod, huía de todo compromiso. Incluso la formalidad del acto era una barrera segura, detrás de la cual podía resguardarse Keridil. La voluntad de la mayoría... Solamente Keridil tenía derecho a oponerse a esta voluntad, a anularla, en pro de la razón. Y no lo había hecho.

Por fin terminó la votación. Con sólo tres excepciones, Themila entre ellas, todos los miembros del Consejo de Adeptos se habían puesto de parte de Rhiman Han. Y Rhiman se regocijaba de su triunfo. Se volvió al ser devuelto el bastón de mando a Keridil, y dijo:

-Te quedo muy agradecido, Sumo Iniciado. ¿Quieres disponer lo necesario para que continúe el procedimiento?

-No.

Keridil se levantó bruscamente. Le dolía terriblemente la cabeza y los murmullos del salón resonaban en su cerebro. Necesitaba tiempo para pensar: hasta ahora, Rhiman había forzado la situación, y no estaba dispuesto a dejarse llevar más lejos.

-Continuaremos esta reunión mañana al mediodía -dijo, levantando la voz para que le oyesen todos los presentes-. Esta situación se ha producido con demasiada rapidez para que podamos juzgarla claramente en una noche, sobre todo cuando se han desatado las emociones. Os doy las gracias a todos por vuestra asistencia. Se levanta la sesión.

Rhiman se quedó perplejo y pareció que iba a discutir la decisión, pero la expresión del semblante de Keridil le hizo cambiar de idea. Permaneció sentado en su silla, rasgando contrariado unas hojas de papel, mientras la sorprendida y defraudada multitud empezaba a abandonar la sala. Al fin quedaron solamente un puñado de personas: Keridil, tres de los más viejos Consejeros, Rhiman, Themila... y Tarod.

Tarod se había acercado al estrado de los Consejeros, apartándose de los otros, y estaba haciendo unas muescas en la vieja madera con la punta de su cuchillo. Tenía que hablar con Keridil, pero, estando Rhiman presente, no podía confiar en conservar su aplomo. Oía fragmentos de conversaciones, dominadas por la voz de Rhiman, pero prestó poca atención hasta que Keridil dijo de pronto:

-¡Estoy cansado, Rhiman! Continuaremos mañana. Mientras tanto conténtate con haberte salido con la tuya.

-Esto no es suficiente, Keridil -insistió Rhiman, enojado-. Por todos los dioses, ahora sabemos la verdad acerca de Tarod. ¡No es más humano que su maldito amigo Yandros! ¿Vas a decirme que defenderás a un demonio del Caos? ¿Al ser maligno que asesinó a tu padre?

Una especie de fuego interior, imposible de dominar, dio mayor fuerza a la cólera de Tarod y a su sentimiento de haber sido traicionado, hasta que no pudo contenerse. Se volvió, y Rhiman giró sobre sus talones, alarmado, cuando resonó furiosa la voz de Tarod:

-¡Rhiman Han!

Rhiman trató de parecer despreocupado, pero su indiferencia no era un escudo suficiente contra la mirada asesina de Tarod. Este levantó la mano izquierda, de manera que resplandeció la piedra de su anillo, casi cegando al otro hombre.

-Una vez juré, Rhiman Han, que permanecería fiel a nuestro Círculo -dijo suavemente Tarod, pero en un tono terriblemente amenazador-. Yo no quebranto mis juramentos, pues no los presto a la ligera. Recuérdalo bien, pues ahora voy a prestar otro. Si alguna vez tengo que utilizar los poderes que retengo, ¡serás el primero en comprender lo que es ser un juguete del Caos!

Bruscamente se extinguió la rabia que había hecho presa en él, y se dio cuenta de lo que acababa de decir. Con una sola frase se había condenado; pero las palabras habían brotado de sus labios antes de que pudiese detenerlas. Los otros le miraban, horrorizados. Themila inició un movimiento hacia él, pero Keridil la contuvo.

-Tarod... -tienes que retractarte de esto!

Tarod suspiró profundamente. Ahora ya no podía remediar la situación.

-¿Creería alguien en mi palabra si lo hiciese? -replicó con voz ronca.

-¡laro que te creería! Pero tu comportamiento añade leña al fuego de las acusaciones. ¡No puedo permitir que esto continúe! -exclamó el Sumo Iniciado.

-Entonces, ¡haz lo que sabes que es justo, Keridil! -Rhiman avanzó un paso hacia Tarod, sintiendo renacer su confianza-. ¡Tú mismo has visto lo que es él! ¡Has oído lo que ha dicho! ¿Podemos permitir que esta criatura siga viviendo, para que pueda lanzar a sus odiosos semejantes contra nuestro mundo cuando le venga en gana? El Círculo no puede tolerar la presencia de un diablo en su seno, y por Aeoris que si tú no le haces matar, ¡lo haré yo con mis manos!

Había empezado a desenvainar su espada, y al verle avanzar como un toro furioso, Tarod sacó el cuchillo de su vaina con rápido movimiento.

-¡Detente, Tarod! -le suplicó Themila. Se apartó de Keridil y corrió hacia Tarod, interponiéndose en el camino de Rhiman-. No dejes que te provoque, ¡no le des una razón para atacarte!

Tarod se volvió al acercarse ella. Nunca sabría si Themila había pretendido apartar a Rhiman de su presa; todo ocurrió con demasiada rapidez. Rhiman no pudo detener su propio impulso y Themila se había movido también tan deprisa que Tarod no tuvo tiempo de apartarla a un lado. Themila y Rhiman chocaron, y la espada desenvainada de Rhiman se hundió hasta la empuñadura en la espalda de Themila, sin que él pudiese evitarlo.

-¡Themila! -Con un grito de incredulidad y de horror, Rhiman trató de sujetar a la mujercita que caía, pero no había reaccionado con la suficiente rapidez y no pudo impedir que se derrumbase en el suelo con un ruido sordo. Poniéndose de rodillas Rhiman trató de tomarla en sus brazos-. ¡Themila! ¡Oh dioses, no, no! ¡Themila!

Todavía estaba repitiendo su nombre cuando una mano le agarró de un hombro y le apartó violentamente. Rhiman se debatió y la mano apretó con increíble fuerza, casi hasta romperle

la clavícula. Tarod lanzó a Rhiman rodando por el suelo como si fuese un muñeco de trapo, y cayó de rodillas al lado de Themila.

-Themila...

Ella estaba consciente y levantó la cabeza, fijando en él una mirada desenfocada.

-Ha sido una estupidez de mi parte... Lo siento, Tarod...

Consiguió sonreír débilmente.

El la abrazó, dando mentalmente gracias a Aeoris por el hecho de que estuviese viva.

-No hables, Themila, y no discutas conmigo. Te llevaremos a Grevard...

-Estoy... bien. De veras. Estoy bien.

Themila tosió, y brotó sangre de entre sus labios, resbalando sobre su barbilla.

-¡Keridil! -gritó Tarod-. ¡Que avisen al médico!

Keridil y dos de los viejos Consejeros estaban ya improvisando una hamaca con sus capas, para poder transportar a Themila. Tarod no permitió que nadie tocase a la mujer; la levantó él mismo y la depositó sobre los pliegues de la hamaca sujetándole con fuerza la mano mientras se dirigían a la puerta. Mientras tanto, Rhiman se había incorporado y permanecía tristemente solo en el fondo del salón. Al llegar a la puerta, Tarod se volvió.

-Si muere... -empezó a decir.

-No sigas, Tarod. -Keridil apoyó casi temerosamente una mano en su brazo-. Ha sido un accidente... ya has visto el dolor de Rhiman. -Hizo una pausa-. Themila no querría que te pusieses en peligro por ella.

Tarod le miró con ojos que brillaron cruelmente.

-¿Acaso no estoy ya en peligro, Sumo Iniciado? –su tono era amargo-. Tal vez sería mejor para todos si pusiese fin a las dudas que aún podáis tener, mostrándoos de qué soy realmente capaz.

-¡Tarod!

La súplica de Keridil cayó en oídos sordos. Tarod se había vuelto ya y caminaba por el pasillo detrás de los dos apresurados Consejeros y su carga.

Durante toda la larga noche, Tarod permaneció sentado en el corredor vacío, delante de las habitaciones de Grevard, esperando. Para su alivio, el médico no había perdido tiempo haciendo preguntas, sino que, con su brusquedad acostumbrada, había hecho que tendiesen a Themila en una cama y que despertasen inmediatamente a sus dos primeros ayudantes. Su gato, un descendiente del original, estaba sentado en el antepecho de la ventana, observando con interés, y Tarod había querido quedarse también; pero el médico se había mostrado inflexible.

-Fuera. Ya tengo bastante que hacer, sin que manos inexpertas se interpongan en mi camino. -Vio el semblante de Tarod y le sonrió débilmente-. Comparto tu preocupación, Tarod, puedes creerme. Todos queremos a Themila. Espera fuera, si no puedes irte a dormir; te informaré en cuanto pueda darte alguna noticia de su estado. Y haré todo lo que esté en mi poder.

Tarod había asentido con la cabeza, dolorosamente.

-Sé que lo harás... Te doy las gracias.

Ahora, bajo la pobre luz de una antorcha que se iba consumiendo poco a poco en su soporte de la pared, la vigilia fue larga y triste. La primera luz fría y gris de la aurora empezaba a filtrarse por la alta ventana del fondo del pasillo cuando al fin se abrió la puerta del médico.

Salió el propio Grevard. Su aspecto era macilento, y Tarod supo lo que iba a decir antes de que abriese la boca, se levantó, tambaleándose.

-Saben los dioses que hice todo lo posible, Tarod... -Grevard sacudió tristemente la cabeza-. Pero no fue suficiente. Ya no era joven y no tuvo vigor para reaccionar. Murió hace diez minutos.

Tarod guardó silencio. Grevard le miró, preguntándose si debía insistir en que tomase un sedante. Después decidió que era mejor no hacerlo.

-¿Quieres verla? -preguntó amablemente.

-No.

Tarod sacudió la cabeza, cubrió su mano izquierda con la derecha y acarició el anillo de plata; un extraño ademán, pensó Grevard. Parecía estar sumido en alguna sombría meditación, que el médico se alegró de no poder compartir.

-Todos lloraremos su pérdida -dijo, nerviosamente.

-Murió innecesariamente, Grevard.

-Yo hice todo lo que pude.

-Lo sé. Gracias por haber tratado de salvarla –dijo Tarod, dando media vuelta y alejándose.

Siguió andando, aturdido, hasta que llegó a sus habitaciones. La puerta exterior se cerró de golpe detrás de él, y se quedó plantado, con las manos apoyadas en la mesa, mientras su cuerpo se estremecía en incontrolables espasmos. Estaba como ciego; una niebla roja flotaba ante sus ojos mientras el dolor paralizador era eclipsado por una furia terrible y voraz. Esta creció hasta que pensó que su cabeza iba a estallar, produciéndole una insaciable sed de venganza.

Hoy le condenarían. Lo sabía con tanta certeza como que saldría el sol. Keridil le había traicionado; Themila había muerto, y él estaba solo contra el Círculo.

Pues bien, se dijo, sintiendo que la furia crecía más y más en su interior, si el Círculo creía que él era el mal, les mostraría lo que era el verdadero mal. Por la memoria de Themila. Ella le habría comprendido.

Tarod volvió hacia la puerta con la cautela de un gato. El cerrojo dio un chasquido cuando él hizo girar la llave y, con la lentitud y la deliberación del que se sabe no del todo cuerdo, se dirigió a su dormitorio y corrió las cortinas.

CAPITULO 14

-Por los dioses, Keridil, ¡tú sabes que fue un accidente! -Rhiman rebulló en su sillón en el estudio del Sumo Iniciado, cubriéndose la cara con una mano, mientras buscaba con la otra la copa que tenía al lado-. Que Aeoris me mate ahora mismo si Themila no es para mí la más querida, la más amable...

-Trata de serenarte, Rhiman. -Keridil puso cuidadosamente fuera del alcance del pelirrojo la botella negra de aguardiente de la provincia Vacía y, después, la guardó en el aparador. La había sacado porque lo había considerado necesario, pero ahora Rhiman estaba al borde de un ataque de histerismo y no podía dejar que bebiese más-. Todos sabemos lo que ocurrió, y que tú no tuviste la culpa. Themila actuó irreflexiblemente, ¡nadie podía prever las consecuencias!

-Pero si muere...

-Grevard está haciendo todo lo posible. Tenemos que esperar y tener confianza. -Después añadió, con más convicción en la voz de la que sentía en realidad-: Vivirá, Rhiman. Estoy seguro de ello. Y ahora escúchame: necesitas dormir; es el mejor remedio contra la conmoción.

-¡No podría dormir aunque en ello me fuese la vida!

Keridil miró la cabeza gacha de Rhiman. Todo su arrogante aplomo se había desvanecido después de la tragedia, dejándole agotado y quebrantado. Aunque tenía buenas razones para no simpatizar con aquel hombre y sabía que, de no haber sido por su acaloramiento, el accidente no se habría producido, Keridil se sintió conmovido por su auténtico dolor y su remordimiento, y le compadeció.

-Sin embargo -dijo firmemente-, debes intentarlo. Grevard te lo aconsejaría.

-Grevard tiene cosas más urgentes que hacer en este momento... -Rhiman hizo una mueca-. Tal vez debería ir a sus habitaciones... Quizás podría darme alguna noticia de su estado...

-No, Rhiman -le interrumpió rápidamente Keridil-. Creo que es mejor que esperes aquí.

Algo en su tono puso sobre aviso a Rhiman, que frunció el ceño en medio de su confusión.

-¿Por qué? -preguntó. ¡Nada se pierde con preguntar!

-Es mejor que esperes -repitió Keridil; pero viendo que Rhiman no se daría por satisfecho con una respuesta evasiva, suspiró y añadió-: Tarod está allí, Rhiman. Está velando, en espera de noticias de Themila.

Rhiman contrajo el semblante.

-Ese maldito y diabólico...

-¡Rhiman! -A pesar de su compasión, Keridil sintió renacer la cólera que había experimentado en la cámara del Consejo. Controlando su voz, dijo-: Esta noche se ha causado ya bastante daño para que no haya que añadir más odio a la situación. Tu contienda con Tarod no tiene nada que ver con esto.

-¿Ah, no? -replicó agriamente Rhiman-. De no haber sido por ese cerdo, ¡nada le habría pasado a Themila!

-¡No seas ridículo! -Keridil sintió, de pronto, que no podía dejar de censurar al otro hombre; el remordimiento era una cosa, pero no aprobaría ningún intento de Rhiman de eludir la responsabilidad de sus acciones-. Sean cuales fueren tus sentimientos personales, no puedes volver la espalda a los hechos. No puedes culpar a Tarod cuando...

No terminó la frase. La puerta del estudio se había abierto, de repente, golpeando la pared, y una ráfaga de aire frío del exterior hizo bailar y chisporrotear todas las luces. Keridil se volvió en redondo... y se halló cara a cara con Tarod.

Al Sumo Iniciado se le cortó el aliento al mirar a su viejo amigo. Tarod estaba casi irreconocible; todos los rasgos del hombre familiar y falible habían sido eclipsados por algo extraño y terrible: un aura negra y gélida que hizo que a Keridil se le pusiese la piel de gallina. La luz de los ojos verdes era inhumana, y el anillo que llevaba en la mano izquierda resplandecía como una estrella maligna. Con una impresión tremenda, Keridil vio en él la imagen encarnada de Yandros...

-Tarod...

Pronunció el nombre sólo para romper el espantoso silencio, sabiendo ya que no podía confiar en razonar con la criatura que se enfrentaba a él.

Tarod le miró fijamente como atraves ndole con la mirada y después dijo a media voz:

-Themila ha muerto.

Detrás de Keridil, Rhiman lanzó una exclamación ahogada, inarticulada, y Tarod dejó de mirar al Sumo Iniciado.

-¡Tú...!

La palabra fue como una sentencia de muerte. Keridil oyó que una copa se estrellaba contra el suelo al echarse Rhiman atrás, tambaleándose, e hizo un desesperado esfuerzo para evitar lo que el instinto le decía que estaba a punto de ocurrir.

-¡Tarod, no! -Se interpuso en el camino de Tarod y le agarró de un hombro; después retrocedió al percibir el frío helado de la piel. Sabiendo que era inútil, suplicó-: Te lo pido por nuestra amistad, ¡no le hagas daño!

Tarod volvió lentamente la cabeza.

-¿Amistad? -repitió, como si nunca hubiese oído esta palabra-. ¿Cuál es el precio de tu amistad, Keridil Toln?

-¡No tiene precio! Por el amor de Aeoris, ¡detente!

Los labios de Tarod se torcieron ligeramente, desdeñosamente. Hizo un breve ademán, y Keridil fue lanzado a través de la habitación como por el golpe de una maza. Chocó contra un armario, que cayó con gran estruendo golpeándole en la cabeza y dejándole medio aturdido, y antes de que pudiese recobrarse, Tarod había levantado la mano izquierda.

Keridil pudo ver lo que vendría ahora, pero era impotente para impedirlo: Rhiman no tenía la menor posibilidad de salvación. La última imagen que tuvo el Sumo Iniciado de él fue la de una figura encorvada, encogida, atrapada en una situación espantosa, levantadas las manos como para protegerse, antes de que un enorme chorro de luz roja como la sangre chocase contra sus ojos. Rhiman se estremeció espasmódicamente y después pareció saltar en el aire como una marioneta desmadejada. Un solo alarido se hincó en el sistema nervioso de Keridil como la hoja de un cuchillo, y Rhiman murió antes de que los restos de su cuerpo cayeran al suelo.

El súbito silencio y la calma que siguieron a la acción de Tarod fueron tan impresionantes que Keridil creyó,por unos momentos, que iba a vomitar. Consiguió dominar el espasmo al empezar a aclararse su cabeza después del golpe y, muy despacio y tambaleándose, se puso en pie.

Tarod estaba inmóvil en el centro de la estancia. El aura que había hecho retroceder a Keridil había desaparecido, y con ella la locura. Tarod volvía a ser un ser humano, y sus ojos miraban sin expresión el cadáver de Rhiman.

Keridil, haciendo un gran esfuerzo, miró aquella cosa que yacía en el suelo, y su estómago se rebeló. Sólo restos de los cabellos rojos hacían reconocible a Rhiman; el resto... Desvió rápidamente la mirada.

-Keridil... -dijo Tarod, en voz tan baja que, de momento, creyó el Sumo Iniciado que había imaginado aquel sonido-. Keridil, esto... esto ha sido... -Se tambaleó y consiguió a duras penas agarrarse al respaldo de una silla, medio derrumbándose en ella-. Yo no...

Keridil cruzó la habitación y arrancó una de las cortinas de la ventana. La arrojó sobre el cadáver, volviendo la cara al hacerlo, y Tarod habló de nuevo, esta vez con más coherencia:

-¿Le he matado...?

Keridil giró sobre sus talones, con incredulidad.

-¿Acaso no lo sabes?

El tono condenatorio de su voz hizo que la sangre de Tarod se enfriase en sus venas. En algún rincón oscuro de su mente, persistía el vago recuerdo de un ataque de furor que no había podido dominar, alentado por el dolor y por una inhumana sed de venganza contra el hombre que yacía ahora debajo de la cortina, pero nada era claro o concreto. Le dolía la mano izquierda y apenas si podía doblar los dedos; trató de encontrar palabras para explicarse.

-No... no puedo recordar. Solamente que sentí una enorme cólera, Keridil, y... el poder...

Keridil respiró profundamente, debatiéndose entre sentimientos conflictivos de repugnancia, compasión y miedo.

-Tú le has matado -dijo a media voz-. No tenía posibilidad de defenderse. Entraste como una tromba y no pude razonar contigo. -Se volvió de espaldas-. Rezo para que no tenga que volver a presenciar jamás una cosa parecida.

Gradualmente, los fragmentos de recuerdos empezaron a unirse en la mente de Tarod, y con ellos volvió un pánico ciego. La fuerza caótica se había apoderado de él, y había sido impotente para evitar lo ocurrido: había sido arrastrado por una corriente de odio y se había regocijado con el aniquilamiento de Rhiman. Lo que había hecho no tenía justificación y, si había ocurrido una vez, ¿quién podía predecir que no sucedería de nuevo? No podía luchar solo; se había creído lo bastante fuerte para ello, pero estaba equivocado. Yandros le había utilizado, le estaba todavía utilizando, para sus propios fines. En algún lugar, pensó, el Señor del Caos debía estar riendo...

-Keridil... -Sabía que sólo tenía una oportunidad para apelar al Sumo Iniciado, y que se estaba jugando algo más que su antigua amistad-. Keridil, por favor, por el amor del Círculo, ¡tienes que ayudarme!

-¿Ayudarte...?

El semblante de Keridil estaba absolutamente inmóvil.

-¡A luchar contra esto! -Tarod cerró forzosamente la mano izquierda, mostrando el anillo que tenía ahora un brillo amenazador-. No soy lo bastante fuerte para combatirlo... sin ayuda. Pero si fracaso, -no sólo mi futuro estará en peligro! Sabes lo que quiere Yandros... Quiere emplearme como un vehículo para traer de nuevo el Caos al mundo y amenazar el régimen del Orden. Yo haré acopio de todas mis fuerzas contra él, pero, si el Círculo no me apoya, no serán suficientes. Y si él triunfa, ¡se abrirán de par en par las puertas que han tenido acorralado al Caos durante todos estos siglos!

Keridil seguía observando inexpresivamente a Tarod. Al fin dijo:

-Podrías desprenderte de ese anillo, Tarod. Se lo dijiste a Yandros... Podrías arrojarlo al mar.

-Oh, sí, se lo dije. Pero ¿qué conseguiría con ello? Si arrojase el anillo, perdería el poder que él puede darme, y saben los dioses que es ésta una carga que aborrezco. Pero, mientras lo posea, tendré una oportunidad de destruir las ambiciones del Caos. Puedo emplear el poder de la piedra, Keridil, y creo que, con la ayuda de nuestros Adeptos, podré controlarlo... ¡Es la única oportunidad!

Keridil había retrocedido un paso, como desconfiando y temiendo la vehemente súplica de Tarod. Este cobró aliento y dijo en voz muy baja:

-Además, rechazaría algo que no es simplemente una fuente de poder... Es mi propia alma, Keridil. -Alzó la mirada, con ojos torturados-. Yandros no mintió, lo sé; puedo sentirlo, como algo que me corroe. Pero ¿cómo puedo separarme de ella? Aunque uno se libre de su propia alma, ¿puede destruirla? ¿Qué sería de mí, cuando se hubiese ido?

Keridil guardó silencio, luchando interiormente con el desesperado razonamiento de Tarod. ¿Qué era un hombre sin su alma? No lo sabía, ni quería averiguarlo. Tal vez una cáscara..., una concha humana y viva, sin meollo ni razón de ser. No, pensó; nada podía inducirle a dar un paso del que dependería su propio futuro. Y sin embargo, en ese momento estaba más asustado de lo que había estado jamás en su vida. El alma de Tarod no era la de un espíritu mortal corriente; había nacido del Caos, y el poder del anillo era demasiado grande y letal,

demasiado maligno, para que el Círculo se arriesgase a permitir que renaciese. Tarod argüía que podía invertirlo, emplearlo contra sus creadores, pero ¿sería digna de confianza la promesa? Esa noche, la fuerza se había apoderado de él, y el resultado había sido la espantosa muerte de un hombre tonto y acalorado, pero en el fondo inocente. Si Tarod quería... o era empujado a emplearla de nuevo, ¿qué posibilidad de salvación tendría el Círculo?

Tratando de ganar tiempo, preguntó:

-¿Qué quieres que haga?

Sus palabras fueron como un salvavidas para Tarod.

-Necesito la ayuda del Círculo, controlar la influencia del Caos y emplearla contra Yandros -dijo, en tono suplicante-. Sabes que soy fiel a nuestros dioses y, digan lo que digan los demás, ¡soy humano! -Se golpeó furiosamente un brazo con el canto de la mano-. ¡Siento el dolor como cualquiera! Amo y espero y sueño como todos los demás... Si empuñases un cuchillo y me lo clavases en el corazón, ¡sangraría y moriría! ¡No soy un demonio!

Keridil tenía que tomar una decisión. No era fácil rechazar los hábitos de una vieja amistad, y algo dentro de él compadecía a Tarod. Pero, como Sumo Iniciado, se debía ante todo y sobre todo al Círculo... y después de lo que había visto, el abismo entre él y Tarod se había ensanchado irremediablemente.

Y además, el viejo resentimiento alzaba de nuevo la cabeza...

Tratando de eliminar toda censura o emoción de su voz, dijo:

-Tarod, ¿sabe Sashka algo de esto?

-¿Sashka? -La cara de Tarod se contrajo en una súbita expresión de dolor-. No. ¿Cómo podría saberlo? Ni yo mismo supe la verdad antes de que ella estuviese a salvo en la casa de su padre.

-Desde luego..., pero ¿se lo dirás?

Tarod se cubrió la cara con las manos. Keridil le había hecho la única pregunta que había estado evitando subconscientemente; había sido fácil no pensar en Sashka en medio del caos de los recientes sucesos, pero ahora sentía como si aquella pregunta le hubiese desnudado hasta los huesos.

-Por los dioses -dijo- que no sé qué hacer... No puedo ocultárselo... y sin embargo...

-¿No confías en ella?

Keridil no había pretendido que sus palabras fuesen hirientes, pero lo fueron.

-¡Sí, confío en ella! Pero cuando sepa la verdad, ¿confiará ella en mi? ¿Cómo podré convencerla de que nada tiene que temer, Keridil?

-¿No tiene nada que temer? -preguntó éste.

La cara de Tarod palideció de enojo.

-De mí, ¡nada en absoluto!

Ambos se miraron fijamente. Lenta e inexorablemente, la mente de Keridil empujaba a éste a una elección..., que era, se dijo, la única posible. Sencillamente, no tenía otro camino. . .

Hizo un brusco ademán, tal vez para ocultar un atisbo de contrición.

-Lo siento. Tal vez será mejor que olvidemos este tema. –Vaciló-. Te ayudaré, Tarod..., si puedo.

Tarod le miró fijamente y, por un instante, el Sumo Iniciado se preguntó, alarmado, si estaría leyendo sus pensamientos ocultos. Pero sus dudas se desvanecieron cuando el hombre de negros cabellos asintió con la cabeza.

-No puedo expresarte mi gratitud..., cuando arriesgas tanto al ponerte de mi parte.

La gratitud de Tarod era lo que menos deseaba Keridil en aquel momento, y la rechazó con un torpe movimiento de la mano.

-Olvídalo. Ahora debemos pensar en lo que hemos de hacer en adelante. -Miró brevemente la cortina tendida sobre el cadáver-. Necesitaré tiempo para hablar con el Consejo y persuadirles de que no deben seguir pensando como ahora... En cuanto a Rhiman...

-Lo que ha pasado no puede ocultarse -dijo tristemente Tarod-. Yo no podría negar la verdad..., no podría mentir...

-Lo sé y comparto tu sentimiento. Pero, con un poco de tiempo, creo que podría alegar circunstancias atenuantes y hacer que el Consejo viese la razón. -Se levantó-. Ahora debes irte, Tarod. Vuelve a tus habitaciones, procura dormir un rato y, sobre todo, que no te vean rondar por el Castillo hasta que podamos continuar la sesión del Consejo y dar una explicación. -La duda pasó por los ojos de Tarod y Keridil añadió-: Confía en mí.

-Desde luego. Pero... -dijo Tarod, mirando la cortina.

-Pediré ayuda a Gyneth para sacar de aquí a Rhiman. Sé que Gyneth obedecerá mis órdenes sin hacer preguntas ni difundir rumores. Ahora, vete, por favor.

Por un instante, pensó que Tarod iba a replicar; pero éste inclinó la cabeza en señal de aquiescencia, se levantó y abrazó brevemente a Keridil, incapaz de expresar con palabras lo que sentía. Keridil consiguió dominar un estremecimiento involuntario y el impulso de apartarse al sentir aquel contacto, y cerró la puerta detrás de Tarod cuando éste salió del estudio. Después respiró hondo para recobrar su aplomo, tomó una campanilla de encima de la mesa y llamó a Gyneth. Cuando apareció el viejo criado, Keridil estaba en pie delante de la chimenea, con las manos apoyadas en la repisa y contemplando fijamente las brasas.

-¿Señor? -Gyneth inició una reverencia al volver el Sumo Iniciado la cabeza, y entonces vio aquel bulto inidentificable y cubierto con la cortina en el suelo, y frunció el entrecejo-. ¿Qué...?

Keridil atajó la pregunta antes de que Gyneth pudiese formularla.

-Gyneth, éste es un caso urgente. Quiero que vayas a ver discretamente a cada uno de los miembros antiguos del Consejo de Adeptos y les pidas que vengan a verme inmediatamente.

Librodot

Eso... -y señaló con mano súbitamente temblorosa la cortina- oculta los restos de un miembro del Consejo que ha sido asesinado en mi presencia hace unos minutos.

Gyneth abrió mucho los ojos, pero antes de que pudiese hablar, Keridil prosiguió:

-Ahora comprendes por qué te he dicho que el caso es urgente. Recuérdalo: todos los Ancianos del Consejo, y nadie más.

El viejo asintió con la cabeza, controlando valerosamente su incredulidad. Midiendo sus palabras, dijo:

-Está bien, Señor. ¿Debo... explicar la razón de la urgencia del caso a los venerables Ancianos?

Keridil se mordió el labio. Esta era la cuestión crucial: su decisión marcaría definitivamente el camino a seguir, y una vez la hubiese tomado, no podría volverse atrás. Una imagen de Tarod, tal como había entrado en el estudio, confundió su visión interior, y el miedo volvió a hacer presa en él, como una mano fría y vigorosa. El miedo y la repugnancia y... casi... una especie de odio...

-No, Gyneth -dijo. No sería prudente, pues los rumores circulan demasiado fácilmente y con demasiada rapidez en el Castillo. Diles solamente... -Se estrujó las manos-. Diles que necesito la aprobación del Consejo para ordenar una ejecución.

Confía en mi, había dicho Keridil. Desde luego, había respondido él. Pero ahora, sentado detrás de las cortinas corridas de su ventana, Tarod estaba obsesionado por una duda que se negaba a dar paso al razonamiento. Ni siquiera el doble tormento de su dolor por Themila y del recuerdo de su terrible venganza podían disiparla; un instinto que no le daba momento de reposo hurgaba en su conciencia, persistente, inconmovible.

Keridil le había prometido la ayuda del Círculo, y durante todos los años de su amistad, incluso desde la infancia, Tarod no había visto nunca que faltase a su palabra. Pero ayer, en la cámara del Consejo, se había abierto un abismo entre los dos, y sólo ahora se daba cuenta de que aquel abismo había existido ya y se había ido agrandando desde el día de la investidura de Keridil como Sumo Iniciado. Los acontecimientos de los últimos días habían hecho que se ensanchase de modo inconmensurable, hasta el punto de que la noche pasada le había parecido que estaba siendo juzgado por un extraño... y por un extraño que no le quería bien.

Difícilmente podía culpar a Keridil de que su antigua amistad hubiése perecido, a la luz de todo lo que había pasado. Apoyar a un hombre que, a los ojos de cualquier ser sensato, debía parecer un demonio, pues la acusación de Rhiman había causado efecto, y que había sido indirectamente responsable de la muerte de su propio padre, era más de lo que Tarod podía pedirle. Sin embargo, Keridil le había prometido su ayuda..., aunque algo en su comportamiento y en su voz había despertado una inquietante intuición.

Tarod no podía creer que el Sumo Iniciado le traicionase. No era el estilo de Keridil; habría podido condenarle abiertamente, pero que recurriese a los subterfugios y al engaño era algo inconcebible, a menos que Tarod se hubiese equivocado completamente acerca de él.

Se levantó y se acercó a la ventana, abriendo la cortina para mirar al patio. La culpa, el remordimiento y un miedo terrible al futuro pesaban sobre él como una carga de plomo. Si Keridil hubiese dicho entonces la verdad, creía que, reforzado por el Círculo en su empeño,

habría podido luchar contra la influencia de la piedra-alma y contra la corrupción de Yandros, y tenido algo en lo que esperar. Pero sin ayuda, estaba perdido.

De pronto, le llamó la atención una figura en el patio: un hombre que se movía todo lo deprisa que le permitía su avanzada edad y llamaba bastante la atención a los que le miraban. Había salido del lugar donde se hallaban las habitaciones del Sumo Iniciado, y Tarod se puso tenso al reconocer a Gyneth Linto. El viejo tenía mucha prisa e incluso visto desde lejos, su agitación era evidente. Sin duda un recado urgente de su Señor...

Bruscamente, las angustiosas dudas cristalizaron en una fría certidumbre. Tarod sintió renacer una vez más su terrible cólera y tuvo que ejercer, para sofocarla, todo el dominio que tenía sobre sí mismo. Se dijo que no podía estar seguro..., que un pequeño incidente no demostraba nada.

Pero si sus sospechas fuesen acertadas..., le dijo una vocecilla interior.

Corrió la cortina y sintió un escalofrío al volverse hacia la sombría habitación. Tenía que descubrir lo que pasaba, le decía su instinto. Si apreciaba en algo su vida, no podía otorgar a Keridil el beneficio de la duda. Se dejó caer temblando en un sillón, incapaz de creer que el Sumo Iniciado fuese tan pérfido, pero sin atreverse ya a confiar en él. Poco a poco, levantó la mano izquierda.

Aborrecía el centelleo de la piedra del anillo, pero sabía que dependía de ella, que la necesitaba. Su aura pareció intensificarse y extenderse como un súbito estallido de luz, cuando Tarod fijó su poderosa mente en las habitaciones del Sumo Iniciado...

-Estamos de acuerdo, Señores. -Keridil se levantó, indicando que la discusión había terminado. Su cara estaba desprovista de color y de emoción, y su mirada rehuyó las de los Ancianos presentes en su estudio-. Gracias por el tiempo y la atención que me habéis prestado. Creo que hemos llegado a la única conclusión posible.

El más viejo de los Consejeros asintió gravemente con la cabeza.

-Debo confesar que siento un cierto alivio, Sumo Iniciado. Esta ha sido la decisión más dura que cualquiera de nosotros haya tenido nunca que tomar, y comprendemos que tu larga amistad con Tarod te ha colocado en una posición nada envidiable. Pero creo hablar en nombre de todos los presentes cuando digo que alabamos tu prudencia y que apoyamos plenamente la decisión.

Un murmullo de asentimiento recorrió toda la mesa, pero Keridil supo que no solamente Tarod había sido juzgado en esa reunión. Su propia credibilidad, como presidente del Círculo y del Consejo, había estado en juego, y cualquier intento de pronunciarse en favor de Tarod habría sido desastroso. Lo había sabido hacía una hora, en el terrible momento en que había estado demasiado asustado para negarse a la petición de ayuda de Tarod, y lo veía ahora doblemente confirmado. Había tomado la única decisión posible; no podía hacer otra cosa. Y, con el recuerdo de la espantosa muerte de Rhiman todavía vivo en su mente, supo también que era esto lo que había querido.

-Gracias por vuestra confianza en mí, Consejeros -dijo-. Espero por encima de todo, saber cuál es mi deber para con el Círculo, y sé que este deber va mucho más allá de las exigencias de cualquier amistad. -Vaciló-. Pero también confieso que el puro deber no ha sido mi único motivo. Como a vosotros me espanta lo que Tarod podría hacer y, a diferencia de vosotros, he

sido testigo involuntario y presencial de sus poderes. Estoy totalmente de acuerdo en que no podemos correr el riesgo de permitir que viva entre nosotros.

Siguió otro asentimiento general y, entonces, alguien dijo:

-Existe, desde luego, la cuestión de los... de los medios, Sumo Iniciado. Aunque, estrictamente hablando, estamos moralmente obligados a seguir los procedimientos adecuados, me parece que, dadas las circunstancias, un juicio no sería aconsejable.

-Sí... -convino otro-. A fin de cuentas, nadie va a la muerte de buen grado. Y en cuanto se enterase Tarod de la decisión del Consejo, se convertiría en un terrible adversario. Por lo que nos has dicho, está claro que podría destruir a cualquiera de nosotros, o a todos, con la misma facilidad con que nosotros aplastamos un insecto.

Varios Consejeros miraron involuntariamente al suelo. Se habían llevado ya el cuerpo de Rhiman, todavía envuelto en la cortina; pero antes de que se lo llevasen, todos habían visto con sus ojos el resultado del poder de Tarod. Alguien rió nerviosamente.

Keridil miró fijamente la mesa sobre la que apoyaba las manos extendidas, con los nudillos totalmente blancos.

-Tenemos buenos espadachines -dijo pausadamente-. Si dos de ellos llamasen a la puerta de Tarod sin previo aviso... todo habría terminado en un momento y sin que nadie pudiese impedirlo. Y sería un final piadoso.

Los Consejeros se miraron en silencio. Al fin, el más joven carraspeó y dijo:

-Sobrarán los voluntarios, Keridil. Después de la revelación de ayer...

Keridil cerró momentáneamente los ojos, como sobreponiéndose. Después asintió con la cabeza y dijo vivamente, casi con irritación:

-Está bien, enviad a buscarles. Dadles las instrucciones oportunas y decidles que actúen antes de que Tarod tenga oportunidad de contraatacar.

-¿Ahora, Señor?

-¡Sí, ahora! Me habéis recordado que no puedo perder tiempo, y teníais razón. -El conocimiento de que estaba traicionando la amistad, traicionando los principios, ya no parecía importarle. La existencia del Caos en medio del Círculo era una traición todavía más grave, y contando con el apoyo del Consejo, la conciencia de Keridil se sentía un poco más tranquila-. Enviadles a buscar –dijo-. ¡Acabemos de una vez con este desagradable asunto!

Gracias a alguna cuidadosa manipulación por parte de Keridil, el pasillo del Castillo que conducía a las habitaciones de Tarod estaba desierto cuando los dos Iniciados de cuarto grado lo recorrieron en dirección a la escalera principal. Caminaban rápidamente y sin ruido, sin hablar, asiendo cada uno con mano inquieta la empuñadura de la espada, de hoja corta, que colgaba de su cinto.

Keridil no se había sorprendido de que hubiese voluntarios para la desagradable tarea. A nadie le gustaba la perspectiva, pero los sentimientos de los Adeptos estaban excitados después de las dos muertes de la noche anterior. Estaban de acuerdo en que la de Rhiman había sido

indiscutiblemente un asesinato a sangre fría, y en cuanto a la de Themila, aunque Tarod no le había matado, era el único culpable de los sucesos que habían provocado su muerte por la espada. Mientras siguiese vivo y en libertad en medio de ellos, nadie podía sentirse seguro. Sin él, el Círculo se libraría de una plaga maligna que podía extenderse rápidamente.

Los dos Iniciados de cuarto grado habían sido elegidos para esta misión tanto por su destreza en el empleo de las armas como por la vehemencia con que habían aceptado la decisión del Consejo. Ambos habían sido discípulos de Themila en su infancia y habían sentido un afecto especial por ella, y uno estaba emparentado, a través de una hermana casada, con el clan de Rhiman. Antes de salir de las habitaciones de Keridil, se habían arrodillado con el Sumo Iniciado para pedir a Aeoris el triunfo de la justicia y habían bebido, con veneración, el Vino de la Isla Blanca, elaborado según una antigua receta y reservado exclusivamente para casos excepcionales. La ceremonia había fortalecido su determinación, pero ambos tenían que reconocer interiormente un sentimiento de aprensión que iba creciendo a medida que se acercaban a la puerta de Tarod.

La puerta estaba cerrada y no se filtraba luz por debajo de ella. El Iniciado más joven alargó una mano hacia el tirador, pero el otro le detuvo, sacudiendo la cabeza.

-El Sumo Iniciado dijo que no debíamos despertar en modo alguno su recelo -dijo en su ronco murmullo-. Llama.

Su compañero asintió con la cabeza. Tenía los labios fuertemente apretados cuando llamó con los nudillos a la puerta, y ambos escucharon en el silencio que siguió.

-No está ahí -susurró el más joven-. O esto, o...

-¡Espera! Escucha. . .

Ninguno de los dos habría podido decir si los débiles sonidos que oían ahora detrás de la puerta eran pisadas o solamente el fruto de su imaginación; pero, unos segundos más tarde, percibieron el inconfundible ruido de un cerrojo al abrirse. El más viejo hizo una rápida señal con la cabeza y los dos hombres desenvainaron sus espadas, manteniéndolas ocultas debajo de los pliegues de sus capas cortas.

Chirrió la cerradura y se entreabrió la puerta... y los Iniciados se encontraron frente a una habitación a oscuras y aparentemente vacía.

Se quedaron inmóviles en el umbral, sorprendidos y sintiendo flaquear su confianza. El mayor empujó con indecisión la puerta, que se abrió del todo contra la pared, evidenciando que no había nadie escondido detrás. Por lo visto se había abierto sin que nadie tocase la cerradura ni la hoja, y el joven sintió que el miedo le atenazaba la garganta.

-ÉI lo sabe... -murmuró.

-¡Silencio! Puede haber otra explicación... ¡No te pongas nervioso!

Su compañero respiró profundamente; después entró en la habitación, cautelosamente sin ruido. Ahora que sus ojos empezaban a acostumbrarse a la oscuridad, pudo distinguir las abultadas sombras de los muebles y vio que las cortinas de la ventana de la cámara interior estaban corridas... Sin embargo, la falta de luz parecía irreal. Diciéndose que Tarod no podía saber nada de las intenciones del Consejo, dio otro paso adelante, y su compañero le siguió. Algo surgió amenazadoramente a su derecha; se sobresaltó violentamente y después se burló

de sí mismo al darse cuenta que no era más que un alto armario que, por un juego del resplandor desigual de las antorchas del pasillo, había parecido cobrar vida momentáneamente. Se volvió a medias hacia la cámara interior, haciendo ademán al otro de que no se separase...

Y entonces la puerta se cerró a su espalda, con un ruido que puso los pelos de punta a los dos.

Ambos giraron en redondo al apagarse la luz que llegaba del interior, y el más joven lanzó una maldición en voz alta e hizo la señal de Aeoris ante su cara.

Tarod estaba entre ellos y la puerta. A pesar de la oscuridad, podían verle claramente; una luz peculiar e incolora, que brotaba del anillo de su mano izquierda, acentuaba las duras facciones, la mata de cabellos negros, los inhumanos ojos verdes. Sonrió, sin humor ni rencor.

-¿Me buscabais, caballeros?

El Iniciado más joven trató de articular las palabras que había aprendido cuidadosamente de memoria para engañarle, haciéndole creer que iban a convocarle para una reunión urgente del Consejo. Habían proyectado ganarse su confianza, o al menos disipar sus dudas, y entonces clavarle rápidamente la espada por la espalda, matándole antes de que pudiese defenderse. Ahora parecía una maniobra fútil y ridícula.

-El Sumo Iniciado... - empezó a decir, pero la lengua se le secó en la boca y, con ella, las palabras.

Tarod les miró y su sonrisa se hizo más amplia, súbitamente amenazadora.

-¿El Sumo Iniciado...? -repitió, con una suavidad que no engañó a sus oyentes.

Al ver que ninguno de los dos respondía, avanzó un paso, y ellos retrocedieron al unísono.

-El Sumo Iniciado -prosiguió Tarod, ahora en tono suave y malicioso- me envía sus saludos y sus disculpas. E1 Sumo Iniciado ha decidido que ya no puedo seguir viviendo como Adepto del Círculo; mejor dicho, que no puedo seguir vivo. El Sumo Iniciado me tiene miedo, y por eso os envía a vosotros para hacer su trabajo, furtivamente, como esos bandidos que degüellan a sus víctimas amparándose en la noche. ¿O he juzgado mal al Sumo Iniciado?

Supo la respuesta sin necesidad de mirar los pasmados semblantes. Poco a poco, cerró la mano derecha sobre la izquierda, tocando ligeramente, casi instintivamente, su anillo.

-Con que Keridil ha tomado por fin una decisión. -Miró de nuevo a los Iniciados y éstos palidecieron-. Cree que soy un embustero, y cree que soy el mal. Tal vez ahora descubrir lo que es el verdadero mal...

El más joven de los presuntos asesinos se dejó llevar por el pánico. Incitado por las palabras de Tarod, un terror ciego anuló su razón y, súbitamente, saltó sobre el hechicero de cabellos negros, levantando la espada, dispuesto a matar. Por un instante, Tarod se sorprendió; después, con tal rapidez que ninguno de sus dos atacantes se dio cuenta de ello hasta que fue demasiado tarde, desenvainó su cuchillo y lo levantó para parar el golpe. Chocaron ruidosamente los metales, saltaron chispas al encontrarse las dos hojas, y el cuchillo de Tarod se hundió hasta el mango en el pecho de su adversario.

El Iniciado se tambaleó, soltó la espada y se apoyó de espaldas en la pared. Su cara había palidecido de espanto y de dolor, la sangre brotó a raudales de la larga y curva herida del torso. Después cayó de rodillas y Tarod volvió su atención a su compañero.

El Iniciado mayor había adoptado una posición entre agresiva y defensiva, sosteniendo la espada con ambas manos. Tarod le miró un breve instante; después, hizo un ligero movimiento con la mano izquierda. El anillo resplandeció, como si cobrase vida de repente, y el hombre retrocedió tambaleándose y lanzando un alarido al ser alcanzado de lleno por una fuerza colosal y sentir que le ardían los ojos. Ciego, cayó al suelo y Tarod se inclinó sobre él. Habló, casi sin poder controlar la voz:

-Dile a tu traidor Sumo Iniciado que, si quiere tenérselas conmigo, será mejor que lo haga en persona, ¡en vez de enviar a unos niños en su lugar!

El Iniciado cegado estaba demasiado aterrorizado y dolorido para responderle. Abrió la boca, pero ninguna palabra salió de ella, y su mano, que se movía a tientas, no encontró nada. Sintió que se agitaba el aire a su alrededor, como si alguien o algo se moviese, y lo último que oyó, antes de sumirse en el olvido, fue el furioso golpe de la puerta exterior al cerrarse.

Si los Siete Dioses y todas sus legiones le hubiesen cerrado el camino en aquel momento, Tarod les habría derribado sin pensarlo. Se dirigió a la escalera principal, y, bajó de tres en tres los escalones, salió al gran vestíbulo y lo cruzó, sin reparar en el cuchillo ensangrentado que colgaba de nuevo de su cinto, manchando su ropa y su mano izquierda. Todos sus sentidos estaban embotados; lo único que sentía era una enorme y sofocante amargura por la magnitud de la traición de Keridil. Fingir amistad, jugar con el lazo que les había atado desde la infancia, con el único fin de intentar un frío y cínico asesinato..., todavía no podía creerlo. Pero los dos hombres con sus espadas desenvainadas no habían sido fruto de su imaginación.

Al parecer desde muy lejos, alguien gritó su nombre; él hizo caso omiso de la llamada, apartó a un criado de su camino y oyó una exclamación de sorpresa. Hasta aquel momento, pocos moradores del Castillo, aparte de Keridil y de los miembros más ancianos del Consejo, conocían los detalles de las muertes de Rhiman y Themila; Keridil quería que los hechos no se divulgasen hasta después de que muriese Tarod, y por esto nadie intentó detenerle cuando abrió de golpe la doble puerta del vestíbulo y salió al patio.

La brillante luz del sol le deslumbró, y se detuvo, confuso. Sentía una necesidad salvaje y animal de encontrar a Keridil y matarle, pero la razón se estaba ya abriendo paso entre el miasma de su cerebro. Podía vengarse, pero tendría que enfrentarse con todo el Círculo, y ni siquiera él podría resistir su fuerza combinada. No quería morir..., su venganza contra Keridil tendría que esperar.

Se volvió bruscamente y caminó en dirección a las caballerizas. Ni siquiera se había preguntado a qué lugar del mundo podía ir; lo único que le importaba era alejarse del Castillo y de su ambiente de ruindad y de traición.

Su llegada a las caballerizas hizo que los caballos pataleasen y piafasen en sus compartimientos. Fin Tivan Bruall, que había estado disfrutando de lo que consideraba una merecida siesta sobre un montón de balas de paja, se despertó sobresaltado y empezó a maldecir al intruso que venía a molestarles, a él y a los animales que tenía a su cuidado. Una mirada a la cara de Tarod cortó en seco sus maldiciones.

-La yegua alazana -dijo fríamente Tarod-. ¿Está aquí ?

-¿Aquella bestia resabiada? Está aquí, Señor, pero...

-Ensíllala. -Tarod se volvió al encargado de las caballerizas, cuando éste empezó a protestar de nuevo-. No discutas conmigo, hombre, si aprecias en algo tu cabeza. ¡Ensíllala!

Fin palideció y se dispuso a obedecer. La yegua reconoció a su antiguo jinete y captó algo de su estado mental. Luchó contra Fin, que intentaba ensillarla, tratando de morderle y desorbitando los ojos con agitación. Cuando el hombre la sacó al patio, la bestia sudaba copiosamente y estaba al borde del pánico.

-Señor, nadie podría montarla en estas condiciones -dijo Fin, desalentado. ¡Sería un suicidio!

Tarod avanzó y asió la rienda de la yegua.

-¡Déjame en paz con tus nervios!

Forzó la cabeza de la yegua, obligándola a volverla, y cuando el animal dio un paso de lado para protestar, saltó sobre la silla. La yegua se encabritó y Tarod le golpeó el flanco con el extremo de la rienda. En ese momento, sintió que despreciaba a todos los seres vivientes del mundo; no iba a dejarse dominar por un animal. Fin Tivan Bruall saltó a un lado cuando la yegua se lanzó hacia adelante. Tarod se dio perfecta cuenta de que estaba llamando la atención a todos los que se hallaban en el patio; pero, si querían detenerle, habían esperado demasiado. Retuvo a la bestia a pura fuerza de brazos hasta que estuvieron cerca de la puerta del Castillo; entonces le dio rienda suelta.

El ruido de los cascos sobre la piedra fue casi ensordecedor cuando la yegua salió disparada bajo el gran arco hasta el césped que se extendía más allá. Cruzaron a velocidad vertiginosa el Laberinto, y los contornos de la vasta costa del norte parecieron surgir, de pronto, de ninguna parte, mientras el animal galopaba sobre el peligroso camino del puente.

A Tarod no le habría importado que la yegua, en su furiosa carrera, le hubiese arrojado sobre el borde del estrecho puente de granito al mar embravecido que rugía abajo. Ahora chillaba a su montura, inclinado sobre su cuello y orden ndole que fuese más de prisa, casi incitándola a que les matase a los dos. Pero ella llegó sin tropiezo al otro lado, cruzó al galope la Península y, a medida que se alejaban del Castillo, la ciega y rabiosa locura que se había apoderado de Tarod iba desvaneciéndose, siendo reemplazada por una emoción que le atormentaba en lo más íntimo.

Había dejado atrás todo lo que había conocido, había roto los lazos que le habían atado desde la infancia. Ellos habían despreciado su lealtad, le habían maldecido, le habían condenado... El ya no era parte de su mundo, sino un proscrito. La amistad se había convertido en fiera enemistad de la noche a la mañana; su única amiga y protectora había muerto... y el Círculo no guardaba nada para él, salvo dolor.

¿Adónde podía ir? El Círculo había sido su vida; no tenía parientes ni amigos más allá de sus confines. Lo único que tenía era una sola fe, una sola esperanza.

Sashka. Ahora debía de haber salido de la casa de su padre para volver a la Residencia de la Tierra Alta del Oeste y esperarle allí. En una cosa no se hacía ilusiones: en cuanto circulase la noticia, la Señora Kael Amion le condenaría con tanta vehemencia como cualquier Iniciado del Círculo; pero la Señora Kael no era madre ni tutora de Sashka. Y su hermosa, fiel y testaruda novia no prestaría atención a las advertencias o consejos de los viejos, sino que seguiría los impulsos de su corazón.

Librodot

Ahora la necesitaba más que nunca. En cuanto estuviesen de nuevo juntos, podrían trazar planes y decidir lo que había que hacer: su futuro sería ahora muy diferente, pero, pasara lo que pasara, nunca volverían a separarse...

La yegua, calmado su frenesí, había ralentizado su andadura. Más amablemente que antes, pero con mayor resolución, Tarod levantó las riendas y la condujo hacia adelante, en dirección al estrecho y peligroso camino que se adentraba hasta el corazón de las montañas.

CAPITULO 15

Aunque se acercaba lo más crudo del invierno y los pocos rboles que crecían tan al norte se habían despojado de sus hojas, el jardín de la Residencia de la Hermandad de la Tierra Alta del Oeste era un lugar agradable para pasar en él un par de horas. Sashka había salido del salón de recreo, donde se presumía que ella y las otras Novicias pasarían los ratos de ocio divirtiéndose con pasatiempos propios de muchachas de su posición, y se alegraba de haberse librado de lo que consideraba tonterías de sus compañeras. Durante la visita a sus padres, casi había olvidado lo aburrida que podía ser la vida en la Residencia. Dondequiera que volviese la cara, se encontraba con alguna forma de autoridad, y para una joven acostumbrada a hacer su voluntad en todo, el reglamento de la Residencia podía ser, ciertamente, muy irritable.

Sonrió en su fuero interno mientras bajaba por uno de los senderos empedrados del jardín, deteniéndose para cortar una flor tardía de uno de los bien cuidados arbustos. En verdad, tenía que confesarse que otros factores habían influido en su rápido cambio de actitud en lo tocante a la Hermandad. Tarod le había hecho ver horizontes que se extendían mucho más lejos de lo que anteriormente había imaginado; ahora, la Hermandad, que había sido su ambición suprema, parecía un pálido sustituto, comparada con lo que había visto del Círculo y sus costumbres.

Introdujo una mano en la bolsa colgada de su cinto y, por quincuagésima vez, acarició la insignia de oro que conservaba en ella. Recordaba con satisfacción la reacción de su padre a la prenda de su noviazgo; había sido su triunfo final sobre cualquier desaprobación o duda que hubiese podido existir todavía, y desde que había mostrado orgullosamente la insignia, sólo había oído alabanzas del Adepto de alto grado que iba a honrar a su clan con su apellido, y súplicas apremiantes de que le diese la bienvenida en su casa a la primera oportunidad posible.

Lo único que la desconcertaba un poco era que Tarod no había cumplido todavía su promesa de venir a buscarla. Esto había motivado en parte su súbita decisión de regresar a la Tierra Alta del Oeste; la insistencia de sus padres se estaba haciendo engorrosa, y había deseado la relativa soledad de la Residencia en su valle aislado. Seguía estando segura de que él vendría en cuanto pudiese, pero no estaría mal que, cuando llegase a la casa de su padre, se encontrase con que ella se había ido. Una promesa, pensaba Sashka, era una promesa; si los asuntos del Círculo le habían retenido en la Península de la Estrella más tiempo del previsto, tendría que aprender que lo que necesitaba ella tenía preferencia sobre todo lo que pudiese exigirle el Castillo.

Sin embargo, no había tardado en darse cuenta de que estaba tan inquieta en la Residencia como lo había estado en la casa de sus padres. Y su inquietud mental no era en modo alguno remediada por la curiosidad de sus compañeras Novicias, que no paraban de hacerle preguntas banales sobre el Adepto a quien se había prometido, ni por la tácita pero inconfundible desaprobación de la Hermana Superiora, la Señora Kael Amion.

Sashka recordaba con cierto malestar la conversación sostenida en el despacho de la Señora Kael. Esta la había felicitado, pensando sin duda que no podía hacer otra cosa, pero su actitud había sido distante, casi fría. Sashka se había atrevido a preguntarle sin ambages si desaprobaba su noviazgo y la Señora Kael había estado a punto de perder los estribos, cosa muy rara en una persona normalmente estoica.

-La conveniencia o no de tu matrimonio, Sashka, es de incumbencia de tu clan -había respondido secamente-. Lo único que puedo decir es que, como Novicia de esta Hermandad, tendrías que haber aprendido una prudencia y un buen criterio que les son negados a mujeres menos afortunadas. Espero que los emplees para tu bien.

Sashka había reflexionado sobre las palabras de la anciana Superiora durante unos días, antes de decidir que era la envidia la que había dictado su consejo. La Señora Kael no se había casado nunca y las jóvenes se preguntaban sobre las desilusiones que habría sufrido en su juventud. A Sashka le divertía pensar que, si Kael hubiese sido cincuenta años más joven, probablemente le habría echado el anzuelo a Tarod.

-¡Sashka! -le gritó una voz ahogada desde cierta distancia, y Sashka se detuvo y se volvió.

Vetke Ansyllin, su más íntima amiga y compañera de estudios en la Residencia, avanzaba resoplando en su dirección, agobiada por las largas faldas y por su exceso de peso. Tenía la cara enrojecida y parecía muy agitada.

Sashka, despiadadamente, no trató de aliviar el sofoco de Vetke yendo a su encuentro. Se quedó simplemente donde estaba, deshojando la flor que había cortado, hasta que la rolliza muchacha se detuvo jadeando junto a ella.

-Sashka, las Novicias te han estado buscando por todas partes. La Señora quiere que vayas a su despacho, ¡inmediatamente!

-¿La Señora...?

Sashka frunció el ceño. ¿Qué podía querer de ella la Señora Kael ?

-¡Oh, Sashka, espero que no sean malas noticias!

Vetke estaba enloquecida de curiosidad. Sashka, inquieta, la apartó a un lado.

-Buenas o malas, pronto lo sabrás, dada la rapidez con que circulan los chismes en este lugar...

Echó a andar por el camino. Vetke la siguió. Pero las largas zancadas de Sashka la dejaron pronto atrás, y cuando ésta llegó al pasillo vacío de la Residencia, corrió hasta llegar a la puerta de la Superiora. Su llamada fue contestada inmediatamente. Entró y encontró a Kael Amion sentada a su mesa, pálido el semblante. Tenía en la mano una carta desplegada y, antes de que la dejase sobre la mesa, Sashka creyó ver el sello del Sumo Iniciado en el dorso.

-¿Me has enviado a buscar, Señora?

A pesar de su reconocido desdén por la autoridad, Sashka observaba autom ticamente las normas de la cortesía; pocas se atrevían a tratar a la Superiora de la Hermandad sin dar muestras del máximo respeto.

-Sashka... -Kael Amion se levantó, y había tanta preocupación y compasión en su voz que la joven se estremeció interiormente-. Siéntate, por favor. Lamento tener que darte una noticia muy desagradable.

¿Su padre? ¿Su madre? No, Tarod; por favor, Aeoris, que no sea Tarod... Sashka palideció y se dejó caer en la silla más próxima.

La Señora habló despacio, y su semblante arrugado por una emoción que Sashka no podía interpretar.

-Hoy he recibido una carta urgente y personal del Sumo Iniciado, y su contenido me ha inquietado profundamente. No tengo por costumbre permitir que las Novicias tengan conocimiento de una correspondencia tan confidencial..., pero, dadas las circunstancias, creo que tienes derecho a saber lo que dice esta carta.

Con un brusco movimiento, acercó el pergamino a Sashka.

La muchacha lo tomó con manos temblorosas. De momento, aunque fuese absurdo, su único pensamiento coherente fue que Keridil Toln tenía una caligrafía clara y elegante, como correspondía a su posición... Después, sacudió la cabeza para despejarla y se obligó a asimilar las palabras.

Durante un largo rato, reinó el silencio en el despacho de la Señora. Un rayo de sol se filtraba por la ventana sobre la cabeza inclinada de Sashka, haciendo que sus cabellos resplandeciesen como el cobre. Kael Amion le observaba cuidadosamente y con ojos penetrantes. Ella misma podía añadir muchas cosas al contenido de la carta; que hablase o guardase silencio dependería de la reacción de la joven...

Por fin levantó Sashka la cabeza. Brillaban lágrimas en sus ojos, y su boca se torció en una mueca al murmurar, con voz ahogada:

-¡No! No creo una palabra..., Señora, ¡no lo creo!

No era peor de lo que Kael había esperado. A fin de cuentas, la muchacha se había considerado prometida a ese indeseable... Nadie podía esperar que aceptase inmediatamente la verdad que le arrojaban tan inesperadamente a los pies.

-Sashka, hija mía..., escúchame. Comprendo tus sentimientos, pero el Sumo Iniciado es un hombre justo y de honor. -Se pasó la lengua por los labios-. Tú debes saber que ha sido íntimo amigo de tu... del Adepto Tarod, desde que ambos eran unos niños. Tan duro es para él hacer esta declaración como lo es para ti aceptarla.

Caos... Esta palabra parecía arder en el cerebro de Sashka. Tarod, un servidor del Caos, un ser no realmente humano... Trató de encontrar palabras de protesta, pero no acudieron a sus labios; frustrada, rompió a llorar desaforadamente, y sólo percibió vagamente cómo se levantaba la Señora Kael de la mesa y se acercaba a ella para abrazarla y consolarla como si fuese una niña pequeña.

Por fin amainó la tormenta y Sashka se sonó ruidosamente y se secó los ojos, irritada, dándose cuenta, incluso en su aflicción, de que las mejillas mojadas por el llanto no favorecían su belleza.

-¿Te sientes mejor? -preguntó amablemente Kael Amion.

-Sí... gracias, Señora.

-Sé que esto habr sido un golpe terrible para ti, Sashka, pero debes creer que el Sumo Iniciado dice esto muy en serio. -Kael tomó el pergamino de manos de la joven, lo alisó y releyó los últimos párrafos-. Dice que no hay duda posible, que el propio Tarod no niega la verdad de estas alegaciones. Y me pide que te transmita su profundo pesar. Te menciona particularmente, Sashka; salta a la vista que te aprecia mucho.

Estas palabras se abrieron paso en la mente de Sashka, confusa en su aflicción, y recordó las frases de Keridil: *Por favor, transmite mi mayor consideración a la Señora Sashka Veyyil y dile que lamento mucho los que deben ser para ella momentos de dura prueba*. Un mensaje del Sumo Iniciado, para ella en persona..., y ella ni siquiera sabía que se hubiese dado cuenta de su existencia...

-Hija mía. -Kael Amion se había sentado de nuevo detrás de su mesa, pero se inclinó hacia adelante para asir las manos de Sashka-. Debes comprender que esto arroja una luz diferente sobre tus planes de matrimonio. Saben los dioses que me cuesta decirlo, pero...

Sashka la interrumpió:

-Señora..., ¿tiene... tiene mi padre noticia de esto?

Kael pestañeó.

-No... Yo he recibido la carta del Sumo Iniciado esta mañana. Pero tendrá que saberlo, Sashka. No puedes ocultarle esta noticia.

Un débil acento de censura se traslució en su voz, y Sashka tragó saliva.

-Yo... no quise decir...

Sintió que las lágrimas acudían de nuevo a sus ojos y se esforzó en contenerlas.

Kael vio la semilla de la rebelión y decidió que tenía que aplastarla antes de que pudiese germinar y arraigar. Aunque no lo había dicho, el noviazgo de su Novicia la había preocupado desde que había tenido noticia de él, y la carta de Keridil venía a confirmar, aunque de una manera que nunca habría creído posible, los temores y las dudas que sentía desde hacía tiempo acerca de Tarod. Ahora pensaba amargamente que podían achacarle la mayor parte de la culpa de que Tarod hubiese ocupado un lugar destacado en el Círculo; si no hubiese socorrido al niño perdido en las montañas del noroeste, tantos años atrás, difícilmente habría sobrevivido y causado tantos trastornos. Era un pensamiento indigno, sobre todo habida cuenta de que aquel niño les había salvado la vida a ella y a otros; pero Kael era esencialmente una mujer pragmática, y lamentaba que sus facultades de previsión le hubiesen fallado tan gravemente aquella noche fatídica.

Librodot

Volvió una vez más su atención a Sashka. La muchacha la estaba mirando fijamente, pero Kael tuvo la impresión de que su cerebro no hallaba sentido a lo que veía. La impresión... era comprensible, pero tenía que sacarla de ella lo antes posible y hacerle ver la razón. De otra manera, su carácter voluntarioso podía afirmarse y meterle en la cabeza toda clase de ideas tontas y desafiadoras.

-Sashka -dijo, severamente-, una cosa debe quedar clara desde el principio. Tu matrimonio no puede celebrarse en modo alguno.

Sashka se incorporó en su silla para protestar:

-Pero. . .

-¡No! No hay discusión posible. Sé que es duro para ti, pero, con el tiempo, lo comprender s y te alegrarás de ello. Casarte con ese hombre sería echar por la borda todo tu futuro; todo aquello por lo que han trabajado durante generaciones los clanes de tu padre y de tu madre. El Círculo no tolerará que semejante criatura viva entre ellos, y ni siquiera un alto Adepto puede hacer su propia ley. En el mejor de los casos, será probablemente degradado y expulsado del Círculo. En el peor... -Vaciló-. No ha habido ninguna ejecución en el Castillo durante el tiempo que alcanza la memoria de sus actuales moradores, pero existen precedentes.

Sashka guardó silencio.

-El Sumo Iniciado tiene autoridad para ordenar su muerte -siguió diciendo Kael-. Keridil Toln es un hombre justo, pero esto -y golpeó el pergamino para dar mayor énfasis a sus palabras- es más que un delito. Es un sacrilegio y una blasfemia contra nuestro señor Aeoris. Y aunque se perdonase la vida a Tarod, sería un proscrito, un paria. ¿Querrías aliarte con un ser semejante, incurrir en la cólera de Aeoris y convertirte en una proscrita a su lado?

Sashka tampoco respondió esta vez y la Señora Kael supo que sus palabras habían causado efecto. Los Veyyil Saravin eran una familia orgullosa y ambiciosa, y la muchacha había heredado estos rasgos; la idea de que si se mantenía fiel a Tarod perdería su honor, su posición y sus perspectivas, se impondría cuando hubiese tenido tiempo de considerar sus implicaciones. Si podía infundirle un poco de miedo, pensó Kael, habría cumplido su misión.

-Querida -dijo, acomodándose más en su silla- probablemente no lo sabes, pero yo misma he tenido experiencia directa de los poderes de hechicería de Tarod, de los que habla con tanta elocuencia el Sumo Iniciado en su carta.

Sashka la miró, sorprendida.

-¿ Tú, Señora ?

-Sí. De esto hace muchos años; él no era más que un chiquillo, pero ya entonces su poder era terrible y evidente. Escucha y te contaré la historia...

La yegua alazana se detuvo sobre el mojado y resbaladizo esquisto y agachó la cabeza, jadeando. Tarod sintió la convulsiva agitación de sus flancos y se preguntó si se habría cansado demasiado. Esperó que no fuese así; él se había recobrado hacía tiempo de su primera irritación contra el animal y, además, podía necesitarle de nuevo dentro de poco.

Desde la cumbre que marcaba el extremo sur de las montañas, contempló las suaves vertientes de un antiguo valle glacial. Los detalles quedaban medio oscurecidos por la fuerte lluvia que había estado cayendo desde el amanecer; los colores eran opacos y borrosos bajo el velo del agua; pero, a pesar de todo, aquel lugar parecía un puerto de refugio después del duro terreno de los picos. Al otro lado se alzaban de nuevo las montañas, negras y amenazadoras, con sus riscos más altos perdiéndose entre los móviles jirones de nubes; pero en el fondo había granjas y huertos, y rebaños manteniéndose estoicos en los refugios que podían encontrar. Y, a lo lejos, medio ocultas por una arboleda y rodeadas de limpios y bien cultivados campos, veíanse las paredes blancas de la Residencia de la Hermandad de la Tierra Alta del Oeste.

Tarod sintió una emoción extraña al contemplar el tranquilo edificio. Podía estar allí mucho antes del anochecer, y entre aquellas paredes estaba Sashka, esperándole..., pero no se atrevía a moverse de donde estaba hasta que se hiciese de noche. Era posible, sí, posible que un mensaje de Keridil hubiese llegado a la Residencia; a fin de cuentas, era el único lugar donde esperaría lógicamente el Círculo que fuese él, y no podía arriesgarse.

Tanto Tarod como su caballo se habían esforzado al máximo desde su huida del Castillo. Ahora estaba terriblemente fatigado, sufriendo los efectos del frío y la falta de sueño, y la lluvia le había empapado hasta los huesos: en su prisa, no había traído comida ni una capa, y el viento, filtrándose a través de la mojada camisa, le entumecía la piel hasta el punto de que apenas podía sentir sus congeladas manos sobre las riendas. Pero tendría que sufrir un poco más...

Descabalgó y a punto estuvo de caerse al flaquearle las piernas. Agarrándose a un estribo para sostenerse, apartó a la yegua del risco y la condujo al resguardo de un escarpado cantil. Había observado un camino seguro que descendía al valle, transitable incluso en plena oscuridad; hasta que se hiciese de noche, se refugiaría donde pudiese al pie del cantil, y esperaría.

Confiaba en poder dormir un rato, pero el viento cambió de dirección proyectando fuertes ráfagas de lluvia contra la cara de la roca bajo la que se había resguardado, y esto, combinado con las punzadas del hambre, le mantenía despierto. Aunque era hora avanzada de la tarde, el crepúsculo pareció tardar una eternidad; pero al fin el cielo empezó a oscurecerse en oriente, pasando del gris al plomo y al negro. Entonces quedó el valle hundido en una densa sombra y Tarod se puso en pie.

Subió con dificultad a la mojada silla y tuvo que agarrarse a la crin de la yegua para sostenerse. El animal parecía haber recobrado el ánimo y emprendió la marcha al primer toque, sin hacerse rogar. Envueltos en la creciente oscuridad, descendieron lentamente por el sendero, dejando las montañas a su espalda. El viento amainó cuando se acercaron al fondo del valle; después cruzaron unos pastos, salpicados aquí y allá de indistintas siluetas de arbustos y matorrales y de alguna res ocasional que se ponía trabajosamente en pie y se alejaba con un mugido de indignación. Brillaban débilmente luces en dos casas de campo próximas, pero nadie reparó en el desconocido que pasó cabalgando sin ruido; y al fin aparecieron delante de él las blancas paredes de la Residencia de la Hermandad.

Tarod tiró de la rienda y, después de desmontar, ató la yegua al primero de los rboles circundantes. Desde fuera, no se veían luces en la Residencia; de acuerdo con la tradición, ésta había sido construida con un alto muro de cerca, con el fin de disuadir a los presuntos galanes de rondar a las Novicias. Tenía que haber una poterna, cerrada pero probablemente sin vigilancia; abrirla sería fácil... si tenía fuerza para ello.

Tarod acarició su anillo, sintiendo la piedra fría débilmente pulsátil a su tacto. De nuevo lo necesitaría; en circunstancias normales, le habría bastado su propia habilidad natural, pero el

agotamiento se había ensañado en él. Se volvió para dar unas palmadas al morro de la yegua y tranquilizarla, y oyó que resoplaba inquieta al perderse él de vista en la oscuridad. El muro estaba ahora frente a él y lo resiguió en silencio hasta encontrar la puerta. Una rejilla colocada a bastante altura en la madera permitía ver un destello de luz al otro lado; pero nada se movía. Tarod cerró los ojos, forzando a su mente a concentrarse... y al cabo de unos momentos oyó el chirrido de un pesado cerrojo. Empujó la poterna, que se abrió sobre los untados goznes, y entró en el jardín de la Residencia.

Ahora la Residencia de la Hermandad se le manifestó como un agradable conjunto de edificios bajos y blancos, de uno o dos pisos. El más grande, delante de él, tenía una hilera de altas ventanas iluminadas, y a través de ellas pudo ver largas mesas de refectorio y unas pocas mujeres de hábito blanco sentadas cerca del encendido hogar. Más allá, había dos casas de menores dimensiones que Tarod presumió que debían contener las habitaciones de las Hermanas profesas, y todavía más allá, varios edificios parecidos a casitas de campo en los que debían residir las Novicias...

Tarod se movió rápidamente, apartándose de la luz de las lámparas hasta que llegó a la primera casa de las Novicias. Iba a acercarse cuando se abrió una puerta y salieron por ella dos muchachas que se cubrían la cabeza con los abrigos. Riendo y gritando bajo la lluvia, pasaron corriendo a muy poca distancia de la sombra donde Tarod permanecía inmóvil y se alejaron en dirección al refectorio.

El esperó hasta que sus voces se hubieron extinguido al fin y, entonces, se acercó a la casita. La intuición le condujo a la parte de atrás del edificio, donde vio dos ventanas enmarcadas por una parra trepadora; una de ellas a oscuras, y la otra mostrando una franja de luz entre las cortinas medio corridas.

Tarod sintió la presencia de ella mucho antes de llegar a la ventana y mirar cautelosamente a través de ésta; pero cuando vio a Sashka experimentó igualmente una
emoción inesperada. Estaba sentada a una mesita, con la cabeza inclinada y aureolada por la luz de la vela, y parecía estar leyendo.

La mano de Tarod se extendió involuntariamente hacia la ventana para abrirla, pero se contuvo. No quería asustar a Sashka; sólo los dioses sabían lo que pensaría si le veía entrar como un ladrón. Se echó atrás y volvió a la puerta por la que habían salido las parlanchinas Novicias. No estaba cerrada y, desliz ndose en silencio por ella, se introdujo en un pasillo estrecho y oscuro.

La puerta de Sashka estaba al fondo y a la izquierda. La mano no hizo ruido sobre el tirador; la puerta se abrió fácilmente y, por un instante, observó a la muchacha que seguía ensimismada. Después entró en la habitación, cerró la puerta tan silenciosamente como la había abierto y dijo en voz baja:

-Sashka...

Ella lanzó un grito, ahogado instintivamente, y giró en redondo, haciendo chirriar la silla sobre el suelo. Al verle, abrió mucho los ojos y palideció; se puso en pie, retrocedió un paso y murmuró el nombre de él como si no pudiese creer lo que le estaban diciendo sus sentidos.

Tarod cruzó la estancia en su dirección.

-Perdóname... No quería asustarte, pero no se me ocurrió otra manera.

Ella lo sabía. Lo vio en sus ojos; de alguna manera, la noticia había llegado antes que él, y Kael Amion había creído oportuno transmitir el mensaje del Castillo. De pronto, la esperanza y la certidumbre se derrumbaron, y se sintió despojado de todo... ¿Habían ellos corrompido a la única alma viviente con cuya fe había creído que podía contar?

Sin embargo, Sashka recuperó rápidamente el aplomo. Ver a Tarod en su propia habitación, a menos de cinco pasos de distancia en el preciso instante en que ella estaba obsesionada pensando en él, le había causado una terrible impresión; pero se sobrepuso y tragó saliva para aliviar las palpitaciones de su corazón.

-Tarod..., por los dioses, ¿qué estás haciendo aquí?

-He venido a buscarte.

-Pero, esa ropa, esos cabellos... Estás empapado, ¡y ni siquiera llevas una capa!

-No tuve tiempo de hacer preparativos. Yo... salí del Castillo con demasiada prisa. -Hizo una pausa y añadió: Te lo han dicho, ¿verdad?

Ella le miró a la cara, y dijo con labios temblorosos:

-¿Si me han dicho...?

-En nombre de Aeoris, Sashka, ¡no disimules! Han llegado a la Residencia noticias sobre mí. Y tú lo sabes.

Ella se echó a llorar, con sollozos profundos y ahogados que sacudían todo su cuerpo. Parecía tan desesperada, tan vulnerable, que Tarod sólo pudo atraerla hacia sí y abrazarla a pesar de su desaliñado aspecto. Por un momento, pensó que ella le rechazaría, pero Sashka se apretó contra él como para valerse de las pocas fuerzas que le quedaban.

-Ayer me llamó la Señora Kael... -Su voz era apagada, vacilante-. Me... me mostró una carta que acababa de traer un mensajero del Castillo..., una carta personal del Sumo Iniciado...

-¿Qué decía?

-Decía... que algo terrible había ocurrido, que tú... habías evocado a un demonio del Caos. Y... que se temía que no eras fiel a Aeoris, sino al mal...

Ningún mensajero podía haber llegado a la Residencia antes que él, a menos que tuviese alas... Keridil tenía que haber enviado su carta la misma noche de la sesión en el Salón de Mármol.

-¿Decía algo más? -preguntó.

-Solamente que... el Sumo Iniciado pedía a la Señora Kael que me avisase del peligro...

-Sí -dijo reflexivamente Tarod-, me imagino que diría esto...

Los hombros de Sashka subieron y bajaron al compás de sus sollozos.

-Tarod, la Señora me dijo que nuestra boda no puede celebrarse, que si me casara contigo, ambos lo perderíamos todo y nos convertiríamos en proscritos. Por favor... por favor, ¡dime que no es verdad!

El no podía mentirle. Habría sido muy fácil, viendo su cara suplicante, asegurarle que todo acabaría bien, marcharse ahora con ella y llevarla consigo al exilio..., pero no podía hacerlo. Ella merecía más que nadie que le dijese la verdad.

-Sashka, tengo que contarte toda la historia. -La soltó suavemente y fue en busca de una silla. Tenía que sentarse; su cuerpo agotado no podía aguantar más-. He cabalgado desde la Península sin detenerme; pero, antes de descansar, debo cont rtelo todo. -Miró hacia la puerta-. ¿Estamos seguros aquí?

-Más seguros que en cualquier otra parte... Las habitaciones de las Novicias son sagradas.

-Entonces, escucha. Después de que saliera la carta, ocurrieron más cosas... La noche siguiente maté a un hombre. . .

-¡Tú..! ¡Oh, no! ¡No puedo creerlo!

-Tienes que creerlo, ¡porque es verdad!

Deliberadamente, había hecho esta revelación en un tono frío y duro, sabiendo que todo disimulo habría sido más perjudicial que beneficioso. Ahora, al ver que ella le miraba fijamente, relató todo lo sucedido hasta sus últimos y más dolorosos detalles, sin emoción y sin cruzar su mirada con la de ella. Tenía la impresión de que se estaba desnudando enteramente en su presencia, pero era la única manera: ocultarle cualquier cosa habría sido una terrible injusticia. Solamente podía confiar en su propia creencia de que ella le sería fiel.

Así le expuso toda la historia, y ella guardó silencio, un silencio que se le hizo insoportable.

-Y ahora -dijo Tarod- han puesto precio a mi cabeza, Sashka. Soy peor que un proscrito..., soy un hombre condenado a muerte.

-¡Oh, Tarod...!

Estrujándose desesperadamente las manos, se volvió y se dirigió a la ventana. Preguntó, temblándole la voz:

-¿Qué vas a hacer?

-No lo sé. . . Eso depende de ti.

-¿De mí...?

-Sashka, ¡tú eres la única que sé que no me traicionaría! Tienes mi vida en tus manos. Puedo vivir..., puedo ir hasta el lejano sur y empezar de nuevo; como saben los dioses, es fácil crearse una nueva identidad. Es un trabajo baladí para cualquier Adepto. Pero, sin ti, no tendría nada para lo que vivir. La Señora Kael tiene razón: lo perderías todo: tu clan, tus amigos, tu posición... Pero estaríamos juntos. ¿No es esto lo único que importa?

Ella respiró profundamente durante lo que pareció un rato muy largo. Después dijo, muy despacio:

-Sí..., es lo único que importa, amor mío.

Tarod tuvo ganas de llorar, por el alivio que sentía. La miró, vuelta de espaldas a él, y aunque le dolía mirarla, aceptaba de buen grado ese dolor. Se levantó.

-Entonces...

-No -dijo ella. Se volvió, se acercó a él y apoyó las manos en sus brazos-. Nada, hasta que hayas descansado. Me has dicho que has cabalgado sin parar... ¿Desde cuándo no has comido?

No lo había hecho desde la muerte de Themila... Hizo un ademán negativo.

-Esto no tiene importancia.

-¡Si que tiene importancia! A juzgar por tu aspecto, creo que no podrías sostenerte sobre un caballo, y menos cabalgar en él. Tienes que esperar aquí. Iré a buscar comida; después, dormirás, y más tarde, nos marcharemos rápida y silenciosamente, antes de que nadie sospeche nada. -Señaló hacia la ventana-. Ha dejado de llover. Si el cielo se despeja, será peligroso salir antes de que se ponga la segunda luna.

ÉI vaciló. Teniendo la libertad tan cerca, se resistía a demorar su fuga por cualquier razón; pero su propio cuerpo le decía que Sashka tenía razón. Estaba derrengado, demasiado agotado para pensar en algo que no fuese el más inmediato presente; necesitaba recobrar sus fuerzas, para ser capaz de cualquier cosa...

-Sashka...

Su incertidumbre se reflejó en su voz, y ella se inclinó para besarle dulcemente. Sus labios se demoraron en los de él, despertando recuerdos de los días que habían pasado juntos en el Castillo.

-No temas, amor mío –murmuró-. Todo irá bien. Confía en mí...

El cerró los ojos y asintió con la cabeza, demasiado fatigado para responder. Ella le alisó los cabellos con la mano y dijo:

-Espera aquí. Iré a buscar comida, y después podrás dormir.

Se dirigió a hurtadillas a la puerta, la abrió y observó al pasillo, que estaba desierto. Mirando hacia atrás por encima del hombro, vio que Tarod estaba ya dando cabezadas, y salió al corredor. En cuanto se hubo cerrado la puerta a su espalda, se apoyó en la pared, cerró con fuerza los ojos e hizo la señal de Aeoris sobre el pecho. Su corazón palpitaba de nuevo, con una mezcla de espanto por las revelaciones de Tarod y de alivio por haber huido de la habitación. No lo había creído; había fingido aceptar lo que le decía la Señora, pero rebelándose en secreto contra la noticia; pero ahora, sus ideas y sus sentimientos habían sufrido un cambio violento.

La amargura y el desencanto la embargaban. Había tenido tantas esperanzas, tantos sueños... y de repente, en una noche aciaga, todo había sido destruido. Un hómbre condenado a muerte..., un Adepto de séptimo grado con la cabeza puesta a precio, acusado de contubernio con el Caos... No pretendía comprender la mitad de las implicaciones de todo esto, pues le resultaba

irritante; pero las consecuencias estaban bastante claras. Y él quería que se marchasen juntos esta noche, que se fugasen, para enfrentarse con un futuro que nada podía ofrecerles...

Había sido una tonta. Hubiese debido darse cuenta desde el principio de que no había humo sin fuego y, en vez de especular y preocuparse e inquietarse por la injusticia hecha a Tarod, hubiese debido pensar más en la que se le hacía a ella. Pero ahora su camino estaba claro. Y el tono de la carta del Sumo Iniciado, el mensaje que le había impartido personalmente, le daba nuevas esperanzas. . .

Agotado como estaba, el sueño de Tarod estaba poblado de pesadillas que no le permitían un verdadero descanso. Se despertó a medias varias veces, consciente de la habitación extraña y desconcertado por ella, para sumirse de nuevo en un sueño agitado e insatisfactorio.

En la cuarta de estas ocasiones, algo más que las pesadillas le sacó de su inquieto estado. Apenas podía abrir los párpados y cuando lo hizo la habitación le pareció brumosa y confusa, y alguien se estaba moviendo hacia él...

Tarod pestañeó, tratando de ver con más claridad. Eran varias figuras vestidas de blanco, y Sashka las precedía...

Trató de hablarle, pero confundió la realidad con el sueño y sólo pronunció mentalmente las palabras. Ella se plantó delante de él; llevaba algo en la mano; le pareció que era un bastón... La intuición acabó de despertarle, pero no a tiempo. Sólo pudo ver un instante la furiosa, medio aterrorizada y medio vengativa cara de Sashka, antes de que el garrote golpease su cráneo y un dolor increíble sumiese su conciencia en el olvido.

La Señora Kael Amion, apoyándose pesadamente en el brazo de la rolliza Maestra de Novicias, se abrió paso entre el grupo de mujeres que, murmurando y con los ojos muy abiertos, se apretujaban en el umbral y contemplaban la figura inmóvil del hombre derrumbado en el sillón de Sashka. Una mancha amoratada había aparecido ya en su frente, en el sitio donde había sido alcanzada por el garrote, y Tarod, empapado, desgreñado y desmayado como estaba, parecía incapaz de cualquier atrocidad. De momento, Kael volvió a verle como el niño flaco y gravemente herido de años atrás; pero entonces recordó el contenido de la carta de Keridil, así como sus propias premoniciones, y endureció su corazón.

-Has hecho bien, hija mía. -Se volvió dificultosamente para mirar a Sashka-. Has tenido que tomar una terrible decisión; pero era lo único que podías hacer.

-Gracias, Señora.

Sashka esquivó la mirada de Kael. Tenía el semblante enrojecido y su voz temblaba con una cólera que apenas trataba de disimular y que no había menguado desde el momento en que había irrumpido en el refectorio y anunciado que un hombre peligroso, buscado por el Círculo por conspirar con el Caos, estaba entre ellas. La reacción de las Hermanas había sido satisfactoriamente espectacular y, bajo la mirada de Kael Amion, que había venido apresuradamente de unas habitaciones que raras veces abandonaba aquellos días, Sashka había contado toda la historia de Tarod a sus pasmadas oyentes. Ahora, mientras la joven le miraba fijamente, sin soltar el garrote, Kael tuvo la clara impresión de que no dudaría en emplearlo de nuevo a la menor ocasión. ¿Cómo era posible que un amor tan intenso se hubiese convertido tan rápidamente y con tanta vehemencia en odio?, se preguntó Kael. Sashka había golpeado a Tarod casi con deleite, como si fuese su enemigo de toda la vida en

vez del hombre con quien había estado a punto de casarse... La anciana vidente sacudió la cabeza, para alejar de ella estas especulaciones. No podía comprender a una muchacha como Sashka Veyyil y, fuesen cuales fueren sus motivos, lo cierto era que había capturado a un hombre peligroso, un asesino y algo peor. Esto era lo único que importaba.

Una Hermana sin aliento llegó corriendo por el pasillo, con la falda arremangada, sin preocuparse del decoro.

-Los hombres de la granja han sido avisados, Señora. Traen guadañas y hoces y todas las herramientas que pueden servirles de armas.

-Ahora ya no necesitamos armas, gracias a Aeoris -dijo Kael-. Pero necesitaremos hombres de confianza para escoltar al preso hasta la Península de la Estrella. ¿Qué les habéis dicho?

La Hermana sacudió rápidamente la cabeza.

-Nada, Señora, salvo que ha sido aprehendido un delincuente del que se había ordenado la captura.

-Muy bien. No hay que alarmarles con historias de hechicería, o escaparían en la noche como conejos asustados. Ahora quiero que venga la Hermana Erminet Rowald. Necesitamos su conocimiento de las hierbas para mantener drogado a ese hombre hasta que se halle seguro en el Castillo. -Alguien fue a cumplir su orden y ella miró de nuevo a Sashka-. Hija mía, ¿estás segura de que Tarod no intentó negar las acusaciones del Sumo Iniciado?

Los ojos de Sashka brillaron furiosos.

-¡Sí, Señora! Dijo que todo era verdad, y que había algo peor, mucho peor, como ya te dije.

-Está bien, está bien, nadie duda de tu palabra; pero tenemos que asegurarnos. -Kael hizo una pausa-. Si han puesto precio a su cabeza, como dices, es probable que el Círculo envíe hombres en su busca, y nuestra Residencia podría ser uno de sus primeros objetivos. Con la ayuda de Aeoris, nuestro grupo podría encontrarse con ellos antes de llegar a las montañas.

-Señora... -Sashka seguía mirando fijamente a Tarod y la expresión de su semblante era una mezcla peculiar de resentimiento, orgullo y astucia-. ¿ Me das permiso para cabalgar hasta el Castillo con la escolta?

-¿Quieres ir al Castillo? ¿Por qué, hija mía?

Sashka echó la cabeza hacia atrás.

-Creo que soy quien puede explicar más claramente al Sumo Iniciado todo lo que ha ocurrido aquí esta noche. Y... me gustaría que supiese que he sido personalmente responsable de la captura de su enemigo.

Kael vio inmediatamente el rumbo de los pensamientos de la joven y no supo si darle una fuerte reprimenda por su arrogancia o reírse de su presunción. Entonces recordó las palabras de la carta de Keridil Toln, la preocupación que había mostrado por ella, y pensó irónicamente en cómo habían sido esta noche cruelmente desbaratados los planes y las esperanzas de Sashka. Por muy tortuosa que pudiese ser, se merecía al menos una segunda oportunidad.

Librodot

-Está bien -concedió-. Te acompañará la Hermana Erminet, pues puedes necesitar sus servicios durante el viaje.

Sashka se volvió a ella, iluminado el semblante por una sonrisa dulce e inocente como una flor.

-¡Gracias, Señora!

El grupo salió al amanecer, y estaba compuesto de cuatro robustos labriegos de las fincas del valle, montados en pesados y plácidos caballos y conscientes de su gran responsabilidad. Llevaban horcas y garrotes, levantados a la manera de lanzas, y formaban una guardia delante y detrás de las dos mujeres, Sashka y la Hermana Erminet, y la yegua alazana, que había sido encontrada pastando fuera de la Residencia y sobre la que habían atado a Tarod.

Los narcóticos de la Hermana Erminet garantizaban que Tarod no recobraría el conocimiento hasta muy avanzado el día, y además había sido atado a la silla con las manos sujetas debajo del cuello de la yegua, de manera que yacía con la cabeza enterrada en la crin de ésta. Después de una breve mirada desdeñosa, Sashka no se molestó una sola vez en volverse a mirarle, mientras la pequeña comitiva ascendía por la ladera del valle en dirección a las montañas que se elevaban amenazadoras a lo lejos. Todavía se estremecía de cólera por haber sido engañada, al menos así lo creía ella; pero aún era mayor la excitación que sentía ante la perspectiva de encontrarse de nuevo con el Sumo Iniciado... y en circunstancias que podían ser muy favorables.

Los caballos llegaron al borde del valle y echaron a andar por la carretera. Entonces sintió Sashka algo duro que se clavaba en su costado, causándole molestias. Hurgó en su bolsa, causa aparente de su malestar, y sacó la insignia de oro de Iniciado que le había dado Tarod. Parecía que había pasado mucho tiempo y, ahora, aquella prenda ya no significaba nada. Durante unos momentos contempló el círculo de oro dividido por un rayo en la palma de su mano. Después, con un indiferente ademán, lo arrojó a un lado del camino. El metal centelleó entre las hierbas y uno de los caballos resopló y dio un paso a un lado, alarmado por aquella cosa desconocida y brillante. Entonces una nube cubrió la cara carmesí del sol y el pequeño resplandor dorado se apagó mientras el grupo proseguía su camino.

CAPITULO 16

-Estamos en deuda contigo, Hermana Novicia Sashka Veyyil. -El anciano Consejero tomó la mano de Sashka y se inclinó sobre ella de una manera normalmente reservada a las mujeres de alta categoría... y de edad avanzada-. Nos has prestado un gran servicio, y el Círculo te está sumamente agradecido.

Sashka disimuló su orgullo y su satisfacción bajo una máscara de adecuada modestia e hizo una reverencia.

-Creo que no he hecho más que cumplir mi deber con Aeoris, Señor: Pero me halaga mucho tu amabilidad.

Mientras hablaba, miró brevemente y de reojo al hombre de rubios cabellos que estaba un poco apartado de los otros en la habitación elegantemente amueblada. Era el único que todavía no le había dicho una palabra, y esto la disgustaba e inquietaba al mismo tiempo,

haciendo que se preguntase si le había molestado u ofendido en algo. A fin de cuentas, había sido amigo íntimo del hombre que ahora yacía inconsciente en una habitación fuertemente custodiada de otra ala del Castillo... Pero la carta, su carta, había parecido tan prometedora...

Keridil vio que la joven le miraba y su pulso se aceleró desagradablemente. Había una combinación de súplica y desafío en aquella mirada; pero aunque creía haber interpretado bien su significado, todavía se sentía reacio a hablar. Hasta ahora había dejado que los ancianos del Consejo ofreciesen a Sashka los plácemes que le eran debidos, prefiriendo mantenerse él en segundo término hasta que estuviese más seguro de sí mismo.

No podía borrar enteramente de su memoria la impresión que había sentido cuando, hacía apenas una hora, había llegado al Castillo el grupo de la Tierra Alta del Oeste. De momento, al ver la figura inmóvil de Tarod atada sobre el lomo de la yegua, sin el menor respeto ni consideración, un sentimiento de culpa había roído sus entrañas como una rata hambrienta. Pero entonces había visto a Sashka, y aquel sentimiento había sido superado por otras y más fuertes emociones.

Al escuchar su relato, hecho con un aplomo que le impresionó en gran manera, empezaron a renacer las viejas esperanzas en la mente de Keridil. Ya no tenía motivos para estar celoso: Sashka había roto todos los lazos con Tarod por su propia voluntad, y volvía a ser libre. Si su cambio de actitud era auténtico, y Keridil no tenía razón alguna para pensar de otra manera, lo que antes le había parecido inalcanzable se había convertido, de pronto, en una posibilidad.

Se dio cuenta de que la estaba mirando como un vulgar mozo de cuadra y desvió rápidamente la mirada. Si pudiera encontrar una oportunidad de hablar con ella a
solas...

También Sashka abrigaba ideas parecidas. Aunque halagada por los encomios que le prodigaban los Consejeros, deseaba que los ancianos terminasen sus discursos y se marchasen. Deseaba tener ocasión de mirar abiertamente aquella estancia que presumía que era el estudio particular del Sumo Iniciado, y también de hablar con éste sin la engorrosa presencia de tantos observadores y, sobre todo, de su carabina.

Sashka no disimulaba la aversión y el desprecio que sentía por la Hermana Erminet Rowald. Podía ser muy buena herbolaria, pero, en opinión de Sashka, era también como un sargento de cara arrugada y lengua viperina, cuya mente recelosa y cuyos ojos de ave de presa observaban la menor infracción de sus severas normas. Podía estar segura de que la Hermana Erminet informaría a Kael Amion de todos los detalles de su encuentro con el Sumo Iniciado, enriqueciendo el relato con sus propias y acerbas observaciones. Y no era probable que la Hermana Erminet la perdiese de vista un solo instante...

Sashka pegó un salto cuando la vieja Hermana habló, de pronto, como activada por sus agrios pensamientos.

-Señores, si me lo permitís, creo que debería volver junto a mi paciente. -Durante todo el viaje, se había referido remilgadamente a Tarod como a un paciente-. Vuestro médico es, desde luego, un hombre excelente, pero como hasta ahora me he cuidado yo de él... -Frunció los labios en elocuente rechazo de la capacidad de Grevard y añadió-: Si algo se estropease ahora, nunca me lo perdonaría.

Antes de que cualquiera de los Consejeros pudiese contestar, Keridil se adelantó.

-Lo siento, Hermana -dijo, con una sonrisa de disculpa-. Hemos sido egoístas al entretenerte; has hecho un viaje largo y difícil. En cuanto te hayas asegurado de que todo marcha bien, debes tomarte un tiempo de descanso. Caballeros -prosiguió, dirigiéndose a los Consejeros-, debemos despedirnos de las buenas Hermanas hasta más tarde.

La Hermana Erminet era insensible a los halagos. Repitió con firmeza:

-Ante todo debo atender a mi paciente, Sumo Iniciado. Si me lo permites, tal vez una de vuestras mujeres podría encargarse de Sashka...

-Con mucho gusto. Pero quisiera, desde luego con tu permiso, poder hablar con ella a solas durante unos minutos. -Se llevó a la Hermana aparte, para que los otros no pudiesen oírle-. Lamento tener que hacerlo, pero he de interrogarla más a fondo; puede haber detalles que solamente ella conoce y que pueden tener importancia en este lamentable asunto. Y supongo que se sentirá menos intimidada si no está rodeada de inquisidores.

La Hermana Erminet inclinó la cabeza.

-Naturalmente, se hará lo que deseas, Sumo Iniciado. -Entonces levantó la cabeza y sus ojos parecieron cándidos-. No pretendo comprender los motivos de la joven para hacer lo que hizo, aunque fuese en cumplimiento de un deber. Hay algo antinatural en una traición de esta naturaleza.

Keridil sintió que se sonrojaba.

-Sin embargo, nosotros tenemos buenas razones para estarle agradecidos, Hermana. Posiblemente las causas y los motivos son menos... importantes de lo que habrían podido ser en otro caso.

Ella bajó la mirada.

-Así es.

Sashka dio gracias en silencio a los dioses al ver que la Hermana Erminet salía del estudio, seguida de los Consejeros. Se había producido el pequeño milagro que casi
no se había atrevido a esperar: estaba a solas con Keridil.

Durante lo que le pareció un rato muy largo, permanecieron frente a frente sin hablar. Por último, fue Keridil quien rompió el silencio.

-Me alegro de tener esta oportunidad de hablar contigo en privado -dijo pausadamente.

Sashka miró sus propias manos cruzadas.

-Aprecio tu amabilidad, Sumo Iniciado. Dadas las circunstancias, me preguntaba si... tal vez no sentirías...

Se interrumpió, humedeciéndose los labios con inquietud.

Keridil suspiró.

-Tarod y yo éramos amigos desde la infancia -dijo-. No negaré que la decisión que tuve que tomar fue una de las más duras de mi vida... pero la tuya debió ser mil veces peor.

Sashka comprendió que él la ponía a prueba. Keridil quería, tal vez necesitaba, saber que la rotura de sus lazos con Tarod era definitiva. Su respuesta podía ser crucial..., y esperó no haber juzgado mal sus motivos.

Volviéndose hacia la ventana, dijo:

-Tarod y yo nos habríamos casado aquí, en el Castillo. Me dijo que tú habías accedido a oficiar en la ceremonia.

-Sí... ¿Lamentas que no pueda ser, Sashka?

-No. -Su respuesta fue tan inmediata y tan firme que él se sorprendió. Después añadió, todavía sin mirarle-: Mira, él me dijo... mucho más de lo que había en tu carta. En realidad, creo que no me ocultó nada.

-Entonces, ¿sabes lo de... Rhiman Han?

-¿El hombre a quien mató? Sí. También me dijo esto.

Keridil creyó que estaba empezando a comprender. Hacía sólo unos días que, en esta misma habitación, había preguntado lisa y llanamente a Tarod si Sashka tenía
algo que temer de él. Tarod había negado con vehemencia esta posibilidad; pero parecía que Sashka no sentía lo mismo, y Keridil sabía que el miedo era un sentimiento sumamente destructor. De pronto, compadeció a la muchacha y, con la compasión, resurgieron otras emociones.

-Sashka...

Se acercó a ella y, a modo de tanteo, apoyó una mano en su hombro. Había pretendido que el ademán fuese, o al menos pareciese ser, solamente amable; pero ella se volvió hacia él, de manera que Keridil pudo ver el calor y la esperanza en sus ojos oscuros.

-Lo siento... -dijo él, con voz confusa-. Tienes que haber sufrido tanto...

Ella encogió ligeramente los hombros.

-Ahora esto parece importar poco. Es como si todo hubiese sido un mal sueño... Además, mis preocupaciones no tienen que importarte, Sumo Iniciado.

-Llámame Keridil -la corrigió amablemente él-. Y eres injusta contigo misma, Sashka: tus preocupaciones me importan mucho.

Todavía tenía la mano apoyada en su hombro, y ella no intentó apartarse. En una voz tan baja que apenas era audible, preguntó:

-¿Qué le ocurrirá a Tarod?

Keridil vaciló. No quería trastornarla, pero no podía demorar para siempre la respuesta. Ella tardaría poco en descubrir la verdad, aunque él tratase ahora de ocultársela.

-El Consejo de Adeptos le ha condenado, Sashka -dijo-. No había alternativa.

Librodot

-Entonces, ¿morirá?

-Sí...

Ella asintió lentamente con la cabeza, como tomándose tiempo para asimilar la noticia. Después dijo:

-¿Cómo?

-Será mejor que no lo sepas. -Keridil se alegró, en este momento, de que ella no le estuviese mirando a la cara-. Esto es cuestión del Círculo. Yo no hubiese querido que fuese así, pero... hay que observar ciertas normas.

Sashka se volvió a mirarle, frunciendo los negros ojos.

-¿Aunque se trate de un demonio?

Keridil la miró, consternado, y la expresión de Sashka se hizo casi desafiante.

-Es la verdad, ¿no, Keridil? Por favor, no te esfuerces en no herir mis sentimientos. Un hombre cuya alma reside en la piedra de un anillo no puede ser realmente humano, ¿verdad? -Se acercó de nuevo a la ventana-. He pensado mucho en esto durante el viaje desde la Residencia, y creo ser lo bastante fuerte para enfrentarme
con los hechos. Si me hubiese casado con Tarod, me habría casado con un demonio. -Le miró nuevamente-. ¿No es verdad?

Si, es verdad, pensó Keridil, o casi verdad... Y en voz alta, dijo:

-Eres muy valerosa, Sashka. Pocas mujeres podrían considerar esta idea con tanta ecuanimidad.

Ella sonrió fríamente.

-¿Qué ganaría con engañarme? Prefiero dar gracias a mi buena suerte, por no haberme enterado demasiado tarde.

-Sin embargo, debes lamentarlo.

-Oh, lamentarlo, sí. Aunque tal vez no tanto como tú te imaginas, Keridil.

El sintió que su pulso se aceleraba y deseó que no fuese tan sofocante el ambiente de aquella habitación.

-¿No?

Sashka sacudió la cabeza.

-Incluso antes de esto, me había preguntado si hacía bien en prometerme a Tarod. Y la respuesta me había trastornado mucho.

-Pero tú le amabas -le recordó Keridil, porque alguna parte perversa de su mente tenía que desafiar todas las declaraciones, dudar de toda esperanza.

Sashka sonrió.

-Le admiraba, y creía que admiración y amor eran lo mismo. Estaba equivocada. Y ahora creo que los dos habríamos sido muy desgraciados.

Era una declaración que, ni siquiera en sus sueños más alocados, había esperado Keridil oír de sus labios. En alguna parte, en lo más recóndito de su cerebro, una vocecilla le dijo que aquel cambio era demasiado repentino, o incluso cruel; pero su enamoramiento hizo que cerrase los oídos y rechazase aquella voz.

-¿Puedo tal vez ayudarte a mitigar un poco tu sufrimiento? -dijo amablemente.

Ella bajó tímidamente la mirada.

-Eres muy amable.

-No es amabilidad; es egoísmo. -Le asió la mano-. Si me hicieses el honor de cenar conmigo esta noche... Haría que nos sirviesen la cena aquí, a solas.

Una expresión divertida brilló en los ojos de Sashka.

-La Hermana Erminet se escandalizaría.

-Le diré a la Hermana Erminet que quiero librarte de la atención del público. Puedo valerme de mi rango para obtener su consentimiento.

Sashka rió entre dientes, tapándose la boca con la mano, y el Sumo Iniciado sonrió y dijo:

-Bueno, ¡te he hecho reír a pesar de tus tribulaciones! Es un buen comienzo.

-Sí -convino ella, más seriamente, pero con una cálida sonrisa-. Un buen comienzo.

-Sashka...

La Hermana Erminet se volvió, sorprendida por aquella voz inesperada, y vio que el hombre que estaba en la cama empezaba a moverse. Lanzó una imprecación en voz baja y se acercó a una serie de frascos y botes que había sobre la mesa. Normalmente, aquél hubiese debido estar inconsciente al menos hasta la noche; debía tener la constitución de un caballo del norte para que la última dosis de narcóticos hubiese dejado de surtir efecto con tanta rapidez.

Se arremangó y empezó a mezclar distintos polvos y a disolverlos en una copa de vino. Su larga experiencia le había enseñado que ni siquiera los pacientes más recalcitrantes solían rehusar una copa de vino...

-Sashka...

La voz fue ahora más fuerte, aunque todavía confusa por los efectos de la droga: La Hermana Erminet interrumpió sus preparativos y se acercó a la cama, donde miró un momento a Tarod antes de levantarle un párpado con dedos expertos. El ojo estaba vidrioso; sin duda no podía ver nada, y la mujer dudó de que él tuviese algún control sobre los miembros, lo cual hacía que fuese bastante inofensivo. Estaba a punto de volver a la mesa, cuando una mano la agarró de un brazo, débilmente pero con firmeza.

Librodot

-Por favor...

-¡Aeoris!

A Erminet le dio un salto el corazón, y Tarod abrió los ojos.

No podía verla. Su mente trataba inútilmente de luchar contra una niebla que confundía sus pensamientos. No tenía más fuerza que un niño pequeño, pero se daba cuenta de la presencia de ella, y un instinto infalible le decía que estaba de nuevo en el Castillo. Sin que pudiese recordar la razón, esta idea le produjo irritación y miedo, y una parte de él sintió ganas de reírse de su propia tontería.

-El Castillo -dijo.

La Hermana Erminet frunció los labios.

-Sí, estamos en el Castillo. Aunque sólo los dioses saben si eres capaz de comprender lo que esto significa. Sería mejor que no lo fueses.

Miró con recelo su colección de drogas.

-Sashka..., tenía que decírselo a Sashka.

Gradualmente, su mente se estaba aclarando un poco, aunque todavía no tenía un recuerdo coherente de los acontecimientos recientes.

La Hermana Erminet no le respondió. Había resuelto ya administrar al paciente una pócima que, manteniéndole físicamente impotente, le permitiese conservar cierto grado de coherencia mental. No se podía jugar con el cerebro; podía ser muy peligroso y su propia ética no le permitía arriesgarse a perjudicar en modo alguno al hombre que tenía a su cargo.

-Toma -dijo vivamente-, bebe esto, si puedes.

Agradeció a su buena suerte que Tarod estuviese todavía demasiado confuso para discutir y observó con alivio cómo engullía el contenido de la copa de vino que acercó a sus labios. No se podía andar con triquiñuelas con un Adepto de séptimo grado, y si la mitad de lo que le habían dicho de éste era verdad, no tendría el menor deseo de enfrentarse con él si recobraba todas sus facultades. Retiró la copa, la dejó sobre la mesa y, cuando se volvió de nuevo, le impresionó ver que aquellos ojos verdes estaban abiertos de par en par y llenos de inteligencia, y que la miraban fijamente.

-¿Quién eres? -preguntó Tarod con voz ronca.

La Hermana respiró hondo para tranquilizarse.

-Soy la Hermana Erminet Rowald. Has sido puesto bajo mi cuidado hasta nueva orden... No, por favor, no trates de moverte. Temo que no podrías hacerlo.

Tarod había intentado levantar un brazo, pero descubrió que no tenía fuerzas para hacerlo. De momento, casi sintió pánico, pero en seguida se dio cuenta de lo que pasaba.

-Eres una herbolaria. -Su boca se torció en una sonrisa helada y malhumorada, aunque le costó un gran esfuerzo-. Me has drogado.

-Sí; por orden del Sumo Iniciado y de la Señora Kael Amion. -La Hermana Erminet hizo una pausa y correspondió, de pronto, a la torcida sonrisa de él-. Lo siento.

-¿Lo sientes?

Casi escupió estas palabras, y ella encogió los estrechos y nervudos hombros.

-Desprecia mi simpatía si así te place, Adepto, pero aquí encontrarás muy poca entre los demás.

Tarod empezaba a juntar las piezas del rompecabezas en que se habían convertido sus recuerdos. Recordó el garrote que le había dejado sin sentido... y la mano que lo había enarbolado. Una sensación terrible que no podía identificar amenazó con sofocarle.

-¿Dónde está Sashka...?

La Hermana Erminet sabía lo bastante acerca de la historia de Tarod para adivinar el resto, y frunció el entrecejo.

-Sigue mi consejo y no te preocupes de la Hermana Novicia Sashka.

-He preguntado dónde está.

La vieja suspiró.

-Está bien; te lo diré, ya que te empeñas. Supongo que en este momento está manteniendo una conversación privada con el Sumo Iniciado, en el estudio de éste. -Le miró de reojo-. El parecía extraordinariamente deseoso de hablar a solas con ella.

Keridil... La magnitud de su falsía y de su traición hirió a Tarod como un cuchillo clavado en sus entrañas, pero no pudo responder a este sentimiento; el narcótico le impedía toda reacción que no fuese mínima.

Miró fijamente a la Hermana de duras facciones y comprendió que, a pesar de su brusquedad, la simpatía que le había manifestado era bastante auténtica. Tratando de dar acritud a su voz, dijo:

-Me parece, Señora, que no apruebas esta relación...

La Hermana Erminet había oído raras veces tanta amargura en una voz. Miró a Tarod durante un largo rato y después respondió:

-Esto no significa nada para mí. Todos hemos tenido momentos parecidos en nuestra juventud. Pero no puedo aprobar la fría traición.

-Entonces, ella...

-¿Si te ha traicionado? ¡Oh, sí! Te ha traicionado, te ha engañado, llámalo como quieras; la pequeña zorra sabía perfectamente lo que estaba haciendo. -Sonrió de nuevo, ahora tristemente-. Un Adepto de séptimo grado es una cosa; un hombre a quien han puesto precio a

su cabeza, es otra muy distinta. A fin de cuentas, ella es una Veyyil Saravin; me extraña que tu sentido común no te hiciese ver su manera de ser.

Parecía no saber si burlarse de él o compadecerle, y Tarod no sabía si despreciarla o estarle agradecido. Cerró los ojos para no ver su propia aflicción impotente, y la Hermana Erminet volvió a su lado.

-Lo siento por ti, Adepto -dijo más amablemente-. A pesar de lo que hayas hecho y de quien seas, nadie merece un trato semejante por parte de la persona que ha dicho que le amaba. -Vaciló un momento-. Yo sentí una vez lo que sientes tú ahora, aunque dudo de que esto te sirva de consuelo. Me dejó plantada un joven cuyo clan
pensaba que yo era inferior a ellos. Yo creía que él les desafiaría por mí, y en esto fui tan ingenua y tonta como tú. Cuando me di cuenta de mi error, traté de suicidarme, fracasé en mi intento y mi familia me envió a la Hermandad.

Se pasó la lengua por los labios, sorprendida de pronto, de su propia actitud. En cuarenta años, no había hablado a nadie de aquel remoto incidente..., pero ahora pensó que nada perdía con confesarlo a un hombre que, antes de que pasaran muchos días, se llevaría a la tumba su secreto...

Tarod la observaba fijamente.

-Tal vez -dijo a media voz- somos los dos de la misma clase, Hermana Erminet.

Ella gruñó desdeñosamente.

-Nos parecemos tanto como un huevo a una castaña. -Alargó una mano y le asió la muñeca izquierda. La nueva droga había surtido pleno efecto, y él nada pudo hacer para impedírselo. Erminet frotó la piedra del anillo con el dedo pulgar-. Es una curiosa chuchería. Los Iniciados estuvieron tratando de quitarte el anillo, pero no lo consiguieron. Dicen que guardas en él tu alma y que en realidad no eres un hombre, sino algo del Caos. ¿Es verdad?

Los ojos de Tarod centellearon.

-Empleas con mucha ligereza esta palabra. ¿No temes al Caos, Hermana Erminet?

-No te temo a ti. Y, seas o no seas del Caos, pronto habrán acabado contigo, y si es así, ¿por qué habría de temerte?

Esta vez no sería una espada clavada en la espalda... Keridil seguiría el ritual ortodoxo del Círculo, y Tarod sabía demasiado lo que le esperaba antes de que su vida se extinguiese al fin. Purificación, exorcismo, condena, fuego... conocía los actos prescritos tan bien como el que más, aunque no se habían realizado desde hacía siglos y eran absolutamente bárbaros. Trataría de persuadir a la Hermana Erminet de que le administrase algún brebaje anestésico antes de que empezara el ritual de la muerte, aunque se imaginaba que era capaz de negarse por pura perversidad. En este caso, sólo podía esperar una terrible agonía antes de ir a reunirse con Aeoris...

Agonía. La perspectiva de este dolor físico no significaba nada para Tarod; parecía tan remoto y ajeno a la realidad como se sentía él. Cerró los ojos, súbitamente aplastado por una oleada de agotadora desesperación. Ni siquiera tenía fuerza para rebelarse contra su propio destino; ya no le importaba. El amargo sabor de la traición de Sashka había socavado su voluntad, y el olvido sería una bendición...

La voz de la Hermana Erminet interrumpió ásperamente sus tristes pensamientos.

-¿Cómo van a matarte? -preguntó, en tono indiferente-. ¿Lo sabes?

El abrió de nuevo los ojos y la miró turbiamente.

-Creo que sí.

-Y no será una muerte fácil, ¿verdad?

-No...

Ella gruñó.

-No soy muy entendida fuera de mi especialidad, pero he leído bastante acerca de estas cosas... -Sus ojos, pequeños y brillantes como los de un pájaro, se fijaron en la cara de él cuando añadió, casi tímidamente-: Podría darte un narcótico. No lo bastante fuerte para que no sintieses nada pues el Círculo sospecharía de mí. Pero siempre te... facilitaría las cosas.

-Eres muy amable.

Erminet se encogió de hombros y volvió la cara, desconcertada. Ni por un instante había presumido que, precisamente ella, podría sentir compasión e incluso débiles síntomas de afecto por un desconocido condenado a muerte; pero los sentimientos eran reales, y ella, lo bastante sincera para no negarlos. Tal vez era una empatía natural con alguien que había sido víctima de una amante traidora, como lo había sido ella antaño de un amante traidor; o tal vez se debía a una arraigada antipatía contra Sashka y otras muchachas como ella, a quienes Erminet consideraba diletantes sin ningún mérito. En todo caso, no le gustaba ver una vida vigorosa tronchada y desperdiciada.

-No soy amable -dijo a Tarod, en tono cortante-. Soy, sencillamente, más afortunada que tú. Tú estás destinado a morir, mientras que yo debo seguir viviendo para tratar de inculcar un poco de mi saber sobre las hierbas a esas Novicias de cabeza hueca. Y si es esto lo que quiere Aeoris, no voy a discutirlo. Además, si tú eres lo que ellos dicen, sin duda haremos bien en librarnos de ti.

Tarod se echó a reír. Lo hizo en voz baja, pero el sonido fue inconfundible y la Hermana se volvió para mirarle con curiosidad.

-Eres muy raro -observó. He visto morir a mucha gente, pero a nadie reírse de la perspectiva de la muerte.

-Oh, yo no me río de la muerte, Hermana -dijo Tarod-. Sólo me río de ti.

-¿De mí? -dijo ella, enojada.

-Sí. Me ves impotente, gracias a tus pócimas, y dices que os libraréis de mí. -Por un momento, un fuego extraño brilló en sus ojos; después, se apagó-. Espero por el bien de todos, Hermana Erminet, ¡que no os equivoquéis!

Encima del Castillo, el cielo había adquirido color de sangre seca, y teñía las grandes losas del patio con un reflejo fatídico. Desde la ventana de su estudio, Keridil pudo ver a los primeros Adeptos de alto rango reuniéndose y caminando hacia la puerta que conducía a la biblioteca y, desde ésta, al Salón de Mármol. La roja luz del ocaso se reflejaba también en sus ropajes blancos, rodeándoles de una aureola lúgubre y débilmente inhumana; se movían despacio, como intimidados ya por las exigencias de las ceremonias que les aguardaban.

Haciendo un esfuerzo, Keridil apartó la mirada de la ventana y concentró su atención en su tarea inmediata. Hacía un frío terrible en la habitación (este ritual particular exigía que no se encendiese fuego en presencia del Sumo Iniciado el día elegido) y Keridil casi se alegró de tener que llevar las gruesas prendas de ceremonia, a pesar de que, por no haber sido empleadas durante generaciones, desprendían un olor a moho muy desagradable. Se preguntó quién habría sido el último Sumo Iniciado que llevó aquellas vestiduras purpúreas, con sus complicados bordados en hilo de color zafiro, y la naturaleza del delito que habría sido castigado en aquella ocasión; pero borró esta idea de su mente. La noche pasada había sufrido las pesadillas más horribles que jamás hubiese experimentado y en las que Tarod, transformado en algo que nada tenía de humano, le perseguía a través de un paisaje deformado de montañas que gritaban su nombre como acus ndole y de vientos que quemaban su carne, hasta que, carbonizado pero todavía con vida, se arrojaba Keridil de cara al duro suelo y rezaba para que llegase la muerte. Se había despertado sudoroso, gritando con voz ronca, y solamente una copa de vino y los brazos cariñosos de la muchacha que compartía su cama habían borrado el infernal recuerdo.

La joven estaba ahora sentada en silencio en un sillón del fondo de la estancia, envuelta en una gruesa capa para resguardarse del terrible frío. Aparte del tiempo que había pasado tranquilizando a Keridil cuando éste despertó de su pesadilla, Sashka había dormido tan profundamente como siempre, y su semblante permanecía sereno e impasible mientras observaba cómo Keridil preparaba la ejecución de Tarod. Durante los siete días transcurridos desde su llegada al Castillo, había pasado casi todo el tiempo en compañía de Keridil, y ahora todos aceptaban que era, salvo de nombre, la consorte del Sumo Iniciado. Sus padres, llamados urgentemente, habían venido a toda prisa desde la provincia de Han, esperando encontrar a su hija desolada y avergonzada, y, en vez de esto, habían hallado a una muchacha radiante por un triunfo que superaba en mucho sus anteriores ambiciones. Y tanto les satisfizo el inesperado cambio de fortuna después de las espantosas noticias concernientes a Tarod que cerraron los ojos ante el hecho de que Sashka desapareciese en las habitaciones privadas de Keridil cada noche, después de cenar, y no volviese a ser vista hasta la mañana.

Sashka estaba ya descubriendo que Keridil era mucho más maleable y fácil de comprender que Tarod. Había aprendido rápidamente a usar toda su habilidad para
distraerle de los remordimientos de conciencia, y, durante los dos últimos días, mientras se realizaban los últimos preparativos para el Rito Supremo que enviaría a
Tarod a la muerte, se había resignado dócilmente a representar un papel pasivo. Una vez había insinuado su deseo de que le permitiesen presenciar el rito, pero había aceptado la negativa de Keridil. Sin embargo, le habría gustado estar presente..., habría sido la señal definitiva de su triunfo.

No había intentado ver a Tarod. Según rumores, éste yacía casi inconsciente en una habitación cerrada y guardada, sometido a los cuidados de la Hermana Erminet; pero la Hermana Erminetánunca hablaba de él y, en realidad, parecía evitar deliberadamente a Sashka, cosa que complacía bastante a la muchacha. Sin embargo, a veces se preguntaba cómo estaría Tarod, si pensaría alguna vez en ella y si sabría que había sido ella la que le había entregado al Círculo. Le habría gustado que lo supiese por una mezcla peculiar de amargo resentimiento y de

celosos vestigios del deseo que había sentido por él. Sashka esperaba que conociese su inminente destino y sufriese por ello.

Keridil ignoraba lo que pensaba ella mientras Gyneth, con estudiada e innecesaria deliberación, echaba por fin una gruesa capa negra sobre sus hombros inmóviles. El broche, de oro macizo y con la insignia de Sumo Iniciado, se cerró sobre su cuello, y Keridil estuvo preparado para la ceremonia. A una señal del anciano criado, dos Adeptos de sexto grado, vestidos de blanco, avanzaron desde la puerta donde estaban esperando y se colocaron a ambos lados del Sumo Iniciado. Keridil apoyó la mano derecha en la maciza empuñadura de la espada que pendía de su costado, y su solidez contribuyó a mitigar la angustia que sentía en el estómago. Su mirada se cruzó con la de Sashka, que, anticipándose, se levantó y cruzó la estancia en dirección a él. Su cara estaba muy seria cuando él tomó sus mejillas entre las manos.

-Mañana por la mañana todo habrá terminado, amor mío -dijo suavemente él.

Tarod tardaría toda la noche en morir... Sashka dominó un estremecimiento de satisfacción y se limitó a asentir con la cabeza. Keridil se inclinó delicadamente para besarla.

-Vé con tus padres y hazles compañía. Cuando amanezca, todo empezar de nuevo para nosotros.

Su grave expresión y su actitud sombría le produjeron una excitación que no se atrevió a mostrar. Devolvió el beso a Keridil y se echó atrás, observando cómo salían de la habitación los tres imponentes personajes, seguidos de Gyneth. Sólo cuando se hubieron alejado se permitió sonreír.

Keridil y los dos Adeptos recorrieron en silencio los pasillos del Castillo hasta la puerta principal. Miembros del Círculo cuya categoría era inferior a la exigida por el ritual se habían reunido allí para verles e inclinaron respetuosamente la cabeza a su paso. Las puertas estaban abiertas y, al bajar la escalinata, un frío viento del norte azotó la cara y las manos de Keridil. La última luz del día se estaba extinguiendo, después de la gloria sangrienta de la puesta de sol, y el patio parecía vacío y maligno.

Al fondo esperaban los otros Adeptos, dispuestos en largas filas. Fantasmas, pensó Keridil; a la incierta luz del crepúsculo, todos ellos podían ser fantasmas de un pasado remoto... Se estremeció.

Nadie habló mientras los Adeptos se separaban para formar dos hileras, entre las cuales pasó Keridil. Al llegar a la puerta que conducía al sótano donde estaba el Salón de Mármol, se volvió y todos esperaron.

La luz que brillaba en la entrada principal del Castillo titiló una vez y se apagó. Después, las de las ventanas del comedor hicieron lo mismo. Y en los pisos altos, se apagaron una tras otra las antorchas, hasta que no quedó una sola luz encendida en el Castillo. El espectáculo hizo que a Keridil se le helara la sangre en las venas, cuando se preguntó cuánto tiempo hacía que no se había practicado el terrible ritual. Ninguna luz y ningún fuego arderían esta noche en el grande y negro edificio, hasta el momento en que la mano del Sumo Iniciado hiciese aparecer la llama sobrenatural y purificadora que consumiría y destruiría al Caos.

Volvió a sentir escrúpulos al pensar en lo que tenía que hacer aquella noche, pero los dominó. Tenía que hacerlo; la necesidad había endurecido su corazón, y el convencimiento de que el derecho estaba de su parte hacía enmudecer su conciencia. Solamente lamentaba que no

hubiese podido ser todo más sencillo; pero, desde que había fracasado en su intento de matar a Tarod antes de que huyese del Castillo, había pensado larga y profundamente y había comprendido que una muerte simple podía no poner fin a todo el mal. Un demonio no moriría tan fácilmente como un hombre: Tarod tenía que ser destruido por medios sobrenaturales, si había que erradicar todo posible contagio. Además, una muerte rápida no satisfaría al Consejo, ni a la Hermandad, ni a la innumerable gente del pueblo que consideraba al Círculo como su mentor espiritual. La noticia de que había una serpiente en medio de ellos se había difundido por doquier; solamente todo el peso de un ritual de muerte podría restablecer su vacilante confianza.

Un movimiento entre los Adeptos puso, de pronto, sobre aviso a Keridil, que levantó la cabeza. Al otro lado del patio, un grupo, apenas discernible en la creciente oscuridad, salió por la puerta principal y avanzó lentamente en su dirección. La mayoría de sus componentes llevaban hábitos blancos; pero en medio de ellos había un hombre vestido de negro y que casi no podía andar; le sostenían dos guardias y él no oponía resistencia al rudo trato que le daban. Al frente de la pequeña procesión marchaba otro Adepto con un tambor sujeto al cinto, y la mirada fija en el suelo, delante de sus pies.

Keridil se imaginó súbitamente los invisibles espectadores que debían de apretujarse en las oscuras ventanas del Castillo para observar aquel pequeño espectáculo, que sería lo único que verían del ritual de aquella noche. Entonces se detuvieron los personajes que se acercaban y, por primera vez desde la noche de la muerte de Rhiman Han, Keridil se encontró cara a cara con Tarod.

Era difícil reconocer su cara bajo los enmarañados cabellos negros. Además, se tambaleaba y movía los dedos de un modo incoherente. La Hermana Erminet Rowald había hecho bien su trabajo..., y Keridil se sintió a un tiempo sorprendido y aliviado al darse cuenta de que no le conmovía ver a su antiguo amigo en este lamentable estado. Levantó una mano, para indicar que podía comenzar la marcha hacia el Salón de Mármol; pero, antes de que pudiese completar su movimiento, Tarod echó bruscamente la cabeza atrás. Luchó por enfocar la mirada, pareció recobrar el dominio de sus sentidos y fijó en Keridil sus ojos de drogado.

-Sumo Iniciado... -Su voz era sólo un ronco murmullo, pero conservaba todo su veneno-. Debes estar muy contento con tu triunfo...

Keridil no respondió. El ritual le prohibía hablar antes de que estuviesen en el Salón de Mármol; pero, incluso sin esta prohibición, no habría tenido nada que decir.

-Cosas muertas... -dijo Tarod-. Condenación y aniquilación. Todos nosotros, Keridil. Todos nosotros.

Una fuerte sacudida de uno de los guardias le hizo callar, y Keridil le volvió bruscamente la espalda. Por muy drogado que estuviese Tarod, sus confusas palabras habían despertado en él una impresión de inquietud. Miró por encima del hombro el anillo que seguía centelleando en la mano izquierda de Tarod, pues los Iniciados no habían podido arrancarlo de ella, y reprimió un estremecimiento. Sin volver a mirar al hechicero de negros cabellos, hizo una señal con la cabeza al grupo de Adeptos.

El Iniciado que llevaba el tambor levantó la mano libre. Torciendo hábilmente la muñeca, golpeó la piel, y un redoble sordo y fúnebre resonó en el patio. Poco a poco, la comitiva se puso en marcha, en dirección a la puerta de la biblioteca, siguiendo el compás marcado por el tambor, regular y lúgubre como los latidos del corazón de un moribundo.

CAPITULO 17

Fue el sonido del tambor lo que empezó a despertar los sentidos de Tarod sacándolos de la modorra producida por las drogas de la Hermana Erminet. Caminaba entre sus guardianes, arrastrando los pies, pero sus miembros se resistían a una acción coordinada, y no tenía más que una remota idea del lugar donde se hallaba y de lo que estaba sucediendo. Recordaba vagamente que le habían obligado a beber algo que sabía muy amargo, que había tratado de resistirse pero no había tenido fuerzas para ello, ahora, su nublado cerebro percibía un peligro, pero estaba demasiado amodorrado y apático para preocuparse por ello.

Hasta que el tambor empezó a devolverle la conciencia.

Al principio pensó que eran los latidos apagados de su propio corazón, pero entonces se dio cuenta de que aquel sonido procedía de fuera de su cuerpo. Parecía sacudir el aire a su alrededor, hacer vibrar el suelo debajo de sus pies; inconscientemente, empezó a seguir el ritmo, acompasando a él sus movimientos. Unas paredes oscilaron en los límites confusos de su visión, y un pasillo estrecho, que descendía... Sintió un poder que surgía hacia arriba, codicioso, procedente de raíces increíblemente profundas en la roca de allá abajo, y el redoble del tambor era su pulso lento, inexorable. Como un péndulo, oscilando constantemente, eternamente, marcando el paso del tiempo...

Su cuerpo se estremeció espasmódicamente al brillar súbitamente una chispa cegadora en su campo visual. Duró sólo un instante, pero bastó este momento para
dejarle una imagen mental indeleble de una estrella de siete puntas...

Alguien le sacudió violentamente; a punto estuvo de caer al suelo y sólo recobró el equilibrio cuando le obligaron a enderezarse por la fuerza. Ahora, otra luz, mucho más pálida, llenaba el corredor y la comitiva se detuvo cuando, después de un redoble final, enmudeció el tambor.

Pero Tarod siguió oyéndolo. Permanecía en su mente, vibrante, insistente, como una llamada extraña desde ninguna parte. Vio siluetas de hombres que se volvían de lado para resguardarse la cara de la fría radiación que se produjo cuando Keridil se inclinó para abrir la puerta del Salón de Mármol, pero descubrió que él era capaz de mirar directamente y sin pestañear aquella cosa brillante y pulsátil. La puerta parecía irreal, como si la viese desde un plano situado a un palmo por encima de la realidad...

Se oyó un chasquido sordo y se abrió la puerta. Los Adeptos avanzaron lentamente a través de la niebla centelleante del Salón de Mármol. Tarod se sentía ingrávido, motivado por una fuerza que no podía controlar; trató de volver la cabeza para mirar las cambiantes y trémulas columnas de luz, pero no pudo hacerlo. Lo único que podía hacer era marchar hacia adelante, hacia el centro mismo del Salón. Y sabía que allí le esperaba algo; una fuerza reprimida que hacía que su mente se paralizase con un miedo mucho más intenso que el que jamás había conocido. Por un instante, recobró la claridad de la razón y se dio cuenta de que sólo le quedaban
unas pocas horas de vida.

Entonces podía haber intentado, con un último esfuerzo, luchar contra la injusticia y la fatalidad que le condenaban, pero su cerebro y sus músculos aturdidos eran incapaces de reaccionar. En cambio aquel momento de claridad había traído otros recuerdos: recuerdos de la muchacha por quien lo había comprometido todo y que le había abandonado a su destino y había brindado su veleidoso afecto a otro hombre que podía ofrecerle una posición mejor.

Keridil y Sashka dormirían más tranquilamente en una cama si él no existía para turbar sus sueños, y en lo más hondo de Tarod empezó a tomar forma una cólera fría...

Llegaron al lugar donde los complicados dibujos del suelo eran interrumpidos por la impenetrable mancha negra que, según creía el Círculo, era el foco y el corazón del poder del Salón de Mármol. Pero ahora el mosaico estaba oscurecido por la mole de un gran altar tallado en madera negra, de una altura que llegaba hasta la cintura y de la longitud y la anchura propias de un hombre alto. La superficie se había vuelto áspera con el paso del tiempo y en ella aparecían muescas que podían haber sido hechas por uñas o por hojas de cuchillo, y poco a poco fue haciéndose la luz en la mente de Tarod.

Aquel era uno de los más viejos artefactos que poseía el Círculo. Durante varias generaciones había permanecido guardado en uno de los sótanos del Castillo, sin ser usado; pero siglos atrás había sido mudo testigo de algunos de los ritos más crueles y destructores conocidos por los altos Adeptos. Seres malignos, ahora olvidados desde hacía mucho tiempo, habían sido mágicamente atados a su dura superficie, anatemizados y destruidos..., y esta noche, otro nombre sería añadido a la lista.

Fue la visión de aquella triste imitación de altar lo que devolvió la comprensión a la aturdida mente de Tarod. Se dio cuenta de que iba a morir, de que su vida le sería arrancada a sangre y fuego sobre aquel bloque, y por primera vez sintió miedo. Sin embargo, el miedo al tormento era eclipsado por el terror infinitamente más grande de lo que seguiría a su destrucción.

Tenia que vivir. Costara lo que costara, tenía que derrotar a Keridil. Y este convencimiento se le apareció con toda claridad, barriendo los últimos restos de los efectos de las drogas en su cerebro. El Círculo podía matarle, pero no podía destruir el espíritu contenido dentro de aquella piedra. Podían guardarla en lugar seguro, atarla con la magia más poderosa, pero el Caos no sería vencido fácilmente: Yandros encontraría la manera de ejercer nuevamente su negra influencia a través de la gema. Y si el Círculo trataba de emplear la piedra contra sus dueños, abriría sin querer la puerta que había permanecido cerrada desde la caída de los Ancianos; el poder encerrado en la piedra les manipularía como a chiquillos, lo mismo que había manipulado al propio Tarod. Los Adeptos eran poderosos y tenían la sabiduría de las generaciones que les habían precedido, pero no comprendían el Caos. Sólo uno que hubiese sido del Caos (y se estremeció interiormente cuando los antiguos recuerdos se agolparon en su mente) podía confiar en emplear sus propias fuerzas contra ellos.

Tenía que frustrar sus planes. En último extremo, solamente un poder en el mundo podía aplastar el alma-piedra y desterrarla para siempre: el del propio Aeoris. Y sólo un hombre podía luchar contra la intensa influencia de la piedra durante el tiempo suficiente para ver concluida su tarea. ¡Tenia que vivir!

En otro tiempo habría podido poner fin a esta locura en un abrir y cerrar de ojos; pero ahora, aunque su mente se estaba aclarando rápidamente, no tenía la fuerza de voluntad suficiente para acumular todo el poder que antes habría podido ejercitar. Si al menos...

-¡Sujetadle !

Aquella voz fue como un trueno que interrumpió los pensamientos de Tarod y resonó misteriosamente en todo el Salón. Liberado de su obligación de guardar silencio, Keridil se había acercado al extremo norte del altar y se volvió ahora para enfrentarse a Tarod. Había sospechado que el Adepto de negros cabellos intentaría luchar, y le desconcertó que Tarod pareciese incapaz de ofrecer resistencia. Sus dos guardianes le obligaron a arrodillarse al pie del altar, de manera que quedase medio tumbado y con los brazos estirados sobre la mellada

superficie. Su mirada se cruzó con la del Sumo Iniciado, el cual dijo, en una voz tan baja que Tarod se preguntó si no sería una ilusión:

-El anillo, Tarod.

En su traje de ceremonia de oscuros colores, Keridil parecía un personaje irreal, de sueño, y Tarod cerró involuntariamente la mano izquierda.

-Puedes elegir -siguió diciendo Keridil cuando vio que su adversario no estaba dispuesto a hablar-. O nos entregas el anillo de buen grado o te lo quitaremos por la fuerza.

Acarició ligeramente la empuñadura de su espada ritual. Tarod le miró a la cara y vio que los ojos del que había sido su amigo eran fríos como el hielo, sin expresar la menor emoción. Sin embargo, una extraña mezcla de celos, odio y miedo parecía ocultarse detrás de aquella frialdad, y, por un instante, también el espectro de Sashka se traslució en la mirada del Sumo Iniciado. Razonar con Keridil, suplicarle, sería una ridiculez... y, alimentada por un naciente aunque todavía incomprendido furor, se encendió una chispa de rebelión. Tarod tenía todavía su orgullo, y aquel hombre que le había traicionado dos veces no tendría nunca la satisfacción de verle capitular. Con un esfuerzo, torció la cara macilenta en una malévola sonrisa.

-Entonces, tómala, Sumo Iniciado -consiguió murmurar furiosamente-. Tómala... ¡si puedes!

Esperaba que tratasen de arrancarle el anillo del dedo, y por esto le pilló desprevenido la reacción de Keridil a su reto. Casi antes de que acabase de pronunciar las últimas palabras, unas manos agarraron sus muñecas, sujetándolas sobre el altar, y aunque trató de desprenderlas, los Adeptos eran demasiado vigorosos para él. Keridil dio lenta y deliberadamente la vuelta al altar y se plantó directamente delante de Tarod. Entonces descolgó la espada de su cinto y la invirtió de manera que, al levantarla, la empuñadura fue como una pesada maza. Hizo una breve seña a los dos hombres que estaban junto al altar y éstos apretaron con más fuerza las muñecas de Tarod, mientras el Sumo Iniciado levantaba todavía más
la espada envainada.

Nada podía hacer Tarod. Sólo su orgullo le impidió protestar o suplicar. Se puso tenso e inclinó la cabeza a un lado al golpear Keridil con toda su fuerza. Un grito de angustia brotó de su garganta cuando el puño de la espada cayó sobre su mano izquierda, destrozando los frágiles huesos, rompiendo el anillo de plata de manera que el alma-piedra se desprendió de la montura sobre la base del destrozado dedo. Por un instante, a través de una neblina escarlata de dolor, vio la cara triunfal de Keridil y la mano de éste agarrando la resplandeciente gema. Entonces, cuando los Adeptos soltaron sus brazos, Tarod cayó al suelo y se sumió en una piadosa inconsciencia.

-¿Dónde está la piedra?

-La tomaron... de mi mano...

-Tienes que recobrarla, Tarod. Tienes que hacerlo.

-No puedo...

-¡Debes hacerlo! Es mucho lo que depende de ti. Debes cogerla de nuevo, y usarla, y comprender. Si mueres, no habrá nada. No debes morir.

-No tengo posibilidad. . .

-Tienes una posibilidad. Aprovéchala. Si amas este mundo, aprovéchala. . .

La mente de Tarod se retorció, protestando, y la voz sibilante e impersonal se extinguió, dejando solamente el recuerdo de sus apremiantes palabras. Solamente el recuerdo... No había sido más que un sueño doloroso, una ilusión engañosa. No significaba nada... Suspirando en silencio, dejó que su conciencia se hundiese de nuevo en el vacío.

-Por la Voluntad de Aeoris, ¡el mal será sujetado!

-¡Sujetado por la Voluntad de Aeoris!

-Por la Sangre de Aeoris, ¡el mal será azotado!

-¡Azotado por la Sangre de Aeoris!

-Por la Espada de Aeoris, ¡el mal será partido!

-¡Partido por la Espada de Aeoris!

-Por el Fuego de Aeoris, ¡el mal será destruido!

-¡Destruido por el Fuego de Aeoris !

El lento y terrible cántico resonaba en la profundidad insondable del Salón de Mármol, y la voz del Sumo Iniciado se elevaba en un estado de trance y era respondida por el contrapunto de los Adeptos. Una luz pálida y extraña resplandecía alrededor de Keridil, que sentía cómo aumentaba su poder como una marea creciente, mientras el canto inexorable proseguía, alimentado por la voluntad conjunta del Círculo que formaba ahora un anillo completo a su alrededor y en torno al macizo altar de madera negra. La sensación era vertiginosa, casi terrorífica, y tuvo la impresión de que las innumerables sombras de sus predecesores estaban detrás de él, infundiéndole su antigua fuerza. Por muy grandes que hubiesen podido ser un día los poderes de Tarod, un destello de divinidad parecía brillar ahora en Keridil a medida que cobraba impulso el rito tanto tiempo olvidado.

Tarod salió de la vasta negrura de la inconsciencia cuando resonó en sus oídos la salmodia de los Adeptos. Un dolor agudo y pulsátil sacudía todo su cuerpo, adquiriendo su máxima intensidad en la mano izquierda; no podía moverse... Haciendo un esfuerzo, entreabrió los ojos pero volvió a cerrarlos a causa de un rayo cegador de luz blanca-azulada que parecía suspendido en el aire delante de él. Sintió la presencia de algo inhumano; algo que llenaba de fuerza el Salón, que le sujetaba sin esfuerzo sobre una superficie dura como el hierro.

El rayo de luz se movió, de pronto, al subir de tono el cántico, y entonces se dio cuenta Tarod de dónde estaba. Yacía boca arriba sobre el altar, con la cabeza colgando hacia atrás, y la luz era el brillante reflejo que centelleaba a lo largo de la enorme espada que sostenía Keridil Toln con ambas manos. Tarod sintió el vibrante calor que desprendía la hoja como un aliento infernal sobre la frente y vio la cara del Sumo Iniciado iluminada por su resplandor, cerrados los ojos, como una máscara de inspirada concentración.

El rito había empezado... y él era impotente para detenerlo. Las fuerzas conjuradas por el Círculo le tenían firmemente sujeto y ahora Keridil empezaba a cantar los misteriosos cánticos de Exhortación y Exorcismo que harían que los dioses condenasen a su víctima. Esto se alcanzaría pronto... y cuando la ceremonia llegase a su frenético punto culminante el Sumo Iniciado evocaría la Llama Blanca, el fuego puro y sobrenatural que, según la leyenda, ardía eternamente en el corazón de Aeoris y era lo único que podía destruir la esencia de un demonio del Caos.

Brotó sudor de la piel de Tarod, como si su cuerpo sintiese ya el contacto de la Llama Blanca. No queria morir... y al darse cuenta de ello sintió al mismo tiempo como un martillazo. Afluyó a su mente toda la furia contenida en su interior y que las drogas de la Hermana Erminet habían mantenido a raya. Antes de que le rompiesen la mano para quitarle el alma-piedra, nada le había importado su propio destino. Pero ahora se había apoderado de él una nueva sensación... una necesidad furiosa, salvaje, de aferrarse a la vida, de desafiar y vencer al Círculo, eclipsando cualquier otro deseo. Y algo más..., algo que sólo gradualmente se manifestaba al despertar sus sentidos.

El Sumo Iniciado seguía cantando y los Adeptos casi vociferaban sus respuestas, alcanzados también por la increíble sobrecarga de poder. Pero sus voces resbalaban
sobre Tarod, sin conmoverle. Cuidadosamente, fijó toda su atención con el dolor lacerante que llenaba su cuerpo. Y el dolor menguó... Entonces concentró una pequeña parte de su voluntad en la mano izquierda...

El dolor desapareció del todo, y cuando trató de doblar los dedos, supo que volvían a estar enteros, que el daño infligido por Keridil había sido remediado como si nunca se hubiese producido, Y empezó a comprender.

Keridil había tomado la piedra que contenía su alma, pero el Sumo Iniciado no había contado con el efecto que esta acción podía surtir en su enemigo. Si a un mortal le quitaban el alma, era como una cáscara vacía; pero Tarod no era enteramente mortal. Al perder la piedra, había perdido sus lazos con el tremendo poder del Caos, pero también había ganado algo que ni él ni el Círculo habían previsto. Todavía conservaba poder, y era un poder despojado de todos los tabúes y restricciones impuestos por la humanidad, porque ya no era humano.

Creía que este poder era lo bastante grande para salvarle. El camino estaba plagado de peligros en comparación con los cuales parecería un juego de niños el rito de la muerte del Círculo, pero ahora Tarod era incapaz de sentir miedo. También era ajeno al dolor y a la conciencia: una frialdad total había sustituido en su corazón los escollos de la emoción humana. Aunque había luchado por dominar las fuerzas devastadoras que yacían en el fondo de su ser, sabía que podía apelar a ellas si quería, que estaban allí, latentes, esperando. Ahora las emplearía sin reparo, y si esto significaba liberar el poder insensato del Caos que llevaba dentro, no le importaba. El Círculo debería cargar con las consecuencias.

La enorme espada pendía sobre su cabeza, todavía con aquel vibrante resplandor que disipaba la temblorosa niebla del Salón de Mármol. La voz de Keridil se elevó, estridente, y los Adeptos medio gritaron y medio cantaron una fúnebre endecha como contrapunto. Poco a poco fue aumentando el brillo de la hoja, y Tarod sintió que unas fuerzas tremendas le arrastraban hacia abajo, tratando de poner su mente en poder del Círculo. El se resistió en silencio, pero, aunque se desvaneció aquella influencia, comprendió que el tiempo se estaba agotando rápidamente.

El tiempo. Era como si hubiese girado una llave en su memoria, abriendo un depósito de conocimiento tan antiguo que no había advertido su existencia. Yandros, a su enigmática manera, se había referido a él, pero Tarod no lo había comprendido del todo, hasta ahora...

Antiguamente, cuando reinaban los Ancianos, el Tiempo había sido un juguete de los Señores del Caos. Las mentes inhumanas que habían guiado las manos que construyeron este Castillo lo habían elegido como centro de su manipulación de las fuerzas temporales, y seguía conservando esta antigua calidad. El Círculo nunca había sido capaz de descubrir sus misterios: Tarod, como Adepto del Círculo, había sido tan ignorante como ellos. Pero ahora, el secreto le había sido revelado...

El cántico era como un sonido sólido que fuera golpeando sus sentidos a medida que el ritual se acercaba a su punto culminante. Tarod cerró los ojos, borrando la imagen de Keridil en estado de trance. Algo oscuro se cernió sobre el borde de su campo visual interior, y lo reconoció como emanado de debajo de donde él yacía, del círculo negro que marcaba el centro de las peculiares dimensiones del Salón de Mármol. Dejó que su mente lo siguiese, sintió que le llamaba y, poco a poco, el mundo real se desvaneció, hasta que su conciencia pendió, sola e inmaculada, en la oscuridad. Sus ojos se empañaron debajo de los párpados cerrados, y un trance mucho más profundo que el del Sumo Iniciado se apoderó de él...

Una pared de roca vertical le cerró el camino. El negro basalto, resplandeciente por las pulidas facetas de cristales incrustados en su superficie, se elevaba hacia un cielo sulfuroso, sin ofrecerle paso alguno. Tarod, haciendo un gran esfuerzo, recordó; después levantó una mano y dijo una sola palabra.

Se oyó un fuerte estampido y la roca se abrió, y una intensa luz verde brotó de la estrecha fisura. Tarod avanzó, sintiendo que la roca la envolvía, y vio dentro de la peña un pozo que se hundía en la nada. La verde radiación procedía de aquel pozo, y se dirigió hacia él.

-¡Alto!

Se detuvo. La voz había venido de ninguna parte, y la radiación verde empezó a temblar como si una presencia invisible la agitase. La memoria despertó de nuevo, y Tarod formuló mentalmente una severa pregunta.

-¿Quién eres tú para darme órdenes ?

En seguida recibió la respuesta, meditada y rotunda.

-¡El Guardián de este lugar!

Tarod sonrió. Levantó la mano izquierda e hizo un ademán.

-Déjate ver, Guardián.

Apareció lentamente, tomando su forma y su sustancia de la roca viva que le rodeaba. Parecía un hombre, pero corcovado y deforme; un vigoroso enano de ojos de basalto, en cuya garganta resplandeció un brillo de cristal cuando abrió la fea pero graciosa boca en una sonrisa.

-Bien venido, viajero, -dijo, con una voz que parecía producida por un trozo de esquisto deslizándose sobre granito. ¿Qué te trae por aqui?

Tenía la mitad de la estatura de Tarod, pero una fuerza y un aplomo que él sabía que serían difíciles de combatir. Y tampoco quería luchar con el Guardián de la Tierra. Había maneras mejores... y antiguas lealtades.

Dijo suavemente: ¿Me conoces, Guardi n?

El enano de piedra frunció el ceño tratando de recordar y, por un instante, los ojos de basalto parpadearon vacilantes.

-Eres un extranjero, un mortal... y sin embargo, no eres extranjero...

Los ojos verdes de Tarod resplandecieron y su forma astral cambió sutilmente, y el enano abrió mucho los ojos al reconocerle de pronto. El peculiar y achaparrado personaje hincó torpemente una rodilla en el suelo y murmuró: ¡Señor!

Tarod se echó a reír, en voz baja pero suficiente para despertar mil ecos en las paredes de roca que le rodeaban.

-Viejo amigo, -dijo al enano de piedra-, nuestros tiempos eran buenos...

Aquel ser levantó la fea cabeza y le miró con una expresión que parecía de afecto.

-La Tierra no olvida.

-Entonces, ayúdame.

Otra sonrisa se pintó en las rudas y melladas facciones.

-Señor... la Tierra es tuya. Toma lo que quieras de ella.

Tarod respiró profundamente. La silueta del enano osciló, y tuvo la sensación de que su propio cuerpo se estaba convirtiendo en piedra. Huesos de granito, carne de
basalto, piel de cristal..., la esencia del plano-tierra le llenaba y le fortalecía, mientras la forma del achaparrado Guardián se disolvía en la nada.

Había pasado la primera barrera y poco a poco, se acercó al profundo pozo y a su verde y tembloroso resplandor. Su radiación le bañó como una lluvia fresca, y se entregó a ella, dejando que su conciencia se hundiese en aquellas tranquilas y brillantes profundidades.

Se movía con facilidad y gracia, como un pez, en un mundo compuesto solamente de agua. Formas extrañas y elementales danzaban en los límites de su campo visual, y un alegre murmullo llenaba su mente, dando a sus pensamientos una serenidad que no había conocido hasta entonces. Absorbió este sentimiento, dejando que impregnase su ser y extrayendo de él más fuerza, mientras se dirigía con aplomo hacia el tercero de los siete planos astrales.

Y entonces, súbitamente, se encontró en el aire. Un aire que gemía y chillaba a su alrededor, soplando y girando con vibrante vida propia. Una fuerte sensación de vértigo invadió a Tarod, y colores pálidos y fantasmagóricos, surcados de vetas más oscuras, bailaron ante sus ojos. Pero siguió adelante, dej ndose llevar por el furioso vendaval, retorciéndose y girando con las corrientes de aire, hasta que...

Le abrasó el calor. La arena ardía bajo sus pies y el cielo era un incendio carmesí desde un horizonte a otro, más espectacular que cualquier puesta de sol. Igual habría podido estar en el

Librodot

corazón del Sol. Una bola de fuego resplandeció sobre su cabeza, con un esplendor fugaz, y surgieron del suelo llamas que parecían árboles exóticos, a pocas pulgadas de él, y que se extinguieron al agotarse su breve pero violenta energía. Tarod centró su mente y absorbió algo de aquella violenta energía; ahora había alcanzado el cuarto plano y el esfuerzo se hacía sentir, a pesar de la fuerza que había tomado de los tres planos que acababa de cruzar. E inquietando su conciencia estaba el conocimiento de que muy lejos, en otra dimensión más material, el rito de la muerte del Círculo proseguía hacia su espantoso final. Si Keridil evocaba la Llama Blanca antes de que él pudiese alcanzar su meta, su mente sería devuelta al reino de los mortales y él moriría, entre horribles tormentos, sin haber realizado su tarea.

Un surtidor de fuego al rojo vivo brotó a solamente un paso delante de él, elev ndose hacia el cielo y rugiendo como un alto horno. La forma astral de Tarod tembló al lanzarse hacia él, y entonces ardió el fuego en sus venas, de tal manera que se convirtió en una llama viva que se elevó más y más, y hacia afuera, hasta que estalló en un reino de ilusión.

Sonaron risas en las gibosas rocas negras, sobre las que resplandecía engañosamente una aureola de plata. El suelo se movía debajo de Tarod, y en el aire se formaban caras que temblaban y se desvanecían antes de que pudiese identificarlas. Pero, a pesar de la intangibilidad de este plano, que era, o al menos así lo creía el Círculo de Adeptos, el más alto alcanzable por cualquier mago humano, Tarod sabía que se estaba acercando a su objetivo. Un pulso débil y regular latía en la estructura del mundo y, aunque venía de muy lejos, era una señal segura de que su instinto le guiaba bien.

Haciendo un gran esfuerzo, rechazó las seductoras ilusiones y fantasías que le invitaban a dar media vuelta y quedarse allí, e impulsó a su mente hacia el sexto y penúltimo plano. Hasta entonces, nunca se había atrevido a perseguir una meta tan alta; pero las barreras que podían haber existido para un simple mortal se derrumbaron a su alrededor, y se encontró en un lugar donde una única voz, gigantesca, emitía una nota interminable. Rabia, locura y un regocijo infernal se mezclaban en aquella ensordecedora cacofonía, y Tarod retrocedió ante aquella agresión, a punto de perder el control bajo la amenaza de aquel estruendo que le empujaba al abismo de la locura. Trató desesperadamente de dominar sus sentidos, sabiendo que no podría resistir a aquella voz y que debía dejarla entrar, dejar que le atravesara.

Con la pequeña parte de su mente que todavía se aferraba a la realidad terrena, sintió que estaba a punto de desintegrarse bajo la violencia estridente de aquella voz; pero en el momento en que pareció que iba a ser vencido por ella, apeló a su voluntad en un último y desafiador impulso.

El universo estalló en un silencio total.

Tarod tuvo la impresión de haber vuelto al plano físico, de haber recobrado su cuerpo humano. Cada movimiento muscular le producía un dolor lacerante y se sentía magullado hasta los huesos, como si se hubiese arrastrado moribundo después de una batalla de locura. Pero había conseguido abrirse paso hasta el séptimo y más alto plano. Solamente una barrera se alzaba ahora en su camino, y era la que tenía ante él.

Era un muro de absoluta oscuridad, sin límites en ninguna dirección. Más allá le esperaba la prueba más grande y terrible, y Tarod hizo acopio de todas las fuerzas que le quedaban para enfrentarse a ella. Necesitaba solamente pronunciar una palabra para que la negra pared se derrumbase y le dejase pasar..., pero la mera idea de esta palabra le llenaba de repulsión. Su lenguaje había sido creado cuando apenas se había formado la trama del universo y era tan diferente del habla humana que casi le resultaba insoportable. Incluso ahora, al formarse en su mente, sintió deseos de volverse y echar a correr...

Tarod jadeó y cerró furiosamente los puños. Abrió los labios y pronunció la palabra, aferr ndose a los últimos jirones de su voluntad, oblig ndose a escuchar y absorber las monstruosas sílabas que llenaban su ser.

La pared se lanzó sobre él, y Tarod quedó suspendido en el centro mismo de la oscuridad.

Lo había logrado. Había cruzado la barrera y alcanzado el extraño espacio multidimensional que se extendía más allá de los siete planos: su meta final.

Inconscientemente, los músculos contraídos de su cuerpo astral se relajaron, y Tarod empezó a balancearse. El ritmo era absolutamente perfecto. Y Tarod, al moverse, sintió que empezaba el cambio. El sordo latido que se había dejado oír en los límites de su conciencia se fue acercando hasta convertirse en una enorme palpitación, de la que eran eco las pulsaciones de la sangre en sus venas. Sintió corrientes que pasaban junto a él y a través de él. El propio tiempo bailaba y se retorcía y alabeaba... y al fin, envuelta en una espesa oscuridad, se le apareció una forma monstruosa.

Era un Péndulo muy grande que se movía en la sombra, oscilando en un arco largo que pasaba a través de miles de cambiantes dimensiones que seguían indefectiblemente el ritmo de su balanceo. Tarod sintió un profundo asombro al hallarse en presencia de un poder cuya verdadera naturaleza le resultaba incomprensible. Sabía que aquella imagen era solamente una fracción diminuta de la verdadera forma del Péndulo, pues éste era la fuerza que controlaba todo el Tiempo, en todos los innumerables planos y dimensiones del universo. Pero el Salón de Mármol era y había sido siempre, para los que sabían emplearla, una puerta para llegar al aspecto del Péndulo que abarcaba la dimensión del Castillo. Y aquí, en este oscuro momento, el destino de Tarod estaba inextricablemente ligado al titánico artefacto que marcaba los movimientos del Tiempo en su propio mundo.

Para salvarse, tenía que detener el Péndulo.

Si podía hacerlo, si podía parar el Tiempo, entonces el día y la noche no significarían nada, cesaría todo movimiento, y todas las almas vivas dejarían de existir hasta que el Tiempo reemprendiese su marcha. Todas las almas vivas... Tarod sonrió débilmente. Como ahora no tenía alma, sólo él viviría en el Castillo, y podría realizar la búsqueda a que se había obligado... aunque ahora no alcanzaba a saber su verdadera naturaleza. Pero no importaba: cuando tuviese de nuevo la piedra en su poder, su voluntad prevalecería.

Si podía detener el Péndulo...

Concentró toda su atención en un prisma brillante que había en el centro del Péndulo del Tiempo. Poco a poco, con dolorosa lentitud, el gran disco se fue acercando, pareció dilatarse hasta que sus proporciones llenaron el aire y se apoderaron de la mente de Tarod. El sabía lo que vendría ahora, y se preparó para recibir el choque inicial. Cuando éste se produjo, en el momento en que el Péndulo y él se fundieron y convirtieron en uno, el dolor que le invadió fue mucho, muchísimo más fuerte de lo que había esperado. Tuvo que luchar desesperadamente para no gritar, y el Péndulo siguió arrastr ndole, con un balanceo cada vez más fuerte. No podría aguantar mucho más tiempo; la fuerza del Péndulo le dominaría y, cuando él no pudiese controlarla, le despedazaría y destruiría.

Tarod pensó en la Llama Blanca, a la que ahora debía estar llamando Keridil de su otro mundo para que se manifestase. Contuvo el aliento al balancearse con el Péndulo del Tiempo,

e hizo acopio de sus últimas fuerzas para unirlas en un solo rayo de energía pura. El momento tenía que ser exacto...

Un grito que ninguna garganta humana habría podido lanzar resonó a través de la dimensión y, de pronto, violentamente, Tarod se detuvo.

Fue como si hubiese sido lanzado al epicentro de un gigantesco terremoto. Las sacudidas se sucedieron, estruendosas y terribles; la oscuridad se retorció y se deshizo en un millón de fragmentos, al detenerse chirriando el Péndulo del Tiempo.

Al pararse el disco macizo en la mitad de una oscilación, una tremenda explosión lanzó a Tarod hacia atrás. Una luz insoportable se encendió en su cabeza y entonces, su cuerpo chocó contra una dura superficie física, y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí estaba tendido boca abajo sobre una piedra, y tenía la boca y la nariz llenas de polvo. Tosía y la cabeza le daba vueltas. Trató de levantarse y cayó hacia atrás lanzando un gemido al sentir un dolor terrible en el brazo izquierdo. La fuerza que le había lanzado y devuelto al mundo material había hecho que chocase contra el suelo, y el hueso del brazo estaba fracturado. Por un instante, sintió ganas de reír: al parecer, se había cerrado el círculo y, por segunda vez en su vida, había llegado al Castillo de la Península de la Estrella como un forastero lesionado y perdido.

Pero esta vez la diferencia era grande. Tarod ordenó en silencio que se compusiera el hueso, y el dolor desapareció inmediatamente. Dobló el hombro y la muñeca y sonrió ceñudo. Con independencia de lo que hubiese podido lograr, la fuerza despertada por su pérdida de humanidad no se había reducido. Vivía y era libre. En
cuanto a lo que vería cuando recobrase la fuerza física suficiente para levantarse y mirar a su alrededor, ni siquiera trató de imaginárselo. Lo único que sabía era que
había frustrado los planes del Círculo, y este conocimiento le hizo suspirar de alivio.

Ansiaba dormir. A pesar de sus facultades curativas, su alma..., no, se corrigió, su mente... padecía por el esfuerzo titánico que le había impuesto su empresa, y sin duda se habría quedado dormido donde estaba si hubiese apoyado simplemente la cabeza en un brazo. Pero esto tenía que esperar: ante todo tenía que saber el desenlace final de lo que había hecho.

Se levantó, envarado. El Salón de Mármol estaba a oscuras, y, esto le desconcertó. La niebla centelleante, con su peculiar luz intrínseca, se había desvanecido, y los sentidos advirtieron a Tarod que no estaba rodeado de un vasto espacio, como había esperado, sino de paredes que tal vez estaban solamente a pocos palmos de distancia.

Esto le produjo una súbita impresión. No estaba en el Salón de Mármol, ¡sino en la biblioteca del Castillo! Rápidamente, adaptó los ojos verdes a la oscuridad y distinguió las vagas siluetas de los estantes que le rodeaban. Muchos de ellos se habían roto por la fuerza del terremoto, y todos los libros y manuscritos del Castillo yacían desparramados por el suelo.

Una quietud irreal imperaba en el sótano. Nada se movía. Tarod tuvo entonces un presentimiento, la certidumbre de que algo andaba mal y al crecer este temor dentro de él, se encaminó a la puerta abierta que conducía al Salón de Mármol.

Esta vez no brillaba la cegadora luz de plata. La puerta del Salón de Mármol tenía un fulgor mate de estaño, e incluso antes de llegar a ella, la intuición advirtió a Tarod lo que iba a suceder. Alargó un brazo y, a tres pulgadas de la puerta, su mano fue detenida por una barrera

invisible. Hizo un segundo intento, y un tercero, pero siempre con el mismo resultado. Y al fin comprendió lo que ocurría.

Las fuerzas que los inhumanos arquitectos del Castillo habían montado en el Salón de Mármol eran tan caprichosas y tortuosas como sus creadores. Sí, él había conseguido detener el Péndulo del Tiempo; y el Castillo y sus moradores estaban paralizados y retenidos en un limbo, y él había ganado una especie de inmortalidad. Pero el Tiempo se había desviado más sutilmente de lo que había imaginado Tarod; el momento del que dependía el Salón de Mármol no había coincidido exactamente con aquel en que había sido inmovilizado el propio Castillo, y esto hacía que el Salón quedase fuera de su alcance.

Y el alma-piedra estaba atrapada, junto con los Adeptos del Círculo, como una mosca en ámbar, detrás de aquella puerta.

Tarod sintió algo muy parecido a la desesperación. Haber conseguido tanto y verse frustrado por un capricho del destino cuando todo parecía estar en sus manos, era una ironía cruel. Levantó la mano izquierda, mirando la torcida montura de plata del anillo que permanecía aún en su dedo índice. Sin la piedra, se hallaba en un callejón sin salida posible; necesitaba recobrarla si quería mantener alguna esperanza de destruirla al fin, y sin embargo, no podía poseerla sin traer de nuevo el tiempo y, con él, toda la cólera del Círculo.

Poco a poco, se apartó de la puerta mate y volvió a la biblioteca. Durante un rato permaneció inmóvil entre los libros desparramados, absorbiendo la muerta y silenciosa atmósfera. Ahora era allí el único ser viviente.

Ahora. Tarod sonrió tristemente al darse cuenta de que aquella palabra ya no significaba nada. ¿Qué era de un mundo en el limbo? ¿Qué era de sus habitantes? No sentía compasión por Keridil y el Círculo, y muy poco rencor o resentimiento. El amargo gustillo de la traición permanecía, pero ya no le inquietaba; era como si su corazón se hubiese helado dentro de él. Al renunciar a su humanidad, había renunciado también a las emociones propias del ser humano, y pensó, despreocupadamente, que parecía un precio muy pequeño.

Por fin salió Tarod de la biblioteca. Al llegar al patio, se detuvo para contemplar el cielo. Un tétrico resplandor rojo oscuro parecía cernirse más allá de los negros muros del Castillo, dando relieve a las cuatro gigantescas torres y proyectando una radiación irreal sobre todo lo que tocaba. Tarod sonrió ante esta prueba de la inmensidad de las fuerzas que habían tenido que desencadenarse en esta dimensión en el momento en que había cesado el Tiempo. Más allá del Castillo, más allá del Laberinto y el puente, el mundo vivía y seguía respirando; pero el Castillo de la Península de la Estrella ya no formaba parte de él. El Tiempo les había separado; nadie podía entrar, y él no podía salir: estaba preso en la trampa que él mismo había montado.

Se volvió y caminó a lo largo de la columnata que conducía a la puerta principal del Castillo. El resplandor carmesí había penetrado en el interior y relucía detrás de las puertas abiertas como un lejano fuego infernal.

Tarod subió la escalinata, pero se detuvo antes de entrar.

Allí tenía que haber habido actividad, a pesar de la macabra ceremonia que se estaba celebrando. Criados cuidando de sus menesteres incluso en la oscuridad; una multitud en el comedor, agrupándose alrededor del hogar apagado para murmurar y especular y calmar sus temores. En algún lugar, Sashka habría estado durmiendo, o velando en espera del regreso de Keridil.

Librodot

Un eco de su perdida humanidad hizo que Tarod se estremeciese al pensar en lo que podría ver si cruzaba el umbral de la puerta. ¿Estatuas silenciosas, petrificadas
en la flor de la vida? ¿Fantasmas? Dominó su inquietud y entró en el Castillo.

Allí no había nadie. Pasillos en silencio, habitaciones vacías. Nada. El comedor le acogió, frío y sin vida y habitado solamente por sombras que acechaban en los rincones que la vaga radiación roja no podía alcanzar. Dondequiera que estuviesen, cualquiera que hubiese sido su destino, los moradores del Castillo no habían dejado rastro de su existencia cuando la detención del Tiempo les había enviado al limbo.

Un suspiro, tan suave que podía haber sido fruto de su imaginación, sonó en el silencioso comedor. Tarod se volvió. Creyó ver agitarse el borde de una capa junto a una de las mesas vacías y oír el débil eco de una risa de mujer en la galería de encima del hogar, pero ambas cosas se extinguieron antes de que sus sentidos pudiesen captarlas plenamente.

Fantasmas de sus propios recuerdos... Sintió en lo más hondo una impresión que podía ser de soledad o de tristeza; pero era muy vaga y se desvaneció rápidamente. Podía aprender a vivir con recuerdos...

Tarod volvió la espalda al silencioso comedor. Su rostro no expresaba nada, pues no había sentimientos dentro de él. Volvió a la gran puerta de la entrada y se quedó mirando, a través del patio, las macizas puertas dobles de la muralla exterior del Castillo. Entonces, casi como un movimiento reflejo, levantó la mano izquierda e hizo un descuidado ademán. Retumbó un trueno en lo alto y un rayo rojo como la sangre estalló en el patio, iluminándolo momentáneamente con un vivo fulgor. La sensación de su propio poder trajo algún consuelo a Tarod. Mientras lo conservase, podría tener esperanza. Había triunfado una vez y, a pesar de la, al parecer, irremediable situación en que se hallaba, creyó que podía triunfar de nuevo. Tendría que haber una manera, tenia que haber una manera, de recobrar el alma-piedra. Y él la encontraría.

Tarod contempló los negros muros del Castillo que era ahora su prisión, y casi se echó a reír. Sí; encontraría la manera.

Y tenía todo el Tiempo del mundo...

FIN